



**La casa del
arroyo**

Conchi Aragón

Anya, escritora de libros de misterio, va a escribir su siguiente novela sobre un asesinato múltiple, que tuvo lugar diez años atrás en la vieja casa del arroyo, la cual acaba de heredar de su abuela. Para ello, decide trasladarse al pueblo y a la casa que tantos recuerdos le trae. Ayudada en su investigación por el ya jubilado inspector Navarro, quien se encargó del caso, y por Mateo, el nieto de su vecina, irá descubriendo los secretos que se ocultan a su alrededor. Pero alguien no quiere que la verdad salga a la luz, y para evitarlo, hará todo lo necesario.

LA CASA DEL ARROYO



Conchi Aragón

Como siempre, a mis padres, Luis y Pilar.

A mis amigas, Mar y Ele, por sus correcciones
y su más sincera opinión.

LA CASA DEL ARROYO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

1

Viernes, 26 de agosto

—Quiero el primer capítulo encima de mi mesa en una semana. El lanzamiento de tu nueva novela es para navidades y aún no tengo nada, ni siquiera un indicio de la trama. Anya, te has convertido en una escritora de *best-sellers* en Europa y al otro lado del charco, en Sudamérica y Centroamérica te adoran. Y en Norteamérica te estás labrando una reputación. Ya no eres una don nadie. Se ha anunciado el próximo lanzamiento de tu nueva novela para dentro de menos de cuatro meses, no puedes fallar a todos tus seguidores. —Se encargó de remarcar «nueva novela» cada vez que mencionaba ambas palabras.

Anya miraba a su editora, no sabía ni qué decir, pero estaba bloqueada, no se le ocurría nada para su siguiente historia. Estaba en blanco.

Nada más salir de la Facultad de Periodismo, había escrito su primer libro basado en un caso real de asesinato. Siempre le había llamado la atención la investigación, disfrutaba obteniendo pequeñas piezas de un puzle para luego reconstruir los hechos. El resultado había sido una novela de misterio con una nota de terror, que resultó ser un bombazo.

Vio la luz en Internet. Entre tantos libros en español publicados en formato digital, nunca pensó que el suyo fuera a destacar. Pero el primer día vendió uno, el segundo dos, y cada día vendía más. De repente, su novela se había colocado entre las cien más vendidas en español. Cuando poco tiempo después alcanzó el top diez, no se lo podía creer, era su sueño haciéndose realidad. Un par de meses más tarde, se convirtió en el libro digital más vendido en el mundo en español, vendía más que muchos escritores consagrados y que los escritores, que como ella, se habían autopublicado.

Esto llamó la atención de algunas editoriales, que se pusieron en contacto con ella para publicar su primera novela. Al principio, flotaba en una nube, hasta que puso los pies en la tierra y se centró. Tenía grandes editoriales que le ofrecían publicar su novela, pero hasta que no llegó Carmina Sánchez, no se decantó por ninguna. Ella le contó que se había leído su novela de un tirón, le había encantado, y que su editorial quería apostar fuerte por ella. Carmina Sánchez y su marido habían creado una pequeña editorial que gestionaban, ambos llevaban toda la vida en ese mundo. Habían empezado en una de las

grandes, encargándose de las obras de importantes autores, hasta que decidieron formar la suya propia. Anya, finalmente, confió en ella, sentía que había hecho la elección correcta.

Y ahí estaba, cinco años después, convertida en una famosa escritora, escuchando la bronca de su editora y sin ninguna idea sobre la que escribir para tranquilizarla. ¿Cómo iba a tranquilizar ella a nadie cuando empezaba a sentirse desesperada? Apenas le quedaba tiempo para escribir un libro, ¿cómo podría hacerlo sin tener un bosquejo para comenzar?

—Quizás, podrías utilizar alguna de esas ideas que no has llegado a utilizar nunca en tus novelas. —Le había leído el pensamiento—. Tenías un montón, a lo mejor alguna de ellas... —Carmina dejó inconclusa la frase, ya no sabía qué decirle. Siempre había sido muy prolífica, antes de terminar un libro ya tenía tramas para dos más, era impresionante. Sin embargo, esta vez estaba en dique seco. Nunca le había pasado algo parecido—. Quizás te vendría bien salir de la ciudad, irte a un sitio apartado. Desconectar. A lo mejor así te viene la inspiración. ¿No habías heredado una casa en un pueblo? ¿Apartada del mundo? —En la cara de Anya se pudo apreciar la sorpresa al escucharla. Es verdad que hacía unos meses había heredado la casa de su abuela, una casa que se debía de estar cayendo en pedazos, puesto que hacía diez años que nadie vivía en ella. Su abuela se había venido a vivir a Madrid más de quince años atrás, para que sus hijas la cuidaran, ya no estaba para vivir sola tan lejos de su familia. Siguió siendo independiente, se había comprado un pequeño piso situado cerca de donde vivían las tías de Anya y había alquilado su casa en el pueblo. Entonces, se le ocurrió una idea, volvería a sus orígenes, al principio.

—Eres un sol. ¡Ya sé de qué voy a escribir! En una semana no voy a tener el primer capítulo, necesito algo más de tiempo. Pero no te preocupes, para antes de navidades tendrás la novela. —Se levantó, dio un beso en la mejilla a su editora y salió a toda prisa del restaurante en el que se encontraban, en pleno centro de Madrid, en la Gran Vía, muy cerca de las oficinas de la editorial.

Carmina se quedó muy sorprendida viendo cómo se iba Anya, pero en el rostro se le formó una suave sonrisa, parecía que volvía a ser la de siempre, le había parecido ver en sus ojos un brillo especial, un brillo que no creía haber visto desde que escribió sus primeras novelas. Ya llevaba un par de años escribiendo lo que su público quería, no lo que ella quería, lo cual no era malo para la editorial, las ventas eran estables y potentes, pero así no

conseguirían el gran éxito obtenido con la primera. Dio un sorbo a su Martini, disfrutando el momento.

Anya salió muy contenta del restaurante, ya tenía una idea para su nuevo libro. Pero necesitaba investigar. Todo esto le llevaría un tiempo que no tenía, aunque era un caso que conocía, lo conocía demasiado bien, se dijo, más de la mitad del trabajo ya lo tenía hecho, o eso esperaba. Sólo tendría que desempolvar sus recuerdos. Nunca se había atrevido a utilizar un hecho real en sus novelas, siempre había publicado ficción. Excepto con la primera. Y aquella había resultado un acierto, disfrutó escribiéndola, descubriendo la verdad.

Llegó andando a Callao y entró en el metro. Seguía sin coger el coche por el centro de Madrid, no había nunca sitio para aparcar, ni siquiera en los *parkings*. A veces, se movía en taxi, pero seguía prefiriendo el metro, donde se sentaba, abría un libro y se olvidaba de todo, era un tiempo dedicado a ella en exclusiva.

Pero esa tarde no encendió su *ebook* para leer, esa tarde estaba demasiado excitada. Tenía que hacer muchos preparativos. Lo primero era la maleta, pero eso no le preocupaba lo más mínimo. Lo peor sería irse a vivir a la casa del pueblo, no se podía ni imaginar cómo estaría por dentro. Su abuela, la había adecentado un poco después de lo que ocurrió, pero desde entonces nadie había vuelto. Sólo esperaba que únicamente necesitara una mano de pintura, sino, tendría que alquilar alguna habitación en algún hotel rural de la zona, y esa idea no le apetecía demasiado.

En cuanto entró por la puerta de casa llamó a Gonzalo, quien cogió el móvil en el segundo tono.

—Hola, cariño. —Sonaba alegre, eso quería decir que la presentación que había tenido que hacer en su oficina esa mañana, había ido bien. Era editor de una gran multinacional, se habían conocido en una de esas fiestas a las que van todos los editores y todos los escritores que son alguien en la profesión. De hecho, cuando Anya recibió la invitación, se sorprendió gratamente de haber sido tenida en cuenta. De eso ya hacía más de tres años, y desde entonces no se habían separado.

—¿Les ha gustado tu proyecto?

—Eso es decir poco, les ha encantado. Creo que me van a promocionar, mi jefe me lo ha insinuado. —Anya sonrió, era muy ambicioso, al contrario que ella. Eso le había atraído mucho al principio, cuando se conocieron, aunque ahora implicaba que apenas se vieran, su máxima prioridad era el

trabajo, y parecía que al final tendría su recompensa, su sueño también se iba a convertir en realidad.

—Enhorabuena. ¿Vas a venir pronto a cenar?

—En cuanto acabe con esto voy para allá. Creo que en una hora podré estar en casa. ¿Te parece?

—Perfecto. Yo también tengo algo que contarte.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Has tenido algún problema con Carmina? —Sabía que Anya había quedado con ella, y sabía que estaba pasando un bache, no tenía ninguna idea que mostrarle para su siguiente novela.

—Una buena bronca. Pero no es eso lo que quiero comentarte.

—¿No me vas a dar una pista?

—Tiene que ver con mi nueva novela. Se me ha ocurrido algo.

—Eso es fantástico Anya. Compraré un buen vino de camino a casa para celebrarlo.

—Genial. Entonces voy a hacer la cena ¿Te apetecen *tagliatelle* con tomates cherry y champiñones? —Disfrutaba cocinando, se entretenía y relajaba al mismo tiempo, lavando y cortando verduras, mezclando los ingredientes en la olla, notando el apetecible olor de la comida casera, era otro breve momento sólo para ella.

—Se me hace la boca agua.

Anya se puso manos a la obra, mientras preparaba la cena, le daba una vuelta a cómo contarle su idea a Gonzalo sin que se alterase. Llevaban viviendo juntos desde poco después de conocerse, tenían tantas cosas en común que todo había ido muy deprisa, no estaba segura de cómo se iba a tomar que se fuera durante unos meses.

Pasadas las once de la noche, decidió cenar sola, así que metió un poco de pasta en el microondas, y cenó mientras veía la televisión.

Sábado, 27 de agosto

Cuando se levantó, Gonzalo ya no estaba a su lado en la cama. Lo había sentido llegar la noche anterior muy tarde. Como de costumbre, se había quedado en la oficina hasta las tantas y se había ido temprano. Últimamente hablaba más con su secretaria que con él, pensaba mientras se estiraba sentada en el borde de la cama.

Al llegar a la cocina para prepararse el desayuno, se encontró con una nota suya. «Cariño, lo siento mucho. Al final me entretuvieron. Te lo compensaré. Te quiero. Gonzalo».

La cogió y la tiró a la basura, había leído tantos mensajes del mismo estilo que ya no se los creía. Le hubiera gustado contarle sus planes, pero al no aparecer para cenar, momento en el que pensaba hablar con él y pedirle opinión, ahora no se sentía con ganas. Así que comenzó con los preparativos.

Sacó su maleta de viaje, y empezó a llenarla con la ropa y enseres que creyó que necesitaría para pasar unos meses en la vieja casa del pueblo. Aún seguía pensando en esa casa como la casa de su abuela, tendría que cambiar el chip y asumir que su abuela ya no estaba y que la casa ahora era suya, se dijo mientras cerraba la maleta. Si algo se le olvidaba, ya lo compraría allí, no quería perder más tiempo.

Bajó todo el equipaje al garaje y lo metió en el coche. Volvió a por algunas bolsas que no había podido bajar en el primer trayecto al aparcamiento, y antes de salir del piso, se quedó mirando el salón que tantos recuerdos le traía de su vida con Gonzalo, cuando todavía compartían muchos momentos juntos, sólo ellos dos. Lo echaba de menos, aunque pensaba que quizás este tiempo de separación, les vendría bien para saber si su relación iba o no a alguna parte.

No tenía muy claro qué hacer, si dejarle una nota o decirle por teléfono que se iba una temporada. Lo ideal hubiera sido decírselo en persona, pero no había podido ser. Dejarle una nota para explicárselo le pareció demasiado frío, así que pensó que sería mejor hablar con él por teléfono. Le dejó un *post-it* en la nevera, donde seguro lo vería nada más llegar. «Llámame, te tengo que contar lo que no tuve oportunidad de contarte anoche. Anya».

Salió del *parking* con su viejo todoterreno Jimny. Todavía utilizaba el

coche de segunda mano que se había comprado para ir a la universidad. Había estado ahorrando mientras trabajaba en un bar de copas, los fines de semana, y en una tienda, el resto de días. Gracias a esas ocupaciones había podido pagarse sus estudios universitarios y costearse sus gastos. Aunque su madre la ayudaba en lo que podía, sabía que no podía permitirse sus estudios, así que en cuanto le fue posible, se puso a trabajar, y en cuanto consiguió el suficiente dinero, se compró el pequeño todoterreno. Además de ir a la Facultad con él, lo utilizaba para sus constantes salidas al campo a hacer alguna ruta o acampar. Ahora sería muy práctico para esos meses en el pueblo, pensó.

En la autopista, iba reflexionando sobre la locura que estaba cometiendo. Estaba muy ilusionada por pasar los próximos meses enclaustrada en una vieja casa, investigando. Pero por otro lado, tenía un poco de miedo por este cambio, tanto tiempo sola, no estaba acostumbrada, y no se había separado de Gonzalo desde que vivían juntos, no estaba segura de que esto no les afectase. Lo echaría de menos, o quizás no, ya apenas se veían, quizás ni notaría la diferencia. Resopló al pensarlo.

Cuando se quiso dar cuenta, ya había llegado a la salida del peaje, llevaba más de la mitad del viaje, así que abonó la tarifa correspondiente y continuó su camino. Decidió no seguir meditando sobre lo que dejaba atrás por unos meses, prefería ser positiva y mantener la ilusión de lo que iba a descubrir. Para relajarse, introdujo un viejo CD en la radio del coche y subió el volumen. El resto del camino lo hizo cantando a voz en grito, olvidándose, por fin, de todo el estrés que llevaba acumulado, ese estrés que ni había sabido que existía hasta ese mismo momento. La dificultad para escribir su nuevo libro, lo mal que iba la relación con Gonzalo y la pérdida de su abuela unos meses antes, a la que adoraba. Todo se le había juntado generándole un bloqueo del que no se había dado cuenta.

Cuando llegó a Óbito, el pueblo de su familia, era la hora de comer. Así que paró en el restaurante que había en el único hotel rural del pueblo.

—Buenos días. —Saludó al entrar en el comedor a todas las personas que allí había reunidas.

—Buenos días. —Le contestó la dueña de la casa. El resto de personas parecían muy concentradas en sus asuntos.

—Mesa para uno. —Pidió Anya.

—Sí, claro. ¿Te gusta ese sitio en la esquina, al lado de la ventana? Tiene bonitas vistas a la plaza del pueblo y al río.

—Oh, me parece perfecto.

—Sólo tenemos fabes para comer, pero si quieres un filete o una tortilla francesa, te lo podemos preparar en un santiamén. —Le dijo la señora de la casa en cuanto Anya se hubo sentado.

—Unas fabes me parece bien.

La mujer desapareció y Anya se dedicó a contemplar el salón. Además de su mesa, había cuatro más, formando una equis. En la otra mesa al lado de la ventana, había una pareja mayor que comía sin prestarse atención entre sí, ni al resto de la sala, cada uno ensimismado en sus pensamientos. Y en la mesa central, un hombre cincuentón que miraba a la televisión mientras se introducía grandes cucharadas de fabes en la boca. El local era muy hogareño, las mesas redondas con bonitos manteles a cuadros rojos y blancos, con servilletas a juego, en todas ellas un bonito quinqué decorativo en cuyo interior había velas apagadas. La decoración de las paredes, de estilo rústico, con yugos y aparejos de campo, daban ese toque especial al lugar, muy rural.

Cuando la mujer apareció con un perolo de fabes y le comenzó a servir en el plato que tenía encima de la mesa, Anya no pudo hacer otra cosa que aspirar el fantástico olor que desprendía la comida.

—¡Qué buena pinta! —Dijo emocionada. Hacía tiempo que no probaba una buena fabada. La mujer le sonrió agradecida.

—¿Te conozco? —Anya no se sorprendió por la pregunta. Siempre le habían dicho que ella y su abuela tenían un gran parecido, del cual se sentía orgullosa, había visto fotos de su abuela de joven y era una belleza. De hecho, también había sacado algunos detalles característicos de su padre, como los ojos marrones rodeados de pintas verdes, que según le daba el sol, hacía que sus ojos parecieran de un color u otro.

—Quizás. Vengo a la casa del arroyo.

—¿No serás la nieta de María?

—Sí, soy yo.

—¡Qué agradable sorpresa! Me alegro de que por fin venga alguien a utilizar esa vieja casa. Está en una ubicación ideal en el pueblo, y los alrededores son increíbles. Si no hubiera ocurrido lo que pasó, yo misma se la hubiera comprado a tu abuela para montar ahí una casa rural. —Cuando se dio cuenta de lo que había dicho, se quedó callada—. Perdona, no quise decir eso.

—No se preocupe. Lo entiendo muy bien.

La mujer la dejó para ir a atender al solitario cincuentón, que quería

pedir un postre casero.

Anya comió en silencio contemplando las vistas que se podían disfrutar desde su posición. En la plaza se distinguía una vieja casa, cuya pintura se caía a trozos, y en la que la bandera de España ondeaba en un balcón, era el ayuntamiento del pueblo. Detrás de él, sobresalía el campanario de la iglesia, una bonita construcción de estilo románico. Al otro lado de la plaza, un puente de piedra, también de estilo románico, cruzaba un río de aguas transparentes, en el pasado cargado de truchas, y en su orilla, unos frondosos árboles dando sombra. Anya recordaba, cuando era una niña, sentarse en la hierba de la orilla, apoyada en alguno de esos árboles, disfrutando de algún libro que cogía a su abuela de su extensa biblioteca.

Cuando terminó de comer, decidió acercarse a la única tienda existente en el pueblo, a comprar algunos productos de limpieza que seguro iba a necesitar. En cuanto hubo comprado algo de comida y todo lo que iba a precisar para pasar la noche, puso rumbo a la vieja casa.

Al llegar, le sorprendió el estado en el que se encontraba, es verdad que el exterior necesitaba una mano de pintura, pero todas las casas de alrededor tenían el mismo aspecto, a ésta no se la veía peor que el resto de casas del pueblo. La parcela contaba con dos mil metros cuadrados de terreno, que en esos momentos parecían una selva. Tendría que cortar todas las hierbas y arbustos que se habían desmadrado en su crecimiento. Ya se pasaría a comprar una desbrozadora para hacer esa labor y dejar un jardín en condiciones. Sabía que por la zona había culebras, le preocupaba que también hubiera serpientes como solía contar en alguna de sus batallitas su abuelo, no estaba por la labor de encontrarse con alguna mientras paseaba por allí. Recordaba cuando el jardín de la entrada estaba en buen estado, su abuela solía tener una mesa con varias sillas alrededor, en la que sus tías solían tomar café o limonadas bien frías en verano, casi siempre acompañadas por alguna vecina que se acercaba en cuanto oía el sonido de sus risas.

Se quedó contemplando la casa, era tan grande como la recordaba. Tres plantas más la buhardilla, y al lado una vieja cuadra, donde en otro tiempo hubo vacas, caballos, cerdos e incluso un burro. Detrás de la cuadra había un pequeño gallinero, que no estaba segura de que aún existiera. La cuadra sí que necesitaba obra, formada por tablones que se veían sucios y grises, la mayoría prácticamente sueltos de la estructura. Decidió empezar por la vivienda, ya revisaría el terreno. Recordaba la amplia explanada detrás de la casa con árboles, algunos frutales, una zona que su abuela había

acondicionado como huerto, que dedicaba al cultivo de verduras, tomates, y cosas del estilo, y el arroyo que la cruzaba. Ahí detrás, su abuela siempre tendía las blancas sábanas de algodón, que ella y su hermano utilizaban para jugar al escondite, como si de un anuncio de la televisión se tratara, se rio de su propia comparación. Intentaba recordar a su abuelo y a su padre en todas estas escenas, pero ambos habían muerto cuando ella era muy pequeña, por lo que apenas los recordaba. Su madre solía quedarse en Madrid trabajando, mientras ella se pasaba aquí los veranos con su abuela y su hermano.

Al abrir la verja, le costó mover el cerrojo, estaba algo oxidado por las lluvias y por el poco uso. Al traspasarla, algo le saltó a los pies, pensó en una rata, por lo que dio un salto hacia atrás que casi le hizo caer al suelo, por suerte se pudo sujetar a tiempo a la valla de piedra que circundaba el terreno. Lo que vio, por el contrario, fue un gato negro que había sido molestado en su cómodo refugio entre los hierbajos. Respiró aliviada.

Siguió el camino hacia la puerta principal, saltando entre las ramas que le interrumpían el paso. Le costó abrir la puerta, supuso que como la verja, la cerradura también estaría algo oxidada por el mantenimiento nulo que había recibido.

Al pasar, dio al interruptor que tenía a su derecha, y una bombilla parpadeante colgada en el techo se encendió. Su abuela nunca había dejado de pagar la luz, ni el agua, siempre quiso tener preparada su casa por si alguna vez volvía, aunque nunca regresó. Ella, al recibir la casa en herencia unos meses antes, ni se había molestado en cortar esos servicios, y ahora se sentía agradecida por ello, por ser tan dejada.

A la derecha estaba el gran salón, pasó a él y con la luz que entraba por la puerta, observó el estado desvencijado de los muebles. Se quedó contemplando unos segundos la vieja mecedora de madera de su abuela, aún la recordaba ahí sentada, contándole cuentos mientras ella la escuchaba sentada a sus pies, encima de un cojín.

Pasó a una gran cocina que quedaba a la izquierda de la entrada principal, llena de muebles blancos que habían amarilleado, una preciosa cocina de leña, otra eléctrica que fue comprada para los inquilinos y un bonito chinero.

Continuó por el pasillo, donde debajo de las escaleras había un pequeño aseo. Probó a abrir el grifo, y después de unas burbujas y un ruido de tuberías que parecían indicar que la casa se le iba a venir encima, empezó a salir un

agua totalmente marrón. La dejó correr un rato, hasta que comprobó que empezaba a aclarar.

Se encaminó hasta la habitación del fondo, el despacho de su abuelo. Los pocos recuerdos que Anya tenía de él, eran en esa habitación, sentado tras la mesa, leyendo el periódico o escribiendo en su libro de cuentas. Aún estaba el mismo escritorio de roble macizo que recordaba, pero no había ninguna silla. Todas las paredes estaban cubiertas de estanterías, aunque no había apenas libros en ellas. Éstos, para que no se estropearan, habían sido guardados en grandes cajas de plástico, donde permanecerían protegidos de la humedad, todas ellas, esparcidas por la sala.

La casa parecía estar en mejor estado del que se hubiera esperado, aparte de estar llena de telas de araña, y mucho polvo, no se veía nada que pareciera necesitar con urgencia un arreglo. Supuso que todas esas averías, ya se las iría encontrando.

Subió a la parte de arriba, donde estaban los dormitorios, en cada planta había un baño. Al lado de la habitación de su abuela, en la segunda planta, había una bonita sala que ella utilizaba para recibir a sus amigas en invierno.

Todas las habitaciones tenían viejas camas de matrimonio con mesillas en ambos laterales, todas ellas cubiertas por unos gastados edredones de *patchwork*, hechos por su abuela antes de perder la vista. En los últimos años, apenas veía, Anya se dedicaba a leerle sus novelas, y aunque se quejaba porque algunas eran algo tétricas, siempre, al final le decía, «Cariño, estoy muy orgullosa de ti», a lo que ella le preguntaba, «Pero, abuela, ¿te ha gustado?» «Por supuesto, me ha encantado», le contestaba. Ya no se volvería a producir esa conversación, pensó apenada.

La casa de su abuela le estaba produciendo demasiados recuerdos, todos ellos buenos, pero nostálgicos, aún no estaba preparada para afrontarlos.

Después de comprobar el estado de gran parte de la casa, ya que no subió al ático, puesto que estaba segura de que esa parte iba a estar, cuando menos, llena de bichos, por lo que prefirió dejarla para otro día, abrió todas las ventanas, tanto para que entrara la luz como para ventilar, se puso un pañuelo en la cabeza, unos guantes de látex y sacó todos los productos de limpieza que había comprado en el pueblo.

Empezó por la planta de abajo, con el salón. Pensó que quizás tendría que pasar la noche en su saco de dormir, al lado de la chimenea, porque aun siendo verano, por la noche en la zona refrescaba bastante. Aunque antes tendría que averiguar si el tiro iba bien, no quería morir intoxicada por el

humo mientras dormía.

Ya había quitado las telas de araña del salón, el polvo de los muebles y fregado el suelo, la habitación parecía otra, cuando escuchó que alguien golpeaba la puerta principal que ella había dejado abierta de par en par.

—¿Hay alguien? —La voz era de una anciana. Anya no sabía quién sería, así que se acercó a saludar.

—Buenas tardes.

—Hola, no quería molestar. Es que esta casa lleva tantos años cerrada. Desde lo de... —La mujer no sabía cómo continuar.

—Sí, pero ahora he venido a adecantarla un poco y a pasar algún tiempo por aquí.

—Me alegro de que por fin alguien disfrute de ella. ¿Eres familia de María?

—Sí, soy su nieta.

—Oh, la pequeña Ana. No te había reconocido. Soy Felisa, la vecina de tu abuela. —Anya se acordaba perfectamente de ella, se pasaba muchas horas sentada en el porche con su abuela, ambas cotilleando de todo lo que ocurría en el pueblo. Sería una gran fuente de información para su libro, pensó.

—Anya, ahora soy Anya. La recuerdo con mi abuela.

—Sentí mucho su pérdida. —Lo dijo de corazón.

—Gracias.

—Le diré a mi nieto que venga a echarle una mano. Comprobará el tiro de esa vieja chimenea.

—Oh, gracias, pero no hace falta que se moleste.

—No es una molestia. Cualquier cosa por la nieta de María. Además, se ha encargado de mantenerla, no es que la mantuviera limpia, pero venía a arreglar algunas cosas que con el tiempo se iban estropeando. Por eso estoy convencida de que la chimenea funcionará, pero es mejor asegurarse, no vaya a haber otra desgracia. —Anya le sonrió agradecida. Ahora comprendía por qué la casa no estaba en tan malas condiciones después de diez años cerrada.

No llevaba ni un día fuera de Madrid y toda la gente se había mostrado encantadora, igualito que ocurría en la capital. —No entiendo cómo seguimos viviendo en las grandes urbes—, se dijo a sí misma.

Después de varias horas limpiando, por fin la parte de abajo parecía un hogar. Ahora estaba casi casi como ella la recordaba. Sólo le quedaba adecantar el despacho, que con tantos libros en cajas, le llevaría su tiempo.

Sacó del coche un par de bolsas con algo de comer y beber, que había

comprado esa tarde en el pueblo, y metió algunas bebidas en la nevera, la cual olía a limón gracias al producto que había utilizado para limpiarla. Se sirvió una copa de vino y se sentó en el salón, en la vieja mecedora, a descansar un rato.

—Hola. —La nueva visita sacó a Anya de sus ensoñaciones.

—Hola. Tú debes de ser el nieto de Felisa. —Delante de Anya se encontraba un hombre que aparentaba unos pocos años más que ella, alto y fuerte, moreno de pelo y de piel, supuso que sería de trabajar en el campo, sus ojos grises la observaban con curiosidad.

—Me ha dicho mi abuela que vienes a quedarte un tiempo por aquí.

—Sí, quería algo de tranquilidad. —Dijo levantándose de la mecedora.

—Pues, has venido al sitio adecuado. Aquí nunca pasa nada. —Nada más decir eso, se dio cuenta de su error—. Lo siento.

—No lo sientas, fue algo que pasó hace más de diez años, ajeno a mí. Lo único, que ocurrió en casa de mi familia. Preferiría que la gente no anduviera con pies de plomo sobre este tema, empieza a resultar incómodo. —Anya sonó muy brusca, y no sabía por qué le había soltado todo eso a bocajarro, se sintió avergonzada al instante.

Él empezó a reír a carcajada limpia, desde luego no era la reacción que había esperado ella.

—Supongo que tienes toda la razón. Pero es algo que ocurrió en un pueblo en el que los mayores problemas que existen, son las discusiones entre los vecinos por sus lindes. Aquello traumatizó a todo el mundo, se vivieron tiempos de miedo, nadie se podía creer que hubiera ocurrido tan cerca de su casa, y a alguien a quien conocían de crío. —Se encogió de hombros—. Por cierto, me llamo Mateo.

—Encantada, yo soy Anya.

—Lo sé. No te acordarás de mí, tú eras muy pequeña, pero más de una vez tuve que ayudar a tu abuela a bajarte de los árboles de ahí detrás. —Dijo sonriendo y señalando a la parte de atrás de la casa con un gesto de la cabeza—. Eras una niña muy traviesa, te encantaba hacer trastadas. Tu abuela a veces se desesperaba contigo. —Anya se acordaba de su abuela regañándola porque se iba a romper la crisma, sonrió al recordarlo—. Bueno, pues vamos a ver el tiro de esa chimenea.

Se acercó a la chimenea y se agachó delante de ella, con una pequeña linterna que sacó del bolsillo, observó su interior. Dio una fuerte sacudida a una palanca, y la puerta de metal para la salida de aire se abrió, dejando caer

algunas hojas y poco más.

—Bueno, pues aparte de lo que se había quedado atascado en estas semanas, que no era mucho, y que parece que ha caído, tiene buena pinta. La limpié a fondo hace unos meses.

—¿Por qué? —Anya se había dado cuenta de lo directa que había sido—. Me refiero, que... —Mateo no le dejó terminar la frase.

—Tu abuela hablaba conmigo de vez en cuando, me pedía que, por favor, mantuviera la casa en orden, la quería en perfectas condiciones para su nieta, es decir, para ti. Así que yo le he dado un pequeño mantenimiento.

—Eres muy amable.

—Gracias, pero no sólo era amabilidad. Tu abuela pagaba bien por las chapuzas. —Soltó una gran carcajada. Anya se dio cuenta de que al sonreír se le formaban dos hoyuelos en las mejillas—. La última vez que me lo pidió, fue a finales del año pasado.

—Antes de morir.

—Supongo. Desde entonces, yo he venido un par de veces.

—Gracias de nuevo.

—Bueno, pues vamos a quitar estas hojas y vamos a encenderla, a ver qué tal va.

Mateo colocó algo de leña, que había en un lateral de la chimenea, oculta tras una cortina, prendió un poco de papel y encendió un pequeño fuego.

—Pues parece que la chimenea está en perfectas condiciones. El humo sale por donde tiene que salir y no se queda en la habitación. Así que, si no necesitas nada más...

—Te invitaría a una cerveza en agradecimiento, pero no están frías, ¿una copa de vino?

—No te preocupes. Quizás otro día. —Se dio la vuelta y salió de la casa.

Anya se quedó sola de nuevo. Ahora, el salón parecía sacado de una película de terror, con las sombras creadas por las llamas del fuego contra la pared agitándose en lentos movimientos. Encendió la luz de la estancia y decidió cenar algo.

Antes, se acercó al pequeño baño debajo de la escalera a asearse un poco. Cuando se miró en el espejo, comprobó que estaba llena de polvo, su larga melena castaña, oculta debajo del pañuelo, cayó en cascada al quitárselo, después de lavarse la cara y las manos, se sintió mucho mejor. Lo primero que haría al día siguiente, sería limpiar uno de los baños de arriba, necesitaba una buena ducha.

Acababa de terminar de cenar, cuando le sonó el móvil. Era Gonzalo.

—Hola, cariño, ¿dónde estás? —Parecía preocupado.

—En mi pueblo.

—¿En tu pueblo? ¿Y se puede saber qué haces ahí? —Ahora se mostraba alterado.

—Te lo hubiera contado ayer en la cena, pero no llegaste.

—¿Me estás echando la culpa de algo?

—No, claro que no. Lo que digo es que quería habértelo contado anoche. He pensado hacer una investigación, como para mi primer libro.

—¿Y para eso tienes que irte a tu pueblo?

—Por favor, déjame terminar. Voy a escribir sobre lo que ocurrió en casa de mi abuela.

—¿Es en serio?

—Sí, por qué no. ¿No te parece buena idea?

—No... sí... no sé. Supongo que me ha sorprendido. ¿Y cuánto tiempo vas a estar allí?

—La novela tengo que entregarla en navidades.

—¿Me estás diciendo que vas a estar allí cuatro meses?

—Esa es mi idea. No sé lo que tardaré en escribirla, conozco lo ocurrido, así que espero que no me lleve mucho tiempo, pero seguro que varios meses voy a tener que estar por aquí. Hay mucho que analizar, muchas entrevistas que realizar y demás. —Su primer libro le llevó varios años de investigación que compaginó con los estudios. Todo había empezado como una práctica en la universidad, pero al final, hizo una tesis muy detallada sobre aquel asesinato, lo que le llevó a convertirla en una novela—. Pero, quizás puedas venir algún fin de semana...

—¿Algún fin de semana? ¿Estás loca? Sabes lo cerca que estoy de ser promocionado... —Anya ya no quiso escuchar más, era lo que le faltaba por oír, así que le cortó.

—Perdona, me estás diciendo que tu trabajo es más importante que el mío. —Gonzalo se había dado cuenta de su error, así que intentó recular.

—No, perdona, tienes razón.

—Sólo dime una cosa. Si fuera al revés, no te irías por cuatro meses donde fuera. —La línea quedó en silencio unos segundos.

—Me has convencido. —Gonzalo intentó suavizar la discusión, se había dado cuenta de que había metido la pata, pero Anya ya estaba cabreada.

—Bueno, pues ya sabes dónde estoy. Si quieres venir un fin de semana,

aquí estaré. Trabajando. —Y colgó sin tener más que decir.

Domingo, 28 de agosto

Anya estaba saliendo de la iglesia, Felisa había ido a buscarla esa mañana para ir a misa. Se le había olvidado que en los pueblos era sagrado ir todos los domingos, así que se había cambiado en cinco minutos, para ponerse presentable y poder acompañarla.

—¿Qué tal la limpieza de la casa? —Le preguntó Felisa nada más salir de la iglesia.

—Bien, ayer terminé de limpiar la primera planta, y esta mañana he terminado con el baño y mi dormitorio en la segunda. —Felisa asentía al escucharla, sorprendida por la velocidad a la que avanzaba—. ¿A dónde vamos? —Anya se había percatado de que no iban en dirección a casa.

—Vamos al bar de Néstor. —Felisa sonrió al ver la sorpresa reflejada en su rostro—. Todo el mundo al salir de misa los domingos, va al bar del pueblo a tomar algo. Es el momento en que todos nos relacionamos. —Anya pensó que sería buena idea tratar con la gente, con algunas de esas persona tendría que entrevistarse para su investigación.

Llevaban un rato en el bar charlando con las diferentes personas que se acercaban a saludar a Felisa y a enterarse de quien era la extraña que la acompañaba. Todas recordaban a su abuela con mucho cariño, incluso se acordaban de Anya cuando era pequeña y se pasaba los veranos allí con su hermano.

En una ocasión en la que se encontraban las dos solas, se acercó una mujer, que debía de acabar de entrar en la cincuentena, con una chica de unos veinte años.

—Hola, Paca, ¿cómo vas? Mira, ésta es Anya, la nieta de María. —La mujer pareció sorprenderse por la revelación, y miró de inmediato a la chica que le acompañaba, muy preocupada, pero al notar que no parecía afectada, se relajó.

—Hola, Anya, ésta es mi hija, Raquel. —Anya les sonrió de forma educada, aunque aún se sentía incómoda por el comportamiento de Paca de hacía unos segundos—. ¿Has venido a quedarte?

—Un tiempo.

—Bueno, pues entonces ya nos veremos. —Cogió de la mano a su hija y

se dieron media vuelta, dirigiéndose a la salida del bar.

—Pobre Paca, tiene una gran carga con su hija. La tuvieron que ingresar en un psiquiátrico hará como diez años, poco después de lo que ocurrió en casa de tu abuela. Salió un par de años después, pero nunca volvió a ser la chica de antes. Se llevaba muy bien con la hija menor, su muerte le afectó muchísimo. —Anya comprendió entonces por qué su madre se había preocupado cuando supo quién era—. Bueno, y ahora vamos a comer.

—¿A comer?

—Claro, te vienes a mi casa.

—Pero, si no hace falta, tengo comida en casa.

—No hay no que valga. Te vienes a casa a comer.

Anya no rechistó, se agarró al brazo de Felisa y se dejó guiar hasta la casa de su vecina. En el camino, le fue poniendo al día de quién era quién en el pueblo. Ella anotaba mentalmente algunos nombres que creía recordar y que le serían útiles en su investigación.

La casa de Felisa estaba algo más arriba que la de Anya, era la siguiente a la suya, en la misma calle. Su terreno no era tan grande, y la casa era más pequeña, pero aun así, también era un bonito lugar. La entrada estaba llena de flores muy bien cuidadas en los laterales del camino que llevaba a la puerta principal.

—Es mi pasatiempo. —Felisa se había fijado en donde se habían posado los ojos de Anya—. Me encanta la jardinería y tengo buena mano.

Anya se fijó en las bonitas dedaleras, siempre le había parecido una planta preciosa, con sus flores con forma de campanilla, y sus bonitos colores rosas y morados. Aún se acordaba de pasear con su abuela y su hermano, e ir cogiendo las flores de estas plantas que crecían a las orillas de los caminos, para hacerlas explotar, cerrando el extremo abierto y aplastándolas con fuerza contra la palma de la mano.

—Tiene un jardín precioso. —Le dijo con sinceridad.

—Gracias. Si arreglas un poco el tuyo, te pasaré algún esqueje para que lo plantes.

—Sería genial.

Tras atravesar la puerta de la casa, se dirigieron a la cocina. Era una cocina moderna aunque de estilo rústico, era bonita y estaba muy limpia, pensó Anya.

—¿La ayudo en algo?

—No, muchas gracias Anya, eres mi invitada. Lo que sí me gustaría es

que me tutearas, me haces sentir mucho más vieja llamándome de usted.
—Ambas rieron.

Justo en ese momento entró Mateo en la cocina.

—Veo que os lo estáis pasando fenomenal. —Se acercó a su abuela y le dio sendos besos en cada mejilla—. Hola, Anya.

—Es que tengo una vecina encantadora.

—Ya me había dado cuenta. —Dijo Mateo sonriendo con una media sonrisa, lo que hizo que Anya se sonrojara levemente—. Toma, abuela, te he traído unos pasteles para la comida.

—Se cree que trayéndome dulces no me enfadaré porque no viene nunca a misa conmigo. —Le explicó a su invitada.

—¿Y no es verdad? —Anya estaba disfrutando de la conversación de ambos, se regañaban, pero a la vez demostraban lo mucho que se querían, era una escena realmente cautivadora.

—Anda zalamero.

Felisa puso en el fuego una olla con la comida, según les comentó, esa mañana había preparado pote gallego, sólo tenía que calentarlo. Mientras se terminaba de preparar, Mateo empezó a dejar platos y cubiertos encima de la mesa, que Anya se dispuso a colocar.

—¿Quieres una cerveza o una copa de vino? —Le preguntó Mateo.

—Qué haría yo sin ti. Soy una maleducada, no me he dado cuenta de ofrecer nada a mi invitada.

—No se preocupe Felisa, no hacía falta. Un vino si puede ser.

—Hace cinco minutos que le he dicho que me tutee y ya vuelve a llamarme de usted. —Le dijo a su nieto, quien sonrió cariñosamente a su abuela. Anya ni se había dado cuenta de que no la había tuteado.

—Perdona, es la costumbre.

—Eso está bien, has sido bien educada. —Felisa la miraba con mucho cariño, ella supuso que sería por el gran aprecio que sentía por su abuela.

Mateo se había acercado a la despensa a por una botella de vino tinto, ya de regreso, Anya observaba cómo abría la botella y servía sendos vasos.

—Espero que te guste, es de la tierra.

—Gracias. —Anya dio un sorbo, le pareció algo fuerte, pero, al final, pudo apreciar un delicioso sabor afrutado—. Está rico, quizás un poco fuerte.

—Bueno, no tienes que conducir, así que bebe todo el que te apetezca.
—Le dijo Felisa muy sonriente—. ¿A mí no me pones un vasito?

—Abuela, pero si nunca bebes. —Mateo se sorprendió por la petición.

—Bueno, hoy es un día especial. —Guiñó el ojo a su nieto.

Se sentaron a comer el rico caldo gallego de Felisa y ésta no dejó de contarles las últimas novedades del pueblo. Mateo asentía amablemente, pero Anya notó que no le interesaban ni lo más mínimo los cotilleos que les estaba detallando su abuela.

—¿No vives aquí? —Mateo la miró sorprendido, no entendía a qué se refería—. Perdona, pensaba que vivías con tu abuela.

—Oh, no querida. Mateo tiene una bonita casa a las afueras del pueblo. —Miró a su nieto—. Tienes que llevarla un día. Tiene unas vistas preciosas de la zona.

—No exageres abuela.

—No exagero cariño, es que a veces eres demasiado modesto.

Cuando empezaron a tomar el café de puchero que había preparado Felisa y sacaron los pasteles, ésta no pudo contenerse por más tiempo.

—Anya, ¿y qué has venido a hacer al pueblo? —Mateo se atragantó por la pregunta tan directa que acababa de hacer su abuela, lo mismo que Anya.

—He venido a investigar lo que ocurrió en casa de mi abuela hace diez años. Voy a escribir un libro basado en ese suceso. —Anya fue tan directa como ella, antes o después se iban a enterar, y mejor antes y por ella. Además, estaba convencida de que Felisa sería una gran fuente de información.

—Hija, ¿y no es mejor dejarlo estar y no remover algo así? —Anya no supo qué contestar—. ¿Qué tal llevas vivir en esa casa? ¿No te da miedo estar ahí sola? —Mateo volvió a atragantarse con el café, así que decidió dejarlo a un lado y no seguir bebiendo hasta que su abuela se callara.

—Estadísticamente hablando, las probabilidades de que ocurra dos veces lo mismo en una misma casa son prácticamente inexistentes. Así que, creo que ahí estoy más segura que en cualquier otro sitio.

La respuesta dejó sin palabras a Felisa, y Mateo soltó una carcajada.

—Bueno, pues si lo tienes tan claro, no voy a ser yo la que se oponga. —Felisa lo dijo en tono cariñoso—. Si vas a investigar, creo que con quien deberías hablar primero es con Manuel. —Por la expresión confusa de Anya, Felisa supuso que no tenía ni idea de quién estaba hablando, así que continuó—. Manuel Navarro, el inspector de policía que llevó el caso. —Cuando Felisa mencionó el apellido, Anya cayó en a quién se estaba refiriendo, recordaba al inspector Navarro—. Ahora está jubilado. Vive cerca de aquí, en San Juan. Luego te busco la dirección y su número de teléfono.

—Muchas gracias Felisa, te lo agradezco. —Sabía que le iba a ser de una gran ayuda.

Lunes, 29 de agosto

Esa mañana, se había acercado a comprar una desbrozadora a Paredes, un pueblo a cinco kilómetros de Óbito, algo más grande y con muchas más tiendas. Todos en el pueblo tenían que ir a comprar a menudo allí, ya que era en el único sitio de la zona donde se podía conseguir casi cualquier artículo. En el pueblo sólo se encontraban productos de primera necesidad y a un precio desorbitado, por haber una única tienda sin ningún tipo de competencia. Además, los lunes había un gran mercadillo que aglutinaba un montón de puestos de comida, ropa, calzado y todo lo que los vecinos pudieran necesitar. Los habitantes de los pueblos aledaños solían ir a hacer la compra de la semana ese día, para aprovechar las mercancías expuestas en los diferentes tenderetes.

Paredes era un bonito pueblo cuyo centro era una amplia calle principal, debido a su anchura parecía una plaza, en la cual había un pequeño mercado con frutas recién recogidas, carne recién traída del matadero y pescado fresco, teniendo en cuenta que la zona no era costera.

También, en la misma calle principal, había un gran supermercado de una conocida cadena, un par de bancos, una tienda de todo a un euro, una panadería/pastelería que hacía las empanadas más ricas de la zona, según recordaba Anya de cuando venía con su abuela, algunas ferreterías, una carpintería y un almacén de construcción, en el que se ofrecían, por un precio módico, según ellos, para montar una cocina, construir un baño o realizar cualquier obra en la casa.

Estuvo dando una vuelta por el pueblo, comprando algo de comida y algunas cosas que pensó podría necesitar durante su estancia en el pueblo, incluso algunos productos de decoración, ropa de cama y cortinas, que le gustaron y que darían su propio toque a la casa.

Al ser día de mercadillo, había mucho ambiente, del cual pudo disfrutar mientras comía unas moras que había comprado en uno de los puestos.

Cuando llegó a casa, estaba muy contenta con sus compras, enseguida lo colocó todo y se sintió mucho más acogida en su nuevo hogar.

En ese momento, se encontraba trabajando en la mesa de la cocina, en la que tenía un gran despliegue con el comienzo de su investigación. Había

montado su impresora y el portátil, y había extendido la información que guardaban sus carpetas, por lo que estaba rodeada de papeles. Se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza, sujeto por un bolígrafo, y llevaba puestas sus gafas de leer, su atuendo habitual cuando se metía en faena.

Se encontraba releendo algunas de las noticias publicadas en los periódicos de la época, estudiando la información que tenía guardada, y recordando los detalles de lo ocurrido, mientras mordía el capuchón de un bolígrafo. Estaba completamente concentrada en su labor, si se hubiera caído el mundo, no se habría enterado.

«Martes, 3 de octubre, 2006
Asesinato múltiple en Óbito.

La policía encontró, ayer lunes, los cadáveres de un adulto y tres niños en el interior de una vivienda en Óbito, en lo que las autoridades investigan como un homicidio múltiple.

El inspector Navarro, encargado de la investigación, informó que la policía acudió a la casa, alertados por un compañero de trabajo del cabeza de familia, quien estaba preocupado porque éste había faltado los dos últimos días a su puesto en el hospital, sin avisar, lo cual era extremadamente inusual.

Cuando la policía llegó a la casa, se encontró con cuatro cadáveres. En las últimas horas, han sido identificados como la familia Ruíz Moreno. Los cuatro miembros de la familia hallados muertos son, Elena Moreno de 42 años de edad, y sus hijos, Miguel (17), Alejandro (15) y Mónica (12). Se cree que fueron asesinados en la noche del pasado viernes.

Jaime Ruíz, reputado cirujano, marido de Elena Moreno y el padre de los tres chicos, ha desaparecido. La policía no descarta que también haya sido asesinado y que en breve localicen su cadáver en los alrededores de la casa.

Todos ellos sufrieron traumatismos, posiblemente fueron apuñalados. La policía está a la espera de los resultados de las autopsias que están programadas para hoy.

El inspector Navarro también informó que las puertas de la vivienda estaban cerradas, que no había señales de entrada forzada y que la casa no fue registrada.

‘Eran una familia de lo más normal’, aseguraba entre sollozos una vecina, Felisa Santos.

‘Queremos saber quién lo hizo. Ellos no se merecían esto. No entendemos qué fue lo que pasó’, comentaba otra vecina del pueblo, Carmen

Mora, que regenta un hostel en la plaza.

El inspector Navarro indicó que se trata de un incidente aislado, que no representa amenaza alguna para la comunidad».

«Miércoles, 4 de octubre, 2006

Los resultados de las autopsias de la familia asesinada resultan perturbadores.

Se han realizado las autopsias de los cuatro cadáveres de la familia Ruíz Moreno, encontrados el pasado lunes en una vivienda en Óbito, un bonito pueblo en el norte de España. Se trata de la familia de un reconocido cirujano. Los cuerpos fueron hallados en diferentes lugares de la casa.

Según las autopsias, Elena Moreno fue apuñalada en el abdomen cinco veces, tenía cortes en la cara y le cortaron las arterias del cuello. De acuerdo con el informe, también tenía cortes en las manos y su muñeca derecha estaba dislocada. Fue encontrada en las escaleras. La policía cree que fue sorprendida por el asesino, cuando bajaba alertada por los gritos de sus hijos.

Los hijos, Miguel, Alejandro y Mónica, fueron encontrados en la cocina, todos ellos con heridas de arma blanca, golpeados y apuñalados varias veces. Sobre la mesa de la cocina había diferentes libros de texto, lápices, bolígrafos y reglas.

Gracias a las autopsias se ha determinado que se utilizaron dos armas cortantes diferentes en los asesinatos.

La policía no encuentra evidencias que expliquen la violencia de los crímenes. Los inspectores están revisando mensajes de texto, *emails* y toda la información que encontraron en la casa.

El cuerpo del padre sigue sin aparecer. Se empieza a barajar la hipótesis que el asesino haya sido el cabeza de familia.

Se ha encontrado en la vivienda de los Ruíz Moreno un recibo de compra de diferentes cuchillos, de tamaños y hojas distintos. Quizás los utilizados para cometer estos atroces crímenes».

«Viernes, 13 de octubre, 2006

Nuevas revelaciones en el caso de la familia asesinada en Óbito.

Aunque el misterio no se ha resuelto y puede que en su totalidad no se resuelva nunca, en las últimas horas se han conocido algunos datos importantes sobre el impactante caso del cirujano que supuestamente asesinó a toda su familia.

La gran pregunta de la policía era, por qué un cirujano al que parecía irle todo bien, que parecía haber logrado hacer realidad muchos de sus sueños, y además presumía de tener una familia perfecta, había asesinado a su mujer e hijos.

Se han recopilado algunos hallazgos que arrojan algo de luz sobre la situación del hombre. Según un compañero de trabajo, Jaime Ruíz estaba muy estresado por causas laborales, recientemente había perdido varias vidas en quirófano y por ello se había visto perjudicado su estado emocional.

Amigos de la familia han declarado que el Sr. Ruíz tenía problemas financieros que podían estar empezando a afectar a su estatus social. Se había visto obligado a pedir a sus familiares más cercanos algunos pequeños préstamos.

Miembros de la familia han informado que estaba sufriendo un pico de depresión y ansiedad, relacionado con su estresante situación laboral y económica. Han comentado que en los últimos tiempos, faltaba a sus citas familiares y que tras probar diferentes medicamentos recetados, no se sentía mejor».

En todos los artículos aparecía la misma foto de la familia, todos sentados en un banco de piedra, el cual Anya reconoció, era el que había en la parte de atrás de la casa, de fondo los frondosos árboles y el arroyo que cruzaba su propiedad. Todos sonrientes, parecían felices. Todos guapos. Ninguno se imaginaba lo que les esperaba en un futuro cercano, pensó Anya mientras los contemplaba.

Después de repasar las crónicas, y la poca información que guardaba en sus carpetas, ya tenía claro cómo iba a orientar su libro y su investigación. Jaime Ruíz nunca fue encontrado, todo el mundo lo señaló como culpable, nunca pudo defenderse, y la realidad era que todas las pruebas eran circunstanciales. ¿Y si no fue eso lo que ocurrió?

Durante años Jaime Ruíz fue la persona más buscada en toda España, su fotografía aparecía en todas las comisarías. ¿Cómo nadie lo localizó? Quizás cruzara fronteras y se fuera del país. Pero, ¿y si no fue así?

Empezó a escribir, a detallar todo lo ocurrido, todo lo informado en los periódicos, todo lo que se había publicado, lo cual se sabía de memoria, y todos los cotilleos vertidos alrededor, que también conocía por la parte que le correspondía.

Cuando levantó la cabeza del portátil, le escocían los ojos, pero había

terminado. No había escrito un capítulo, sino más de uno. No tenía claro cómo los iba a organizar finalmente, si lo que acababa de escribir sería la introducción o irían más adelante. Pero estaba satisfecha y estaba segura de que su editora se tranquilizaría con el resultado. Le envió ese primer borrador a Carmina por correo electrónico, lo recibiría mucho antes de lo que se esperaba.

Martes, 30 de agosto

Estaba entusiasmada, iba por buen camino, acababa de leer el *email* de contestación de su editora, le había parecido perfecto el tema del libro y el borrador que había recibido le había encantado, si lo enfocaba bien, podría resultar muy atractivo para los lectores, le decía.

Tenía que organizar cómo iba a llevar a cabo la investigación y a quién iba a entrevistar. El inspector Navarro era el primero de su lista, luego se pasaría por casa de Felisa a ver si había encontrado su dirección. A continuación, hablaría con los vecinos, por si recordaban algún detalle al que en aquel momento no hubieran dado importancia, y si no recordaban nada nuevo, por lo menos le contarían lo mismo que le contaron a la policía, al fin y al cabo, información interesante para incluir en su libro. También tendría que hablar con los familiares, todas aquellas personas que indicaron que Jaime Ruíz estaba depresivo. Lo mismo tendría que hacer con los compañeros de trabajo, para conocer su versión.

Estaba muy optimista con la información obtenida, seguro que escribiría una novela plagada de intriga y misterio, y quién sabe, a lo mejor daba un giro de ciento ochenta grados al caso, a no ser que no hubiera nada que indicara que el asesino no había sido el padre, lo que probablemente era lo más seguro, puesto que la policía no encontró a más sospechosos. Pero eso ahora era lo menos importante, en su novela tenía vía libre, fijo que encontraba otras posibles vías de investigación, se dijo, ya tenía en la cabeza algunas ideas que aún no se habían acabado de asentar, pero que lo harían cuando correspondiera.

Aunque no iba a ser hoy, esa mañana pensaba ponerse a desbrozar el jardín delantero de la casa. Tenía mucho que hacer. Había dado una vuelta por la parcela, parecía que lo peor eran las zarzas de la entrada, el resto estaba muy descuidado, pero sólo necesitaba ser limpiado, quitar hojas, malas hierbas y poco más. Así que esperaba dejar todo decente en poco tiempo.

Como le habían dicho cuando compró la máquina, se puso las gafas de protección, que también había comprado, y unos pantalones largos para no arañarse las piernas, y empezó con la tarea.

A media mañana, el sol en lo alto le estaba haciendo sudar de lo lindo.

Pasó a la cocina a servirse un vaso de agua fría, luego fue al baño donde se refrescó un poco con agua fresca que se echó en la cara y el cuello, y se embadurnó de crema protectora, no le apetecía quemarse por estar trabajando un día en el jardín.

Continuó con su labor, que le estaba cundiendo bastante, si seguía a ese ritmo terminaría esa misma tarde, se animó. Cuando ya empezaban a sonarle las tripas, le pareció escuchar a alguien que la llamaba, con el ruido de la desbrozadora le costó darse cuenta.

—Buenos días. —Mateo la observaba con una sonrisa de medio lado—. Veo que has venido con ganas de currar.

—El jardín está tan descuidado, y lo recuerdo tan bonito. La parte de atrás no se ve tan mal, pero este trozo... uuufff... además, me da miedo que me salga alguna culebra al pasar.

—Tal y como coges la desbrozadora vas a acabar con dolor de espalda. —Atravesó la puerta de la valla, y se acercó para enseñarle cómo debía colocarse. Cuando Anya retomó el trabajo, se dio cuenta de que era mucho más fácil utilizando esa postura y hasta le pareció que era más rápido.

—Parece que funciona.

—Si me invitas a comer, termino lo que te queda antes. —Anya miró a su alrededor, ella llevaba varias horas y no había hecho ni la mitad, y prácticamente era la hora de comer. Lo miró escéptica—. ¿No me crees capaz? —¿La estaba retando? Le hizo gracia, porque ella salía ganando con el trato.

—De acuerdo. —Le pasó la desbrozadora y las gafas protectoras, y ella entró en el interior de la casa a preparar algo de comer sin mirar atrás.

Mateo se puso a trabajar, estaba acostumbrado a eliminar ese tipo de arbustos, su terreno se llenaba de malas hierbas enseguida, en cuanto se descuidaba un poco, y eso le ocurría con facilidad puesto que su profesión le absorbía la mayor parte de su tiempo.

Anya, mientras tanto, puso todos los ingredientes necesarios para hacer un gazpacho en su batidora de mano, y además, echó unos trozos de manzana, le encantaba el contraste que le daba al típico gazpacho andaluz. Lo batió bien y lo guardó en el frigorífico para que estuviera bien fresquito en el momento de comer. Había apartado algo de tomate, pimiento y cebolla, que ya había cortado en pequeños trozos, para echarle por encima al servirlo. El segundo plato iban a ser unos filetes que había comprado en la carnicería de Paredes el día anterior, tenían muy buena pinta, esperaba que supieran igual.

Aunque prefirió hacerlos cuando fueran a comer para que no se quedaran fríos.

Cuando terminó, se asomó por la ventana y vio que Mateo seguía trabajando, se había quitado la camisa, por lo que no pudo evitar contemplar su musculoso cuerpo, su pelo húmedo por el sudor le caía por delante de sus ojos. Iba a buen ritmo, como le había prometido, ya casi había terminado. Cogió dos cervezas frías de la nevera, en un plato colocó unas aceitunas y salió al porche. Dejó las aceitunas encima de la mesa y con las cervezas en la mano se acercó a Mateo, quien paró la desbrozadora en cuanto la vio acercarse.

—Estoy impresionada.

—Ya no queda nada. Después tendrás que arrancarlas de raíz si no quieres que vuelvan a crecer. —Anya sabía que aún tendría mucho que hacer, pero recordaba haberlo hecho con su abuela, así que sería capaz.

—Te he traído una cerveza, luego lo terminamos. No sé cómo voy a poder agradecerte toda la ayuda que estoy recibiendo por tu parte. —Le dijo mientras Mateo se volvía a poner la camisa que había dejado encima de la valla. Se sentaron en el banco que había en el porche, al lado de la mesa, de donde cogieron un par de aceitunas.

—No tienes nada que agradecer, es una forma de compensar lo que hizo tu abuela por mí. —La cara de Anya mostró la sorpresa que sentía, y quizás también, un poco de decepción—. Me ayudó con los estudios. Si no hubiera sido por ella, habría acabado como el resto de mis compañeros de colegio, trabajando en el campo. Pero ella me ayudó a conseguir una beca universitaria, me pagaba por hacer mantenimientos en su casa, y de esta forma pude pagarme mis estudios.

—Por eso seguías manteniéndole la casa. —Mateo asintió, ahora ya no necesitaba el dinero que ella le pagaba, pero María no hubiera permitido que le arreglara la casa a cambio de nada—. ¿Y qué estudiaste? ¿En qué trabajas? —Anya sentía curiosidad.

—Estudié en la Facultad de Derecho, en la Universidad de León. Trabajo en un pequeño bufete.

—¿Hay mucho trabajo?

—Aunque no te lo creas, sí, estamos hasta arriba. Somos dos socios, un compañero de estudios y yo, y no damos abasto. Sobre todo tenemos casos de disputas por lindes en los terrenos, testamentos, divorcios y cosas del estilo. Como puedes ver no es muy ameno, pero yo disfruto con ello. —Aunque

Mateo sabía que eran sobre todo papeleo, él no se aburría. Alberto, su socio, y él se divertían mucho por algunos incidentes con los que venían sus clientes, discusiones entre vecinos de lo más absurdas, que solían resultar muy entretenidas, se tenían que servir de cualquier triquiñuela para llegar a buen puerto, a veces tenían que ser muy imaginativos.

—Estaba convencida de que trabajabas en el campo. —Se sinceró Anya.

—Para ser una investigadora, parece que prejuizas antes de conocer los hechos. —Le dijo sonriente Mateo.

—Bueno, también soy escritora, ya sabes, la imaginación al poder. —Ambos sonrieron—. La verdad es que tienes cuerpo de trabajar duro, y estabas tan moreno, que pensé que harías labores en el campo. —Mateo soltó una gran carcajada.

—El cuerpo es de gimnasio, suelo ir a desfogarme un rato después de mi jornada laboral en el bufete. El moreno es porque he estado de vacaciones en la playa, llegué la semana pasada. —Anya se sintió avergonzada, tenía razón, lo había prejuizado. Mateo se terminó la cerveza de un trago—. Por cierto, yo había venido a decirte que mi abuela te ha preparado una entrevista con Manuel Navarro. —Sacó del bolsillo del pantalón un papel que le pasó, en él estaba apuntada la dirección del ya jubilado inspector de policía—. Te espera mañana a primera hora.

—¿Primera hora? ¿Las nueve de la mañana o antes?

—Creo que esa hora será perfecta.

—¿Y tú, qué opinas sobre lo que ocurrió en esta casa? —Mateo se quedó en silencio unos segundos antes de contestar, observándola, no parecía que le interrogara, simplemente quería conocer su sincera opinión.

—No sé qué decirte. Yo no estaba aquí cuando ocurrió, estaba en León terminando la carrera de Derecho. Fue un acontecimiento traumático en el pueblo. Aquí nunca ocurre nada, te puedes imaginar, y aquello fue muy doloroso, sobre todo porque todos los conocíamos. Jaime era de aquí, bueno, en realidad era de Cubelos, el pueblo de al lado, y Elena llevaba algún tiempo viviendo en Paredes. En cuanto se casaron, se instalaron en el pueblo, los niños crecieron en Óbito. Al principio vivían en una pequeña casa en la parte alta del pueblo, pero cuando tu abuela se fue a Madrid, se trasladaron. Esta casa es más grande.

—¿Crees que lo hizo el padre tal y como se dijo en los periódicos y como pensó la policía?

—¿Piensas que no fue él el asesino?

—No lo sé. Así es como voy a enfocar mi novela, pero no tengo ni idea si fue o no culpable.

—Desde luego, si no fue él el culpable, un asesino anda suelto. —Anya se quedó pensando en lo que acababa de decir Mateo. Había considerado la posibilidad que Jaime Ruíz no fuera el asesino, pero no se había dado cuenta de que si fuera así, habría un asesino, quizás en el pueblo, que había asesinado a sangre fría a una familia entera. Sintió un escalofrío sólo de pensarlo, pero se lo quitó de la cabeza, de todos modos era su idea para una novela de ficción basada en hechos reales—. Terminó esto y comemos esa riquísima comida que espero que hayas preparado. —Mateo se levantó del banco y continuó con la tarea de quitar zarzas. Mientras, Anya lo observaba sin quitarse de la cabeza lo que acababa de decir.

Miércoles, 31 de agosto

Anya iba en su Jimny de camino a la casa del inspector Navarro. En su navegador no aparecía la dirección que le había dado Felisa, pero supuso que no sería difícil encontrarla.

Estaba llegando a San Juan, un bonito pueblo que se encontraba a quince kilómetros de Óbito. En el camino, estuvo admirando el bello paisaje que la rodeaba, altas montañas, frondosos bosques y el río que discurría paralelo a la estrecha carretera. Aun estando a finales de verano, todo se veía muy verde. En algunos laterales de la carretera aparecían zarzamoras, con sus frutos en todo su esplendor, en rojo y en negro. Anya se dijo que tendría que ir a dar una vuelta por los caminos a coger moras, con azúcar le encantaban.

Abrió la ventanilla para que entrara el maravilloso olor a campo. Esa noche había caído una tormenta, por lo que se respiraba el fresco olor en el ambiente. Aunque esa mañana lucía un sol brillante, aún se podían ver algunas nubes, pero estaba segura de que a lo largo de la mañana, desaparecerían.

Cuando entró en el pueblo, se sorprendió por las grandes casas de piedra que la rodeaban, todas con ventanas y terrazas de madera, y techos a dos aguas de pizarra, parecía una estación invernal de esquí, de esas que aparecen de manera habitual en las películas, imitando a las cabañas suecas.

Llegó a una bonita plaza, en cuyo centro había una fuente con un ángel tocando una trompeta de la que salía un chorro de agua. Detrás, estaba el ayuntamiento, y alrededor, más casas del mismo estilo que las que había visto al entrar al pueblo. Nada más salir de la plaza se encontró con un pequeño bar en una esquina, con dos mesas y varias sillas alrededor de éstas de plástico, la puerta de entrada estaba cubierta con unas cortinas de exterior de macramé. Anya recordaba a una amiga de su abuela haciendo ese tipo de cortinas en el porche, eran prácticamente las mismas.

Dejó el coche en la puerta del bar, a continuación de las mesas de la terraza, y pasó. Nada más atravesar la puerta, se encontró con un amplio bar en el que ya había un par de vecinos tomando un café con leche y hablando de los partidos de fútbol que se iban a jugar el siguiente fin de semana, en la liga que acababa de comenzar.

Ella los ignoró y se acercó a la barra mientras iba sacando del bolso el papel donde tenía apuntada la dirección de Manuel Navarro. Un joven detrás del mostrador la observaba dispuesto a atenderla.

—Buenos días. —Saludó con educación a todos los congregados. A continuación se dirigió al camarero—. Quería saber cómo llegar a esta dirección. —Le entregó el papel—. Es la casa de Manuel Navarro. —El joven ni se molestó en ver lo que había apuntado.

—Siga por la carretera, todo recto. En cuanto salga del pueblo, hay una desviación a la derecha en la que aparece el cartel de Parque Natural, cójala. Enseguida verá unas casas a la derecha de la carretera, todas iguales, entonces habrá llegado. La suya es la segunda. No tiene pérdida.

—Muchas gracias. —Le contestó Anya, quien se había percatado de que había llamado la atención de todos. En cuanto pronunció el nombre del inspector Navarro, los pocos vecinos reunidos en el bar la observaron con curiosidad. Ella se despidió de todos ellos amablemente y salió del local.

En el coche, siguió las indicaciones que le acababan de dar y llegó en poco tiempo a la casa de Navarro.

Todas las casas eran en verdad iguales, todas de piedra, aunque ésta parecía falsa, no como las casas del pueblo, el tejado a dos aguas de madera oscura, como la madera que bordeaba las ventanas, todas rodeadas por una valla de madera, detrás de la que había césped y algunas plantas. Si no hubiese sabido que ahí vivía alguien de la zona, Anya hubiera pensado que eran casas rurales que se alquilaban a los turistas.

Accedió a la segunda, tal y como le habían indicado. El patio estaba muy bien cuidado, había bastantes plantas, todas en muy buen estado, dignas de admiración. Llamó a la puerta y al poco le abrió un hombre con una buena mata de pelo blanco, unas gafas con una fina montura plateada, que revelaban unos ojos con un brillo especial, cariñoso, dulce, pero que no ocultaban una vida dura. Iba vestido con unos pantalones chinos de color crema, una camisa de manga larga del mismo color y un chaleco de punto en tono verde claro, que aportaba una pizca de alegría al conjunto.

—Supongo que eres Anya Sáez. —Ella asintió—. Felisa me dijo que vendrías a verme. Pasa. —Se apartó de la puerta para dejarla entrar.

El recibidor daba acceso a unas bonitas escaleras de madera, a la derecha aparecía un amplio salón con chimenea, cuyas paredes estaban cubiertas o de madera, como una cabaña rústica, o de estanterías llenas de libros, encima de la chimenea una televisión plana, enfrente, un sofá en un tono crema y una

mesa baja con un libro abierto, que supuso que había estado leyendo mientras la esperaba. A Anya le pareció un hogar, se sintió cómoda en cuanto entró siguiendo a Navarro.

—Muy bonito, es un salón muy coqueto.

—Muchas gracias. La verdad es que de la decoración se ocupaba mi mujer, que en paz descanse. Pero, aún no ha perdido el encanto que le dio.

—Siento mucho su pérdida. —Asintió agradecido.

—Murió hace tres años. Fuimos muy felices juntos. —Navarro se dio cuenta de que empezaba a ponerse nostálgico, así que movió la cabeza como queriendo sacarse esos pensamientos—. ¿Quieres un café o alguna otra cosa? Acabo de preparar café de puchero, seguro que así no lo hacéis en la capital. —Anya asintió agradecida, aunque se había tomado uno en casa, el café de puchero seguía pareciéndole especial, le sabía distinto al que preparaba en su vieja cafetera, hacerlo en un puchero y colarlo con un colador de tela, hacía que el café conservara un rico sabor. No sabía qué tenía de particular, lo único que tenía claro es que le encantaba.

Mientras se acomodaba en un sillón del gran salón, Navarro apareció con una bandeja en la que llevaba un par de tazas, el café y unas magdalenas. Lo dejó todo delante de ella, en la mesa baja, sirvió ambos cafés y se sentó enfrente, en el gran sofá, mirándola a los ojos.

Aunque parecía mayor y cansado, aún estaba ágil, era muy alto y fuerte, Anya pensó que como inspector de policía, debía de haber sido una persona que imponía.

—Me ha dicho Felisa que estás investigando el asesinato de la familia Ruíz Moreno. —Estaba acostumbrado a ir al grano y a no andarse con chiquitas, cosa que Anya agradeció—. Tengo entendido que murieron en tu propiedad. —Ella asintió.

—Bueno, cuando murieron era la casa de mi abuela. —Hizo una pausa pensando en cómo explicarse—. Trabajo como escritora, escribo novelas de misterio, y he pensado en escribir una novela basada en este asesinato. Por ello, quería hacerle unas preguntas, si no le importa. —Parecía que la estaba sopesando, pero al final accedió.

—Adelante.

—¿Le importa si grabo nuestra conversación?

—No hay problema. —El hombre dio un sorbo a su taza de café sin dejar de observarla. Anya empezaba a sentirse algo intimidada, pero ignoró esa sensación. Sacó de su bolso el móvil, buscó la aplicación que hacía la función

de grabadora y pulsó el botón.

—Tengo entendido que es usted el inspector de policía que llevó el caso del asesinato de la familia Ruíz Moreno, acaecido en Óbito hace casi diez años.

—Así es.

—A partir de su investigación, ¿podría contarme qué piensa la policía que ocurrió esa noche?

—La conclusión a la que llegamos, es que esa noche de viernes, los niños, como era habitual, estaban haciendo los deberes, Elena estaba en la parte de arriba de la casa y Jaime en un acto espontáneo, en ningún momento se nos pasó por la cabeza que fuera premeditado, los mató a todos, debido a la depresión que estaba atravesando. Pensamos que la depresión era causada por un tema económico, en la casa no había dinero, las cuentas del banco estaban en números rojos y la familia y amigos nos contaron que en repetidas ocasiones les habían pedido dinero prestado. Creemos que para salir del agujero en el que se encontraba, decidió matar a la familia antes que verla sufrir por lo que se les avecinaba.

—¿Por qué llegaron a esa conclusión?

—Pensamos que no fue premeditado porque fue desorganizado, el escenario estaba marcado por un acto brutal de violencia, muchas cuchilladas, golpes, cortes, y cosas del estilo. Todo esto nos indicó que había sido un arrebato momentáneo. Por otro lado, las puertas y ventanas estaban cerradas, nadie había accedido al interior a la fuerza, no había evidencias que indicaran que fue un intruso, por lo que el único culpable posible era Jaime Ruíz.

—Pero, Jaime Ruíz desapareció.

—Eso es. Al principio, pensamos que como el resto de su familia había sido asesinado, pero al no encontrar el cadáver, empezamos a sospechar que había huido, y que él había sido el culpable de los crímenes.

—Pero todo esto, no son más que suposiciones.

—Encontramos un *ticket* que demostraba que Jaime Ruíz tenía armas como las utilizadas en los asesinatos. Había realizado una compra de varios cuchillos y armas cortantes unos días antes. —Anyá sentía como si Navarro estuviera recitándole un Padre Nuestro, parecía todo aprendido, memorizado, no había pasión en sus palabras.

—Pero, nunca se pudo confirmar que las armas utilizadas en los asesinatos fueran las mismas que las que compró Jaime Ruíz.

—Nunca se llegaron a encontrar las armas con las que mataron a la

familia.

—Jaime Ruíz era cirujano. —Navarro asintió—. La hipótesis barajada es que asesinó a toda su familia porque se había quedado en la ruina. —Navarro volvió a asentir—. Si fuera así, no cree que lo habría hecho intentando infringir a sus seres queridos el menor dolor posible, es decir, él sabría cómo matar con un cuchillo o un arma cortante de forma que no se sufriera, pero lo que hizo fue apuñalar de forma repetitiva, e incluso cruel, a sus hijos y a su mujer.

—Como comentaba, pensamos que se comportó como un asesino desorganizado que sufrió un arranque de violencia espontáneo.

—La casa estaba cerrada, ¿quién más tenía la llave? Todos sabemos que en los pueblos dejamos la llave al vecino por si pasa algo, y es también muy habitual dejarla debajo del felpudo.

—Al encontrar a toda la familia muerta y al cabeza de familia desaparecido, no pudimos confirmar si alguien tenía copia de la llave o si dejaban alguna debajo del felpudo. Lo que sí pudimos hacer fue preguntar a amigos, familiares y vecinos si tenían alguna copia o si sabían si dejaban alguna copia en algún lugar accesible. Todas las contestaciones fueron negativas.

—¿Sería posible que el asesino se encontrara la puerta abierta?

—Estás suponiendo que el asesino no fue Jaime Ruíz. —Anyá asintió—. Supongo que es posible. En un pueblo como Óbito, como bien sabrás, siendo la nieta de María, las puertas se dejan abiertas con facilidad, sobre todo hace diez años, antes de que ocurriera esto. Pero, no encontramos pruebas de que alguien hubiera accedido a la casa, tampoco encontramos un motivo por el cual alguien que no fuera Jaime Ruíz quisiera matar a la familia.

—Los periódicos informaron que el señor Ruíz estaba siendo medicado por la depresión que sufría.

—Efectivamente, eso dijeron. Su médico nos confirmó que estaba tomando medicamentos contra la ansiedad, en ningún caso antidepresivos. Él siempre mantuvo que Jaime Ruíz no estaba atravesando ninguna depresión, tal y como sus allegados insinuaban, y mucho menos se encontraba en un estado como para matar a su familia.

—¿Ustedes le creyeron?

—Es un especialista. No teníamos motivos para dudar de su palabra e integridad.

—Pero aun así, siguieron pensando que Jaime Ruíz fue el asesino de su

familia. —Navarro no hizo ningún movimiento, ni abrió la boca para corroborar o desmentir esa afirmación—. ¿Podría contactar con él?

—Es el doctor Soler. Aún pasa consulta en Paredes.

—¿Qué hay sobre sus problemas económicos?

—Como decía, no había dinero en la casa, y sus cuentas bancarias estaban a cero, pero sus deudas habían sido saldadas en los días anteriores al suceso. Un compañero del trabajo nos informó, que el señor Ruíz le había comentado, que por fin empezaba a ver la luz al final del túnel.

—¿Qué quiere decir?

—Nunca lo sabremos. Su compañero creía que había invertido en algo y que iba a empezar a recibir ganancias en breve. Pero no pudimos confirmar nada de eso. Lo único que se pudo corroborar, es que había sacado de su cuenta corriente sus escasos ahorros para saldar las deudas que tenía, unos días antes de que su familia fuera asesinada.

—Muchas gracias señor Navarro. —Manuel le sonrió. Anya paró la grabadora del móvil.

—¿Puedo contarte algo extraoficialmente? —Anya se tensó en su asiento, por ahora la entrevista no le había aportado grandes novedades en lo que se refería al caso, lo único, un posible negocio que haría que remontara su economía, pero basado en suposiciones de un compañero de trabajo, aunque si hubiera sido así, el endeble móvil con el que contaban, se hubiera roto en mil pedazos. Quizás ahora, le contara algo más interesante—. Yo nunca creí que Jaime Ruíz fuera el asesino. —A Anya se le abrieron los ojos y la boca por la sorpresa de esa confesión por parte del inspector que había llevado el caso, no se esperaba una afirmación de esas características—. Creo que, como has intentado sonsacarme, alguien entró con una llave, que tuviera en su posesión o que estuviera en algún sitio accesible, mató a todos, e hizo que desapareciera el cadáver de Jaime Ruíz para que pagara el pato. El problema es que por más que lo intenté, no logré encontrar su cuerpo.

—Eso significaría que el asesino era una persona cercana a la familia, alguien con la suficiente confianza para poseer una llave o para saber dónde conseguir una. —Navarro se encogió de hombros—. ¿Por qué cree que esa persona los mataría?

—Eso no lo sé. Los tres motivos básicos para asesinar a alguien son los celos, el dinero y la venganza. La venganza la descartaría, eran bastante queridos en el pueblo. ¿Celos? No sé, quizás un amante de Elena Moreno o de Jaime Ruíz, no pude encontrar ningún tipo de infidelidad, parecían

quererse y ser felices, pero nunca se sabe. ¿Dinero? Si el compañero de Jaime Ruíz estaba en lo cierto y empezaba a recuperarse económicamente, el asesino pudo llevarse dinero, desde luego en la casa no encontramos nada. No tuvimos oportunidad de que alguien nos dijera si echaba algo en falta, los únicos que podían saberlo eran nuestras víctimas.

Anya se sintió muy agradecida por la sinceridad de Navarro.

—¿Todos opinaban como usted? ¿O era el único?

—Bueno, no puedo hablar por mis compañeros, pero creo que sí, que ninguno nos creímos nunca que realmente Jaime Ruíz asesinara a su familia. El problema, bueno, más bien los problemas con los que nos encontramos en la investigación, fueron variados. Fue un caso que tuvo mucha repercusión mediática, toda España estaba pendiente de lo que ocurría aquí. Además, esos asesinatos sembraron el terror en la zona, todo el mundo estaba aterrorizado, nadie quería creerse que Jaime Ruíz fuera un asesino, pero si no hubiera sido él, el asesino todavía andaría suelto, y esa idea les daba aún más miedo. Y para terminar, la presión por parte de los altos cargos era muy fuerte, querían un culpable, y el único del que disponíamos era de Jaime Ruíz, quien no podía defenderse. Así que al no encontrar más pruebas, el caso se cerró con Jaime Ruíz como cabeza de turco.

—Muchísimas gracias, señor Navarro, ha sido de gran ayuda.

—De nada. —Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Ahora, cuéntame los últimos años de tu abuela María, la echamos de menos todos estos años que estuvo en Madrid, y saber que ya no volverá... —Dejó las palabras en el aire.

—No sabía que conocía a mi abuela.

—Oh, claro que sí. Cuando éramos jóvenes todos estábamos enamorados de ella. Estudiamos juntos en Paredes. Era la chica más guapa de la zona, con su preciosa melena castaña y sus ojos que a veces parecían verdes. —Se quedó contemplando a Anya en silencio unos segundos—. Tú te pareces mucho a ella. —Anya le sonrió, era bonito que recordasen con tanto cariño a su abuela y que además la compararan con ella.

Salió de la casa de Navarro una hora después, tras haber escuchado unas cuantas anécdotas de cuando era joven, algunas con su abuela y otras no. Parecía un hombre muy activo, pero también muy solo. Se prometió que se acercaría de vez en cuando a charlar con él. Por lo que le había comentado, tenía dos hijos, uno vivía en Barcelona y otro en Santander, a ambos los veía muy poco. Tenían ya su vida hecha lejos del pueblo, y se pasaban a verle

algunos días en verano y algún fin de semana suelto. Era más habitual que fuera él a verlos o a pasar las navidades con ellos, que a la inversa.

Ya de vuelta a casa, iba ordenando toda la información recibida en la cabeza, tenía que plasmarla en su novela. El libro parecía que iba a salir rodado. Incluso le había dado posibles asesinos para su historia, un amante, algún ladrón, tenía infinidad de posibilidades que no pensaba desperdiciar.

Sábado, 3 de septiembre

Anya había decidido aprovechar esa mañana para organizar el desván. Había subido hacía un par de días, y había comprobado que sólo guardaba unas cuantas cajas, algún mueble viejo y poco más, estaba prácticamente vacío, lo cual la relajó, no tendría demasiadas tareas que realizar ahí arriba.

Ya había limpiado la casa al completo, a falta de esa planta. La entrada desbrozada parecía otra cosa, tenía pensado pasarse el domingo quitando las malas hierbas de raíz. El resto del jardín, aunque estaba en mejores condiciones, había decidido que se lo iba a dejar a unos profesionales. Gracias a Felisa, ya había hablado con un chico del pueblo quien se iba a encargar, con su cuadrilla, de dejárselo como en los viejos tiempos. Anya pensó que había sido demasiado optimista al asegurarle algo así, pero no dijo nada, quizás la sorprendiesen. Habían quedado con ella en que empezarían el lunes.

Por otro lado, la novela avanzaba muy deprisa, con todo lo averiguado y su imaginación, ya llevaba bastante escrito. Su editora estaba que no salía en sí de gozo.

Sólo llevaba una semana en el pueblo y había adelantado muchísimo. Estaba muy orgullosa de sí misma, la casa empezaba a parecer un precioso hogar y el libro empezaba a ver la luz.

Claro que, aparte de limpiar y escribir, poco más había hecho. Se acostaba a diario antes de las diez de la noche, agotada, tanto por el trabajo físico como por el intelectual. Se levantaba a las siete, o antes, y puntualmente se aplicaba con alguna de las labores pendientes. Aunque tampoco ayudaba que en el pueblo no hubiera actividades interesantes que hacer. Había leído en el tablón de anuncios de la única tienda que había, que para mediados de septiembre iban a impartirse clases de cocina internacional en el salón de actos del ayuntamiento, y en un ataque de aburrimiento, se había apuntado, se dijo que no tenía nada que perder, y sí mucho que ganar, le encantaba cocinar y probablemente aprendería nuevas recetas y algunos trucos que *a posteriori* podría aplicar en sus propias recetas.

Cuando subió a la buhardilla, lo primero que hizo fue abrir las ventanas y ventilar un poco, olía a cerrado y quizás a humedad, tendría que comprobar si

tenía moho o le entraba agua por alguna parte, pensó.

A continuación, comenzó a limpiar, cuando hubo terminado, la habitación tenía otro aspecto, ya no le olía a humedad, lo cual le resultó un alivio. Las cajas seguían sin haberse tocado y los muebles en el mismo sitio, pero el haber quitado las telas de araña, los bichos habituales en las casas de pueblo y el polvo, hacía que la habitación no le diera tanta grima.

En ese momento, se dio cuenta de que eran más de las doce de la mañana, llevaba casi cuatro horas limpiando, la espalda le empezaba a molestar. Tendría que averiguar si por la zona había un buen fisioterapeuta, echaba de menos al suyo habitual de Madrid, que la dejaba como nueva.

Bajó a la cocina y cogió un refresco de la nevera, decidida a empezar a abrir cajas. Temía lo que se podría encontrar en ellas, supuso que sería una mañana plagada de recuerdos, por todos los objetos que iba a hallar y que pertenecerían a su abuela.

La primera caja que abrió era de juguetes, algunos los reconoció como suyos y de su hermano, otros eran más antiguos, así que se figuró que serían de su padre. Sacó algunos de la caja, pensó que serían bonitos detalles para decorar alguno de los dormitorios, eran juguetes tradicionales y estaban muy bien conservados, como los que vendían ahora en algunas tiendas y que resultaban bastante caros.

La segunda caja con la que se topó contenía viejos manteles y sábanas, que en alguna época habían sido blancos, pero que actualmente estaban amarilleados por completo. Tenían bonitos bordados, quizás hechos por su abuela, o incluso por su bisabuela, ya que eran los típicos enseres que formaban parte del ajuar. Entre ellos, había ramilletes de lavanda, aunque ya apenas se notaba el olor, también había saquitos, que como pudo comprobar, contenían cáscaras de limón y granos de café, un remedio antipolillas casero, aún recordaba a su abuela haciéndolos cuando era pequeña para ponerlos en el interior de cajones y armarios. Algunos manteles y algunas sábanas parecían que se podrían volver a utilizar si conseguía blanquearlos, otros estaban demasiado desgastados por el uso o por lo añejo. Apartó todo lo que consideró que estaba en buen estado para ser reutilizado, con la idea de buscar en internet alguna forma de dejarlo como nuevo o por lo menos algo más blanco.

La siguiente caja estaba llena de álbumes familiares. Anya cogió el primero esperando encontrarse con fotos antiguas de su familia, tal vez en alguna apareciera ella, pero al abrir la primera página se dio de bruces con

algo muy diferente a lo que se esperaba.

El primer álbum contenía fotografías de una niña pequeña, pero no era ella ni nadie de su familia. Era una niña rubia, con el pelo rizado, muy sonriente, en la esquina de la página ponía «Mónica, 1995». Anya se dio cuenta de que eran álbumes de fotos de la familia que había ocupado la casa antes que ella, la familia que había muerto entre esas paredes y sobre la que ahora se encontraba investigando.

Su primer impulso fue cerrarlo, cambiar de caja, se sentía como si estuviera invadiendo su intimidad, pero si estaba escribiendo sobre ellos, ¿no sería mejor saber exactamente quiénes eran y cómo eran? Continuó revisando el álbum, viendo como la pequeña iba creciendo poco a poco. Aparecía en diferentes cumpleaños soplando velas, con la familia en el campo o en la playa, con sus hermanos en un parque, y así hasta llegar al 2006, año en el que el álbum se terminó, como su vida, pensó Anya.

El siguiente álbum que revisó contenía fotografías de la familia, todas ellas de la década anterior. La familia de vacaciones, la familia en la casa de su abuela, la familia de excursión en el campo, y así continuaban, todos juntos en un sinfín de lugares. Parecían todos tan contentos, no podía creerse que les hubiera pasado lo que les pasó poco después de haber sido realizadas esas instantáneas. No se había dado cuenta, pero las lágrimas le resbalaban por las mejillas, cuanto más conocía a la familia gracias a esas imágenes, más triste se sentía.

Sacó una carpeta, al abrirla, se encontró con varios dibujos firmados por Alejandro, el hijo mediano, parecían ser de cuando comenzaron a vivir en casa de su abuela, en el 2001. Anya calculó que tendría unos diez años por ese entonces. Reconoció un dibujo con la casa vista desde el frente, se veía la valla, el jardín de la entrada, las tres plantas que formaban la casa y el desván, todo coloreado con lápices de diferentes colores. El siguiente dibujo representaba la parte de atrás, se veía la casa, la cuadra en el lateral izquierdo y una noria de agua que tenía a modo decorativo su abuela, aunque quizás alguna vez cumpliera con su función.

En ese momento, ya no pudo parar, empezó a sollozar, por todos ellos, por sus muertes, por lo que se perdieron al morir, les quedaba todavía tanta vida, eran tan jóvenes.

Mateo estaba en la puerta de la casa de Anya, su abuela le había pedido que fuera a buscarla para invitarla a comer, y no aceptaba un no como respuesta, le había advertido, sonreía sólo de pensar en lo cabezota que era a

veces, pero eso le venía bien, le gustaba Anya, era una chica decidida e inteligente, y le divertía, hacía tiempo que nadie le llamaba la atención.

Después de llamar varias veces, probó a girar el pomo, y como se imaginaba, estaba abierto, no había cerrado la puerta, como era habitual entre los vecinos del lugar. En cuanto entró en el recibidor de la casa, gritó su nombre, pero seguía sin recibir contestación. Echó un vistazo por la planta de abajo, y al no encontrarla decidió seguir subiendo. Le había dicho que se iba a pasar el día de limpieza, así que tenía que estar en alguna parte de la casa. En las escaleras escuchó algo, agudizó el oído a ver si descubría de dónde provenía ese sonido, y siguió subiendo, creyó adivinar que salía del desván. Cuando llegó, se encontró a una Anya que lloraba desconsoladamente, al mirar en derredor entendió lo que ocurría. En el suelo había desparramados un montón de dibujos que parecían hechos por un niño, también había álbumes de fotos abiertos que mostraban imágenes de los Ruíz Moreno, alegres y sonrientes. Se sentó a su lado y la abrazó para consolarla. Ella se acurrucó entre sus brazos y continuó llorando, y desahogándose.

—Eran tan jóvenes. —Decía Anya entre las convulsiones provocadas por sus profundos gimoteos.

—Sssshhhh... calma, calma... —Le decía mientras le frotaba la espalda y la acunaba, cosa que, poco a poco, pareció apaciguarla.

Después del sofoco inicial, ya estaba más tranquila. Gracias a Mateo se había calmado, y después de una comida con él y con Felisa, se había quedado completamente serena y relajada, olvidando el episodio ocurrido en el desván.

En ese momento, estaba trabajando en la mesa de la cocina, había seleccionado algunos de los dibujos de Alejandro, tenía pensado escanearlos y enviárselos a Carmina para ver qué opinaba sobre ellos, se le había ocurrido incluirlos en la novela, no tenía muy claro cómo, si en el interior o quizás en la portada y contraportada, eso lo dejaba a la elección de su editora y de los diseñadores. Pero creyó que quedarían bien en el libro.

Estaba tan enfrascada en lo que estaba haciendo que no escuchó que alguien llamaba a su puerta, cuando se dio cuenta, se levantó y se dirigió a la entrada de la casa a ver quién era, no esperaba a nadie, pero sabía que en un pueblo eso daba igual, podía ser cualquiera, aunque sólo pasara a saludar.

Al abrir la puerta se llevó una sorpresa, aunque no supo decidir si era

grata o incómoda. Mirándola con cara de no haber roto un plato en su vida, y muy sonriente, estaba Gonzalo.

—Hola, cariño. —Se acercó y le dio un suave beso en los labios—. ¿No me invitas a entrar?

—Claro, pasa. —Anya salió de su ensimismamiento inicial y se echó a un lado para dejarlo pasar—. ¿Qué haces aquí?

—Tenías toda la razón, tu trabajo es importante para ti, y entiendo que te hayas encerrado en esta casa para escribir una novela sobre el homicidio múltiple que se cometió aquí. —Gonzalo se dirigía hacia la cocina—. Veo que no has perdido el tiempo. —Dijo mirando el despliegue que tenía organizado encima de la mesa—. El caso, es que como dijiste, podemos vernos los fines de semana, quizás no todos, pero si algunos, ¿no crees? Hoy he salido temprano de la oficina, quería darte una sorpresa. —Como Anya no decía nada continuó—. Por si no ha quedado claro, esto es una disculpa, te estoy pidiendo perdón. —Anya se lanzó a sus brazos y lo besó. Por fin le había demostrado algo, y se sentía desconcertada, a la par que feliz—. Tengo una sorpresa en el coche para ti. —Le dijo cuando se separaron.

Ambos salieron de la casa, Anya iba emocionada pensando en qué le habría traído. Justo cuando atravesaban la verja y llegaban al coche, apareció Mateo que acababa de salir de la casa de su abuela.

—Hola. —Les dijo a ambos, parecía algo confundido.

—Hola, Mateo, éste es Gonzalo, mi... —No supo qué decir.

—Su novio. —Terminó de aclarar Gonzalo—. Hola, encantado de conocerte. —Le tendió la mano para estrechársela y Mateo hizo lo propio.

—Yo soy el nieto de su vecina. —Dijo sonriendo, en cuanto se le hubo pasado la confusión inicial—. Encantado. Bueno, os dejo, tengo que revisar un caso para el lunes. —Mateo ya se había incorporado al bufete después de su periodo vacacional, y como había estado algunas semanas fuera, tenía varios casos nuevos pendientes y otros que habían estado esperando su regreso.

—¿No quieres pasar a tomar una cerveza? —Le dijo Gonzalo educadamente, estaba convencido de que no habría mucha gente de su edad en el pueblo, y Mateo parecía una persona agradable.

—Quizás en otro momento. —Dijo y continuó su camino. Anya se quedó observando cómo se alejaba, sin entender muy bien por qué, de repente, se había sentido apenada.

Gonzalo abrió la puerta de detrás del conductor y sacó un transportín en

el que había una preciosa gatita blanca con grandes manchas negras, que miraba con ojos asustados a todas partes, parecía algo nerviosa, estaba sentada sobre una esponjosa mantita de color azul, como sus ojos.

—Pensé que te sentirías sola en una casa tan grande y como siempre has querido un gatito...

—Eres un encanto... cuando quieres. Vamos dentro, seguro que tiene hambre.

En la casa fueron directamente a la cocina, donde Anya cogió un bol y lo llenó de leche para que la gata bebiera, aunque era pequeña no lo era tanto como para necesitar biberón, así que esperaba que con el bol se alimentara sin problemas. Mientras, Gonzalo había ido al coche de nuevo a por la bolsa que había traído de equipaje.

—¿Dónde la dejó? —Anya aún estaba ocupando su habitación, por costumbre, y porque se sentía incómoda en la de su abuela, pero en la suya no cabían ambos en la cama, así que decidió que ya era hora de cambiar de dormitorio. De todas formas, con la ropa de cama recién comprada y algunos toques que le había dado, ahora parecía más suya.

—Te acompaño. —Anya lo condujo al cuarto, en cuanto entraron, Gonzalo soltó la bolsa en un lateral de la puerta, se acercó a ella, la abrazó por la espalda y empezó a besarla por el cuello, subiendo hasta el lóbulo de la oreja.

—Te he echado tanto de menos. —Le susurró con voz ronca, le dio la vuelta y empezó a besarla con desesperación.

Lunes, 5 de septiembre

Anya estaba tomando un café, mirando por la ventana de la cocina, mientras veía cómo los jardineros le arreglaban la parcela. Había venido Pedro, el chico que le había recomendado Felisa, con un par de personas más. Llevaban varias horas trabajando y les había cundido, la zona que veía desde la cocina estaba mucho mejor. Aunque en realidad lo peor, el terreno más amplio, estaba situado detrás de la casa, pero era optimista, esperaba tener un jardín de verdad en muy poco tiempo.

El domingo no había hecho nada, puesto que pasó el día en compañía de Gonzalo, aun así, decidió salir a dar una vuelta. Con el ruido que estaban haciendo en el exterior, no se veía concentrándose en su investigación. Además, tenía que reconocer que llevaba su novela muy avanzada. Quizás no estaba siendo muy rigurosa, pero no se olvidaba que aún le quedaban unos cuantos meses por delante y mucha gente con la que entrevistarse, seguramente tendría que retocar algún capítulo de los ya escritos, puesto que quería que toda las declaraciones recibidas quedaran plasmadas en el libro. Pero también estaba convencida, por lo que llevaba averiguado, que la lista de posibles asesinos, si no se tenía en cuenta a Jaime Ruíz, iba a ser nula. Aunque nunca se sabía, quizás se podrían deducir hechos diferentes, si llegaba a demostrar que la familia Ruíz Moreno se estaba recuperando económicamente, esto echaría por tierra la conclusión a la que había llegado la policía, y desde ese argumento, a lo mejor destaparía un abanico de posibilidades no contempladas de lo que ocurrió en realidad. Por otro lado, y como bien le había apuntado Mateo, si Jaime Ruíz no mató a su familia, quien lo hizo, en ese caso, sería muy plausible que fuera alguien que llevara viviendo en el pueblo o en los alrededores diez años, sin que nunca nadie hubiera sospechado de él.

Se quitó esos pensamientos de la cabeza, se terminó el café, cogió una pequeña cesta que había encontrado en la cocina, que pensó sería perfecta para lo que tenía pensado hacer, y salió de casa.

Aun iba con una gran sonrisa dibujada en la cara, después del fin de semana tan maravilloso que había pasado con Gonzalo, como en los viejos tiempos, pensó. Hacía mucho que no se dedicaban en exclusiva el uno al otro,

siempre había mucho que hacer, mucho trabajo que avanzar y eso hacía que apenas se prestaran atención. Pero ese fin de semana había sido diferente, sólo estaban ellos dos, el trabajo se había quedado fuera, y lo habían aprovechado, se habían puesto al día, se habían contado todas las novedades de los últimos días, mejor dicho, de los últimos meses, y se habían amado. Anya ya no recordaba cuándo había sido la última vez que habían hecho el amor y no se habían quedado dormidos a continuación, esta vez lo habían hecho, y habían hablado, y lo habían vuelto a hacer, y habían disfrutado y reído, había sido inolvidable, como al principio de su relación.

En todo eso iba pensando mientras iba por la calle, hasta que oyó que alguien la llamaba sacándola de sus ensoñaciones. Era Felisa, que estaba sentada en una mecedora en el porche de su casa.

—Anya, qué feliz te veo. —Le dijo cuando por fin tuvo su atención.

—Gracias Felisa.

—¿Vas a dar una vuelta? —Miró al cielo, anunciaba tormenta.

—Sí, voy a ver si recojo unas moras, que ya he visto que están maduras.

—Le dijo mientras le enseñaba la cesta que llevaba en la mano.

—Te importa si te acompaña una vieja como yo.

—Claro que no, será un placer poder charlar con alguien. —Sonrió Anya a su improvisada acompañante.

A Felisa, el ser admitida en el paseo, pareció emocionarla, se puso muy contenta.

—Espera un segundo, voy a por mi chal. —Desapareció en su casa, y unos minutos después, apareció con un chal rodeándole los hombros y el torso, además de una cesta similar a la que llevaba Anya—. Pues ya estoy lista.

Las dos mujeres enfilaron carretera arriba. Felisa la agarraba del brazo, no podía seguir su paso, y así Anya podía ir perfectamente al suyo. Cuando llegaron a la primera curva, Felisa la guio por un camino que apareció a su derecha, según le dijo, era un lugar lleno de zarzamoras, donde podrían provisionarse bien de moras, si los animales e insectos habían dejado algo para ellas.

Como había vaticinado Felisa, allí encontraron una zona llena de moras, por lo que ambas empezaron a llenar sus respectivas cestas, con cuidado de no pincharse con las espinas de las zarzas.

—Hay un montón. —Anya estaba emocionada, se sentía como cuando era una niña y se iba con las amigas a recoger moras, solían hacer

competiciones para ver quién reunía más cantidad, después las juntaban todas, las lavaban bien, les echaban azúcar y se ponían moradas, nunca mejor dicho, pensó con una sonrisa nostálgica.

Cuando llenaron sus cestas, decidieron seguir un rato más por el camino, hacer una ruta circular hasta llegar a sus casas, en vez de desandar el camino andado.

En el momento en que se abrió el sendero a una explanada, Anya se fijó que algo más arriba, en la colina, había una preciosa casa, aunque muy descuidada.

—¿De quién es esa casa? —Felisa levantó la mirada para ver a qué casa se refería—. Es muy bonita, una pena que esté tan abandonada, ¿no vive nadie en ella?

—Es de Jacinto Ramírez, el exmarido de la hermana de Elena Moreno. —A Anya le costó unos instantes darse cuenta de la relación del hombre con la mujer asesinada en su casa. Al ver la cara de sorpresa que había puesto, Felisa continuó hablando—. Elena tenía una hermana pequeña, Marta, creo que era cinco o seis años menor. Empezó a relacionarse con un viva la Virgen, despreocupado, sin estudios, sin trabajo, la verdad es que nadie en el pueblo se explicaba qué pudo ver en él. El caso es que se quedó embarazada y se casaron a los pocos meses. El matrimonio, como suponíamos todos, no funcionó. Él estaba a todo menos a lo que tenía que estar, a su familia. Un buen día les tocó un dinero en la primitiva, fue una sorpresa. Con él se construyeron esa casa, parecía que Jacinto iba a sentar la cabeza, pero volvió a las andadas, volvió a beber, así que su mujer lo abandonó y se llevó a la hija de ambos. Él derrochó el dinero que le quedó tras el divorcio, no sabemos en qué se gastó todo, porque les había tocado un buen pico, se hablaba de varios millones de euros, todos piensan que lo perdió jugando. —Felisa negó con la cabeza y suspiró—. Ahora vive solo, se ha convertido en un ermitaño, no se relaciona con nadie y apenas sale de las cuatro paredes que conforman esa casa. Aparte de beber todo el alcohol que se le pone por delante, no sé si hará algo más con su vida. Todos sabíamos que no llegaría muy lejos, es una pena tener razón algunas veces.

Anya se quedó muy sorprendida por la historia, pensó que la encajaría en alguna parte de su libro, al fin y al cabo formaba parte de ella.

—Me gustaría hablar con Marta Moreno, es una de mis próximas entrevistadas. ¿Sabes cómo puedo localizarla?

—Por supuesto, vive en esa casa de allí. —Anya se quedó más

sorprendida si cabe, la casa que le señalaba Felisa era justo la de al lado del exmarido—. Curiosa la vida, ¿verdad? En esa casa vive con Tomás Rubio, un compañero de Marta de la universidad, quien siempre estuvo enamorado de ella en silencio, todo el mundo en el pueblo lo veíamos, menos la propia Marta. Cuando se divorció, él aprovechó su oportunidad y acabó conquistándola. Es profesor en el instituto de Paredes, creo que de Historia, un buen hombre. Ella no trabaja, con el dinero del divorcio, el que habían ganado en la lotería, le es suficiente para vivir el resto de su vida, o eso dicen.

Anya sabía que Felisa sería una gran ayuda en su investigación, una fuente de información, y así estaba resultando hasta ahora, estaba encantada con su vecina.

Esa tarde cogió a Kika, el nombre que le había puesto a su nueva mascota, y la llevó al veterinario en Paredes. Tenía cita a última hora de la tarde, así que contaba con que habría todavía gente esperando, seguro que algún caso habría producido retraso en el resto de las consultas. Y cuando llegó, sus sospechas se hicieron realidad, había varias personas esperando a ser atendidas por el médico, todas sentadas en los cómodos sillones de la sala de espera.

Cuando entró, todas las allí reunidos levantaron la cabeza para ver quién era la intrusa. Algunos enseguida volvieron la mirada y siguieron leyendo o mirando al infinito como estaban haciendo unos segundos antes, otros se quedaron observándola con curiosidad, no la conocían y eso les producía cierto interés.

—Buenos días, soy Anya Sáez. —Le dijo a la joven recepcionista—. Tengo hora a las ocho y media. —La enfermera miró el listado donde encontró su nombre apuntado.

—Siéntese, vamos con un poco de retraso. —Se disculpó—. Por cierto, ¿usted es Anya Sáez, la escritora? —Anya asintió.

—Oh, me encantan sus libros, los he leído todos, ¿podría firmármelos en su próxima visita?

—Por supuesto. —La chica, rubia y algo regordeta, sonrió emocionada.

Anya tomó asiento al lado de una señora mayor, que llevaba una gallina en una jaula, y dejó el transportín, donde llevaba a Kika, a su lado, en el suelo. Menos mal que Gonzalo le había traído también algunos complementos para gatos, porque ella nunca había tenido una mascota, y no

tenía nada de nada. Recordaba cuando era pequeña pedirle a su madre un perro muy a menudo, pero siempre se encontraba con una negativa, su madre siempre le decía que no tenía tiempo para sacarlo dos o tres veces al día a la calle, cosa que estaba segura de que sus hijos nunca harían. Anya, para ese motivo, siempre proponía una solución de turnos entre todos, pero cuando su madre le decía que no podían permitirse a otro ser vivo en casa, otra boca que alimentar, gastos de veterinario y demás, agachaba la cabeza y refulaba, sabía que su madre se estaba matando a trabajar para sacarlos adelante, no podía pedirle más en ese sentido.

Como parecía que iba a estar ahí un buen rato, cogió una revista que había encima de la mesa que versaba sobre el cuidado de los gatos. El primer artículo trataba sobre qué hacer si te regalaban uno, le pareció muy oportuno, así que empezó a leerlo.

Los siete consejos que daban parecían básicos, pero según indicaban eran muy útiles. Primero, recomendaban comprar una cama mullida puesto que le daría seguridad. Segundo, el comedero y el bebedero tenían que estar ubicados siempre en el mismo lugar. Tercero, dejar la caja de arena en un lugar discreto. Cuarto, era necesario hacerse con un rascador donde pudiera afilarse las uñas, ya que es un instinto natural de los gatos, si no, acabaría utilizando los muebles para ese menester. Quinto, aconsejaban dejar que el gato decidiera cuándo estaba preparado para acercarse a recibir caricias, ella, en este caso no había tenido problemas, Kika estaba dispuesta a ello en cualquier ocasión, sonrió Anya. Sexto, no dejarle salir al exterior las primeras cuatro semanas, según los papeles que había traído Gonzalo, su gatita ya tenía dos meses. Por ahora todo lo había cumplido. Lo único, el último consejo, mantener tipo de comida y los mismos horarios que tenía antes del traslado. Anya no tenía ni idea, desconocía por completo sus hábitos anteriores.

Cuando terminó de leer la revista, se dio cuenta de que estaba sola en la sala de espera, tan concentrada estaba en su lectura que no se había percatado del movimiento a su alrededor. Justo en ese momento, la enfermera le indicó que podía pasar a la consulta.

El doctor García, tal como señalaba su bata, era un chico muy joven, parecía recién salido de la Facultad, la saludó amablemente y le indicó que tomara asiento. Después de revisar al animal y los papeles que había llevado, le detalló todo lo que iba a hacer a continuación.

—Primero vamos a darle la segunda dosis de pastilla antiparasitaria de

cachorro, para prevenir los gusanos intestinales, ya he confirmado que recibió una primera dosis. Luego, habrá que dársela durante el resto de su vida cada tres meses, esto es importante porque los parásitos puede pasártelos a ti o a la gente que la rodea. —Anya tomaba nota mentalmente de todas las indicaciones del veterinario—. He visto que ya se le ha puesto la vacuna CRP contra virus respiratorios, ahora le voy a poner la de la leucemia felina. Dentro de tres semanas tendrás que volver para ponerle una dosis de ambas. ¿Vas a dejarla salir a callejear?

—Supongo que sí. —Anya no estaba segura, pero pensaba que durante el tiempo que estuvieran en el pueblo lo más probable era que fuera más por libre, otra cosa sería a la vuelta a Madrid, pensó.

—Pues también hay que ponerle la vacuna contra el PIF, peritonitis infecciosa felina, por vía nasal, ya que se transmite entre los gatos por estornudos.

—¿Y lo de castrarla?

—Eso depende de ti, y de cuando empiece a mostrar signos sexuales, es decir, que se ponga muy pesada para salir afuera, que se pase el rato maullando y cosas del estilo. Lo más habitual es que se les castrate entre los seis meses de vida y el año. ¿Qué le das de comer?

—Eso te quería preguntar, por ahora le estoy dando leche, pero creo que se queda con hambre, así que le he comprado unas latitas, pero no se las come.

—¿Para cachorros? —Anya se encogió de hombros, las había comprado en Óbito y ahí no tenían mucha variedad, no recordaba haber visto comida de gatos especial para cachorros—. Cómprale pienso de cachorros, y sigue con él hasta que cumpla el año.

—De acuerdo.

Anya salió de la consulta satisfecha, a pesar de la juventud del médico, parecía saber lo que se hacía, por lo menos esa era la impresión que se había llevado ella. Ya tenía ese tema resuelto, su gatita estaba en perfecto estado y con todas las vacunas al día. Eso sí, le sorprendió lo caro que resultaban ese tipo de consultas, y todavía le quedaban un montón de vacunas que ponerle.

Se dirigió a una pequeña tienda que había muy cerca, sabía que cerraban a las diez, por lo que era la única que a esas horas iba a encontrar abierta. Fue a la sección donde se encontraban los alimentos para mascotas y compró el pienso que le acababa de recomendar el veterinario.

Cuando salió de la tienda, de camino a su coche, vio al otro lado de la

calle a Mateo, iba acompañado por una guapa morena con el pelo a media melena, que se reía por algo que le acababa de contar él, había mucha complicidad entre ellos.

Dejó a Kika en la plaza del copiloto y el piense a sus pies, y se quedó unos segundos sentada en su asiento, le había dolido encontrarse a Mateo acompañado, intentó quitarse esos pensamientos de la cabeza, ella tenía a Gonzalo, y lo quería, no entendía por qué se sentía de esa manera.

En cuanto puso el coche en marcha, miró por el retrovisor y vio cómo Mateo le hacía gestos para llamar su atención, pero ella pisó a fondo el acelerador y salió del pueblo sin mirar atrás.

Miércoles, 7 de septiembre

Anya se dirigía a la consulta del doctor Soler en Paredes, había sido muy amable al sacar un rato para atenderla, aunque su instinto le decía que Navarro lo había llamado para ponerlo sobre aviso de su investigación y posible entrevista. A ella, por supuesto, no le importó ni lo más mínimo, así tenía que dar menos explicaciones y le resultaría mucho más sencillo ir al quid de la cuestión.

La casa donde el doctor Soler tenía su consulta estaba algo apartada del pueblo, en lo alto de una colina. Para llegar, tuvo que seguir una carretera llena de curvas, en la que se preguntó si alguno de los pacientes depresivos del doctor, no pensaría en suicidarse, saliéndose de alguna de ellas con el coche a toda velocidad.

Cuando llegó, se quedó impresionada, era una casa enorme y muy bonita, cubierta de pequeñas piedrecitas a modo decorativo en algunas zonas, y en otras, pintada en color blanco. Pensó que la primera planta sería la consulta, y las dos de encima serían la vivienda.

Llamó al timbre y una señora abrió la puerta, supuso que era la ayudante del doctor. Antes de poder decirle quién era, ella ya estaba hablando.

—¿Señorita Sáez, verdad? —Anya asintió con una sonrisa—. El doctor Soler la está esperando en su consulta. Por favor, sígame. —Anya recorrió un ancho pasillo siguiendo a la mujer, en un lateral aparecían diferentes habitaciones a las que no prestó ninguna atención, puesto que en el lado derecho, la pared era de cristal, lo que permitía disfrutar de un relajante e increíble paisaje, un precioso riachuelo quedaba prácticamente debajo de ella, y al otro lado de él, en todo su esplendor, un bosque de castaños.

Cuando llegaron a la consulta del doctor Soler, la mujer dio unos golpecitos en la puerta, para posteriormente abrirla con parsimonia, en cuanto hubo terminado, se apartó para que Anya pudiera pasar al interior.

El hombre que la esperaba sentado detrás de su escritorio, parecía, por su edad, estar a punto de jubilarse, tenía grandes entradas en el pelo blanco, las gafas colocadas en la punta de la nariz indicaban que hasta ese momento había estado leyendo, Anya supuso que alguno de los historiales desplegados sobre su mesa. En cuanto la vio entrar, se levantó y le tendió la mano para

estrechársela. Llevaba puesta una bata blanca con su nombre bordado con bonitas letras en cursiva en el bolsillo.

—Anya Sáez. —Le dijo mientras le estrechaba la mano que le acababa de ofrecer.

—Buenos días, señorita Sáez. Por favor, siéntese. —Le señaló una butaca justo enfrente de él—. Me han contado que está investigando la muerte de la familia Ruíz Moreno. —Ella asintió, como se imaginaba, Navarro le había avisado. El doctor pareció leer su pensamiento y le sonrió—. No, no me lo ha comentado Manuel, si eso es lo que piensa, pero éstos son pueblos pequeños, y todo el mundo se entera de todo lo que ocurre. Es muy difícil guardar un secreto por aquí, como ya irá descubriendo si se queda algún tiempo.

—Excepto el de la muerte de la familia Ruíz Moreno.

—Excepto ese. —Confirmó el doctor—. Dígame pues, ¿qué es lo que le trae por aquí?, ¿qué es lo que quiere saber? Recuerde que he de mantener el secreto profesional entre médico y paciente, el cual no se puede romper aun después de su muerte. Lo que me contó Jaime Ruíz es estrictamente confidencial.

—No se preocupe, lo que quiero saber seguro que se lo contó a la policía y no rompe el secreto profesional. —El médico le hizo un gesto ondulante con la mano para que continuara—. ¿Le molesta si grabo la conversación?

—No, claro que no. Adelante. —Él solía grabar las terapias de muchos pacientes, le parecía una forma rápida y sencilla para que no se olvidara ningún detalle que a la larga pudiera resultar esencial. Anya sacó del bolso su móvil y comenzó la grabación.

—En los periódicos de la época, se informaba que Jaime Ruíz estaba atravesando una depresión y que estaba siendo medicado. Además, decían que le habían recetado diferentes medicamentos sin resultado, ¿todo eso es cierto?

—En los periódicos se dijeron muchas cosas, enseguida crucificaron a Jaime. —Negaba con la cabeza recordando lo poco objetivos que fueron los artículos publicados.

—¿Y qué fue lo que le ocurría en realidad?

—Como le conté a la policía, Jaime sufría ataques de ansiedad, nada más y nada menos, como la mayoría de los habitantes de Madrid, como bien sabrá. —El doctor le sonrió con dulzura al ver reflejada sorpresa en su cara—. Como he dicho antes, esto es un pueblo, todos sabemos que la casa

del arroyo en Óbito ha sido ocupada por la nieta de María, muchos por aquí teníamos en alta estima a su abuela, y otros muchos también leemos las novelas que escribe. —Anyá se sonrojó ligeramente. El doctor Soler respiró hondo y continuó hablando—. Perdóname que me disperse, ya sabe, la edad. —Sonrió. El doctor transmitía una sensación de confianza con la que ella se sentía muy cómoda—. Jaime sufría de ansiedad por el estrés sufrido en los últimos meses, antes de que ocurriera aquello. Lo que no era un secreto para las personas más cercanas a él.

—¿Por qué estaba estresado?

—Secreto profesional, es parte de la intimidad de mi paciente.

—Luego, no estaba tomando antidepresivos ni nada similar como se decía en los periódicos.

—Desde luego, no recetados por mí. —Confirmó—. Únicamente le receté algunos ansiolíticos para ayudarlo a dormir. Este tipo de medicamentos son un buen método temporal para los problemas de ansiedad, calman al paciente y así da tiempo a que la terapia tenga efecto. Eso sí, hay que tener cuidado porque pueden fomentar la dependencia psicológica, pero éste no es el caso.

—¿Es posible que Jaime Ruíz fuera capaz de matar a su familia?

—Cualquiera es capaz de agredir o matar. Los homicidas, sobre todo cuando son capaces de matar a más de una persona, con frecuencia se sienten desplazados, unas relaciones patológicas en el núcleo familiar ya desde la infancia del individuo, hacen que empiecen a gestar fantasías de venganza que responden a las representaciones internas de la persona con sus padres. Aunque Jaime Ruíz disfrutó de una infancia feliz, por lo que no es el caso. Los homicidas no tienen por qué ser personas con una enfermedad mental. Hay sucesos que tienen rasgos psicopatológicos similares y obedecen a un bajo control de las emociones: la ira, la rabia, la venganza. Este tipo de personas son perfectamente conscientes de lo que están haciendo y el daño que están causando. En Finlandia, se realizó un estudio en 2009, donde Hanna Putkonen, la directora del estudio, remarcó que los filicidas, personas que asesinan a sus hijos, son un grupo marcado de homicidas, sin embargo, la patología no surge de un desorden mental como se había supuesto con anterioridad. Cuando la persona es consciente de sus actos, existe una psicopatología denominada homicidio altruista, cuando el homicida desarrolla una depresión muy grave. Se da más a menudo en mujeres, pero eso no quita que no les suceda a los hombres, lo que quieren es que sus hijos

no lo pasen igual de mal que ellos, por este motivo los asesinan. Básicamente ésta es la conclusión a la que se llegó en el caso de Jaime Ruíz. Pero, ¿y si está planificado? En esta situación son todavía más culpables, puesto que ni siquiera cuentan con el atenuante de enajenación transitoria, son conscientes de lo que hacen. En estos casos, el sujeto toma decisiones basadas en algo irracional como los sentimientos, más en concreto en el miedo, la rabia o la venganza. Este tipo de personas sufre un estado intolerable de estos sentimientos y busca, para aliviarse, convencerse mediante decisiones racionales de que algo externo a ellos es lo que les provoca este sufrimiento. Simplemente idealizando sobre ello ya se sienten mejor, por lo que piensan que el asesinato es buena idea y si lo realizan, acabarán con su sufrimiento. —Se quedó mirando unos segundos a los ojos de Anya, pensando en su respuesta—. Si me pregunta si creo posible que Jaime Ruíz asesinara a su familia, le diré que sí, es posible. Si lo que me pregunta es si creo que fue el asesino de su familia, en este caso le diré que no creo que lo hiciera él, no encaja en ninguno de los perfiles descritos, no creo que sufriera ninguna psicopatología de las mencionadas o similares.

—Muchas gracias doctor Soler, me ha sido de gran ayuda. Si me surge alguna duda, ¿podría contactar con usted de nuevo?

—Por supuesto querida, no lo dude. Estoy deseando leer su nueva novela sobre este caso, y comprobar las conclusiones a las que ha llegado, espero que sean más reales o imaginativas que a las que llegó la policía en su momento. No me entienda mal, no quiero infravalorar la labor que realizaron y que me consta fue adecuada. —Anya le sonrió, ella también tenía ganas de saber qué iba a escribir, después de considerar todos los datos y circunstancias obtenidos en su investigación.

Jueves, 8 de septiembre

Anya decidió continuar la limpieza en el desván, había intentado prepararse psicológicamente por lo que pudiera encontrar. Mientras subía por las escaleras, intentó tranquilizarse, esperaba que no le afectara tanto como ocurrió el sábado, cuando comenzó a revisar el contenido de las cajas. Sabía que lo más probable era que aún encontrara más cosas de la familia asesinada, tenía pensado llevárselas a la hermana, Marta Moreno, seguro que ella las apreciaría. Todavía seguía con la idea de utilizar algunos de los dibujos encontrados, así que ya los tenía escaneados y enviados a su editora, a quien le había resultado una idea brillante, según sus propias palabras. Anya pensaba que a veces era un poco pelota, pero la adoraba.

Ya en la buhardilla, continuó con la siguiente caja que encontró, en su interior había una preciosa vajilla de porcelana blanca, con motivos decorativos de flores, paisajes con barcos vikingos en azul cobalto y ribetes en oro. Le dio la vuelta para comprobar el sello de la casa, era de San Claudio, Oviedo. La recordaba perfectamente, su abuela la sacaba cuando había alguna celebración importante, recordaba que la solía poner en navidades y que la utilizaron cuando celebraron que había sido admitida en la Facultad de Periodismo.

Decidió bajar la caja y colocar la vajilla más a mano, esperaba utilizarla algún día cercano, quizás cuando viniera Gonzalo a verla, o quizás invitaría a cenar a Felisa y a Mateo en agradecimiento por toda la ayuda que estaba recibiendo por su parte.

Con cuidado de no caerse por las escaleras o que no se le cayera la caja, bajó muy despacio. En cuanto llegó a la última planta de la casa, se sintió más relajada. Tendría que hablar con alguien para que le pusieran unas escaleras de acceso a la buhardilla en mejores condiciones. Esas escaleras incrustadas en el techo que se desplegaban, no estaban en muy buen estado, podría romperse la crisma por utilizarlas. Pero ya lo haría más adelante, pensó, poco a poco.

Cuando llegó a la cocina, sacó todo lo que había dentro de la caja y se puso a limpiarlo. Las piezas eran preciosas. Notó que faltaban algunos elementos, quizás un par de platos llanos y uno de postre, teniendo en cuenta

que era de doce servicios, todavía se podría utilizar para cenas con bastantes invitados. En cuanto la hubo colocado en la alacena, donde la magnífica sopera quedaba bien visible, se sintió satisfecha y volvió a subir al desván a continuar con su trabajo.

En la siguiente caja, se encontró con algunos cuadernos y libros. Los revisó por encima, y se dio cuenta de que eran cuadernos de deberes de los chicos. Esta vez no indagó en ellos, simplemente los ojeó por si hubiera algo que le llamara la atención, pero no vio nada. La caja estaba llena, por lo que le llevó bastante tiempo inventariarlos. Los separó en montañas, una contenía los cuadernos que habían pertenecido a Mónica, otra los de Alejandro y otra los de Miguel. Apartó también todos los libros de texto, formando otra pila.

Justo cuando estaba pensando en bajar a cenar algo, se encontró con un cuaderno en el que en la portada se mostraba un año, 2006, parecía un diario. Lo abrió y empezó a revisarlo. Era el diario de Elena Moreno. Pasó las primeras páginas leyendo alguna de las frases escritas, pero de lo único que hablaba era de sus hijos, no había detalles personales, lo orgullosa que estaba por Alejandro, que había sacado muy buena nota en su examen de Matemáticas, una anécdota que le había hecho mucha gracia cuando Mónica le ayudaba a hacer un pastel de canela en la cocina, y cosas por el estilo. Inspeccionó rápidamente las hojas del diario, hasta que llegó a las últimas, donde se encontró que las anotaciones estaban más distanciadas en el tiempo, eran más breves y no mencionaban a sus hijos, eran pensamientos íntimos, eso le llamó la atención, por lo que se puso a leerlas con detenimiento.

«15 de julio

Se lo noto, Jaime está muy preocupado, pero no me cuenta el porqué. Está muy nervioso. Algo le pasa».

«22 de julio

Hace más de un mes que no hacemos el amor, es la primera vez que nos ocurre. Anoche me puse el picardías que me regaló en navidades, le encantaba, pero ni se dio cuenta, ni me miró. Empiezo a pensar que tiene una amante. Por favor, que no sea eso, me moriría».

«1 de agosto

Anoche por fin hablamos, en cuanto los niños se fueron a dormir. Sé que lo superaremos, juntos podremos hacerlo».

«10 de agosto

Hoy hemos hablado con María, nuestra casera, es un encanto de mujer. No nos ha puesto pegas porque le paguemos el alquiler de este mes, el próximo. Aunque siendo realistas, no estoy segura de que podamos pagar el mes que viene. No sé qué vamos a hacer».

«25 de septiembre

Estamos salvados, Dios mío, muchas gracias. Cuando»

Anya pasaba las páginas en blanco, intentando buscar la continuación a esa última anotación, pero ya no había nada más. Se levantó y se acercó a la ventana, quería ver mejor el diario, ahí pudo percibir que faltaba una hoja, alguien la había arrancado con mucho cuidado. Se preguntó qué sería lo que ponía que resultara tan importante para que alguien se molestara en arrancarla, quizás simplemente había sido eliminada por Elena, pero lo dudaba, parecía una anotación significativa, ¿estarían resueltos sus problemas económicos? ¿o se referiría a alguna otra cosa?, sin el final del apunte nunca lo sabría.

Revisó la caja por si la hoja estuviera caída en su interior, pero no encontró nada. Entonces, se le ocurrió una idea, bajó a la cocina y cogió un lápiz de los que había en un cajón, se puso a sombrear con suavidad sobre la primera página en blanco, a continuación de la nota, esperaba que ésta apareciera como si se tratara de una pizarra negra escrita con tiza blanca, quizás así conseguiría descifrar lo que había escrito, pero resultó imposible, efectivamente, las letras aparecieron, pero estaban sobrescritas, unas sobre otras, reunidas no sólo las anotaciones de la página anterior, sino la de otras muchas, por lo que el popurrí formado era ilegible.

Guardó el diario con sus papeles de la investigación, estaba segura de que ahí había algo relevante, aunque todavía era incapaz de saber qué.

Sábado, 10 de septiembre

El día anterior había comprado pintura para las paredes y los techos de la casa, por lo que se disponía a pasar el fin de semana pintando.

Los jardineros habían terminado con su labor, habían dejado el jardín como nuevo, habían encalado la fachada de la casa, e incluso le habían limpiado y poblado de plantas la entrada, la zona que ella y Mateo habían desbrozado, y esto último se lo habían hecho gratis, sólo le iban a cobrar lo que habían plantado. Pedro le había dicho que no iban a dejar ese pegote, que no daría buena imagen a su trabajo, ella, por supuesto, le había pagado algo más por esa tarea que les agradecía enormemente que hubieran realizado.

Anya no recordaba un exterior tan bonito ni cuando vivía su abuela. Lo único que habían dejado pendiente era la preciosa fuente, de estilo clásico y de varios niveles circulares en los que cuando el agua rebosaba caía al nivel inferior, situada en la parte de atrás, entre el arroyo y la casa. Pedro le había informado que no funcionaba y por lo que habían indagado se debía a un problema en la fontanería, así que tenían que hablar con el especialista, que ahora estaba abordando algunas obras, por lo que vendría más adelante, en cuanto terminara con sus compromisos actuales. A Anya no le preocupó ese pequeño contratiempo, la habían dejado como nueva con una mano de pintura y eso era lo más importante. Recordaba que el sonido que producía el agua de la fuente al caer era muy relajante y armonioso, lo que aumentaba la sensación de calma y tranquilidad cuando disfrutabas de un rato en el exterior, pero reconocía que ese sonido también se podía disfrutar de forma natural gracias al arroyo que atravesaba la finca, puesto que existía un salto o escalón, que formaba una pequeña cascada a la altura de la fuente, aunque un poco más alejado de la casa.

En cuanto terminara de pintar, y hasta que el tiempo se lo permitiera, volvería a sus viejas costumbres de sentarse al lado del arroyo, debajo de un árbol, a leer para poder disfrutar de unos momentos de paz.

La noche anterior, antes de acostarse, había terminado de poner la cinta de carroceros en toda la planta baja, de forma que hoy pudiera ponerse a pintar sin interrupciones. Estaba convencida que la parte de la preparación era la más pesada, de hecho, en cuanto empezó a pintar la casa con el bonito tono

gris claro que había elegido, los avances se hicieron palpables en muy poco tiempo. A la hora de comer, ya había dado la primera mano al salón, el pasillo y la poca pared vista que había en el despacho, únicamente le quedaba la cocina, a la que pensaba darle un color crema más cálido.

—Hola, ¿se puede? —Cuando Mateo entró en la casa, atravesando la puerta con cuidado de no quitar los plásticos y de no mancharse con la pintura recién dada, se encontró a Anya subida a una escalera pintando un trozo complicado del pasillo, justo debajo había una gatita ronroneando mientras observaba a su dueña—. Parece que tienes nueva compañera de piso.

—Sí, es Kika. —Dijo mientras bajaba de la escalera contenta de haber terminado. Al llegar al último escalón, Kika se cruzó en su camino, buscando el contacto con su dueña, pero para no pisarla, ella dio un traspié que a punto estuvo de hacerla caer. Mateo se acercó rápidamente y la agarró por la cintura antes de que eso ocurriera. Anya le sonrió agradecida mientras aún se encontraban abrazados, él cogiéndola de la cintura, mirándola con cara divertida, y ella asiéndose a su cuello—. Gracias. Siempre está cruzándoseme entre los pies. —Le dijo mientras se desprendía de sus brazos, intentando mantener la compostura y que no notara el escalofrío que le había recorrido el cuerpo al contacto con él. No entendía qué le ocurría cuando estaba cerca de él, se comportaba como una quinceañera y no como una mujer independiente y que se supone sabe lo que quiere.

—De nada. Veo que estás dándole un nuevo color a la casa. Me gusta como la estás dejando. El exterior es impresionante, y veo que el interior no le va a la zaga. —Anya estaba muy agradecida por esas palabras, ella pensaba lo mismo, pero que alguien se lo dijera, le hacía sentir que el esfuerzo de las últimas semanas estaba dando sus frutos.

—El jardín me lo han arreglado Pedro y su cuadrilla, me los recomendó tu abuela. Han hecho un trabajo espectacular, cuando arregle la fuente, va a estar increíble.

—Quizás ya no te quieras marchar de aquí. —Anya se sorprendió al oír esas palabras, era algo que no entraba en sus planes, en cuanto terminara el libro, volvería a su casa, a Madrid, con Gonzalo, pero era verdad que no le sonaron nada mal, se veía viviendo en esa casa que estaba convirtiendo en su hogar. Se quitó esa idea de la cabeza, Gonzalo nunca aceptaría.

—Mi vida está en Madrid. —Dijo intentando parecer convincente o convenciéndose a sí misma.

—Te estás esmerando mucho en ella para no utilizarla. —Dijo Mateo observando su reacción.

—Aunque viva en Madrid, pienso pasar tiempo por aquí, no sólo vacaciones, quizás sea mi lugar de desconexión. No me había dado cuenta de lo mucho que echaba esto de menos. Desde que estoy aquí estoy mucho más activa, me apetece hacer cosas, me da vida, no sé si me entiendes. —Mateo sonreía, sabía perfectamente a qué se refería, por eso él había vuelto—. Me encanta la casa, me encanta el jardín, me encanta la gente, el lugar. Todo. —Anya se había dado cuenta de lo efusiva que se había mostrado y se sonrojó. Mateo no pudo evitar soltar una carcajada al advertir su bochorno.

—Cambiando de tema, yo venía a invitarte a comer. Mi abuela ha hecho pastel de moras. Te aseguro que hace la mejor tarta de moras que hayas probado en tu vida. Me ha comentado que estuvo recogiénolas contigo el otro día.

—Pero mira la pinta que tengo, estoy llena de pintura.

—Yo creo que estás preciosa. Anda, cámbiate y vente, si en unos minutos no estás en casa de mi abuela, me obligará a volver a buscarte, o lo que es peor, vendrá ella a por ti. —Salió por la puerta sonriendo. Anya se encogió de hombros y cogió en brazos a Kika, que se frotaba en su pierna pidiendo caricias.

—Creo Kika que no me queda más remedio que cambiarme e ir a comer con ellos. No quiero que Felisa se enfade conmigo, estoy segura de que es una mujer de armas tomar.

En cuanto entró en la cocina de su vecina, Mateo le puso en la mano una copa de vino tinto, mientras Felisa cortaba unos trozos de pan para llevar a la mesa.

—Anya, siéntate. Llevo días sin verte. —Dijo a modo de saludo.

—He estado enclaustrada en casa, ordenando, limpiando, pintando y escribiendo. Prácticamente no he salido. —Todos se sentaron a la mesa y Felisa les sirvió la ensaladilla rusa que había preparado esa mañana.

—¿Y qué tal va esa investigación? —Preguntó Felisa con curiosidad.

—Bien, ya he hablado con Navarro, muchas gracias, por cierto, por conseguirme la cita, no estoy segura de habértelas dado todavía. —Felisa le sonrió con dulzura—. También he hablado con el doctor Soler, el psicólogo que estaba tratando a Jaime Ruíz.

—¿Y te dijo algo interesante? —Preguntó de nuevo la mujer mostrando interés en la labor de Anya.

—La verdad es que sí. ¿Sabíais que Jaime Ruíz no tomaba antidepressivos tal y como dijo la prensa?

—Bueno, eso me lo suponía. Jaime no era la persona que describieron esos periodistas que lo único que querían era una gran exclusiva o una primicia, dando igual lo que dijeran o a quién dañaran. —Parecía que Felisa estaba realmente resentida con los reporteros—. Jaime Ruíz era una bellísima persona, no se merecía el trato que le dispensaron.

—Limpiando el desván, aparte de los álbumes de fotos y dibujos que encontré el otro día, he encontrado unos diarios de Elena Moreno. —Continuó Anya, tanto Felisa como Mateo parecieron muy interesados en el hallazgo.

—¿Encontraste algo en ellos relevante para la investigación? —Preguntó Mateo.

—Por ahora no he visto nada que me aclare lo que ocurrió, o por qué ocurrió, pero seguiré leyéndolos. —Tanto Felisa como Mateo asintieron—. Estaba pensando en ir la próxima semana a ver a Marta Moreno a su casa, y quizás también al exmarido. ¿Tenéis sus teléfonos para concretar una cita con ellos?

—Cariño, aquí no hace falta avisar, te presentas en su casa y listo. Además, seguro que Marta te está esperando. Esto es un pueblo, todo el mundo en Óbito sabe que estás investigando el caso para tu próxima novela, y como es lógico, esperará que la entrevistes. —Había algunas costumbres en los pueblos a las que aún no se acostumbraba.

—Perfecto, pues me acercaré un día de la semana que viene. ¿Su exmarido es de la misma forma de pensar?

—No sé cómo reaccionará Jacinto, ese es otro cantar. Mateo, deberías acompañarla cuando vaya a visitarlo. Es algo agresivo. —Le explicó a Anya.

—No hace falta, creo que sabré defenderme.

—No es ninguna molestia. Estoy con mi abuela, a saber cómo reaccionará. Y más, cuando fue uno de los sospechosos del asesinato de la familia, antes de que sospecharan de Jaime Ruíz. —Mateo se dio cuenta, por la cara que puso Anya, de que no tenía ni idea—. Pensaba que lo sabías.

—No.

—Jacinto siempre ha sido una persona agresiva, que se enfada con facilidad, carente de educación, daba el perfil para ser un asesino múltiple. —Dijo Mateo.

—¿Pero por qué pensaron que era él? ¿cuál hubiera sido el motivo?

—Todos dedujeron que el dinero. —Continuó explicando Mateo—. Jacinto nunca tenía dinero, se gastaba todo lo que entraba en su casa en mujeres, alcohol y drogas. En un primer momento se conjeturó con que él podía haber ido a la casa para pedir dinero, que se lo negaran, -ahora todos sabemos que la familia tampoco tenía nada para prestar- y en un ataque de ira los matara, no de forma deliberada ni premeditada. Estuvieron a punto de arrestarlo por asesinato en segundo grado.

—Pero si no había pruebas de que nadie hubiera entrado en la casa.

—Eso no es exacto. —Continuaba hablando Mateo—. Él era una persona cercana a la familia, pudo haber sido invitado, hasta ahí todo encajaría con la circunstancia de que nadie había forzado la casa para entrar. También se encontraron huellas suyas por toda la casa, lo cual tampoco es extraño puesto que los visitaba a menudo, bien con Marta o bien solo. Pero además había un testigo fiable, mi abuela, que lo vio ir de visita a la casa esa misma tarde. —Anya estaba estupefacta, no sabía nada de todo eso.

—Sí, lo vi entrar y salir de la casa. Cuando se fue dio un portazo, me asomé a la ventana a comprobar el motivo de ese golpe, y fue cuando lo vi irse. Había entrado un rato antes, yo estaba en el porche terminando de tomarme un té, cuando lo vi pasar.

—Y Felisa, ¿no escuchó nada de la posible discusión?

—Lo siento hija, no escuché nada.

—¿Y en la noche de los hechos tampoco vio nada que se saliera de lo normal? ¿cualquier detalle que no le resultara importante en ese momento y al que no prestara atención? —Mateo estaba fascinado con el interrogatorio de Anya, parecía que sabía qué y cómo preguntar, sería una buena interrogadora en los tribunales, pensó.

—Nada hija. La noche en la que ocurrió todo no estaba en casa. Había salido con Paca y Carmen, fuimos al restaurante del hostel, Carmen nos invitó a cenar. Lo hacíamos a veces, cada día en casa de una, y luego jugábamos nuestra partidita, al tute o al cinquillo, según nos apeteciera. Esa fue la última vez que nos juntamos. Aquello traumatizó a todo el pueblo. Y entonces a la pobre Paca le sobrevino lo de Raquel. —Anya se dio cuenta de que aquello lo recordaba con mucha tristeza, le puso una mano encima de la suya como un intento de consolarla.

—Esta información ha sido una gran sorpresa para mí, no tenía ni idea de que se habían tenido en cuenta otros sospechosos.

—Sólo ese sospechoso, no hubo más. Pensé que te lo habría contado

Navarro. —Dijo Mateo sorprendido porque el inspector no se lo hubiera mencionado.

—Supongo que fue culpa mía, sólo hablé de Jaime Ruíz, no se me ocurrió que hubiera algún otro sospechoso, y por nuestra conversación, tampoco llegué en ningún momento a esa conclusión. Quizás tenga que volver a ir a hablar con él, la verdad es que me pareció un señor encantador que se encuentra muy solo. —Felisa asintió, lo había calado a la perfección.

—Bueno, y ahora hablemos de otras cosas menos morbosas. —Dijo Felisa mientras se levantaba y traía la tarta de moras, la cual tenía muy buena pinta, pensó Anya. Cortó tres trozos que les sirvió a cada uno, en cuanto Anya la probó, comprobó que Mateo estaba en lo cierto, era la mejor tarta de moras que había probado en su vida.

—Felisa, está exquisita. Me vas a tener que pasar la receta. —Ella le sonrió, agradecida al saber que le había gustado.

Lunes, 12 de septiembre

Anya estaba recogiendo moras enfrente de la casa de Marta Moreno, o mejor dicho Marta Rubio, si había adoptado el apellido de su actual marido, Tomás Rubio, pensó, recordando su conversación con Felisa. Sabía que por la zona las mujeres no solían conservar su apellido, era habitual que se lo cambiaran tomando el de sus maridos.

Quería que la visita resultara de la forma más casual posible, aunque supuso que su intento para que pareciera un encuentro fortuito sería inútil, sobre todo cuando todo el pueblo sabía que estaba investigando el homicidio múltiple. Se imaginó que sería absurdo aparecer en su casa como si se la hubiera encontrado dando un paseo, pero aun así, creyó que le resultaría menos incómodo.

Ya tenía la cesta llena de moras, no podía retrasar más el encuentro, respiró profundamente y se puso en marcha en dirección a la casa de Tomás Rubio, esperando encontrar a Marta en ella.

A distancia, la casa resultaba una monada, pensó Anya, blanca y con las contraventanas negras, como el tejado a dos aguas de pizarra, pero cuando estaba rodeando la valla, se dio cuenta de que necesitaba una buena mano de pintura, toda ella, ya que había desconchones por todas partes y antiestéticas manchas. El jardín estaba muy descuidado, había plantas que parecían necesitar un buen regado, estaban prácticamente secas.

Atravesó el camino empedrado delantero y llamó con decisión a la puerta. La persona con la que se encontró era una mujer rubia, con el pelo recogido en una coleta, no iba maquillada, era guapa, bonitos ojos azules y labios gruesos, Anya pensó que era el tipo de mujer que gustaría a muchos de los hombres que ella conocía. Vestía unos pantalones cortos con una camiseta y unas zapatillas deportivas, muy juvenil. Aunque debía de tener unos cuarenta o cuarenta y cinco años, no los aparentaba, parecía mucho más joven.

—Buenos días, ¿Marta Rubio?

—Sí, soy yo.

—Soy Anya Sáez. Quería saber si podía hacerle algunas preguntas sobre... —No sabía exactamente cómo decirlo sin que sonara brusco.

—Sé quién eres. En el pueblo no se habla de otra cosa que de ti y de tu investigación. Esperaba que vinieras a verme. Y por favor, tutéame, me haces sentir demasiado mayor llamándome de usted. —Se apartó de la puerta para dejarla pasar—. ¿Quieres tomar algo?

—No, muchas gracias. —Anya no se esperaba ese recibimiento—. Acabo de recoger unas moras, he pensado que a lo mejor querrías algunas.

—¡Qué gesto más encantador! Pero he de reconocerte que odio las moras, supongo que tenerlas tan accesibles, y que en esta época todo el mundo se dedique a hacer pastel de moras, cansa a cualquiera. —Parecía muy extrovertida se dijo Anya, le cayó bien al instante.

Ambas se sentaron en el sofá de la sala principal. Anya miraba a su alrededor y veía desorden por todas partes, le extrañó que estuviera tan dejada la casa cuando, por lo que le habían contado, se pasaba todo el día allí. Dejó la cesta de moras encima de una esquina de la mesa, en el único hueco que encontró libre.

—Tomás está en el instituto, están liados con los exámenes de septiembre y el comienzo del nuevo curso. Elena está en casa de sus abuelos, le gusta estar allí, con sus primos.

—¿Elena?

—Sí, mi hija. Aunque su padre no es Tomás, es Jacinto Ramírez, tanto Tomás como sus padres la adoran como si fuera propia. —Ella asintió—. Le puse ese nombre por mi hermana.

—¿Te importa si grabo nuestra conversación?

—¿Grabarla? ¿Por qué? —Parecía que se había puesto a la defensiva. Anya sabía que a mucha gente no le gustaba ser grabada, se sentían incómodos.

—Suelo grabar las entrevistas para luego no olvidar ningún detalle, no me gusta dejar cosas en el tintero. —Se explicó.

—Bueno, si es lo habitual, no me importa. Además, tampoco quiero que se tergiverse lo que digo. —Anya asintió y sacó su móvil del bolsillo del pantalón para comenzar a grabar.

—Sé que puede ser duro recordar unos hechos tan dolorosos. Si quieres parar, no tienes más que decírmelo.

—Gracias.

—¿Qué recuerdas del día en que murieron tu hermana y tus sobrinos?

—Lo recuerdo todo, como si hubiese sucedido ayer. Esa tarde Jacinto se acercó a pedirles dinero, como siempre, se lo había gastado en alcohol y no

teníamos con lo que pagar el alquiler del antro en el que vivíamos. Esta vez le dije que yo no iba, él había sido el culpable de no tener el dinero, así que él tendría que dar la cara. Cuando regresó, estaba muy enfadado, Jaime le había dicho que no, que ya no nos daba ni un céntimo más, que teníamos que madurar y aprender a administrarnos, no podíamos vivir siempre de ellos. La verdad es que cuando me lo contó todo Jacinto, yo también me enfadé mucho, aunque ahora sé que tenían toda la razón. —Dijo con pesar.

—¿Qué pasó aquella noche?

—Jacinto, como de costumbre, salió, supongo que se iría al bar, no lo sé, yo me quedé en casa con Elena. Por aquel entonces era sólo un bebé. —Miró a Anya a los ojos—. Cuánto me hubiese gustado que mi hermana la viera ahora, se ha convertido en una niña muy lista y muy guapa.

—¿No le preguntaste a dónde había ido? —Marta sonrió con amargura.

—Siempre le preguntaba, pero él nunca me contestaba. Así que lo único que me queda son mis propias suposiciones.

—¿No recuerdas ningún otro detalle que pueda ser importante?, ¿algo que te llamara la atención y que en aquel momento no le dieras ninguna importancia?

—No recuerdo nada. Ni siquiera sabía que tenían problemas económicos, me enteré después. Mi hermana nunca me contaba sus problemas, para eso era muy suya. Quizás podría haberla ayudado. Y que Jaime los asesinara a sangre fría, no me entra en la cabeza, cómo pudo hacerles algo así, los quería tanto. —A Marta le resbalaban las lágrimas por las mejillas, así que Anya le frotó suavemente el brazo intentando consolarla.

—Muchas gracias por tu ayuda, Marta. —Anya se fijó que llevaba una gargantilla de plata muy bonita, con una estrella de mar—. Precioso colgante.

—Oh, gracias. —Marta lo cogió, aún colgado de su cuello, para mostrárselo mejor—. Era de mi hermana. Una herencia familiar, se podría decir. —Marta ya no le prestaba atención, estaba absorta mirándolo.

Anya decidió levantarse e irse, Marta parecía estar bastante afectada por su conversación, así que prefirió dejarla sola con sus recuerdos. Cogió la cesta y salió por la puerta intentando hacer el menor ruido posible.

Martes, 13 de septiembre

Había llamado a Navarro a primera hora de la mañana para ver si podía atenderla, el hombre le había dicho que no tenía nada que hacer, que se pasara, así que quedaron al medio día. Le comentó que tenía pensado llamarla, puesto que había recopilado alguna información de su investigación personal, investigación que realizó *a posteriori*, cuando el caso ya estaba cerrado y se había llegado a la conclusión de que el culpable era Jaime Ruíz. Como él nunca estuvo seguro de que fuera el asesino de su familia, continuó indagando por su cuenta, pero todo lo que consiguió fue llegar a diferentes callejones sin salida, no encontró nada que pudiera demostrar la inocencia del cabeza de familia. Después de la visita de Anya, había comenzado a organizar lo que había averiguado, había pensado que quizás pudiera resultarle de utilidad. Tal vez alguien imparcial, alguien que no conocía a la gente involucrada y que no tenía ideas preconcebidas, llegara más lejos de lo que llegó él. Sólo esperaba que así fuera.

Anya estaba conmovida por su ayuda, pero no olvidaba lo desconcertada que se había quedado cuando se enteró de que Jacinto Ramírez había sido el primer sospechoso de la policía, y Navarro, en la entrevista que mantuvieron, no le había dicho nada.

Cuando llegó, se encontró al hombre en el porche de su casa tomando un café y leyendo el periódico, aprovechando los últimos rayos de sol del verano.

—Buenos días, Anya. —Le dijo levantándose de su asiento y tendiéndole la mano.

—Buenos días. —Ella se la estrechó con seguridad.

—Pasemos dentro. Parece que el verano se termina, empieza a hacer algo de frío. —Anya asintió.

Como la última vez, la casa estaba impoluta, y seguía manteniendo ese encanto hogareño con el que ella se sentía tan cómoda.

Encima de la mesa había una gruesa carpeta cerrada con gomas. Parecía ser que sus pesquisas no habían quedado en una breve revisión de los hechos. Él la cogió y se la entregó.

—Esto es todo lo que tengo. Hay fotografías a color, no son las

originales, son copias, quizás tú veas en ellas algo que yo no vi. No son agradables de ver, te aviso. —Las imágenes eran duras hasta para alguien que había sido inspector de policía como él. Anya abrió la carpeta, en su interior la información estaba depositada en sobres de tamaño folio, había demasiada para revisarla en ese momento, pensó que sería mejor hacerlo en casa, más detenidamente. Al volver a cerrar el expediente se cayó una fotografía, en ella aparecía uno de los niños, no estaba segura de si era Miguel o Alejandro, ambos eran parecidos, rubios como su hermana. Éste llevaba unas gafas de metal con patillas de pasta en color azul, en la imagen aparecía sentado en una silla, con la cabeza apoyada sobre los cuadernos que había sobre la mesa, Anya la reconoció, era la mesa de su cocina, sus ojos sin vida parecían estar mirando a la cámara, todo estaba lleno de sangre, tenía un corte muy profundo en el cuello, las gafas se le habían torcido sobre su cara salpicada en sangre, los brazos le caían a los laterales del cuerpo, llenos de cortes. El retrato le resultó espeluznante, lo guardó en la carpeta e intentó borrarlo de su cabeza, le había dejado mal cuerpo.

—Navarro, quería preguntarle...

—Manuel, por favor, tutéame.

—Sí, perdona. Manuel. He averiguado que antes de Jaime Ruíz hubo otro sospechoso. —Navarro se quedó pensando unos segundos, intentando recordar.

—Te refieres a Jacinto Ramírez. —Ella asintió—. Nunca llegó a ser un sospechoso real para nosotros, aunque es verdad que lo llevamos a comisaría para interrogarlo. Teníamos un testigo que lo vio entrar en la casa esa tarde y salir bastante alterado. —Anya supuso que se refería a Felisa—. Parecía un sospechoso muy plausible, era la oveja negra del pueblo, siempre con problemas de dinero, con antecedentes de peleas en bares, arrebatos habituales de furia, etcétera, pero su sorpresa al ser informado de la muerte de los Ruíz Moreno no nos pareció fingida. Supongo que, como nosotros, pensó en su historial delictivo y se imaginó que le creeríamos culpable, se asustó mucho. El interrogatorio demostró que no sabía nada de lo ocurrido, tenía coartada.

—¿Coartada? —Anya recordó la conversación con Marta, ella no sabía a dónde había ido su entonces marido.

—Sí, estuvo con una amiga. La interrogamos y nos confirmó que estuvieron juntos la noche de autos. Primero fueron a tomar unas copas a un bar de Paredes, donde había muchos testigos que lo confirmaron, y luego

estuvieron solos en casa de ella. Creo que hay un resumen de algunos de estos interrogatorios en la carpeta. Los hice para que no se me olvidara ningún detalle que pudiera resultar importante, no quería que se me pasara nada por alto. Aunque no sirvió para descubrir al asesino. —Dijo abatido.

—Muchas gracias, creo que toda esta información que has recopilado me va a ser de gran ayuda. —Anya observaba el grosor de la carpeta, se pasaría días leyendo todo el contenido.

—Si no tienes más preguntas que hacerme sobre el caso, —Anya negó— cuéntame cómo vas por aquí en el pueblo, qué tal llevas la investigación y tu novela, dime. —Sonrió, ella sintió mucha ternura hacia él, era encantador y parecía necesitado de conversación. Había tenido una vida muy activa y ahora parecía que era justo lo contrario. Se puso cómoda para pasar un rato charlando en buena compañía—. Pero antes te voy a traer un café. —Ella se levantó a ayudarlo.

Estuvieron el resto de la mañana conversando de todo en general y de nada en particular. Ella se enteró de su vida, su familia, anécdotas con su mujer a la que parecía echar mucho de menos, Anya por su parte le habló de su madre, de su hermano y de Gonzalo. Cuando se quisieron dar cuenta era la hora de comer, Manuel la invitó, por lo que entre ambos hicieron una ensalada y unos filetes. Después del postre se marchó, no sin antes prometerle que le informaría de cualquier detalle que descubriera. Estaba deseando comenzar a trabajar en todo lo que le acababa de aportar Manuel.

Esa tarde, Anya comenzó a revisar la gran carpeta, esparció todos los sobres que contenía. Estaba muy sorprendida por el orden de la documentación guardada, eso le facilitaría mucho su labor.

El primer sobre que le llamó la atención era el que contenía fotografías de lo ocurrido, no tenía ganas de verlas, pero algo le atrajo irremediablemente a ellas, supuso que su propia naturaleza humana, el morbo le atraía y le repelía a partes iguales.

Como se imaginaba, las imágenes eran brutales y sobrecogedoras. Los asesinatos habían sido crueles, no se podía imaginar a un padre haciéndole eso a sus hijos. Se estaba poniendo enferma al contemplarlas, así que las guardó en el mismo sobre de donde las había sacado y comenzó a leer la documentación. Cenó un sándwich mientras seguía revisando los archivos.

Cuando terminó, eran las cuatro de la mañana, había estado tan concentrada que no se había dado cuenta de la hora que era. No había obtenido mucha más información de la que ya conocía, la única diferencia era

que ahora lo tenía todo muy detallado y claro, y por lo menos no eran especulaciones ni elucubraciones, eran hechos.

Lo que sí se apuntó fue el nombre de algunas personas que participaron en la investigación policial. Había parientes, compañeros de trabajo y algunos vecinos de la localidad. Esas personas serían las siguientes en su lista para ser entrevistadas.

Aunque estaba deseando hablar con Jacinto Ramírez, quería hablar primero con su amiga, no sabía por qué, pero le daba en la nariz que había mentido para protegerlo. En su expediente aparecía su dirección de hacía diez años, por lo visto era la casa de sus padres, supuso que ya no viviría ahí, pero no la preocupó, allí le darían su dirección actual.

Viernes, 16 de septiembre

Había salido después de comer, pensaba sorprender a Gonzalo haciéndole una visita sin avisar, tal y como hiciera él un par de semanas antes. Necesitaba un descanso, estaba agotada, tanta limpieza, tantos arreglos y además el trabajo que conllevaba su novela, con la investigación en la que estaba inmersa. Incluso había llamado a su fisio y tenía cita con él para la mañana del sábado, tenía la espalda fatal, le dolía, estaba deseando que le soltara las contracturas.

A su lado, en el asiento del copiloto, durmiendo relajadamente, iba Kika dentro de su transportín. Al principio había pensado dejarla en la casa y pedirle a Felisa que pasara de vez en cuando a ver cómo estaba, ponerle comida, agua, y esas cosas, pero al final consideró que era mejor llevársela para que fuera conociendo la casa en la que iba a vivir, y a Gonzalo, con el que también iba a convivir, además, todavía era muy pequeña para dejarla sola.

Acababan de pasar por el túnel de Guadarrama, ya estaban en Madrid, aunque aún quedaba casi una hora de viaje. No había mucho tráfico, cosa que agradeció, había retenciones, pero en el otro sentido, supuso que era la gente que se iba de fin de semana a la sierra o fuera de Madrid.

Cuando llegó al garaje de su casa, se sorprendió al comprobar que su plaza estaba ocupada por un coche que no reconocía. Se le ocurrió pensar que quizás Gonzalo tenía alguna visita, y como era complicado aparcar en el barrio, le había dejado su plaza, le pareció bastante lógico, después de todo, ella no había avisado de que iba a pasar el fin de semana, quería que resultara una sorpresa.

Después de dar varias vueltas por el barrio, dejó el coche a un par de manzanas del portal. Cogió la mochila, donde había metido un par de cosas que iba a necesitar, casi todo lo tenía aquí, así que en realidad, lo que había dentro eran cosas de Kika, se colgó el transportín al hombro y se encaminó a casa, deseando llegar para ponerse una copa de vino y sentarse con Gonzalo a contarle las últimas novedades, y quizás, a ver un rato la televisión.

En eso estaba pensando cuando entró en el ascensor y pulsó el botón de su piso. Subía emocionada, hasta ese momento no se había dado cuenta de lo

que había echado de menos a Gonzalo, estaba deseando tirarse en sus brazos y dejarse querer.

Cuando abrió la puerta, las luces del salón estaban encendidas, pero no se veía a nadie. Le pareció raro, puesto que se suponía que tendría visita, a no ser que algún vecino hubiera ocupado su plaza al verla vacía las últimas semanas, pero le extrañaba.

Dejó la mochila y el transportín con Kika en el recibidor, y fue a buscar a Gonzalo por el piso. Tampoco se encontraba en la cocina, así que se fue directa al dormitorio, quizás había llegado temprano y se había acostado.

Cuando abrió la puerta, con lo que se encontró la dejó sin palabras. Allí, en su cama, estaba Gonzalo, completamente desnudo, encima de él, a horcajadas, una morena lo montaba. Tardaron unos segundos en darse cuenta ambos de su presencia, y ella estaba clavada en la puerta del dormitorio, sin poderse mover por la impresión.

—Anya, esto no es lo que parece. —Ella empezó a reírse y puso los ojos en blanco, no se podía imaginar que en serio esa frase se utilizara en estos casos.

La morena, en cuanto la vio, se tapó con las sábanas, parecía tan sorprendida como ella de su presencia.

Anya se dio la vuelta y salió de la habitación, dispuesta a irse de la casa, pero Gonzalo, desnudo, corría detrás de ella. La alcanzó en el pasillo, a un par de metros de la puerta, la agarró del brazo y la giró para obligarla a mirarlo a la cara.

—Perdona, cariño, pero no sabía que ibas a venir. —Anya no se creía las palabras tan desacertadas que estaba escuchando.

—Es bueno saber que si te hubiera avisado, no te hubiese encontrado follando con una...

—No quería decir eso, perdona. Es que te echaba de menos y...

—Vamos, que te apetecía echar un polvo y lo estás echando con la primera que te has encontrado.

—Esto... tampoco es eso... —Anya pareció entender en los ojos de Gonzalo.

—Me estás diciendo que no es la primera vez, que llevas tiempo tirándotela. —Su silencio le delató. Anya no salía de su asombro, pero ahora entendía muchas cosas, los retrasos al salir de la oficina, que ella pensaba que eran porque estaba trabajando muy duro para conseguir un ascenso, y ahora resultaba que eran porque se estaba acostando con otra.

Se dio la vuelta, cogió la mochila y a Kika, pero antes de salir, sacó una llave de su llavero y la dejó encima del mueble que tenían en la entrada de la casa, con toda la tranquilidad de la que fue capaz, ante la mirada perpleja de Gonzalo.

Cuando regresó a su coche y se sentó en su asiento, ya no aguantó más, apoyó la cabeza en el volante y se puso a llorar desconsoladamente. No sabía qué le había dolido más, que Gonzalo la engañara o que llevara tiempo haciéndolo y ella ni siquiera se hubiera dado cuenta.

Cuando por fin se relajó lo suficiente como para volver a coger el coche, arrancó y se dirigió a casa de su madre. En el camino había pensado en ir a verla para contarle todo lo que había pasado en el pueblo, la había echado de menos, pero ahora, lo que realmente quería es que la abrazara y la consolara, necesitaba desahogarse con ella.

Domingo, 18 de septiembre

Anya estaba llegando a Óbito, había parado a comer de camino en un restaurante con un menú del día a ocho euros, en una vía de servicio de la carretera, le había parecido muy buen precio, y aunque no había mucha variedad en los platos a elegir, la comida había resultado bastante sabrosa.

Kika, en el asiento de al lado, ronroneaba en su transportín, se acababa de despertar. En cuanto salieron de Madrid se había quedado dormida, parecía que el coche le causaba ese efecto.

El sábado lo había disfrutado en compañía de su madre, que había llamado al trabajo para decir que no podía ir por un asunto familiar, así que se había dejado mimar por ella todo el día. Como ahora sus hijos eran independientes, ya no trabajaba de sol a sol para sacar a la familia adelante, además, ella y su hermano la ayudaban económicamente.

Su hermano se había convertido en un directivo de una conocida empresa de Telecomunicaciones, lo que le reportaba un buen sueldo. Vivía en un enorme chalé en La Moraleja y tenía una familia demasiado «guay» para ella, por lo que apenas se veían, pero sabía que le pasaba a su madre todos los meses una pequeña cantidad de dinero, lo suficiente para que no necesitara trabajar. Pero su madre era de armas tomar, no quería depender de su hijo, así que aunque no rechazaba el dinero, tampoco vivía de él. Anya estaba convencida de que ese dinero lo guardaba para sus nietos, los hijos de su hermano. Por su lado, ella tampoco tenía problemas económicos, sus libros se vendían bien y las comisiones le proporcionaban lo suficiente para ir holgada, por lo que cuando recibía un cheque de la editorial, le pasaba parte a su madre. Anya no sólo escribía, también participaba en diferentes eventos en las universidades de España, daba conferencias, seminarios y charlas a los estudiantes de Literatura, no estaba muy bien pagado, pero era algo que disfrutaba.

Iba conduciendo mientras sonreía al recordar el maravilloso día que había pasado con su madre. Después de haberla dejado dormir hasta las tantas, cuando vio que se levantó con los ojos hinchados de tanto llorar, se la llevó a un *spa* que ambas conocían, iban de vez en cuando a relajarse y dejarse mimar, como solían decir ellas. Así que cuando se enteró de los

planes que le había preparado su madre, canceló a tiempo la cita con su fisio. Ambas disfrutaron de un maravilloso circuito con pediluvio, hidroterapia, duchas de contraste, termas, sauna, baño turco, y para acabar, un masaje relajante de una hora. Anya, cuando salió, estaba mucho más tranquila.

Para terminar su mañana, se habían ido a un centro de belleza donde las habían dejado increíbles. El tratamiento en el pelo que habían recibido fue espectacular, todavía podía notar la suavidad de su melena al tocarse el cabello, el corte y el color le favorecía, y por si fuera poco las habían maquillado con muy buen gusto, estaban muy naturales, podían haber pasado por actrices de Hollywood, se dijeron mientras se contemplaban en el espejo, cuando terminaron con ellas.

—Hija, si no nos lo decimos nosotras, quién nos lo va a decir. —Le había dicho su madre. Ella se quedó contemplándola con pesar, sabía que desde que había muerto su padre, muchos años atrás, no había tenido ninguna relación. Antes no tenía tiempo para nadie porque tenía que sacar a una familia adelante, o eso decía, ahora no tenía claro el porqué. Quiso preguntarle, pero pensó que sería mejor hacerlo en otra ocasión.

Después de la sesión de belleza, se habían acercado a comer a un restaurante tailandés que le encantaba a Anya, hacían el mejor *pad thai* de todo Madrid, o por lo menos, eso era lo que pensaban ellas.

Y para concluir su día de chicas, habían acabado en un centro comercial de compras, donde se regalaron ropa de la nueva temporada de otoño-invierno. Anya adquirió bastante ropa de abrigo, sabía que en el pueblo la iba a necesitar, sobre todo teniendo en cuenta que las estufas y radiadores que había repartidos por la casa no daban el calor suficiente para calentarla. Tendría que revisar ese punto que no había contemplado en los últimos días, si no quería pasar frío los próximos meses.

Gonzalo la estuvo llamando todo el día y enviándole multitud de mensajes, todos ellos de disculpa. Aunque Anya no tenía claro si se disculpaba por el error de haber tenido una amante, a saber durante cuánto tiempo, o por haber sido pillado in fraganti. Decidió ignorarlos todos hasta sentirse con las suficientes fuerzas para responderle, todavía no le apetecía enfrentarse a él, no estaba preparada. No tenía claros sus sentimientos hacia él, los últimos meses la relación se había estropeado, y aunque había pensado que sería algo pasajero, sobre todo después del fantástico fin de semana que habían disfrutado juntos en el pueblo, ahora no estaba segura de que fuera algo puntual. Algo se había roto entre ellos, y no por la infidelidad, esto ya

venía de antes. Lo que ahora veía claro, es que ya no podría volver a confiar en él, cuando alguien era infiel una vez, lo más probable es que volviera a serlo, o eso era lo que ella creía. No quería estarse preguntando a todas horas si Gonzalo estaba o no con otra cuando no estuviera a su lado, se volvería loca. Se dio cuenta de que ya lo tenía decidido.

Así que a última hora de la noche, más relajada, le envió un correo electrónico en el que daba por terminada su relación. Hubiera preferido hacerlo en persona, pero no tenía tiempo, se iba al pueblo a continuar con su trabajo. En el *email* le decía que se quedara con el piso en el que vivían, de todas formas estaban de alquiler y todos los papeles estaban a su nombre. Ella ya buscaría algo cuando regresara de Óbito. Respecto a la cuenta conjunta que tenían, acababa de hacer una transferencia de la mitad del dinero a su cuenta personal, por lo que podía disponer de todo lo que quedaba en ella. Y ya estaba, no había nada más. Le pareció increíble que después de tres años viviendo juntos, no compartieran más cosas, quizás nunca habían estado realmente comprometidos con esa relación, no lo sabía y ya daba igual. También le informó que pasaría a recoger sus cosas más adelante, que si tenía prisa porque se las llevara, que por favor, se las dejara preparadas para que su madre pasara a por ellas. Sabía que aún tenía ropa y objetos personales en casa de Gonzalo, pero no tenía ninguna urgencia por recuperarlos.

Había sido un mensaje muy frío para terminar una relación, pero también había sido una forma muy dolorosa de terminarla, no se podría quitar de la cabeza esa imagen de Gonzalo con otra mujer en su cama durante algún tiempo.

Cuando se quiso dar cuenta, ya estaba en la entrada de su casa. Se sintió como si hubiera vuelto a su hogar, fue una sensación extraña que disfrutó. Mateo iba a tener razón, se dijo, al final me quedo a vivir aquí, sonrió al pensarlo, pero sabía que en un pueblo en el que no había apenas nada que hacer, se moriría de aburrimiento. Ella necesitaba las cenas con sus amigas, ir al cine, al teatro, a exposiciones, aunque también era verdad que podría ir a Madrid de vez en cuando y disfrutar de todo eso. Tendría que pensarlo, pero ahora no estaba en su cabeza darle vueltas a ese tema.

Llevó el transportín a la mesa de la cocina, en cuanto lo abrió, Kika salió y se dirigió a su arenero. Ella subió a su habitación a dejar todas las cosas que había comprado, estaba guardándolas en el armario y en los cajones cuando notó algo, no sabía qué era, pero su habitación no estaba como siempre, algo

había cambiado. Miró a su alrededor intentando prestar atención a los detalles, pero no supo encontrar cuál era la diferencia.

Dio una vuelta por el interior de la casa a ver si hallaba algo fuera de lugar en el resto de habitaciones, pero no vio nada, todo estaba igual. Entonces se dio cuenta, ya sabía qué era lo que le había llamado la atención en su dormitorio. Volvió a subir y se fijó en los cajones de la cómoda, uno de los tiradores estaba suelto, tenía pendiente comprar una tuerca para que quedara ajustado, por lo que solía tirar de su gemelo para abrir el cajón, sin embargo, cuando tiraba de ambos se quedaba con uno en la mano, pero como era muy puntillosa con esas cosas, el dibujo de la flor que había pintado en él, siempre lo colocaba de forma correcta, flor en la parte de arriba, tallo en la parte de abajo, no obstante, ahora estaba al revés. Miró en su interior, pero su ropa estaba en su sitio, tampoco estaba revuelta, no había indicios de que alguien hubiera estado husmeando, quizás había sido ella quien había dejado el tirador mal colocado, cabía esa posibilidad.

Subió al desván a comprobar que estuviera todo en orden, pero no era así, alguien había estado allí mientras ella había estado fuera. Las cajas estaban abiertas y estaba segura de que las había dejado cerradas. Las revisadas a la derecha y las que aún tenía pendientes a la izquierda. Comprobó que las de la izquierda no estaban colocadas como ella las había dejado, alguien las había examinado, habían estado buscando algo, pero no sabía qué era lo que contenían, por lo que tampoco podía estar segura de si faltaba algo o no. Inspeccionó las cajas que sí había revisado y se dio cuenta de que la última que había estado mirando, en la que se encontraban los cuadernos escolares de los chicos y los diarios de Elena, estaba más vacía que la última vez, faltaban todos los diarios. Ella los había repasado y no tenían información interesante, o eso pensaba. Recordó que el que tenía las últimas notas antes del cruel asesinato, lo había guardado con los documentos de su investigación. También notó que faltaba un álbum de fotos, el que contenía las fotografías más recientes.

Bajó al despacho, donde en uno de los cajones del escritorio de su abuelo tenía guardados los documentos, y respiró aliviada, todo seguía ahí, incluido el diario de Elena de 2006. También había algunas fotos esparcidas en su interior, fotos que pertenecían al álbum que se habían llevado y que ella había cogido porque eran las más recientes de la familia, hechas todas ellas poco antes de morir. El cajón estaba cerrado con llave, no había sido forzado, y la llave estaba guardada en un cajoncito oculto debajo del sobre de la mesa, un

lugar que su abuelo le había mostrado cuando era pequeña. Él lo utilizaba para guardar papeles importantes, como la escritura de la casa y algún objeto que consideraba de valor, como las joyas de la bisabuela.

Salió de la casa y se dirigió a ver a Felisa, tal vez ella hubiera visto algo o a alguien. Cuando llamó a la puerta le abrió Mateo.

—Hola, Anya, pasa.

—Hola. —Fue directamente a la cocina donde Felisa estaba dando un sorbo a su café, estaban tomando el postre.

—Perdonad por la interrupción.

—No pasa nada, hija, siéntate, ¿quieres un café?, ¿o una tila? —A ninguno de los dos les pasó desapercibido el nerviosismo que mostraba Anya. Se sentó y se comenzó a tomar el café que le acababa de poner Felisa—. ¿Se puede saber qué te pasa? Parece que hayas visto un fantasma. —Felisa empezaba a preocuparse.

—Alguien ha entrado en mi casa. —Los dos se sorprendieron—. Felisa, ¿has visto a alguien merodeando por los alrededores?

—No, cariño, no he visto a nadie.

—¿Estás segura? —Preguntó Mateo.

—Sí, han desaparecido los diarios de Elena que encontré el otro día en la buhardilla. También han revisado las cajas que yo no he tenido tiempo de inspeccionar, así que no estoy segura de si se han llevado o no más cosas.

—Hijo, ve a echar un vistazo en la casa. —Mateo asintió y salió con aire decidido.

Un rato después, apareció de nuevo en la cocina.

—He comprobado toda la casa, todas las ventanas están cerradas desde dentro, nadie ha podido utilizarlas para entrar o salir. Así que sólo me queda pensar que quien haya sido ha entrado por la puerta. ¿Has cambiado la cerradura? —Anya negó lentamente con la cabeza dándose cuenta de su estupidez. Cómo no se le habría ocurrido, y más pensando que quizás hubiera un asesino suelto por el pueblo, y si fuera así, sabía que era probable que tuviera una llave para acceder a su casa. Si antes tenía dudas de ello, ahora esto parecía confirmarlo—. Lo primero es llamar a la policía. Ya me encargo. Y voy a llamar a un cerrajero amigo mío para que te cambie ahora mismo esa cerradura.

Desapareció de la cocina, aunque se podía oír su voz, estaba hablando con la policía en el recibidor de la casa, sonaba preocupado, también se le oía pasearse inquieto de un lado a otro.

Anya no sabía qué pensar, si sus sospechas eran ciertas, y el asesino de los Ruíz Moreno había entrado en su casa para llevarse alguna prueba, había perdido información importante, información que podía exculpar a Jaime Ruíz del asesinato de su familia, pero si no había encontrado lo que fuera que estuviera buscando, seguramente volvería, ¿estaría ella en peligro? Su mente analítica le decía que sí, pero esperaba equivocarse. Aunque también se daba cuenta de que si hubiera alguna prueba que inculpara al asesino, ya se habría hecho con ella, a no ser que no supiera que existía dicha prueba hasta ahora. Pero ella no le había contado nada de lo que había encontrado a nadie, o a casi nadie. Esto es un pueblo, pensó, ¿habría gente observando sus pasos? Era una locura, se estaba volviendo paranoica.

—La policía llegará en unos minutos. Con el cerrajero he quedado a las ocho. Ahora está disfrutando del domingo con la familia. —Ambas asintieron muy calladas en la cocina.

—No me puedo creer que haya sido tan estúpida como para no cambiar la cerradura, lo había pensado, pero no le di la importancia que ahora veo que tenía. —Se recriminó Anya.

—Si hay algo en la casa que estaban buscando, que hubieras cambiado o no la cerradura, no creo que tuviera mucha importancia, ya hubieran encontrado otra forma de entrar. —Lo que decía Mateo era del todo plausible, pensó Anya, lo que no la tranquilizó ni lo más mínimo.

—Empiezo a pensar que estoy poniendo nervioso a alguien con mi investigación.

—Yo pienso lo mismo. Y si tienes razón y Jaime Ruíz no asesinó a su familia, el asesino anda cerca. —Todos sabían lo que significaba eso—. ¿Por qué no te vienes unos días a mi casa? Creo que ahí estarás más segura.

—No pienso salir corriendo encogida de miedo. Gracias por tu oferta, pero me quedo en casa. —Nada más decirlo se arrepintió, se sintió como una valiente idiota, si eso existía. Si alguien quería hacerle daño, no podría defenderse, claro que en casa de Mateo no iba a estar mucho mejor, por lo que le había contado Felisa, desde que había vuelto a trabajar, se pasaba muchas horas en la oficina, sólo iba a su casa a dormir, así que ella se encontraría igual de sola.

Cuando llegó la policía, tal y como había hecho Mateo, revisaron la casa comprobando posibles entradas y salidas, y como él, no encontraron nada. Le tomaron declaración para interponer una denuncia, aunque le dijeron que tendría que pasarse al día siguiente por el cuartel de la guardia civil, que

estaba a la entrada de Paredes, era el más cercano a Óbito, para terminar de rellenar la denuncia y firmarla. Así que se fueron sin aportar mucho.

La tarde la pasó en compañía de Felisa y Mateo, viendo una película que ponían en la televisión. Ella no estaba pendiente de la película, lo ocurrido la había asustado, pero llegó a la conclusión de que no la iban a amedrentar, sólo le hacían darse cuenta de que iba por el buen camino. Varias veces pilló a Mateo observándola con sus profundos ojos grises, parecía preocupado por ella, agradeció su interés, sabía que podía contar con él y con su abuela.

A las ocho en punto, llegó el cerrajero tal y como habían quedado.

—Buenas noches, Felisa. —Dijo nada más entrar en la cocina, seguido por Mateo que se había levantado a abrirle—. Tú debes de ser Anya Sáez, la nueva propietaria de la casa del arroyo. Tenía ganas de conocerte, hay que tener mucho valor para vivir en una casa donde ocurrió un hecho tan horrible. —Le dijo con admiración—. Pues vamos a ver esa puerta.

Mientras se dirigían a casa de Anya, el hombre no paraba de hablar.

—Cuando me llamó Mateo, pensé que era otra de sus mujeres habituales a la que había que cambiarle la cerradura. —Anya miró a Mateo sin entender muy bien a qué se refería el hombre, él, al ver la curiosidad reflejada en sus ojos, soltó una carcajada.

—Está hablando de mis clientas. Por aquí hay muchas órdenes de alejamiento o divorcios que no han sido muy amigables, así que una de las primeras cosas que recomiendo, es un cambio de cerradura, para que la pareja no pueda entrar como Pedro por su casa.

—Sí, la verdad es que me da mucho trabajo. —Todos rieron sus palabras.

Anya y Mateo se quedaron observando cómo Juan cambiaba el bombín de la cerradura.

—Te recomiendo que también pongas un cerrojo de seguridad. No traigo ninguno, sino te lo ponía ahora en un abrir y cerrar de ojos. Si vas a la ferretería de Tomás, en Paredes, dile que vas de mi parte, así te hará un descuento. —Anya le sonrió agradecida—. Bueno, pues aquí he terminado. Toma una llave y una copia.

—Muchas gracias. ¿Cuánto le debo?

—No te preocupes por eso ahora. Ya vendré un día de esta semana con la factura, y con un pequeño descuento por ser la nieta de María. —El hombre le guiñó un ojo—. Era una gran mujer, por aquí todos la apreciábamos mucho.

—Anda, no seas pelota. —Le dijo Mateo bromeando.

—Si es que ya no se puede ser encantador con una mujer guapa.
—Todos volvieron a reír.

Agradecieron a Juan su premura por venir en domingo y éste se fue a continuar la velada con la familia.

—Muchas gracias por todo, Mateo. Tu abuela y tú sois de una gran ayuda para mí, no sé qué haría sin vosotros.

—Anyá, lo que te dije antes va muy en serio. Si quieres venir unos días a mi casa, tienes las puertas abiertas. Por lo menos hasta que te encuentres más tranquila.

—Lo sé. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla, agradecida.

Mateo la miró a los ojos, vio que tenía determinación en ellos. Si su investigación continuaba, y los cauces que estaba desarrollando eran los adecuados, había un asesino por ahí fuera que no la dejaría en paz tan fácilmente. Pero ahora, no podía hacer más, así que se dio la vuelta y salió de la casa.

Anyá subió al desván, quería ver si aparte de los diarios había algo más que se hubieran llevado, algo que no advirtiera en su vistazo inicial.

Ya no entraba apenas luz por las ventanas, y la pobre bombilla que colgaba en medio de la habitación no era suficiente para poder revisar nada, así que pensó que mejor lo haría al día siguiente.

Se asomó a la ventana que daba al patio de atrás, aunque era prácticamente de noche, había una gran luna en el cielo que iluminaba parte del jardín. Se relajó al verlo tan bonito, y al ver que todo estaba tranquilo. Pero de repente, notó un movimiento al fondo, entre los árboles, al principio pensó que podría ser un animal, no estaba segura, no había mucha luz en esa zona, la frondosidad de los árboles no permitía ver bien lo que allí se ocultaba. Se quedó observando atenta, esperando a que hiciera algún movimiento. Y efectivamente, unos segundos después, volvió a ver algo, mejor dicho, vio a alguien que se alejaba corriendo, siguiendo el recorrido del arroyo.

Salió a toda prisa del desván, bajó las escaleras, atravesó la cocina y salió por la puerta que daba a la parte trasera de la casa. Cruzó lo más rápido que pudo el patio y continuó corriendo siguiendo el río, por donde había visto escabullirse al intruso. Estuvo unos minutos corriendo a toda velocidad, hasta que se quedó sin resuello, por lo que tuvo que parar. Apoyó las manos en las rodillas y respiró profundamente hasta que consiguió sosegar.

Si había habido alguien en su jardín, ya se había ido.

Martes, 20 de septiembre

Acababa de salir de la ferretería de Tomás, como le había recomendado Juan, el cerrajero, había comprado un cerrojo de seguridad, parecía muy sencillo de instalar, así que esperaba ponerlo esa tarde en un rato. No sabía qué herramientas tenía en casa, había algunas en el desván, esperaba que fueran suficientes, si no, tendría que pedírselas a Felisa. Tenía que organizarse una caja de herramientas, por experiencia, resultaba muy útil tener una en casa y ella no era de las que se amedrentaba por hacer tareas de bricolaje.

Ahora se dirigía a la tienda de construcción, Tomás le había dicho que ahí podría hacerse con estufas para la casa. En breve llegaría el frío y no estaba preparada, de hecho, ya por la noche se necesitaba una manta para dormir. Había pensado en comprar estufas de pellets, hablaban muy bien de ellas en diferentes páginas de internet, pero prefería ser orientada antes.

En la tienda, Antonio, el dueño, la estuvo informando de las múltiples posibilidades de calefacción que podía poner en su casa. Al final, no sabía si por su idea preconcebida o porque le pareció que calidad precio era lo mejor, se decantó por lo que venía buscando, las estufas de pellets. Quedó con Antonio en que se pasaría al día siguiente por su casa para ver cuántas necesitaría, la potencia, y demás, en ese punto sí que iba a hacer lo que él le aconsejase.

Salió de la tienda muy contenta, ese invierno no iba a pasar frío, ya estaba todo en marcha. Además, los modelos que le había enseñado eran muy bonitos, muy rústicos y acordes con la decoración que había en la casa, no como lo que había visto por internet, demasiado moderno.

Al salir de la tienda, tropezó literalmente con Mateo, casi pierde el equilibrio, pero de nuevo él estuvo lo suficientemente hábil para agarrarla y que no cayera.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre. —Le dijo sonriente.

—Gracias de nuevo. Últimamente parece que estoy muy torpe. —Cuando se recompuso, se dio cuenta de que no estaban solos, la guapa morena con la que había visto a Mateo la semana anterior los miraba sonriente.

—Te presento a Paula, ella es Anya, ya te he hablado de ella. —Le dijo a su amiga.

—Parece que partes con ventaja. —Dijo Anya irónicamente.

—Paula es la mujer de Alberto, mi socio en el bufete. —Explicó Mateo. Anya se quedó un poco cohibida, había pensado que era su pareja—. Vamos a comer los tres en el bar de Mariano, ahí enfrente, ¿te animas?

—Me encantaría, pero ahora iba a ir a ver a... —Mateo no le dejó terminar la frase.

—Seguro que puedes ir después de comer.

—Anda, ven. —Le dijo Paula con voz cantarina—. Alberto está deseando conocerte, éste no para de hablar de ti. —Dijo dando un suave codazo a Mateo, lo que le hizo sonrojar ligeramente.

—De acuerdo. Me apunto entonces. —No tuvo que pensárselo mucho. Apenas se relacionaba con gente desde que estaba en el pueblo y lo echaba en falta.

Todos cruzaron la calle en silencio y entraron al local que tenía Mariano en la calle principal del pueblo. Sentado en la barra, un hombre moreno, alto y bastante atractivo, según se fijó Anya, sonrió al verles pasar. Todos se acercaron a él y Paula se adelantó a darle un beso en los labios.

—Alberto, ella es Anya, nos la acabamos de encontrar saliendo del comercio de Antonio. —Le dijo Paula muy animada.

—Encantada. —Dijo Anya mientras observaba con disimulo a Mateo que se acababa de quitar la chaqueta. Llevaba un bonito traje gris marengo que le sentaba como anillo al dedo, estaba muy guapo, pensó.

—Por fin conocemos a la mujer que está viviendo en la casa del arroyo, ya sabrás que eres la comidilla de los alrededores. —Alberto le cayó simpático al instante, quizás eso dicho por otra persona no hubiera sonado igual, pensó, pero en él había sido muy natural.

—Eso me han dicho. —Alberto soltó una carcajada.

—Vamos a entrar. Tenemos la mesa de siempre. —Subieron a la parte de arriba donde estaba situado el restaurante. Se acomodaron en una de las mesas que daba a un gran ventanal, donde se podía disfrutar del paisaje. Como las casas del pueblo no eran altas, había unas bonitas vistas de la calle principal, del pueblo y, más allá, del monte.

—Bueno, ahora en serio. ¿Cómo lo llevas?

—Lo de ser la comidilla de todo el mundo siempre me había parecido que sería molesto, pero como todo el mundo habla de mí a mis espaldas, la

verdad es que no me entero. —Le dijo Anya bromeando y Alberto soltó otra sonora carcajada, esa chica le parecía muy graciosa, esperaba que su amigo no la dejara escapar—. Respecto a vivir en la casa del arroyo, estoy encantada. No identifico mi casa con lo que ocurrió hace diez años, la identifico con lo que ocurrió antes, cuando era pequeña. Esos son los recuerdos que me traen las habitaciones, la casa, veo a mi abuela, a mi hermano y a mí misma cuando éramos unos críos. Fueron tiempos muy felices y estoy encantada por recordarlos, aunque a veces me ponga algo nostálgica.

En ese momento, el camarero les empezó a servir una copa de Ribeiro, cuando terminó, Alberto levantó su copa y brindó por los tiempos felices, pasados y venideros, y todos le acompañaron en el brindis.

Comieron de raciones, aunque solían pedir menú, pero por solidarizarse con la invitada, esta vez cambiaron su rutina. Le dijeron que era obligatorio probar las ricas especialidades de la zona, en general, y del bar de Mariano, en particular. Así que pidieron pulpo a la gallega, chorizo a la sidra, un churrasco y una tabla de ibéricos en la que había cecina, jamón, salchichón y chorizo, tal como le contaron, todo de matanza.

—Bueno, y vosotros cómo os conocisteis. —Una pregunta típica, pero Anya sentía curiosidad.

—Todos somos compañeros de la Facultad de Derecho, nos conocimos en el primer curso y desde entonces somos inseparables. Nos llamaban los tres mosqueteros. —Paula era muy risueña, Antonio y ella parecían una pareja encantadora, pegaban, se dijo Anya.

—Pero yo me quedé con la chica. —Alberto seguía bromeando.

—Sí, eso era lo único que nos faltaba, una cuarta mosquetera para Mateo. Siempre estuvo demasiado centrado en sus estudios y en ayudar a su abuela. —Paula le acarició la mano al decir eso, en un tierno gesto amistoso.

—Yo no tenía dinero para pagarme mis estudios como vosotros, no podía permitirme fallar. —No lo dijo con rencor ni como un mal recuerdo, simplemente como una realidad.

—¿Lleváis mucho casados?

—Nos casamos al salir de la Facultad, así que llevamos casi diez años casados. Uuufff, cómo pasa el tiempo. Somos unos vejstorios.

—No, unos maduritos interesantes. —Dijo Alberto mientras probaba el pulpo, guiñándole un ojo a su mujer.

—¿Y tú no trabajas con ellos en el bufete?

—¡Qué dices! No me puedo imaginar todo el día con estos dos. Me volverían loca. —Hizo un gesto muy descriptivo de su locura que a Anya le hizo mucha gracia. Ya se había fijado que Paula gesticulaba mucho al hablar, lo que imprimía fuerza a lo que contaba—. Yo soy asesora jurídica de algunas ONG de la zona.

—Es una verde. —Dijo su marido—. Se pasa el día de manifestación en manifestación. Ya sabes, «la tierra es tu amiga», «no a la tala de árboles», «salvad a las ballenas» y cosas por el estilo. —Paula le dio un codazo y le sacó la lengua.

—Ves lo que tendría que aguantar. —Anya se sentía muy cómoda, eran unas personas encantadoras que enseguida la hicieron sentir como una más.

—¿Y tú, Anya, tienes novio?

—Paula. —Dijo Mateo regañando a su amiga.

—No tiene importancia, yo les acabo de hacer el tercer grado. —Dijo Anya.

—Lo ves, ella no es tan reservada como tú. —Mateo puso los ojos en blanco.

—No, no tengo novio. —Mateo la miró extrañado, aún recordaba cuando el otro día le había presentado a ese tal Gonzalo, quien marcó su terreno nada más conocerlo—. Quiero decir que tenía novio, pero acabamos de dejarlo.

—Oh, cuánto lo siento. —Dijo Paula sinceramente.

—Creo que es mejor así, ya no llevábamos el mismo rumbo, nos estábamos distanciando.

—Bueno, cambiando de tema. ¿Qué tal llevas tu investigación? —Anya estaba dando un sorbo al vino, se había dado cuenta de que siempre tenía la copa llena, Alberto se ocupaba de ello. Ella no estaba acostumbrada al Ribeiro y empezaba a notarse algo entonada—. Mateo no nos cuenta nada. —Ella lo miró conmovida, agradecía su discreción.

—Es que no hay mucho que contar. Voy avanzando, pero no he descubierto nada que no se supiera hace diez años. Sigo en ello.

—Tendréis que comprar su nuevo libro si queréis saber más. —Les anunció Mateo.

—Parece que te ha salido un publicista. —Dijo Alberto sonriendo a su amigo.

La comida resultó amena y divertida. Cuando salieron del restaurante, todos se fueron a sus respectivos trabajos, por lo visto, tenían un montón de casos pendientes, aunque no sin antes decirle que tenían que repetir la velada,

que había sido muy divertido y que se alegraban de haberla conocido por fin.

Anya decidió dar una vuelta por el pueblo antes de ir a su próxima visita, quería despejarse un poco del vino que había ingerido en la comida.

Empezó a callejear por las bonitas calles empedradas del pueblo, tenía que reconocer que aunque se acercaba mucho a Paredes, no salía de la calle principal, puesto que todo lo que necesitaba se encontraba ahí, y estaba claro que se estaba perdiendo el gran encanto del lugar, estaba descubriendo un precioso pueblo, con sus bonitas casas de piedra, contraventanas de madera y techos de pizarra a dos aguas, en casi todas las ventanas asomaban macetas con flores de bonitos colores que le daban un toque especial. Era un lugar muy agradable.

Al girar una esquina en lo alto del pueblo, se encontró con una pequeña tienda «Haberlas hailas...», rezaba un cartel encima de la puerta, cuyo escaparate estaba lleno de meigas, «el caso es encontrarlas» continuó Anya la frase. Como le llamó tanto la atención, se decidió a pasar.

—Buenas tardes. —Le dijo una mujer sentada detrás de un pequeño mostrador.

—Hola, tiene una tienda fascinante.

—Gracias.

—¿Vende muchas? —Le preguntó a la mujer, señalando las brujas que había repartidas por toda la tienda.

—A los turistas sí. Todo el mundo quiere llevarse una bruja a su casa de recuerdo. —Sonrió.

—¿Hay alguna diferencia entre meiga y bruja? —Anya sentía curiosidad.

—No, son lo mismo. Aunque a las brujas se les suele relacionar con cosas malas, y las meigas eran lo que hoy en día se llaman médicos naturistas. Ya sabe, hacían remedios caseros con las plantas para curar enfermedades, o ayudaban a las mujeres a dar a luz. También se dice que deshacían el mal de ojo.

—Tiene algunas muy originales. —A Anya le habían llamado la atención unas brujas muy modernas, una llevaba un maletín, otra un ordenador y otra un gráfico de economía.

—Hay que actualizarse. —Dijo la mujer toda sonriente acercándose a Anya—. La del maletín es buena para la salud, y la del gráfico es la anticrisis. —Anya cogió una que le gustó, pensando en comprarla—. Esa es buena para atraer el amor.

—Falta me hace. —Dijo ella medio en serio medio en broma—. Me la

voy a llevar. —La mujer se la cogió para envolverla en papel de burbujas—. ¿Qué más vende en la tienda?

—Diferentes hierbas, productos aromáticos, velas, amuletos con símbolos celtas, también muy vendidos a los turistas. —La señora cogió un colgante y se lo mostró—. Esto es el trisquel, una runa celta que es un símbolo solar. —Anya lo observaba, el símbolo estaba formado por tres brazos unidos en un punto central—. Los brazos suponen la unión de los tres elementos: la tierra, el agua y el aire. El número tres era un número sagrado en la cultura celta. —La mujer le cogió la mano a Anya—. También leo la mano. —Anya se quedó expectante, aunque no creía en esas cosas, esperaba que le dijera algo bueno, pero ella levantó la cabeza y la miró a los ojos preocupada.

—¿Qué es lo que ha visto?

—Mucho amor e hijos. —Anya sabía que eso no era lo que ella había visto, si es que realmente había visto algo.

—No, en serio, se ha puesto nerviosa, ¿ocurre algo? —La mujer la volvió a mirar a los ojos, supuso que era mejor que lo supiera.

—Veo peligro inminente.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué clase de peligro?

—No veo nada más. —La mujer parecía no tener intención de contarle nada más, así que después de pagar, salió de la tienda.

A Anya sus palabras le hicieron sentir un escalofrío, por lo que intentó quitárselo de la cabeza, era lo único que le faltaba. Habían entrado en su casa, alguien la espiaba y ahora se enfrentaba a un peligro inminente, esto empezaba a parecerse a una película de terror, pensó algo preocupada.

Intentó no pensar en todo ello, aunque no sabía cómo lo iba a hacer. Empezó concentrándose en la brujita que se acababa de comprar, era una monada, aunque no sabía dónde la pondría en casa, estuvo dándole vueltas a eso para olvidar todo lo que la preocupaba en realidad.

Al regresar a la calle principal, pasó de nuevo al bar de Mariano, donde le preguntó al camarero cómo llegar a la dirección que tenía anotada de la amiga de Jacinto Ramírez. El camarero le dio las indicaciones oportunas, no estaba lejos, pero no le apetecía ir andando, así que cogió el coche y hacia allí se dirigió.

Cuando llegó, unos minutos después, se encontró con una casa como todas las del lugar, y una mujer trabajando en el jardín, llevaba unos guantes puestos y parecía estar trasplantando algunas plantas.

—Buenas tardes, venía buscando a Luz Divina Martín. —La mujer levantó la cabeza para observar a Anya.

—Supongo que eres la escritora que está investigando el asesinato múltiple de Óbito. —Anya asintió, se olvidaba que todo el mundo estaba enterado—. Soy la madre de Ludi. —Dijo mientras se levantaba y se acercaba a ella.

—Me gustaría hablar con su hija, si fuera posible. —A su madre se le estaban llenando los ojos de lágrimas, aunque intentaba controlarse y disimularlo.

—Ludi murió hace años. —La cara que puso Anya de sorpresa no le pasó desapercibida a la mujer, por lo que continuó hablando—. Dentro de un par de semanas se cumplirán ocho años de su muerte. Volvía del trabajo, como todos los días, en su viejo coche, -era camarera en el restaurante de la gasolinera que hay en la autovía-, y alguien la sacó de la carretera. El conductor se dio a la fuga, nunca lo encontraron. La policía siempre pensó que había sido un borracho, pero yo no lo creo. —Anya escuchaba atentamente, no se esperaba algo así—. Después del asesinato de aquella familia, no volvió a ser la misma, algo pasó, pero no sé qué pudo ser. —Se dio la vuelta y desapareció en el interior de su casa dando por finalizada la conversación.

Anya todavía se quedó unos segundos sin moverse donde la había dejado, se había quedado de piedra, no sabía qué pensar.

Jueves, 22 de septiembre

Anya estaba esperando a Mateo en su casa, habían quedado en que iría a buscarla al salir del bufete, iba a acompañarla a ver a Jacinto Ramírez. Estaba nerviosa debido al carácter que todo el mundo le decía que tenía el señor Ramírez. Estaba convencida de que esa entrevista no iba a ser sencilla, y también de que podría obtener información interesante. O quizás, como pensaba la policía, era un mequetrefe que no pintaba nada.

Cuando escuchó el claxon del coche de Mateo, cogió la chaqueta y el bolso del perchero de la entrada y salió a su encuentro. Ahí estaba él, sentado en el asiento de su BMW todoterreno, observándola con su media sonrisa a la que ya se estaba acostumbrando. Anya pensó, al ver ese coche, que los divorcios y discusiones vecinales por las lindes daban dinero. Rodeó el automóvil y se sentó a su lado.

—Hola.

—¿Preparada? —Mateo estudiaba sus reacciones, tal y como solía hacer con los componentes del jurado, parecía nerviosa y no era lo habitual, siempre tenía los nervios templados, incluso cuando entraron en su casa actuó de forma relajada y pragmática.

—No lo sé. Creo que me puede aportar información importante para el caso, pero no sé cuál, por lo que no sé cómo abordar la entrevista.

—Empieza por el principio, las preguntas irán saliendo una detrás de otra. Si no obtienes lo que ibas buscando, quizás es que no tenga esa información que buscabas, y si la tiene, pero no nos la da, ya volverás en otra oportunidad. —Mateo tenía razón, podía acercarse en otro momento si hoy no conseguía lo que quería.

—Pues adelante. —Dijo más convencida.

Mateo puso en marcha el coche y siguió la carretera, cuando apareció el camino por donde Anya solía ir a coger moras, se sorprendió de que Mateo no girara.

—¿No coges el camino?

—Creo que será mejor continuar por la carretera, ahora hay una desviación que lleva directamente a la puerta de Jacinto. El camino no está preparado para coches.

—Pero si esto es un todoterreno. —Le picó Anya y él puso los ojos en blanco.

—Por lo que veo, estamos de buen humor.

—Siempre estoy de buen humor.

—Eso es cierto. —Aceptó Mateo que todavía no conocía a la Anya enfadada.

Como había predicho, apareció una desviación que Mateo cogió, y en unos segundos se encontraban en la puerta de la casa de Jacinto.

—Qué pena, con lo bonita que es la casa, es una lástima que la tenga en este estado. —Por la noche y tan cerca, la casa resultaba realmente tétrica.

—Vamos. —Anya asintió y se dirigieron a la puerta principal de la casa. Mateo le cogió la mano y le dio un suave apretón para que se tranquilizara. Abrió la puerta un deshecho humano, o por lo menos esa fue la primera impresión que se llevó Anya. Con la ropa sucia, vestido con un chándal de los ochenta, con una melena que llevaba siglos sin ser desenredada recogida en una coleta, sin ducharse hacía tiempo por el olor que desprendía y con una lata de cerveza en la mano, les recibió Jacinto.

—Hola, soy Anya Sáez. Quería hablar con usted de la noche del asesinato de la familia Ruíz Moreno. —Asintió mirando a Anya, parecía que la esperaba. Sonrió a Mateo.

—Hombre Mateo, te veo bien. Pasad. —El interior era aún peor que el exterior, los muebles estaban muy estropeados, había desorden, las cosas estaban tiradas por el suelo, encima de las sillas y de los sillones, y por si fuera poco, apestaba a sudor, a alcohol y a cerrado, necesitaba ser ventilado.

—Por qué no hablamos mejor en la terraza. —Mateo sabía lo que estaba pensando Anya, que básicamente era lo mismo que pensaba él. Ahí dentro no se podía respirar, por lo menos en la terraza, a la que se salía directamente desde el salón, estarían en la naturaleza, aunque a esas horas ya empezaba a hacer frío para estar en la calle, pero había que elegir y esa le pareció la mejor opción. Anya se lo agradeció por la cara de alivio que mostró.

Los tres se sentaron alrededor de una vieja mesa de plástico.

—Este hombre me salvó la vida. —Le dijo orgulloso a Anya—. Si no hubiera sido por él, me hubiera quedado en la calle cuando me divorcié de Marta. Nunca se lo agradeceré lo suficiente.

Anya se había imaginado a un hombre duro, mujeriego, alguien que era capaz de maltratar, de buscar peleas en los bares, pero ese hombre que tenía enfrente daba lástima, no era para nada lo que se había figurado.

—Jacinto, Anya está investigando el crimen y quería hacerte unas preguntas. —Le dijo Mateo, aunque ya lo habían hablado cuando organizaron la cita.

—¿Le importaría si grabo la conversación?

—Claro, claro, no hay problema. Pregunte lo que quiera. Una amiga de Mateo es amiga mía. —Le sonrió, y Anya comprobó que le faltaban unos cuantos dientes, y los que le quedaban tenían un color desagradablemente oscuro. Sacó el teléfono del bolso y comenzó a grabar.

—¿Me podría contar qué pasó aquel día? Tengo entendido que discutí con Jaime Ruíz y Elena Moreno por la tarde, porque no le quisieron prestar el dinero que se había gastado en... —Anya se quedó callada, estaba acusándolo antes de haber oído su versión, eso no era ser objetiva, así que prefirió callarse.

—Parece que ya ha hablado con Marta. —Dijo Jacinto sin darle más importancia a las palabras de Anya—. No la crea, es una mentirosa, le encanta manipularnos a todos para que creamos lo que ella quiere que creamos. —Se encogió de hombros.

—Cuénteme su versión. —Pidió Anya.

—Esa mañana, Marta había estado de compras, yo acababa de cobrar y volvió a casa con un montón de cosas para ella y para la niña. Otra vez dejó la cuenta tiritando. Discutimos por ello, y como de costumbre, no sé ni cómo lo hacía, me convenció para que fuera a pedirle dinero a su hermana. Cuando llegué, se me caía la cara de vergüenza, les había hecho creer que el dinero me lo gastaba yo en bebida y mujeres. A ver, no estoy diciendo que sea un santo, de hecho, me gustaba ir al bar a tomar alguna copa y también me gustan las mujeres, pero sabía cuánto podía gastar para llegar a fin de mes. El caso, es que me dijeron que en ese momento no tenían dinero, no nos podían dejar ni un céntimo y, además, me llevé una buena charla sobre madurar y cosas por el estilo, que por cierto tenía que haber escuchado Marta, no yo. Efectivamente, salí de allí muy enfadado, pero no con Jaime ni con Elena, sino con Marta, me había hecho ir allí, cuando era ella la que tenía que haber pasado el mal trago, y para colmo, seguía sin tener ni idea de cómo pagar el alquiler que se había fundido esa mañana mi entonces mujer. Volví a casa, discutimos y me fui.

—¿Y qué pasó luego? —Anya estaba muy sorprendida con esas declaraciones, había conocido a Marta y no era la misma persona de la que estaba hablando él. ¿Cuál sería la verdad?

—¿Qué pasa, no me cree! ¡Es como todas! —Dijo Jacinto a gritos levantándose de la mesa. Anya no se esperaba esa reacción, supuso que esa sería la ira a la que todos hacían referencia y por la que Mateo había querido acompañarla.

—Jacinto, tranquilízate, ella no ha dicho eso. Sólo quiere saber la verdad.
—Jacinto se dominó al escuchar las palabras apaciguadoras de Mateo.

—Fui a Paredes, al bar, a tomar algo y olvidarme de todo. Allí me encontré a Ludi, era una chica encantadora, muy dulce, todo lo contrario que Marta, quizás no era muy inteligente, pero tampoco era tonta. Estuve tomándome unas copas con ella y después fuimos a su casa, según me contó sus padres se habían ido ese fin de semana a Zamora, a ver a la familia.

—¿Y ya no volvió a ver a la familia Ruíz Moreno? —Los ojos de Jacinto brillaban por el efecto de la rabia, parecía sentirse como un animal acorralado.

—No, ya le he dicho que no. Esa noche fueron asesinados. Lo siguiente que supe de ellos fue lo que me dijo la policía cuando me llevaron a comisaría para interrogarme. Yo no entendía qué estaba pasando.

—¿Qué pensó cuando lo detuvieron?

—Si le soy sincero, pensé que Marta les había contado que le había pegado.

—¿Le pegó?

—No, claro que no. Nunca he puesto la mano encima a una mujer. Eso es de cobardes.

—¿Entonces?

—Solía hacerlo. Creo que quería demostrarme que era ella la que tenía el poder en nuestra relación. No sé. Pienso que yo le daba asco. Nunca entendí por qué aguantó tanto tiempo a mi lado.

—Quizás porque le tocó la lotería. —No se había dado cuenta de que lo había dicho en alto.

—No me tocó a mí, le tocó a ella. Pero no le dio tiempo a divorciarse de mí antes de que yo me enterara. La pillé con el boleto de la primitiva y ya no pudo hacer nada. Se creía muy lista, pero le gané por la mano. —Se puso a reír como si estuviera loco. Anya dio por terminada la entrevista. Como se esperaba, se había enterado de varias cosas interesantes, lo que no podía asegurar era si eran reales o ideadas por esa mente siniestra.

—Una última cosa. ¿Qué opina de la muerte de... Ludi? —Iba a decir su nombre completo, pero pensó que quizás él sólo la conocería por el

diminutivo.

—Se llevaron a una bellísima persona. El hijo de puta que lo hizo, espero que lo pague algún día.

—Muchas gracias Jacinto, ha sido de gran ayuda. Si necesitara hacerle alguna pregunta más, ¿podría volver?

—Por supuesto, como he dicho antes, las amigas de mi amigo Mateo son mis amigas.

Ambos salieron de la casa dejando a Jacinto en la terraza enfrascado en sus pensamientos.

—¿Qué opinas? Tú que le conoces mejor. —Preguntó Anya, confiaba en las opiniones de Mateo.

—No sé qué decirte. He de reconocer que Jacinto no es ni la sombra de lo que fue. Desde la muerte de Ludi se hundió, creo que ella era una buena influencia para él, lo centraba. Pero respecto a lo que ha contado de Marta, no sé. Ella en el juicio no quería repartir el dinero, decía que él se lo iba a gastar en bebida y mujeres, pero al final cedió a la repartición a partes iguales. No la conozco muy bien, pero no me da la impresión de que sea como dice, parece una buena persona. Por otro lado, si es una manipuladora como la ha definido, no creo que pudiéramos saber cómo es en realidad, ¿no crees? Supongo que tendrás que averiguarlo. Desde luego, si Jacinto fuera un testigo en un juicio, sería muy sencillo desacreditar su declaración. Nadie lo querría como testigo principal en un sumario. —Sentenció.

—Imagino que tienes razón.

En menos de cinco minutos habían llegado a casa de Anya.

—Te invito a cenar en agradecimiento a que me hayas acompañado a ver a Jacinto.

—Espero que alguna vez lo hagas porque quieres y no porque me agradezcas algo. —Le dijo de forma enigmática. Anya recordó entonces que la vez anterior lo había invitado a comer por su ayuda con la desbrozadora.

—Tienes razón. Algún día te sorprenderé. —Le guiñó un ojo.

Esa mañana había cocinado lasaña, y quedaba suficiente para ambos en la nevera, la sacó y la calentó unos minutos en el horno. Mientras, entre ambos, sacaban cubiertos, vasos y platos que colocaban en la mesa. Anya se dio cuenta de la naturalidad de sus movimientos, cómo se apartaban para dejarse pasar, como si fuera una situación habitual entre ellos, se sintió muy cómoda.

—¿Hay vino?

—Sí, mira en la despensa, he comprado varias botellas. Elige la que más te guste.

Mateo apareció con un Ribera del Duero que a Anya le encantaba.

—Buena elección. —Le dijo mientras le pasaba el sacacorchos. Él abrió la botella y sirvió la bebida en un par de copas, a la par que ella sacaba la lasaña del horno, lista para servir.

—Tienes unos amigos encantadores.

—Ellos dijeron lo mismo de ti. De hecho, quieren organizar una cena en su casa en tu honor.

—Me parece fenomenal. Cuando queráis, aquí tengo pocas actividades sociales. Por ahora, lo único que he hecho es participar en un curso de cocina internacional que se ha impartido esta semana en el ayuntamiento, el cual ya ha llegado a su fin.

—Pues habrá que cambiar eso. —Volvió a poner esa media sonrisa tan habitual en él.

La cena resultó muy agradable, hacía tiempo que no disfrutaba de un rato tan relajado en compañía masculina, pensó Anya. Se pusieron al día de sus actividades cotidianas, él le contó sus casos y algunas anécdotas en los juzgados, mientras ella le comentó las tareas a las que se había dedicado estos últimos días, básicamente todas ellas de bricolaje, y alguna anécdota que se había producido en el curso.

—He disfrutado de la velada, la lasaña estaba muy buena, pero me tengo que ir, mañana tengo que madrugar. —Dijo Mateo mientras se levantaba.

Anya lo acompañó agradeciéndole de nuevo su ayuda. Cuando Mateo atravesaba la puerta, se giró, lo primero que pensó Anya es que se había olvidado algo, pero nada más lejos de la realidad. Mateo la miró a los ojos, con esa mirada penetrante que la ponía tan nerviosa, le acarició la mejilla, apartándole un mechón de pelo que le caía, se acercó y sosteniéndole la cara con ambas manos, la besó. Primero, fue un beso suave en los labios, pero después la lengua de Mateo se introdujo en la boca de ella, y estuvo jugueteando con su lengua con lentitud, disfrutando del momento. Cuando se apartó, Anya no supo qué decir, no se lo esperaba, aunque lo había disfrutado, de hecho, quería más. Él la miraba con una sonrisa que a ella le resultó indescifrable, se dio la vuelta y se marchó, dejándola apoyada en el marco de la puerta, pensando en lo que acababa de ocurrir.

Viernes, 23 de septiembre

Esa mañana, estuvo inmersa en la búsqueda por internet de información sobre Jacinto Ramírez, fotografías antiguas que le llevaran a descubrir al tipo que le habían descrito, comentarios de algún amigo en su Facebook, no se podía creer que hubiera sido una persona que se llevaba a las mujeres de calle, lo suficientemente fuerte para no tener miedo a montar peleas en los bares, desde luego, ella lo que se había encontrado era una piltrafa.

Estuvo navegando por las redes sociales, comprobó que Ramírez tenía perfiles en un par de ellas, aunque no los actualizaba desde hacía varios años, aun así le sirvieron para lo que quería. Había subido información antigua, se le veía en fotos del instituto, con amigos en bares y lo que parecía el inicio de su relación con Marta. Su histórico en las redes sociales no era tan antiguo como para ser de hacía más de diez años, pero por lo menos había subido alguna foto de esa época, ahí se descubría a un chico malote, por definirlo de algún modo se dijo Anya, algo más parecido a como se lo habían pintado.

En ese momento, se dirigía a Paredes, había quedado a comer en el restaurante de Mariano. Cuando llegó, dejó el coche enfrente de la entrada del bar, como estaba empezando a ser una costumbre, tendrían que poner un cartel con su nombre en esa plaza, se dijo bromeando.

Cruzó la calle y notó un viento frío, tenía que empezar a pensar en ponerse ropa de abrigo, con la chaqueta vaquera que llevaba y el chaleco acolchado encima, ya no era suficiente.

En cuanto entró en el bar, lo vio, estaba apoyado en un taburete, cual largo era, tomando lo que parecía ser un refresco.

—Hola, Navarro.

—Hola, Anya. Manuel, llámame Manuel. —Todavía no se había acostumbrado a llamarlo por su nombre de pila—. Ya tenemos preparada la mesa, si quieres subimos. —Ella se dirigió a las escaleras y Navarro fue tras ella. En cuanto llegaron a la zona del restaurante, él le señaló una mesa en un rincón, estaba apartada del resto, la mesa ideal para que nadie les escuchara, con parabanes de madera que le otorgaban mayor intimidad—. Creo que aquí no nos molestarán.

Ambos se sentaron y pidieron sendos platos del menú. Cuando ya lo

tenían todo encima de la mesa y pensaron que el camarero no les interrumpiría durante un rato, empezaron a hablar sobre la investigación.

—Respecto a la muerte de Luz Divina, ¿crees que fue un asesinato?
—Le preguntó a Navarro después de exponerle todo lo que había descubierto.

—Ese caso no lo llevamos nosotros, pero lo que sé es que se cerró como un homicidio involuntario. Nunca se encontró a la persona que causó el accidente. Todo apuntaba a un borracho, ya sabes cómo son por aquí las carreteras, bebes un poco, vas a toda velocidad y, o te matas tú, o matas a alguien. Pensaron que eso mismo había sucedido. Tú tienes otra teoría, por lo que veo.

—La verdad, es que tengo mis dudas sobre que fuera un desconocido.

—¿Me estás diciendo que crees que el asesinato de la familia tiene que ver con el accidente de Ludi?

—Efectivamente. Nunca he creído en las coincidencias. —Navarro decía muy a menudo esa frase cuando estaba realizando alguna investigación policial, le hizo gracia oírsele a otra persona.

Anya se sentía muy cómoda exponiéndole a Navarro su visión, quería conocer lo que opinaba al respecto.

—No se nos pasó por la cabeza que tuvieran un nexo común, pero quizás tengas razón. —Convino—. ¿Tienes alguna suposición de lo que ocurrió?

—Bueno, sí, tengo una hipótesis, no sé si es correcta o sólo sirve para escribir una novela. —Ella se encogió de hombros, había construido una versión de los hechos con la que pensaba orientar su novela, por supuesto, no podía asegurar que hubiera sido así como había ocurrido—. Creo que esa noche fue asesinada al completo la familia Ruíz Moreno, el cuerpo de Jaime Ruíz no fue encontrado, pero estoy casi segura de que está pudriéndose en algún lugar. Pienso que el motivo del asesinato fue el dinero. —Navarro estaba expectante—. Estoy convencida de que un negocio, una herencia... —Navarro la interrumpió.

—Una primitiva.

—Exacto, es otra opción. El caso es que de una u otra forma consiguieron hacerse con algo de dinero y por eso fueron asesinados.

—¿En qué te basas?

—Creo que hay varios acontecimientos que me hacen llegar a esa conclusión. Uno, el compañero de trabajo dice que Jaime Ruíz ha conseguido dinero por un pelotazo en los negocios. Dos, saca sus ahorros del banco para pagar los préstamos que debía, teniendo que mantener a su familia, creo que

esa acción indica que estaba esperando recibir o había recibido bastante dinero. —Navarro entendía la exposición de Anya, le parecía bastante viable.

—Esto nos lleva como principales sospechosos a Jacinto Ramírez y a Marta Moreno.

—Sí, creo que son dos posibles sospechosos.

—¿Y el accidente de Ludi? —Navarro estaba intrigado, no sabía cómo podía casar su muerte con el asesinato múltiple, pero Anya tenía razón, podía ser una coincidencia que no se podía dejar pasar por alto, o podía ser un accidente como tantos otros en las carreteras de la zona.

—Es desconcertante, creo que forma parte de la ecuación, pero no sé cómo encajarlo. —Anya se frotó las sienes como si intentara concentrarse—. Murió dos años después, sólo se me ocurre que se enterara de lo ocurrido de forma casual y el asesino decidiera deshacerse de ella.

—Eso nos llevaría a Jacinto Ramírez.

—Quizás. Supongamos que Luz Divina sabía todo desde el principio, es decir, que Jacinto Ramírez los asesinó y se convirtió en su coartada para protegerlo, ya sea por amor o por dinero. —Navarro sabía a dónde quería ir a parar—. Puede que por remordimientos estuviera pensando en contarle todo y Jacinto la matara.

—Desde luego es una opción, pero él quedó muy tocado tras su muerte.

—Tal vez porque mató a la persona que amaba. —Navarro se encogió de hombros, lo que decía Anya tenía sentido, pero no eran más que teorías sin pruebas, basadas en las elucubraciones de una escritora—. Por cierto, ¿qué opinas de Marta, sería capaz de matar a su hermana y a la familia de ésta?

—Creo que todo el mundo es capaz de matar en un momento dado. —Lo mismo que le soltó el doctor Soler—. Pero creo que Marta no sería capaz de cometer ese asesinato múltiple, y no lo digo porque sea mujer, sino por cómo se quedó. En el entierro, la misa, pareció enloquecer por el dolor, estuvo tiempo sin salir de casa, deprimida por el acontecimiento, le costó volver a ser de nuevo ella misma.

—Lo que tengo claro es que quien los mató era conocido de la familia.

—¿Por?

—Porque ninguno de los niños gritó y estaban todos en la misma habitación. Bueno, ya sé que la conclusión policial es que al final gritaron, lo que alertó a Elena, pero fue alertada cuando ya no pudo hacer nada. Por lo que saco de los informes y las autopsias, el asesino estaba con ellos, como no podía matar a los tres a la vez, y no se podía permitir que se pusieran a gritar,

cogió las cabezas de los dos más jóvenes, Mónica y Alejandro, y las chocó entre sí con fuerza, lo que hizo que perdieran el conocimiento, Miguel al ver lo ocurrido gritó alertando a su madre, pero el asesino le cortó el cuello, lo que le hizo callar. Luego, mató a los otros dos como indican las autopsias, y continuó cortándoles, se ensañó con ellos. La madre bajó, pero más tranquila al no oírles, supuso que estarían concentrados en sus deberes, quizás los llamaba, pero seguramente estuviera habituada a que no le contestaran. El asesino, después de matar a los chicos, se la encontró en las escaleras y la mató. Por lo menos no llegó a ver a sus hijos degollados.

—¿Y Jaime?

—Él, quizás, llegó más tarde y se encontró a su familia muerta, pero el asesino lo esperaba, lo mató y ocultó su cuerpo.

—Bueno, tu teoría del asesinato es la misma conclusión a la que llegó la policía, salvo que el asesino fue Jaime.

En ese momento, entraron en el restaurante Mateo acompañado de Paula y Alberto. Cuando los vieron, la saludaron con la mano, excepto Mateo que se acercó.

—Hola, Anya. —Le dirigió una gran sonrisa, después miró a su acompañante, y con gesto serio también lo saludó—. Navarro.

—Santos. —Anya notó que el aire se podía cortar con un cuchillo.

—Me gustaría que habláramos, ¿me puedo pasar luego por tu casa?
—Mateo ignoró a Navarro y volvió a prestarle atención a ella.

—Claro, estaré allí toda la tarde. —Lo mismo que Anya notó la tensión entre ambos hombres, Navarro notó la complicidad entre ellos.

—Perfecto, nos vemos luego. Qué aproveche. —Les dijo a ambos, a modo de despedida, antes de darse la vuelta y reunirse con sus amigos en la misma mesa en que habían comido con ella unos días antes.

—¿Tienes alguna relación sentimental con Mateo Santos? —Le soltó a bocajarro. A Anya le sorprendió la pregunta, primero por ser tan directa, y después, por ese asalto a su intimidad—. Lo sé, he sido muy brusco, perdona. Sólo te quiero avisar, ten cuidado con él. No es lo que parece.

—¿A qué te refieres?

—Cuando era joven estaba metido siempre en problemas, iba con malas compañías. Le arrestamos en varias ocasiones, robo de coches, y cosas del estilo. Felisa no sabía qué hacer con él, pobre mujer, lo que sufrió por su culpa. —Anya se quedó de piedra.

—Pero ya no es así. Y de hecho, me consta que se preocupa mucho por

su abuela. —Se acababa de percatar de que lo estaba defendiendo.

—No sé, Anya, no sé cómo es ahora, pero sé cómo era antes. Yo te aviso, ten cuidado.

—¿Por eso hay tanta tensión entre vosotros?

—Por eso y porque mi sobrina se enamoró de él, y él la dejó sin miramientos. Ya sé que son cosas de chiquillos, estaban en el instituto, pero ella lo pasó fatal, y a un viejo como a mí, esas cosas no se le olvidan. —Se le ponían los pelos de punta al recordar a su sobrina en el hospital, pero eso no se lo contó a Anya—. Es alguien que también cumple el perfil.

—¿Asesino múltiple? —Anya abrió la boca y los ojos por la sorpresa. Una cosa es que en su juventud Mateo fuera un rebelde, y otra muy distinta es que fuera un asesino, pensó.

—Sí, en aquel tiempo no tenía dinero y se estaba pagando una carrera que no era barata precisamente. Además de la estancia fuera de su casa, creo que compartía piso. Todo ello lleva consigo muchos gastos. —Anya sabía que trabajaba para pagarse sus estudios y que su propia abuela lo había ayudado, gracias a eso la casa del arroyo no estaba echada a perder. Otra vez lo estaba justificando, se dijo.

—Me estás diciendo que crees que pudo entrar, asesinar a la familia y robarles el dinero para pagarse los estudios.

—No me parece más descabellado que tus argumentos. —No podía quitarle la razón.

—Pero, él no estuvo aquí ese fin de semana, estaba en León, donde estudiaba.

—En eso te equivocas. Venía a casa de su abuela muchos fines de semana, y ese en particular estuvo visitándola. Lo recuerdo perfectamente. Felisa no estaba sola cuando vio a Jacinto Ramírez entrar y salir de tu casa, él estaba con ella.

Anya se quedó de piedra, si eso era verdad, Mateo le había mentado. Miró a la mesa donde estaba sentado con sus amigos, estaba riéndose de algo que habían dicho, en ese instante, su mirada se posó sobre ella, sus profundos ojos grises la observaron con dulzura, le dedicó una sonrisa, pero ella no le correspondió, apartó la mirada. No se lo podía creer, ¿podía ser él el asesino de la familia Ruíz Moreno? ¿era capaz de matar de forma tan cruel a tres niños? ¿se sentía atraída por un psicópata?

Después de despedirse de Navarro, Anya fue hasta su coche, apoyó el bolso en el capó para buscar las llaves y cuando las encontró, se le resbalaron de las manos cayendo debajo del motor.

—Por Dios, qué torpe soy. —Se dijo a sí misma mientras se agachaba y estiraba el brazo para cogerlas, se habían quedado colocadas detrás de la rueda delantera.

—Ann. —Se dio la vuelta sorprendida de escuchar esa abreviación de su nombre, no la oía desde que era pequeña, así solía llamarla su padre. Delante de ella, observándola con su enigmática sonrisa, se encontraba Mateo. Al ver un pequeño atisbo de contrariedad reflejada en los ojos de Anya, le preguntó—. ¿Te importa si te llamo así?

—No, no hay problema, me gusta. —Estaba muy guapo con su abrigo de paño abierto, su traje a medida, su pelo moreno despeinado y sus brillantes ojos grises, pensó.

—Quería saber qué tal te había ido con Navarro, te he visto muy seria en la comida.

—Bien, estábamos divagando sobre las miles de posibilidades en las que puedo encaminar mi investigación. Ya sabes. —Siendo una de ellas que tú seas el asesino, pensó.

—Me alegro de que todo fuera bien, me había preocupado. Entonces, nos vemos luego.

—Sí, claro. —Mateo fue a darle un beso en los labios a modo de despedida, pero ella sin pensar, le puso la mejilla. Si él se sorprendió por el gesto, no lo hizo notar.

Anya se quedó observando cómo se alejaba, hasta que desapareció al girar por una esquina. Sintió que la confianza que había depositado en él la había perdido tras la conversación con Navarro. Y ¿por qué había dicho que se había preocupado? ¿tenía miedo que Navarro dijera algo que no quería que ella supiera? Anya decidió que no podía sentir ese recelo hacia él, sobre todo teniendo en cuenta que había sido una gran ayuda esas últimas semanas. Esa tarde le pediría que le aclarara sus dudas.

Ya en casa, Anya estuvo buscando información sobre Mateo por internet, tal y como había hecho esa misma mañana con Jacinto Ramírez. No encontró nada de su juventud, sólo localizó información posterior a su graduación en la Facultad de Derecho, y era la que había en la página web del pequeño bufete

que llevaba con Alberto. Eso le pareció raro, en pleno siglo XXI, en la era de la tecnología digital, no aparecía por ningún sitio. Revisó la página del bufete en la que se hablaba de quiénes eran, del tipo de casos que llevaban, cómo contactar con ellos y demás información habitual en ese tipo de webs, pero también encontró colgados los currículos de ambos abogados, por lo que se descargó el de Mateo.

Al leer el currículo de Mateo, se sorprendió con su contenido. Al salir de la universidad no se había asociado con Alberto como ella había pensado, sino que se había ido a trabajar a Madrid, a un bufete muy conocido del centro. Hasta ella había oído hablar de él y no estaba metida en ese mundillo. Estuvo allí cinco años. Después, montó con Alberto el bufete que ahora administraban. Ya le preguntaría por qué dejó un bufete en la gran ciudad para montar uno pequeño en un pueblo, aunque creyó saberlo, menos estrés, mejor nivel de vida, tú eres tu propio jefe, había importantes argumentos. De hecho, ella últimamente se estaba planteando algo similar.

Estaba inmersa en su búsqueda de información por la red, cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta, eran casi las nueve de la noche, así que supuso que sería él. Cerró todas las ventanas abiertas en el ordenador que mostraban su incursión en su intimidad y fue a abrir la puerta. Como se imaginaba, ahí estaba Mateo, vestido ya con unos vaqueros, sin el traje que utilizaba para ir a la oficina.

—Hola. —Le dijo sonriente.

—Hola. Iba a preparar algo de cenar.

—Me parece perfecto. —Se quitó el abrigo dejándolo en el perchero de la entrada y se dirigió a la cocina siguiendo a Anya. En cuanto llegaron, vio que ella abría la nevera como si fuera a sacar algo y luego la cerraba como si hubiera cambiado de opinión. Él se apoyó en la encimera y se quedó observándola, a la espera, sabía que Navarro le habría contado algo, ella estaba distante y nerviosa, sólo tenía que esperar a que se decidiera a preguntarle—. ¿En qué puedo ayudarte? —Anya no sabía cómo abordarle, no se podía creer que fuera sospechoso en su investigación. Pero no le quedaba otra, no podría sentirse cómoda con él si no aclaraban varios puntos. Además, sus enfoques eran muy débiles, se caían por su propio peso.

—Creo que antes deberíamos hablar. —Él asintió, como se imaginaba no iba a tardar mucho en empezar a preguntar, siempre directa, no era de las que daba vueltas a las cosas. Anya se apoyó en la mesa de la cocina de forma que quedó enfrente de él.

—De acuerdo. ¿De qué quieres que hablemos?

—Me dijiste que el fin de semana que ocurrieron los asesinatos no estuviste aquí, y acabo de enterarme de que sí estabas. Cuando tu abuela Felisa vio salir a Jacinto de la casa, tú estabas con ella. Me mentiste. —Directa al grano y con acusación incluida, Mateo estaba disfrutando, era de armas tomar.

—No te mentí. —Parecía estar muy tranquilo, no parecían haberle afectado las palabras de Anya. Ella supuso que así interrogaría en el juzgado a los testigos, debía de ser bueno, se mantenía sereno, no se dejaba influenciar por impulsos—. Ese fin de semana vine, como otros muchos, a visitar a mi abuela. Llegué el viernes a comer. Ese curso salía a las doce de la mañana de clase los viernes, por lo que llegaba a tiempo de almorzar con ella, cosa que solía ilusionarle. Pasé aquí la tarde, pero discutimos y me fui.

—¿Cuándo te fuiste? —Interrogó Anya.

—Pronto, antes de que ella se fuera a cenar con Paca y con Carmen. Recuerdo llegar muerto de hambre a León e irme a comprar un bocadillo a uno de esos locales que mantienen abierto hasta las tantas de la mañana. —Empezaba a entender su reacción, dudaba de su inocencia—. ¿Crees que lo hice yo? —Ella no sabía qué responder a esa pregunta.

—No... sí. —Le miró a los ojos intentando tranquilizarse, no le resultaba fácil hacerle pasar ese examen—. No creo que fueras tú, si lo creyese no estarías aquí conmigo a solas. Pero no quita que seas un sospechoso basándome en mi hipótesis.

—¿Y cuál es esa hipótesis si puede saberse?

—Cuando termines de contestar a mis preguntas, contestaré a todas las tuyas.

—Me parece justo. Dispara.

—¿Sobre qué hora te fuiste?

—Veamos, mi abuela suele poner la comida a las dos, después se echa una siesta y se levanta sobre las cinco, creo que vimos alguna película en la televisión y después discutimos. Así que cogí mi bolsa, me metí en mi viejo coche y me fui. Calculo que serían entre las siete y las ocho de la tarde.

—¿Por qué discutisteis?

—¿Crees que es importante para la investigación?

—No lo sé, ¿lo es?

—Está bien. Discutimos por tu abuela. —La cara de Anya no podía demostrar más asombro.

—¿Por mi abuela?

—Sí, no quiero que pienses mal de mi abuela, pero Felisa tenía celos de María. —Al ver la cara de Anya, intentó explicarse mejor—. Me refiero a que tu abuela me estaba ayudando económicamente a pagarme la carrera y ella no podía, por lo que se sentía desplazada. Discutimos por el último pago que me había hecho, el cual le había devuelto un par de semanas antes, pintando la valla y haciendo alguna chapuza pendiente en la casa.

—Según la autopsia murieron entre las once de la noche y la una de la mañana. —Fue un pensamiento dicho en voz alta.

—Pues yo ya no estaba aquí, tal y como te dije. —O te quedaste, los mataste y te fuiste, en ese momento no tienes coartada, estabas sólo, pensó Anya—. Ann yo no lo hice, créeme. ¿Qué motivo iba a tener?

—Dinero.

—¿¿???

—Esa es mi hipótesis.

—Cuéntamela.

—Creo que los Ruíz Moreno fueron asesinados por dinero. Estoy convencida de que Jaime Ruíz está muerto en alguna parte. Mi teoría es que consiguieron dinero de alguna forma y los mataron por ello.

—¿Y qué tengo que ver yo con esa hipótesis?

—Económicamente no estabas boyante, te tenías que costear unos estudios y una manutención que no te podías permitir.

—¿Y crees que prefiero asesinar a una familia a sangre fría en vez de seguir aceptando el dinero de tu abuela? —Mateo levantó las cejas extrañado.

—Tienes razón. Es una estupidez.

—Ann, entiendo lo que ha pasado por tu mente, pensabas que te había mentido, y estoy seguro de que Navarro metió el dedo en la llaga. Nunca le he caído bien.

—Lo sé, pero que se me pasase sólo remotamente por la cabeza que hubieras sido capaz de asesinar a tres niños, no dice mucho de mí, ¿no crees?

—Mateo se acercó y le dio un suave beso en los labios, ella lo miró a los ojos y siguió preguntando—. ¿Qué problema tenéis Navarro y tú?

—Así que el interrogatorio no ha terminado. —Dio un paso hacia atrás de forma que volvió a apoyarse en la encimera. —¿Qué te ha contado?

—Que eras un chico problemático, dabas muchos quebraderos de cabeza a tu abuela.

—¿Sólo eso?

—No, y que saliste con su sobrina, la dejaste sin motivo y le rompiste el corazón. Creo que eso aún le molesta, aunque no llego a comprender el motivo, ¿qué han pasado, quince años? No tiene sentido.

—La verdad es que sí lo tiene. Silvia, la sobrina de Navarro, estaba colada por mí, se convirtió en una chica empalagosa y agobiante, justo lo que no le gusta a un chico rebelde que quiere ir por libre. Cuando la conocí, me pareció divertida e inteligente, además, era una belleza, en el instituto todos estaban detrás de ella. Pero a ella le gusté yo, todavía no sé qué vio en mí, como te contó Navarro, yo era problemático. Después de llevar un tiempo saliendo juntos, se convirtió en alguien dependiente de mí, ya no era la chica que conocí. Así que terminé con ella, creí que era lo mejor, no sólo para mí, sino también para ella, pensé... la verdad es que no sé qué pensé. Unos días después se cortó las venas. —La cara de Mateo se contrajo por los dolorosos recuerdos—. Estuvo en el hospital un tiempo, hasta que le dieron el alta, pero sus padres se trasladaron, no sé dónde. Nunca pude pedirle perdón por lo que le hice.

—Lo siento. Pero sabes que eso no fue culpa tuya, ¿verdad? —Ahora fue Anya la que se acercó, le puso la mano en la mejilla para consolarle.

—Bueno, pues vamos a preparar la cena. —Dijo Mateo intentando relajar el ambiente y rompiendo el silencio que se había formado en la habitación. Anya asintió y se dirigió al frigorífico donde empezó a sacar los ingredientes para una ensalada, también sacó unos huevos y atún con los que haría unas tortillas, no tenía otra cosa.

—Puedes ir limpiando la lechuga y cortándola. —Le pasó unos cogollos y también unos tomates, y le indicó dónde había boles para echar los ingredientes. Ella se puso a batir los huevos—. ¿Por qué dejaste el bufete de Madrid para montar uno aquí? —Mateo se sobresaltó al oír la pregunta, aún no había terminado con él.

—¿Me has investigado?

—Con la conversación que hemos tenido, ¿no te había quedado claro?

—Tienes razón, es obvio. —Mateo puso los ojos en blanco.

—Evidencias, señor abogado, parece que se te escapan. —Mateo soltó una carcajada.

—Si te contesto, se terminará el tercer grado que me estás haciendo.

—Te lo prometo.

—De acuerdo, pues vamos a ver. —Se quedó pensando unos segundos lo que iba a decir mientras ponía las hojas de lechuga debajo del grifo—. Fue

muy sencillo, allí me pagaban una pasta, eso es verdad, pero no tenía vida, me pasaba el día en el bufete, estudiando sumarios, analizando estrategias, etcétera, era lo único que hacía. Un fin de semana tuve que venir porque mi abuela estaba enferma, recuerdo que no fue sencillo que me concedieran todo el fin de semana libre. Eso fue la gota que colmó el vaso. Ese fin de semana me encontré con Alberto, él estaba pensando en montar solo un despacho y al final lo montamos juntos. Y he de reconocer que nos va bien. No gano tanto como en Madrid, pero suficiente para vivir desahogado, y dispongo de mi tiempo, que es lo que más echaba en falta.

—Me imaginaba que sería algo así. Te entiendo perfectamente, siempre he dado prioridad a mi vida privada frente a la laboral, aunque yo lo tengo fácil, trabajo en casa y me organizo como quiero. Gonzalo no es así, es como eras tú antes. —Anya no se había dado cuenta de la intrusión en la conversación de su ex, le había salido natural, pero Mateo sí lo había advertido.

—¿Lo echas de menos?

—¿A quién?

—A Gonzalo.

—Oh. No, bueno, a veces. Llevábamos tiempo juntos, pero teníamos que asumir que todo estaba terminado, los dos lo sabíamos, pero nos daba miedo enfrentarnos a ello.

—¿Cuál fue el detonante? —Anya se quedó en silencio—. Perdona, creo que me estoy metiendo donde no debo. —Ahora fue ella la que soltó una pequeña carcajada.

—Lo que llevo haciendo yo toda la noche. Tú te has abierto a mí, me has contado cosas muy íntimas, creo que te lo debo. El detonante, llegué a Madrid y me lo encontré follando con otra. —Aún se indignaba cuando se acordaba—. Perdona por mi vulgaridad.

—No te preocupes. Me imagino que aún duele. —Anya se sorprendió de la empatía que mostraba Mateo.

Cuando terminaron de preparar la ensalada y las tortillas, se sentaron a cenar y Anya, tal y como habían acordado, le detalló todo lo que había hablado con Navarro, le contó su hipótesis, los sospechosos y que pensaba que el asesinato de Luz Divina tenía relación, no sabía cuál, pero no podía ser una simple coincidencia. Mateo se sorprendió de lo claro que lo tenía y la lógica de la teoría. Los sospechosos no le encajaban, pero pensó que iba por buen camino, lo que le preocupó, se estaba acercando.

Sábado, 24 de septiembre

Anya había tomado por costumbre levantarse e irse a correr todas las mañanas antes de desayunar. Había decidido ponerse en forma debido a lo ocurrido el domingo anterior, cuando vio al intruso en su propiedad y casi muere extenuada por salir corriendo tras él.

Esa mañana había salido más tarde de lo habitual, puesto que Mateo se quedó hasta tarde el día anterior, estuvieron hablando hasta las tantas de la mañana, por lo que se le habían pegado las sábanas.

Ya era capaz de correr, aunque a paso lento, media hora, sólo paraba un minuto cada diez, pero hoy no había necesitado parar. A comienzos de semana, tuvo unos días complicados por las agujetas, le dolía todo el cuerpo, aunque sabía disimularlo a la perfección, excepto cuando había unas escaleras de por medio, no soportaba ni subirlas ni bajarlas, parecía una anciana. Pero estaba contenta, nunca en su vida había hecho ejercicio y ahora se sentía mucho mejor.

Cuando llegó a casa, se encontró que estaban esperándola en la puerta. Apoyado en la valla de piedra estaba su ex, no se lo esperaba.

—¡Gonzalo!

—Hola, Anya, no sabía que hicieras deporte.

—No sabes muchas cosas de mí. —Quizás esa contestación fuera injusta, pero se la merecía, se dijo. Sabía que él era la persona que mejor la conocía, por lo menos, hasta hacía poco.

—¿Podemos hablar? —No tenía ninguna gana de mantener una conversación con él, pero por otro lado, no podía ignorarlo cuando se había hecho casi cuatrocientos kilómetros para ir a verla. Así que se encogió de hombros y él la siguió al interior de la casa.

—¿Quieres un café? —Le dijo mientras preparaba la cafetera.

—Si vas a hacer, sí me tomaría uno.

—De acuerdo. —Encendió la cocina y puso su vieja cafetera italiana, para después sentarse en la mesa, enfrente de donde estaba él.

—Bueno, y qué es eso tan importante de lo que quieres que hablemos que te ha traído hasta aquí. Podías haberme llamado. —Sonrió irónicamente.

—¿Llamarte? Llevo toda la semana llamándote y no me has cogido ni

una sola vez el teléfono.

—Y eso no te ha parecido que quería significar algo. Por ejemplo, que no quiero hablar contigo o que no estoy preparada para hablar contigo.

—Anya, lo siento. Ha sido el mayor error que he cometido en mi vida. Ya he terminado con ella. Yo te quiero a ti. Te echo muchísimo de menos. Echo en falta tu olor, tu risa, hablar contigo por las noches, cómo te acurrucas a mi lado cuando vemos una película, todo.

—Gonzalo. Lo siento, pero no puede ser. No me creo capaz de volver a confiar en ti y eso en una relación es... impensable.

La cafetera empezó a borbotear, el café ya estaba saliendo. Anya se levantó y cogió un par de tazas con sus correspondientes platos, sacó el azúcar y la leche y lo colocó todo encima de la mesa. Sirvió los cafés, en el suyo se echó dos cucharadas de azúcar y un chorrito de leche fría, como hacía siempre. Gonzalo observaba sus movimientos metódicos, su modo de proceder tan ordenado, como era ella. La quería, y no se había dado cuenta de cuánto hasta que la había perdido, se sentía como un imbécil.

Se tomaron el café en silencio, Anya evitando mirarlo a los ojos y Gonzalo muy dolido por su rechazo, y enfadado consigo mismo por el error tan grave que había cometido, y lo peor de todo, es que todos los meses que pasó con Érika, siempre sintió el morbo de ser pillado por Anya, quizás de forma subconsciente era lo que quería, a lo mejor es lo que tenía que ser, el final de la relación. Pero cuando ocurrió, se dio cuenta de cuan equivocado estaba. Como le había dicho a Anya, había terminado con Érika, ahora estaba solo. Pensó que, si la relación con Anya estaba rota, como parecía ser, pediría perdón a Érika e intentaría volver con ella, no estaba dispuesto a quedarse solo.

Cuando se terminaron el café, Gonzalo se levantó dispuesto a marcharse, el viaje había resultado inútil, y se daba cuenta de que no pintaba nada allí.

—Muchas gracias por el café, pero creo que es mejor que me vaya.
—Anya asintió y lo acompañó a la puerta.

Se quedó apoyada en el marco, aunque intentaba disimularlo estaba muy dolida, le hacía daño esa separación. A veces pensaba que le hubiera gustado no llegar a casa y encontrarse a Gonzalo con otra mujer, pero sabía que ese pensamiento era un error, no podía vivir en la inopia, lo mejor había sido enterarse, aunque hubiera preferido que fuera de otra forma.

—Adiós, Anya. Si cambias de opinión, ya sabes dónde estoy. —Se acercó y la besó suavemente en los labios, quería saborearla por última vez.

Ella le dejó, era su despedida.

Cuando se separaron, se quedó contemplando cómo se alejaba hacia el coche, se subía en él y desaparecía. Al girarse para volver a entrar en la casa, advirtió que Mateo estaba en la puerta de la casa de Felisa, parecía estar arreglando la cerradura, concentrado en su labor. Se imaginó que la habría visto despidiéndose de Gonzalo.

Lunes, 26 de septiembre

Anya no había encontrado entre las declaraciones que le había enviado Navarro, ni en los recortes de periódico de la época, información alguna sobre la familia de Elena y Marta Moreno, sí había, por el contrario, muchas declaraciones de la familia de Jaime Ruíz, primos, tíos y su padre, según había leído, su madre había muerto de cáncer unos años antes.

Así que, en ese momento, se dirigía a hablar con su padre. No había podido contactar con él, pero Felisa le había dicho que vivía en Cubelos, un pueblo a pocos kilómetros de Óbito, siguiendo la carretera que pasaba por delante de su casa, en sentido contrario a San Juan y Paredes.

Anya no había tenido oportunidad de disfrutar aún de ese paisaje, puesto que siempre había ido en el otro sentido, la única vez que había cogido esa carretera fue cuando se dirigió con Mateo a casa de Jacinto Ramírez, pero enseguida se desviaron.

Las vistas eran impresionantes, la carretera subía serpenteando por la empinada ladera de la montaña. A la izquierda, se veía un profundo precipicio que daba a una bonita laguna, a la que llamaban la laguna de los sapos. Ella siempre había oído llamarla así de pequeña, y siempre pensó que era porque había muchos sapos en ella, pero no lo sabía, quizás simplemente era una invención de una mente infantil, lo miraría por internet, quizás había una bonita leyenda de princesas y sapos, se rio de su razonamiento, cuánto mal habían hecho las películas de Disney, se dijo bromeando.

Pasada una curva, a la izquierda, encontró un mirador, donde podía dejar el coche al otro lado del arcén, sin estorbar a nadie, así que eso mismo hizo y se bajó a contemplar las vistas.

La laguna estaba rodeada de grandes bosques donde el árbol predominante era el roble, aunque también se podían ver algunos abedules, avellanos y acebos. En ese lago desembocaba el arroyo que pasaba por su casa. Intentó divisarla, mirando a la izquierda e intentando seguir el curso del arroyo, pero le resultó imposible, la espesura que formaban los árboles, no le permitía ver mucho más allá.

Mientras contemplaba el paisaje, se le pasó por la cabeza pensar que quizás el asesino tirara el cadáver de Jaime Ruíz al arroyo que pasaba por su

propiedad, entonces éste pudo ser arrastrado al lago. Si hubiera sido así, le pareció lógico que nunca lo encontrarán, el lago no fue dragado, debió de servir de alimento a las grandes truchas que vivían en él.

Cuando había crecidas por lluvias o deshielos, el arroyo aumentaba su caudal, a veces llegando a inundar el jardín, aunque nunca había llegado a calar la casa, puesto que había sido construida, por ese motivo, a una distancia prudencial de él. En esas ocasiones de crecida, tenía la suficiente fuerza como para arrastrar un cuerpo. Le pareció una idea loable.

Subió de nuevo al coche, estaba segura de que Cubelos aparecería tras la siguiente curva, debía de estar llegando porque ya estaba muy alta, no quedaba mucho para llegar a la cima de la montaña, y Cubelos se encontraba todavía en la ladera.

Como había imaginado, el pueblo apareció unos metros más adelante por la carretera. Anya paró en el primer bar que se encontró, en la calle principal que lo cruzaba de punta a punta, la misma carretera por la que iba y por la que se llegaba directamente a su pueblo. Aparcó el coche donde pensó que menos molestaría, puesto que las calles eran estrechas y por ahí tenían que pasar coches en dos sentidos. La verdad era que por algunos trozos era del todo imposible, no se podía imaginar a los coches dando marcha atrás por esas calles con tantos recodos, desde luego, ella se veía incapaz, pero gracias a Dios, no se había encontrado en esa tesitura.

En el interior del bar, comprobó que había un grupo de cuatro vecinos jugando al mus, parecía que estaban en la partida final porque no hacían más que lanzarse órdagos. Anya siguió su camino y se acercó a la barra, donde el camarero hablaba con un señor mayor que se tomaba un café.

—Buenos días. Me gustaría saber dónde puedo encontrar a Narciso Ruíz.
—Le dijo al camarero, aunque quien contestó fue el hombre que se tomaba café sentado en una banqueta al lado de ella.

—¿Quién lo pregunta? —Anya lo observó. Tenía los mismos ojos negros que había visto en las fotos del desván, debía de ser el padre de Jaime Ruíz.

—Soy Anya Sáez, vivo en la casa del arroyo.

—Sé quién es usted. —Parecía estar a la defensiva, pero ella lo entendía perfectamente, estaba abriendo unas heridas dolorosas para él, no se imaginaba lo que debía de estar pasando.

—Supongo que es usted el señor Ruíz.

—Supone bien.

—¿Podemos hablar?

—Chico, ponme el café en mi cuenta. —Le dijo al camarero, que asintió, mientras secaba los vasos que acababa de sacar del lavavajillas—. Vamos a dar un paseo.

En cuanto salieron del bar, Anya se colocó a su derecha y caminaron ambos en silencio. Comenzaron a subir por una calle empedrada, con un gran desnivel que Narciso no parecía notar, supuso que hacía este recorrido de manera habitual, por su parte, ella agradeció haber empezado a correr, porque si no, no creía haber sido capaz de llegar al final. Anya estaba sorprendida con la agilidad del hombre, aparentaba más de ochenta años, pero parecía moverse como alguien de cuarenta, a ella le costaba seguir su ritmo.

Después de diez minutos de ascenso, el hombre giró a la derecha por un ancho camino en medio de una arboleda, continuaron en silencio. Anya no sabía a dónde se dirigían, pero le daba igual, las vistas desde ese camino eran increíbles, por lo que iba disfrutando de la ruta, a la derecha, entre los troncos de los árboles, se intuía el lago, y detrás, las montañas. Un día tenía que coger la cámara y hacer fotos del lugar, quizás quedaran bien en el libro, y si no, para tenerlas de recuerdo, el lugar era realmente increíble, ya no se acordaba. Tendría que hacer alguna excursión algún día que no lloviera, últimamente casi todos caía una ligera llovizna o un buen chaparrón, pero también había días en los que disfrutaban de un sol brillante.

Llegaron a una zona donde el camino se ensanchaba y se abría a un amplio terraplén, en medio de él había dos enormes piedras, a modo de pilares, que sustentaban otra mayor.

—¿Es un dolmen?

—¿Esos pedruscos? Sí, creo que así lo llaman.

Anya no sabía que por la zona hubiera construcciones megalíticas funerarias, creía que se ubicaban más hacia el este, entre Cantabria y el Pirineo catalán. Otra razón más por la que empezar a hacer excursiones por la zona, se apuntó mentalmente.

A la derecha, había un banco en el que se sentaron, desde ahí se podía disfrutar de unas impresionantes vistas del lago y sus alrededores, dejando el dolmen a la espalda. Estaba claro que el viejo no quería que los molestaran, pensó Anya.

—Quería hacerle unas preguntas sobre el asesinato de sus nietos y de su nuera. —El hombre se dio cuenta de que no había incluido a su hijo, otra que pensaba que había sido el asesino, así quedaría reflejado en la novela que todos en el pueblo sabían que estaba escribiendo, pensó decepcionado—. ¿Le

importa si grabo la conversación? —A Narciso le daba igual, así que se encogió de hombros, había tenido la esperanza de que esa escritora, a la que ahora tenía delante, abordase lo ocurrido desde otra perspectiva a la que lo había hecho la policía, pero parecía que no iba a ser así, sus esperanzas acababan de ser pisoteadas. Vio como la chica sacaba su móvil del bolso y pulsaba varias teclas, supuso que eso sería la grabadora, quedó a la espera de que empezara con su interrogatorio.

—Lo primero, decirle que no creo que su hijo asesinara a su familia, y por esa línea estoy enfocando mi análisis del caso y mi novela. —Anya se había dado cuenta del abatimiento que había mostrado el hombre, por lo que supuso todo lo que había pasado por su cabeza, así que prefirió aclararle esa cuestión. También pensó, que de esta forma, obtendría más información, se abriría más a ella.

—¿Y tiene alguna idea de quién lo hizo?

—La verdad es que no, pero para eso estoy aquí, para continuar con mi investigación. Señor Ruíz, una cosa que quiero que quede clara desde el principio, es que aunque no crea que su hijo fuera el asesino, no creo que llegue a encontrar al culpable, lo único que podré hacer con mi novela es exponer diferentes hipótesis de lo que pudo haber ocurrido, aunque probablemente nunca lleguemos a saber lo que ocurrió en realidad. —A Narciso le pareció razonable.

—Me parece bien, aunque con su novela, a lo mejor la gente se plantee que mi hijo no lo hizo, tal vez sean capaces de verlo desde otro punto de vista, nunca le dieron la más mínima oportunidad. No se puede imaginar lo duro que ha sido que todos mis amigos, familiares, los vecinos, todos ellos, piensan que mi hijo era un asesino, un cruel asesino capaz de matar a sus propios hijos. Yo sé que no lo hizo, sé que no sería capaz, adoraba a su familia, por mucho ataque de locura y esas tonterías que dicen que le dio, nunca hubiera podido hacer algo así. —Al hombre se le saltaban las lágrimas mientras hablaba, así que Anya le cogió una mano apretándola con suavidad, intentado reconfortarlo.

—Si quiere lo dejamos para otro momento. —El hombre negó con la cabeza e hizo un esfuerzo por recomponerse—. ¿Tiene usted alguna sospecha de quién pudo hacerlo? ¿Quién les odiaba tanto como para matarlos? ¿Alguien, quizás cercano, que necesitara dinero y creyera que ellos tenían el suficiente como para asesinarlos y quedárselo? —Anya estaba segura de que el motivo había sido el dinero, pero por si acaso, abriría más vías.

—Se llevaban bien con todo el mundo, no se metían con nadie. Y dinero, ¿cree que los mataron por dinero? No creo que eso fuera posible, estaban endeudados con toda la familia y amigos.

—Tengo entendido que la semana antes de morir pagaron todas sus deudas.

—Sí, eso es verdad.

—¿Sabe cómo consiguió su hijo el dinero?

—Jaime no me dijo gran cosa. Los pagos los hizo con sus ahorros, porque esperaba recibir algún dinero, pero nunca me llegó a decir de dónde. ¿Por eso piensa que los mataron, por el dinero que iba a recibir?

—Es una posibilidad, ¿no cree?

—Nunca pensé que fuera mucho, él me dijo que le serviría para tapar agujeros, así que nunca le di mucha importancia. —Eso tiraba por tierra la teoría de Anya.

—¿Y amantes?

—¿Amantes?

—Sí, las razones más habituales de los homicidios son la venganza, el dinero y el amor.

—Como le decía, se adoraban, no me imagino a Elena con un amante, ni a mi hijo tampoco. Y sobre la venganza, eran muy queridos, no se metían con nadie, y si estaba en su mano, siempre ayudaban a quien lo necesitaba. —De repente pareció caer en la cuenta de algo, se quedó pensativo, intentando recordar—. Bueno, recuerdo un compañero de la Facultad de Medicina de mi hijo. Lo trajo algunos fines de semana a casa. A mí no me caía muy bien, no parecía una persona honesta, era de los que te clavaban un cuchillo por la espalda si era necesario. Siempre pensé que le tenía envidia, sus notas, luego su trabajo, y encima estoy convencido de que se sentía atraído por Elena, pero no una atracción romántica, sino más bien una atracción del tipo, quiero poseerla para arrebatársela a Jaime. No sé si me explico.

—Le he entendido perfectamente. ¿Y cómo puedo localizarlo? ¿Vive por la zona?

—Oh, sí claro, trabajaba en el hospital de Paredes, como mi hijo, siguieron manteniendo contacto y amistad después de dejar la Universidad. Aunque se conocieron en la Facultad, él era de la zona, no recuerdo de dónde. Perdona, pero mi memoria no es la misma que hace unos años. Poco después de la muerte de mi hijo y su familia, puso una clínica en Paredes, ahora es el dentista de la zona, tengo entendido que le ha ido muy bien.

—¿Cómo se llama? —El hombre se quedó unos segundos pensando, intentando recordar su nombre, lo tenía en la punta de la lengua.

—Javier Merino. —Anya reconoció el nombre, estaba en su lista para ser entrevistado. Era el compañero de trabajo de Ruíz, el que le había comentado a la prensa que debía de haber hecho un buen negocio. Él sabía que iba a recibir dinero, y poco después de los homicidios montó una consulta, para eso se necesitaba mucho efectivo, pensó. Parecía que tenía otro posible sospechoso.

—Muchas gracias, señor Ruíz.

—Por favor, llámeme Narciso, así me llama por aquí todo el mundo. Y más usted, que quizás limpie el buen nombre de mi hijo. —Esperaba que no hubiera puesto demasiadas esperanzas en ella, no quería defraudarlo.

—De acuerdo, Narciso. Si necesitara hacerle más preguntas, ¿podría contactar con usted?

—Sí, hija, por supuesto, me encontrará en el bar, aquí no hay mucho más que hacer. Mi Desi murió unos años antes que Jaime, de un cáncer, y él era nuestro único hijo. Me quedan algunos hermanos, pero he perdido el contacto, aunque viven aquí, en este pueblo. Ellos creyeron siempre en la culpabilidad de mi Jaime, y yo no podía seguir manteniendo relación con ellos cuando pensaban así, como el resto del pueblo. Así que en realidad me relaciono con muy poca gente, como puede ver. —Anya sintió lástima por él, se emocionó por la sinceridad y soledad del anciano, le brillaron los ojos de las lágrimas que intentaba que no rodaran por sus mejillas, las contuvo como pudo. Su vida cambió de forma radical a partir de ese acontecimiento y todo el mundo le dio la espalda. Tenía que hacer algo por él, quizás no encontrar al culpable, pero crear en la gente una duda razonable, y de eso, sí se creía capaz.

—Pues nos vemos entonces. ¿Se queda aquí o baja conmigo?

—Creo que me quedaré aquí un rato más. Sabe, me solía sentar aquí con mi hijo cuando era pequeño, mientras disfrutábamos de las vistas me contaba su día en el colegio, y ya de mayor, veníamos aquí a hablar de las cosas importantes, de sus preocupaciones. Era nuestro refugio de los demás, por llamarlo de algún modo.

—Narciso, una cosa más. ¿Sabe de algo que le preocupara?

—No, estaba preocupado por sus problemas económicos, pero la última vez que hablé con él estaba muy optimista debido a ese dinero que pensaba recibir. —Anya asintió, se dio la vuelta y lo dejó allí sentado, pensando en su

hijo y en cómo pudo acabar así.

De camino a casa, se dio cuenta de que era día de mercadillo en Paredes, así que decidió acercarse. Ese día, el mercado aprovechaba para abrir sus puertas y tenía que reconocer que era el mejor lugar para comprar carne y pescado en la zona.

Cuando llegó, le costó encontrar hueco para aparcar, la calle principal estaba repleta de puestos y de gente, y las callejuelas colindantes estaban atestadas de coches aparcados de las personas que estarían aprovechando el día de mercadillo, como había pensado hacer ella. Supuso que también influiría la hora, puesto que como había ido antes a hablar con Narciso se le había hecho tarde, la gente debía de madrugar para ir a comprar.

Salió del coche y se dirigió a la calle principal, donde estuvo paseando entre todos sus puestos. En uno vio un precioso pote de barro artesanal, que pensó quedaría muy bien para decorar la cocina de su casa, así que se lo llevó. También vio una preciosa plancha antigua de hierro, se imaginó que sería perfecta para acompañar a las dos que ya tenía en casa, había leído que para decoración los objetos tenían que ser impares, no sabía por qué, pero por lo visto quedaba mejor.

Fue a llevar sus compras al coche, puesto que ambos objetos pesaban demasiado. Se le ocurrió comer en el restaurante de Mariano, no tenía nada preparado en casa, y no le apetecía llegar y ponerse a cocinar. Después de comer, aprovecharía a pasar por el mercado a comprar productos frescos.

Estaba sentada en una mesa en el restaurante, revisando la carta para ver qué pedir, cuando entró Mateo.

—Hola, Ann. —Ella levantó la cabeza sorprendida, aunque suponía que era su sitio habitual de comer, no se le había ocurrido que podía encontrarse allí con él, o quizás sí.

—Hola.

—¿Puedo acompañarte?

—Claro, —le hizo un gesto para que tomara asiento frente a ella— ¿y Alberto y Paula? ¿hoy no comes con ellos?

—No, Alberto está en los juzgados de Muros y Paula ha decidido quedarse terminando papeleo que tenía pendiente. —Muros era el pueblo más grande de la zona, como Paredes era el centro comercial, Muros era el centro industrial y jurídico de la zona, tuvo un gran desarrollo debido a la explotación de las minas, aunque ahora, los sectores más fuertes eran el ocio, la hostelería, el turismo y la distribución comercial—. ¿Y tú qué haces aquí

sola?

—Estaba dando una vuelta por el mercadillo y he decidido quedarme a comer.

—Me alegro, así no comeré solo.

Después de que el camarero les atendiera y les sirviera, Anya rompió el silencio.

—Hoy he estado dando una vuelta por Cubelos, las vistas de la laguna son impresionantes. Y me he encontrado con un dolmen. —Mateo asintió, aunque también supuso qué es lo que había ido a hacer a Cubelos, sabía que Narciso Ruíz vivía allí, lo más seguro es que hubiera ido a verlo, pero no quiso presionarla, si quería contárselo, ya lo haría.

—Sí, es una zona impresionante. Hay muchas rutas que te llevan a bonitos lugares. De hecho, desde Cubelos sale una senda cuyo recorrido, de más o menos una hora, te lleva a una preciosa cascada, eso sí, hay un desnivel importante, pero merece la pena. Si quieres un día podemos ir de excursión. —A Anya le pareció un gran plan.

—Sería genial. En Cubelos he estado charlando con Narciso Ruíz. —Anya quiso demostrarle que confiaba en él.

—¿Algo nuevo?

—La verdad es que no mucho, pero me ha dado otra pista a seguir. Parece ser que el compañero de Jaime Ruíz, al poco del homicidio, puso aquí en Paredes una clínica. Pienso que para ello se necesita bastante dinero que me gustaría saber de dónde salió.

—¿Cómo se llama?

—Javier Merino, ¿lo conoces?

—Sí, claro, es el dentista al que va todo el mundo de los alrededores. Siempre ha sido muy solitario, no se relaciona con mucha gente. Creo que se divorció al poco tiempo de poner la clínica.

—Si todo el mundo va a su consulta, entiendo que económicamente hablando le va muy bien. Sólo necesitó un empujón inicial para pasarse el resto de su vida sin problemas económicos.

—Supongo que tienes razón, pero si yo matara a una familia por dinero, sería la suficiente cantidad para vivir toda la vida sin tener que trabajar. Es verdad que está forrado, pero también es verdad que se pasa en su consultorio muchas horas a diario.

—Sí, eso es muy lógico, a no ser que todo el dinero que hubiera conseguido se lo gastara, no sé, ¿en un divorcio?, ¿algún vicio?, ¿el juego?

Tendré que investigarlo.

El camarero apareció con el segundo plato, ambos habían pedido trucha. En la zona había una piscifactoría, por lo que había mucha trucha, era un plato típico y muy sabroso del lugar. Las hacían al horno, con jamón, en escabeche, de multitud de formas, éstas eran al vino blanco y olían de maravilla.

—Uhhmm, está muy rica.

—Lo más probable es que las hayan comprado hoy en el mercado. Está fresca y se nota. —Mateo sabía que el día de mercado era un día ideal para comer en los restaurantes del pueblo, todo estaba recién comprado—. Por cierto, mañana hay una exposición en Muros, es la inauguración, y he conseguido dos invitaciones, ¿quieres venir?

—¿Una exposición?

—Claro, aquí también tenemos eventos culturales. —Anya se sonrojó, por su sorpresa parecía que básicamente les había llamado paletos.

—Me encantaría. ¿De qué es la exposición?

—De fotografía. Mario Beltrán es de Muros y suele ir por todo el mundo viajando con su cámara a cuestas, en contadas ocasiones hace exposiciones. Trabaja para *National Geographic*. Éramos compañeros de clase en el colegio, y aunque apenas mantenemos contacto, ya que él siempre está viajando, cuando viene al pueblo siempre quedamos para tomarnos alguna cerveza y ponernos al día.

—Tiene buena pinta.

—Seguro que te gusta. —Ella no supo si se refería a la exposición o al tal Mario Beltrán.

Martes, 27 de septiembre

Anya estaba en la cocina releendo de nuevo toda la documentación que le había pasado Navarro, no entendía por qué no había ninguna referencia a la familia de Elena y Marta Moreno. No sabía si eso era un detalle con importancia o no, había muchas declaraciones de la familia de Jaime Ruíz, pero nada de la de ellas. Decidió llamar a Navarro para preguntarle.

—Manuel, soy Anya. —Dijo en cuanto cogieron el teléfono al otro lado de la línea.

—Hola, Anya, ¿todo bien?

—Sí, gracias por preguntar. Llamaba porque he estado leyendo todas las transcripciones que me pasaste y no encuentro nada de la familia de Elena Moreno.

—Sí, bueno, es que no tenía familia, aparte de su hermana Marta. —Como Anya no dijo nada, continuó—. Verás, ellas no eran de la zona, venían de León, habían nacido y crecido allí, pero cuando Elena estaba todavía estudiando Enfermería en la Universidad, sus padres murieron en un accidente de tráfico. No tenían más familia y las hermanas se habían quedado huérfanas, así que Elena tomó las riendas y se ocupó de cuidar de su hermana que estaba en el instituto. Dejó sus estudios y comenzó a trabajar para pagar el mantenimiento de ambas. Cuando Marta terminó los estudios de secundaria, vendieron la casa y se vinieron a vivir a Paredes. Aquí el nivel de vida es más bajo, y con lo que habían sacado por la venta de su casa de León, se compraron un piso en la calle principal. Elena solicitó un empleo de enfermera en el hospital mientras terminaba sus estudios de Enfermería en la UNED, la universidad a distancia. Así conoció a Jaime Ruíz. Pero efectivamente, no tenían familia, o por lo menos nadie que nosotros conociéramos.

—Gracias, Manuel.

—¿Qué tal vas?

—Bien, mi próxima reunión será con Javier Merino.

—Lo recuerdo, el compañero de trabajo de Jaime Ruíz. —Se quedó unos segundos pensando—. Creo que ya sé por dónde vas, montó una clínica, ¿de dónde sacó el dinero?

—Exacto.

—Muy perspicaz. Me hubiera encantado tener la teoría del dinero que has imaginado tú, parece que da mucho juego. Mi error fue no encontrar un móvil. Me alegro de que tú le estés dando una vuelta de tuerca a la investigación.

—Eso significa mucho para mí. —Lo decía de corazón, sabía que había sido un gran inspector de policía, se lo había demostrado la carpeta con información tan detallada que le había entregado. Pero ese caso no fue llevado con la perspectiva adecuada, sólo se centraron en Jaime Ruíz como único posible sospechoso, sabía que era porque le habían atado de pies y manos, y por ello no pudo avanzar. Aunque eso tampoco quería decir que su enfoque fuera el adecuado, se dijo.

Mateo llegó a casa de Anya puntualmente, ella estaba preparada esperándole en la cocina. Mientras que llegaba se había puesto a revisar sus últimas anotaciones en el ordenador, intentando ordenar sus conclusiones y teorías, que no eran pocas. Cuando oyó el claxon, apagó el equipo y salió. Se encontró a Mateo maniobrando para poner el coche en el sentido contrario. Anya se acercó y subió.

—Hola. —Le dijo al entrar al coche, se acercó y le dio un beso en la mejilla.

Se pusieron en marcha camino a Muros, que se encontraba a media hora de Óbito. Mateo puso un CD de fondo, sonaba música clásica, Beethoven.

—Si no te gusta esta música puedes cambiarla, ahí están los CD. —Le dijo señalando la guantera—. Suelo llevar música clásica puesta porque me relaja.

—Esta música está bien. ¿Necesitas relajarte para estar conmigo? —Le hizo gracia la pregunta con la que sabía ella bromeaba, así que él continuó con la broma.

—Por supuesto, no te has fijado que me da pánico estar contigo, es como estar delante de un jurado contestando preguntas para determinar si soy culpable o inocente. —Anya rio, aunque sabía que aun bromeando, había dicho una gran verdad.

—Bueno, por ahora parece que el jurado piensa en la inocencia del acusado.

—Me alegra oírlo. —Estuvieron un rato en silencio, cada uno absorto en

sus pensamientos—. He pensado que podíamos ir el sábado de excursión. Ayer me dio la impresión que te apetecía, y hay que aprovechar que todavía no hace muy mal tiempo. ¿Qué opinas? ¿Podrás descansar un rato de tu novela y de tu investigación?

—Me parece una gran idea. Claro que puedo descansar un rato de mi novela, la verdad es que la llevo muy avanzada. —Se quedó contemplando por la ventanilla el paisaje oscuro que les rodeaba—. Ayer, cuando estuve hablando con Narciso Ruíz, me encontré con un hombre derrotado, se culpó a su hijo del asesinato de su familia y nunca nadie lo ha defendido. Creo que con esta novela, al menos estoy haciendo algo por él. No sé quién lo hizo, pero tengo una larga lista de sospechosos, creo que esto hará, por lo menos, que se cree una duda razonable. —Mateo la miró de reojo, parecía muy convencida y seguramente tenía razón, nunca se le dio una oportunidad a Jaime Ruíz.

Siguieron el resto del trayecto en silencio.

Cuando llegaron a la exposición, el local ya estaba a rebosar de gente. Ambos se quitaron los abrigos y los dejaron en el guardarropa que habían improvisado a la entrada de la sala. Anya se había puesto un vestido negro que había comprado para la presentación de su último libro, era lo único que se había traído de vestir al pueblo, sin saber si lo utilizaría, y agradeció haberlo metido en la maleta en el último momento.

—Estás preciosa. —Le susurró Mateo al oído.

Se acercaron a ver las fotografías expuestas, en el camino, un camarero los interceptó para ofrecerles una bandeja llena de bebidas de la que ambos seleccionaron una copa de vino tinto. Anya estaba muy sorprendida con lo que allí se encontró, al haberle dicho Mateo que su amigo trabajaba para la revista National Geographic, pensó que las fotografías serían de naturaleza, paisajes y animales o cosas de ese estilo, pero lo que se encontró allí era sobrecogedor. Mostraban la triste realidad que les rodeaba, eran conmovedoras. Había imágenes de inmigrantes siendo rescatados en pateras provenientes de África, de los levantamientos en Irak, niños aterrados por un ataque reciente, o felices por recibir un poco de comida, inmigrantes atravesando Europa huyendo de los conflictos internos de su país, de la guerra, fotos de niños asesinados, ahogados, eran unas instantáneas brutales.

—No pensé que fueran...

—Son especiales, ¿verdad?

—Impresionantes. —Justo en ese momento se les unió un hombre

moreno y alto, que llevaba el pelo corto y una barba tipo *hipster*, tan de moda en los últimos tiempos.

—Mateo, creo que tu amiga ya me cae bien antes de conocerla. —Había oído el último comentario.

—Hola, Mario, te presento a Anya Sáez, él es nuestro anfitrión.

—Son unas fotografías sensacionales. —Reconoció Anya.

—Muchas gracias.

—Lo digo en serio, es evidente que lo que representan es muy duro de ver, pero es increíble cómo están captadas, parece que están mirando directamente al objetivo, como si quisieras inmortalizar su alma.

—Parece que tu chica entiende de esto. —Anya se ruborizó, pero era la impresión que le habían dado esas imágenes nada más verlas—. Anya Sáez, ¿no serás la autora de *Venganza*?

—Sí, fue mi primera novela.

—Me encantó.

—Ahora está investigando el homicidio múltiple que se produjo en Óbito hace diez años. —Dijo Mateo que hasta ahora había estado muy callado.

—Recuerdo el caso. Cuando ocurrió, yo estaba por aquí, todo el mundo hablaba de él, todos estaban aterrados. ¿No fue el marido?

—Tengo otra hipótesis.

—¿Cuál? —Preguntó con curiosidad Mario.

—Creo que tendrás que comprar su libro. —Mario soltó una carcajada al escuchar las palabras de Mateo.

Una chica joven, con traje gris de falda y chaqueta, les interrumpió, por lo visto necesitaba que Mario atendiese a unos invitados que acababan de llegar.

—El deber me llama. Luego os veo, y si no es posible, tenemos que quedar un día para comer, cenar o lo que os venga mejor.

—Eso está hecho. —Se despidió Mateo.

Siguieron contemplando las fotografías de la exposición, algunas eran tan duras que a Anya se le quedó mal cuerpo.

—¿Nos vamos? —Le dijo Mateo al notarla tan afectada. Ella aceptó encantada y salieron de la exposición sin molestarse en buscar a Mario para despedirse—. Déjame que te lleve a cenar a un sitio cerca de aquí, seguro que te animas.

Fueron a un restaurante a un par de manzanas de la exposición, allí los camareros, mientras servían a los comensales, iban haciendo trucos de magia

y bromas, resultaba muy entretenido. Anya disfrutó. Uno de los camareros hizo trucos de magia con las cartas en su mesa, era muy gracioso y ella no podía dejar de reír. Mateo observaba cómo se reía, siempre la había visto muy seria, no conocía esa faceta suya que tanto le gustó. Por su parte, a él también le resultó muy entretenido, aun cuando el camarero le hacía trucos de magia para que ella se divirtiera a su costa.

—Me encantan los trucos con cartas, supongo que debe de ser porque alucinaba cuando Juan Tamariz aparecía en el *Un, dos, tres* con su humor y sus trucos sorprendentes. No dejaba a nadie indiferente. —Le confesó.

—Me alegro, esperaba que esto te animase después de la exposición.

—Una buena elección.

Tras una divertida velada, Mateo llevó a Anya a casa. Ella se quedó dormida en el asiento unos minutos después de salir de Muros, su respiración era suave y rítmica. Mateo estaba sorprendido de que no se despertara con la postura en la que se había quedado dormida, era imposible, parecía que se iba a dislocar el cuello.

Acababan de llegar a la verja de la casa del arroyo, por lo que él le acarició levemente la mejilla para que despertara. Cuando Anya abrió los ojos, se quedó algo desconcertada, sin saber dónde había despertado, hasta que vio unos ojos grises que la observaban y se dio cuenta de que estaba en el interior del coche de Mateo, entonces recordó de repente toda la velada. Miró por la ventanilla y se dio cuenta de que ya habían llegado a su casa.

—Me he quedado dormida.

—Sí, deberías descansar más. Creo que llevas un mes trabajando demasiado, no sólo en la investigación y en tu novela, también en la casa. —Anya sabía que tenía razón.

—Me lo he pasado muy bien esta noche. —Anya lo decía completamente en serio, no recordaba la última vez que se había reído tanto, y Mateo haciéndose el tonto con los trucos del camarero, había resultado muy dulce.

—Me alegro. —Estaba hermosa, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes de acabarse de despertar. No pudo resistirse, se acercó y la besó. Comenzó siendo un beso lento y muy dulce, pero poco a poco se convirtió en un beso apasionado. Mateo tuvo que obligarse a parar.

—¿Quieres pasar? —Anya estaba tan excitada como él.

—Me encantaría pasar, pero no lo voy a hacer. —Anya sorprendida lo miraba a los ojos, no entendía qué quería decir—. Creo que todavía no estás

preparada, aún tienes algunos asuntos que cerrar. —Ella supuso que se refería a Gonzalo. Se acercó, le dio un dulce beso en los labios y se fue a su casa sin mirar atrás. Mateo, desde el coche, se quedó observando cómo se perdía de su vista en el interior de la casa.

—Soy un idiota. —Se dijo a sí mismo, pensando que tendría que llegar a casa y darse una ducha de agua fría, suspiró profundamente intentando relajarse y esperando que le bajara la erección.

Anya estaba cambiándose en su dormitorio, pensando en lo que acababa de ocurrir, mientras se ponía su nuevo pijama largo para soportar el frío de la noche. Apagó la luz de la habitación y se sentó en el banco que había bajo la ventana, a observar la oscuridad reinante, subió sus largas piernas y las rodeó con los brazos, apoyando la cabeza sobre las rodillas. Empezó a pensar en la última frase que le había dicho Mateo, sabía que lo de Gonzalo había sido muy reciente, pero Gonzalo y ella habían terminado hacía ya mucho tiempo, sólo habían estado posponiendo lo inevitable. Decidió dejar de darle vueltas a la cabeza.

Se iba a meter en la cama cuando algo le llamó la atención, no supo qué era, por lo que fijó la vista en un punto del exterior, el mismo en el que había visto al intruso la vez anterior. Y allí estaba, algo se movía de nuevo en el jardín, cerca del arroyo, en el mismo lugar, no era el viento moviendo las ramas, había alguien. Se puso las zapatillas de deporte que tenía a los pies de la cama, preparadas para sus salidas matutinas. Bajó las escaleras a toda velocidad, como la otra vez, atravesó la cocina para salir por la puerta de atrás y cruzó el patio hasta llegar al lugar donde había visto la sombra, pero no había nadie. Dio una vuelta sobre sí misma, mirando en derredor, pero no vio a nadie, ni siquiera un movimiento de los arbustos, aparte del suave balanceo provocado por la brisa nocturna. Decidió seguir la orilla del río, ya que en la otra ocasión había escapado en esa dirección, corrió durante unos minutos sin volver a divisar ningún movimiento a su alrededor, hasta que decidió que por allí no había ni un alma. ¿Se lo había imaginado?, se preguntó, pero sabía que no, que había visto a alguien desde la ventana de su habitación. Volvió a casa andando a paso rápido, pensando en quién podía espiarla y preguntándose si sería peligroso.

Miércoles, 28 de septiembre

Después de dejar a Antonio instalando las estufas de pellets en la casa, se fue a su cita con el doctor Merino. Antonio le había indicado dónde se encontraba situada la consulta del doctor, quien por cierto, también era su dentista, por lo que la orientó en cómo llegar de la forma más sencilla y rápida. Así que en cuanto entró en Paredes, tomó la primera calle a la derecha, tal y como le habían indicado, y después de girar por un par de calles más, apareció directa en la consulta.

Cuando atravesó la puerta, se sorprendió, puesto que no había nadie en la sala de espera, únicamente una enfermera situada tras un mostrador en la recepción.

—¿Señorita Sáez? —Dijo la enfermera.

—Sí, soy yo.

—El doctor se encuentra con una paciente, en cuanto salga, le atenderá. Por favor, siéntese. —Le señaló todos los asientos disponibles en la sala de espera.

—Muchas gracias. Pensé que estaría a tope de gente, por lo visto es el único dentista de la zona. —Dijo Anya inocentemente.

—Oh, sí, siempre está lleno, pero el doctor no coge citas cada diez minutos, como la mayoría, sabe que es imposible tratar a los pacientes de forma adecuada en tan poco tiempo, y por ello, siempre va en hora. —Le sonrió—. Por supuesto, admite urgencias.

No era la respuesta que se esperaba Anya, ya que dejó entrever que era un médico preocupado por sus pacientes. Hubiera preferido que fuera alguien horrible con un cartel de neón en la frente que indicase que él había matado a Jaime Ruíz y a su familia, desde luego hubiera sido más sencillo, pero no se podía tener todo, pensó riéndose de su absurda reflexión.

Unos minutos después, salió de la consulta una señora mayor con un flemón que se despidió de la enfermera con un gesto de la mano.

—Señorita Sáez, puede pasar. El doctor la está esperando.

Anya se levantó y se dirigió a la consulta del médico. Cuando accedió al interior, se encontró con un hombre con el pelo castaño con canas en las sienes y unas gafas de montura negra que inspiraban autoridad.

—Buenos días, señorita Sáez. Por favor, tome asiento y cuénteme qué le trae por aquí. —Le ofreció la silla que tenía enfrente de su mesa. Ella se sentó, a la par que observaba el despacho, lleno de estanterías con libros de medicina, a su espalda había un biombo detrás del que se podía apreciar una silla de dentista, rodeada por mesas metálicas llenas de instrumental.

—Buenos días. Quería hacerle unas preguntas sobre Jaime Ruíz, soy escritora y estoy investigando el asesinato que se produjo en Óbito hace diez años para mi próxima novela.

—No sé si se lo habrán dicho ya, señorita Sáez, pero por estos contornos todos sabemos quién es usted y qué es lo que está haciendo. —Parecía divertido.

—Perfecto, pues eso me facilita las cosas. ¿Puedo hacerle entonces unas preguntas?

—Por supuesto.

—¿Le importa que grabe la conversación?

—Claro que no, no tengo nada que ocultar. —Le guiñó un ojo. Anya no tenía muy claro si se estaba haciendo el simpático o estaba coqueteando con ella. En ambos casos, si ella también coqueteaba, seguro que obtendría más información, se dijo, mientras buscaba su móvil en el bolso y empezaba a grabar.

—En los periódicos, se escribió que Jaime Ruíz estaba deprimido por el alto porcentaje de muertes entre sus pacientes, información obtenida por una entrevista que le realizaron a usted, ¿qué recuerda sobre ello?

—Veamos —intentó hacer memoria, aunque Anya sospechaba que estaba actuando—, recuerdo que estaba estresado por varios motivos. Primero, por su falta de efectivo, siempre estaba pidiendo préstamos a sus allegados. Segundo, es verdad, tenía el índice de mortalidad más alto del hospital y eso hacía que estuviera desmoralizado de forma habitual.

—Sabe de dónde venían los problemas económicos, entiendo que para esta zona, los médicos del hospital tendrán un buen sueldo, ¿lo despilfarraba de alguna manera?

—Bueno, tampoco se crea. —Le sonrió mostrando su blanca dentadura, y continuó al notar que ella no se mostraba receptiva a su coqueteo—. El sueldo de un neurocirujano, como era su caso, es uno de los sueldos más altos de por aquí. Nunca nadie entendimos en qué gastaba el dinero para ir siempre tan apurado. Había muchos rumores, pero el que más se repetía era el que se refería al juego, se hablaba de ludopatía. Aunque sólo eran eso, rumores.

—¿Usted opina como ellos?, al fin y al cabo, usted lo conocía mejor que el resto, ¿no?

—No éramos íntimos, si es eso lo que está insinuando, simplemente comíamos de vez en cuando juntos. Y no tengo ni idea de si era o no un ludópata, lo que sí puedo decir, es que yo nunca lo vi jugar.

—En los periódicos parecía que tenían una gran amistad.

—Los periódicos publicaron muchas cosas por aquel entonces.

—¿Qué cree que ocurrió aquella noche?

—Creo que ocurrió lo mismo que creen el resto de personas de los alrededores. Se volvió loco, le dio un ataque de ira, o yo que sé, y mató a toda su familia. Después, huyó. —Parecía que estaba perdiendo la paciencia, había desaparecido el hombre encantador de hacía unos segundos.

—¿Y a dónde cree que fue?

—Eso ya no lo sé.

—Los periódicos también informaron que iba a recibir dinero, usted les dijo que creía que algún negocio le había ido bien. ¿Qué me puede decir al respecto?

—Un día comiendo, comentó que iba a recibir algo de dinero, que quizás le serviría para sentirse algo desahogado durante un tiempo y tapar los agujeros, lo necesitaba como agua de mayo, según nos comentó. Alguien le preguntó si era una herencia o algo por el estilo, y él dijo que no, que eran beneficios de una inversión. Supuse que sería una inversión en un negocio, pero nunca supe a qué se refería con exactitud.

—Usted puso esta clínica poco después, sé que es una invasión a su intimidad, me podría decir de dónde sacó el dinero. —Al doctor se le cayó el bolígrafo de la mano por su atrevimiento, pero al momento soltó una breve carcajada por su osadía.

—Más que una invasión a mi intimidad parece que me está acusando de algo. Si es así, agradecería su sinceridad tal y como estoy haciendo yo.

—Creo que Jaime Ruíz fue asesinado aquella noche con su familia, y creo que el móvil fue ese dinero.

—Agradezco su claridad. Como le he dicho antes, no tengo nada que ocultar, por lo que le diré que el dinero lo conseguí por una herencia. Bueno, en realidad por una herencia que recibió mi mujer al morir su abuela. Nos tocó algo de efectivo y montamos la clínica con una parte. Puede comprobarlo.

—¿Por temas de la herencia se divorciaron?

—¿No preferiría que le contara todo esto cenando? —El médico volvió al ataque, esa chica le divertía.

—Cuando ceno prefiero olvidar el trabajo y dedicarme a otros menesteres más placenteros. —Anya le sonrió sensualmente y él respondió con una sonrisa similar.

—Nos divorciamos porque con la herencia mi mujer consiguió dinero suficiente para no depender económicamente de mí, así que se fue con el primero que le hizo caso, un muerto de hambre, que por cierto, le sacó hasta el último céntimo y luego la dejó tirada, y aunque intentó volver conmigo a casa, yo ya lo había superado, me había dado cuenta de que tampoco la necesitaba.

—Muchas gracias por su franqueza doctor Merino. Siento lo de su mujer. —Anya se sentía incómoda, había traspasado una barrera que no tenía que haber traspasado, esa intrusión a su intimidad no le correspondía. Pero por lo menos había sacado algo en claro, en su lista había un sospechoso menos.

—Espero volver a verla, señorita Sáez, quizás en otra ocasión acepte mi invitación a cenar. —Estaba sorprendida, después de esa conversación aún seguía insistiendo.

—Quizás. —Anya se levantó y le tendió la mano, él se la estrechó con fuerza.

Salió de la consulta con una idea muy cambiada del doctor, parecía un hombre que se sentía muy solo, aislado, que se refugiaba en la medicina, e intentaba encontrar a alguien que le ayudara a superar el daño que le causó su mujer o por lo menos a olvidar.

Ya en la calle, se dio cuenta de que aún era temprano, la entrevista con el doctor Merino no había sido muy larga y no había sufrido ningún retraso, así que aún podía aprovechar para acercarse al hospital en el que había trabajado Jaime Ruíz y hablar con otra de las personas que tenía pendiente entrevistar.

Cuando llegó, se quedó impresionada por las instalaciones, todo parecía nuevo, estaba en mucho mejor estado que los hospitales que ella conocía en Madrid, y tampoco había ese estrés de pacientes, visitantes, doctores y enfermeras yendo deprisa por todas partes, tan habitual en los hospitales de la capital, era mucho más relajado, le recordó un poco a una residencia de la tercera edad.

Cuando llegó al punto de información del hospital, preguntó por la enfermera con la que quería encontrarse. Como había sido una idea repentina

no había organizado una cita con ella, así que no sabía si se encontraba ese día en el hospital, y si estaba, no sabía si la iba a poder atender. Si no lograba localizarla en ese momento, ya la llamaría, tenía su teléfono fijo, lo había encontrado en las páginas blancas. Pero no le hizo falta, tuvo suerte, porque la enfermera le indicó que subiera a la tercera planta donde podría encontrarla, era la jefa de enfermería. Así que por lo menos el primer paso estaba dado, no era su día libre, pensó Anya animada.

Al salir del ascensor de la tercera planta, se encontró con un amplio vestíbulo del que salían tres pasillos diferentes, no sabía por cual ir, hasta que vio un cartel en el que se indicaba que a la derecha estaba el área de neurocirugía, supuso que ahí encontraría a Leonor Utriel, la enfermera que trabajaba mano a mano con Jaime Ruíz en la investigación que estaba llevando a cabo sobre enfermedades del sistema nervioso, tal y como había averiguado.

Nada más entrar en el pasillo, se encontró con un enfermero revisando algo en el ordenador, sentado en un pequeño mostrador.

—Buenos días, estaba buscando a Leonor Utriel. —El joven levantó la mirada de lo que estaba haciendo, prestándole atención.

—Me puede indicar su nombre.

—Oh, sí, claro. Me llamo Anya Sáez. —El chico la miró con curiosidad, estaba claro que sabía quién era y a qué venía. Parecía imposible mantener un secreto por aquí, se dijo, no entendía cómo podía el asesino haber pasado inadvertido, todos conocían hasta el último detalle de lo que hacía el vecino de al lado.

El joven se levantó despacio y se perdió por una de las puertas que tenía a la espalda. Por lo que pudo ver Anya, debía de ser una sala de descanso de las enfermeras, oía a varias personas hablando, y se veían unos sillones y una mesa baja donde había unas cuantas tazas. Unos segundos después, el enfermero apareció con una señora de constitución fuerte, bajita, con la cara redonda y ojos escondidos tras unas diminutas gafas, llevaba el pelo corto con permanente, vestía la típica camiseta y pantalones blancos de hospital, luciendo una gran sonrisa, lo cual agradó a Anya, que esperaba no encontrarla a la defensiva.

—Buenos días, soy Leonor Utriel, por aquí todos me llaman Leo. —Era encantadora, aparentaba más de sesenta años, lo más probable es que le quedara poco para su jubilación. Le tendió la mano a Anya que se la estrechó a la par que se presentaba—. Anya, la estaba esperando. Por favor,

acompañeme a mi despacho, allí no seremos molestadas.

Anya siguió a la enfermera por varios pasillos, atravesando un montón de puertas a su paso, esperaba que alguien la acompañara a la salida cuando terminaran su entrevista, en ese momento estaba completamente perdida y desorientada, no se veía capaz de salir de allí. Atravesaron una puerta que rezaba «Jefa de Enfermería» y debajo el nombre de Leonor. Ella se sentó detrás de una mesa blanca de conglomerado de madera, de esas baratas que se ponían en muchas oficinas, Anya se sentó en una silla de plástico algo incómoda frente a ella. Fue Leonor la que comenzó a hablar.

—Ayer estuve hablando con Narciso Ruíz, me ha dicho que no cree culpable al doctor Ruíz del asesinato y que es eso lo que va a afirmar en la novela que está escribiendo. —Clara y directa, pensó Anya, eso le gustó.

—Efectivamente, no creo en la culpabilidad de Jaime Ruíz. —Como hacía por norma, le preguntó si le importaba ser grabada, y ella, como por suerte habían contestado el resto, no le dio la menor importancia, así que empezó con la grabación.

—Me alegro de que haya alguien que crea en su inocencia, como sabrá, por aquí le pusieron la soga al cuello antes incluso de que hubiera algo en su contra. De hecho, no hay pruebas físicas que demuestren su culpabilidad.

—¿Y usted que creé que pasó?

—Estoy convencida de que su cadáver fue pasto de los peces en el lago de los sapos. —Anya sonrió para sí, lo mismo que había pensado ella.

—Puede explicarme la relación que le unía al doctor Ruíz.

—Por supuesto, era su mano derecha por decirlo de alguna forma. Trabajaba con él en la investigación que estaba llevando a cabo sobre enfermedades del sistema nervioso, estaba centrado en la neurocirugía funcional, en las alteraciones del movimiento, en particular en el síndrome parkinsoniano. Su abuelo padeció Parkinson, conocía exactamente las implicaciones de esa enfermedad tanto en las personas que la padecen como en las personas que rodean al paciente, tras haberlo vivido en primera persona. Quería encontrar una cura, o al menos algo que redujera sus efectos.

—Pero, ¿no hay ya medicamentos que reducen los efectos del Parkinson?

—Por supuesto, pero hay pacientes a los que no les hace efecto. La enfermedad de Parkinson se produce por la falta de dopamina que es producida por las neuronas en el núcleo arcuato del hipotálamo, en el cerebro —especificó para que Anya pudiera seguir la explicación—, el fármaco más

utilizado en el tratamiento de esta enfermedad es la levodopa, pero no siempre controla los síntomas de la enfermedad por sí misma. En el estudio se estaban teniendo en cuenta aquellas personas que aun tomando esa medicación seguían experimentando síntomas recurrentes.

—¿Y se alcanzó algún resultado significativo? —Leonor se encogió de hombros.

—El doctor Ruíz estaba muy contento con los últimos resultados obtenidos en el laboratorio, estaba convencido de que estaba cerca de algo. Pero ya nunca lo sabremos. —Suspiró profundamente.

—¿Usted cree que Jaime Ruíz estaba deprimido tal y como indicaron los periódicos del momento?

—Yo no soy quién para decir si sufría o no depresiones, el doctor Soler lo estaba tratando, es mejor que hable con él. Pero si quiere mi punto de vista, no creo que estuviera deprimido, de hecho, como le digo, estaba muy animado porque parecía estar a punto de hacer algún avance notable en la enfermedad de Parkinson.

—Tengo entendido que estaba perdiendo a muchos pacientes. —Leo resopló, parecía estar cansada de escuchar esa afirmación.

—Los casos del doctor Ruíz eran prácticamente terminales. Era uno de los mejores neurocirujanos del país, venían pacientes de toda España a verlo, incluso de Portugal, era un médico de renombre en su especialidad. Esto implicaba que los casos más complicados los llevara él, y aun así perdía sólo a un cincuenta por ciento de sus pacientes. Estoy segura de que si las operaciones que realizaba él las hubiera realizado cualquier otro neurocirujano de la plantilla, no hubiera sobrevivido ninguno. Como comprenderá, es muy estresante saber que la mayoría de los pacientes a los que tratas no van a salir vivos de la camilla de operaciones, es muy duro, pero reconforta mucho los que sí sobreviven, que como digo, no eran pocos.

Anya estaba muy sorprendida, en ningún sitio aparecía el gran doctor que Leonor estaba describiendo, quizás lo tuviera en un altar, tendría que asegurarse.

—Por lo que dice, su sueldo debía de ser considerable.

—No tengo ni idea del sueldo de un médico de sus características, supongo que no era bajo, pero tenga también en cuenta que esto no es una institución privada, es un centro sanitario público.

—Lo digo porque estaba endeudado, y entiendo que el dinero que percibía tendría que ser más que suficiente para vivir por aquí, tal vez sin

pretensiones, pero también sin apretarse el cinturón. —Explicó Anya, que sintió que el tono de Leonor se había endurecido. Cuando continuó hablando, volvió a mostrar su tono amable y relajado.

—Elena, su mujer, había montado una pequeña ONG que ayudaba a las víctimas de accidentes de tráfico, causados por conductores ebrios. No sé si sabrá, que los padres de ella murieron en un accidente de tráfico cuando tenía poco más de veinte años —Anya asentía, era lo que le había contado Navarro el día anterior—. Fue un accidente provocado por un borracho cincuentón, los arrojó, sus padres murieron en el acto y al hombre no le pasó nada, creo que una rotura de muñeca y poco más. Aunque fue procesado, por un error legal o algo similar, desconozco los detalles, salió de la cárcel al poco tiempo. Aquello marcó a Elena, y en cuanto se asentó aquí, montó la ONG con el dinero que ganaba de enfermera en este hospital, y con algo de dinero que había conseguido al vender la casa de sus padres. Ella estaba en la sombra, todo el mundo tenía conocimiento de la ONG, pero muy pocos sabíamos quién estaba detrás, actuaba como una voluntaria. Como supondrá, el dinero se acabó rápidamente, por aquí son habituales los accidentes de tráfico, la gente se va de copas, bebe y luego hay que volver a casa por estas carreteras que están bastante descuidadas y son muy sinuosas, así que hay muchas tragedias familiares. Ella se desvivía por ayudarles a todos. Era una gran persona. Cuando se casó con el doctor Ruiz, él mostró siempre un gran interés por su labor y siempre la ayudó en lo que pudo, lo que implicaba que a veces les costara llegar a fin de mes. Por eso nunca entendí quién los podía llegar a odiar tanto como para matarlos, eran unos santos. —A Leonor se le comenzaban a saltar las lágrimas—. Siempre pensé que el asesino no podía ser nadie de la zona, quizás alguien de paso, no puedo creer que haya alguien tan despiadado por aquí. —No pudo controlar las lágrimas y empezó a llorar desconsoladamente. Anya sacó del bolso un paquete de pañuelos de papel que le pasó de inmediato—. Lo siento, pero eran tan buenos con todo el mundo y lo que les pasó fue tan cruel. —La enfermera hizo un esfuerzo para tranquilizarse, cuando notó que ya respiraba más relajada y el cuerpo no se le contraía por las convulsiones provocadas por el llanto, volvió a mirar a Anya. —Perdóneme, pero es que los apreciaba mucho.

—Muchas gracias Leo, ha sido de gran ayuda en mi investigación. —Le dijo con dulzura, mientras se levantaba cogiendo el bolso, que había dejado colgado en el respaldo del asiento, y el teléfono de encima de la mesa, que había estado grabando la conversación.

—Espero que su libro demuestre la inocencia del doctor Ruíz. —Dijo ya recompuesta.

—Yo también lo espero Leo, yo también. —Se giró y salió del despacho de la enfermera.

Ya en el pasillo, se apoyó en la puerta de la habitación de la que acababa de salir, recordó las fotos de la familia, las que había descubierto en el desván, todas mostrando su felicidad, eran una gran familia que ayudaba a la gente de su alrededor, como Leonor decía, fue una muerte muy cruel que no se merecían. Se dio cuenta de que estaban a punto de saltársele las lágrimas, respiró hondo para serenarse, y abandonó el hospital siguiendo unos carteles de salida que encontró en el primer vestíbulo al que accedió.

Sábado, 1 de octubre

Anya estaba preparada para su excursión con Mateo, había ido el día anterior al Decathlon para comprar todo lo que le faltaba. Se había comprado unas botas de montaña impermeables que le recomendó un atento joven que la ayudó, gracias a él, también se había hecho con unos pantalones de travesía, que según le dijo, además de ser cortaviento tenían efecto perlante, de forma que con el tratamiento que llevaban se evitaba la penetración de agua en el tejido, y una chaqueta cortaviento y transpirable de un bonito color turquesa, algo grande, para que debajo le cupieran sus forros polares. Así que iba embutida en su nueva equipación, lo único que le preocupaba era el calzado, que aun siendo muy cómodo, al ser nuevo, le daba miedo que le provocara alguna ampolla, por lo que había metido unos apósitos especiales para tratarlas en la mochila, que también había tenido que comprarse. En su interior había guardado únicamente lo necesario, sabía que tendría que cargar todo el camino con ella, y no quería llegar reventada por meter cosas inútiles, así que aparte de agua, comida y un pequeño botiquín, no llevaba nada más.

En cuanto sonó el claxon, avisándola de que Mateo estaba fuera esperando, cogió la mochila, su nueva chaqueta y salió.

Subió al coche y se acercó a darle un beso en la mejilla, estaba ilusionada con el día que se le presentaba por delante. Mateo arrancó y se pusieron en marcha, parecía contento. Se fijó en que él llevaba una equipación muy parecida a la suya, pero se veía que nada acababa de salir de la tienda, las botas estaban muy desgastadas por el uso, los pantalones y la chaqueta, aun estando en muy buen estado, parecían haber perdido algo de color.

—¿Ayer estuviste de compras? —No se le pasaba ni una, se dijo Anya.

—¿Tanto se nota?

—Qué quieres que te diga. ¿Son cómodas esas botas? —Como ella, parecía preocupado porque le molestaran durante el recorrido con alguna rozadura o alguna ampolla.

—Por ahora sí me lo parecen, ya te lo diré cuando llevemos una hora andando. Por si acaso, he metido algo para las ampollas y tiritas. Espero no necesitarlas.

—Bien pensado.

—Cuando estudiaba en la Facultad, salíamos habitualmente a hacer rutas por la sierra o incluso de acampada los fines de semana, era económico. Pero llevo mucho tiempo sin hacer nada de eso.

—Pues ya es hora de retomarlo, ¿no crees?

Continuaron el camino en silencio. Anya iba admirando el paisaje, las vistas del lago eran impresionantes. Además, esa mañana lucía un sol espléndido, habían elegido un buen día para ir a hacer una ruta, pensó.

Cuando estaban llegando a Cubelos, Mateo salió por una desviación a la derecha, por un ancho camino sin asfaltar que les llevó a una amplia explanada que hacía la función de aparcamiento. Estaba vacío, Anya supuso que era debido a que no era época de turistas y se imaginó que en verano sería otra historia. Bajó del coche, y mientras Mateo cogía su mochila del maletero, contempló los alrededores. Estaban rodeados por un bonito bosque en el que había mesas y sillas de piedra, un práctico merendero, a pocos metros de donde habían dejado el coche, había una fuente con varios chorros de los que no dejaba de salir agua.

—Si no llevas agua te recomiendo que la cojas de ahí, es buena y está muy fresca. Ya no vamos a encontrar más fuentes en el camino.

—Llevo la cantimplora llena. —Había metido en su mochila una cantimplora y una botella de agua, solía beber mucho, y más en el ascenso que sabía les esperaba.

—¿Estás lista? —Ella asintió.

Se dirigieron hacia la fuente, abandonando la zona recreativa, de allí salía un camino en el que había un cartel de madera que indicaba el camino a la cascada de Cubelos e informaba de una distancia de cuatro kilómetros.

Acababan de empezar a andar, cuando el camino llano dio paso a un camino con bastante pendiente, tal y como le había comentado Mateo.

—La subida es un poco dura, pero no es mucha distancia, así que no te preocupes. La gente suele tardar hora y media en subir y unos cuarenta minutos en bajar, para que te hagas una idea. No tenemos prisa. —Intentó animarla al ver la cara que había puesto.

Anya empezó a coger su ritmo, recordaba que lo mejor era llevar su propio paso para subir sin problemas, aunque era un paso lento, se sentía cómoda con él. En ese momento, echó de menos sus bastones, recordaba que con ellos andaba mejor, lo más seguro es que estuvieran en casa de su madre con el resto del material que solía utilizar para ir a la montaña, y que no había necesitado en los últimos años.

El principio de la subida fue cómodo, ya que aun siendo empinada, la frondosidad del bosque de robles y castaños que los rodeaba, no permitía traspasar los rayos del sol.

Se encontraron con muchos tramos cubiertos de agua por las lluvias de los últimos días, lugares muy embarrados y otros completamente inundados. Había que pasar saltando de piedra en piedra o saliendo del camino por alguno de los laterales para esquivar el agua. En todas esas situaciones, Mateo la ayudó a pasar, cosa que agradeció, porque las piedras resbalaban y en más de una ocasión se imaginó espatarrada en el suelo.

Después de una hora de ascensión, el bosque se empezó a abrir, dejando a mano derecha una vista impresionante de las montañas, a la vez que un profundo precipicio, a la izquierda seguían acompañados del exuberante bosque. En ese punto, Anya ya no soportaba el forro polar, estaba sudando, el día estaba resultando más caluroso de lo que esperaba y ya llevaban una buena subida, así que paró, se quitó el forro polar que llevaba debajo del cortaviento y lo metió en la mochila, no sin antes dar un buen trago de agua.

—¿Quieres? —Le ofreció a Mateo que también le dio buena cuenta a la botella. —¿Queda mucho para llegar a la cascada?

—No, estamos yendo a buen paso. Calculo que en diez minutos habremos llegado.

Continuaron la marcha. Anya sacó una cámara de fotos compacta y empezó a hacer fotos del paisaje, estaba disfrutando de las vistas y quería plasmarlas para el recuerdo. Incluso aprovechó a hacerle alguna foto a Mateo cuando no prestaba atención, le encantaba pillar a la gente natural, a lo suyo, no posando.

Aún no se divisaba la cascada, pero de repente, comenzó a oír el sonido del agua al caer, estaba cerca, se imaginó que caería con mucha fuerza por el ruido que producía, y efectivamente, al girar por la siguiente curva, apareció. Entre rocas de gran tamaño, surgió un impresionante salto de agua, no impresionaba por altura, aunque por lo menos eran diez metros de caída, sino por la fuerza que llevaba el agua. Se quedó apoyada en un árbol contemplándola, disfrutando de la maravilla natural que se alzaba frente a ella.

—Ven. —Mateo la cogió de la mano y la arrastró a un saliente, una gran piedra lisa del tamaño del salón de su casa, donde pudieron sentarse a contemplarla.

Anya se echó hacia atrás, quedando tumbada con la cabeza apoyada en

su mochila y con los ojos cerrados, deleitándose con el sonido del agua al caer, relajada. Mateo la miraba sonriendo, parecía disfrutar tanto de lo que había a su alrededor como él.

Unos minutos después, Anya se volvió a sentar, a disfrutar del paisaje, hacia un lado tenía una vista espectacular de la cascada, y al otro lado la vista de la sierra, era digno de admiración, miraras donde miraras podías disfrutar de un hermoso paisaje.

—¿Quieres? —Anya miró los frutos secos que Mateo había sacado de su mochila y había empezado a comer—. Para reponer fuerzas. —También sacó dos latas de refresco de una pequeña neverita en la que llevaba un bloque de hielo, de esos especiales para *picnics*. Le pasó una.

Tomando unos cacahuets y bebiendo una coca-cola, disfrutaron en silencio de su mutua compañía. Anya se dio cuenta de que al lado de Mateo se sentía cómoda sin hablar, al inicio de conocer a alguien, esos momentos solían resultar embarazosos, pero no con él.

—No sé si te has fijado que justo antes de llegar a la cascada había una desviación. Ese camino lleva a la laguna de Cubelos, continuando la subida, algo más escarpada.

—¿Cuánto se tarda?

—Unos quince minutos, está cerca. Pero el camino es peor. ¿Te atreves?

—Hombre, pues ya que he llegado hasta aquí no me voy a quedar a medias.

Se levantaron ambos y Anya siguió a Mateo por la senda. Cuando tomaron la desviación, el camino se complicó bastante, Anya se iba agarrando a los árboles de los laterales para poder subir. La laguna no estaba lejos, no tardaron mucho en llegar, pero era verdad que la última parte resultó algo dificultosa para ella, se preguntaba si sería capaz de bajar ese trozo que tanto le había costado subir.

La laguna no era muy grande, pero sus aguas eran cristalinas, se podían ver pequeños peces y las piedras en el fondo, el bosque había desaparecido, solamente se veían arbustos con unas bonitas flores amarillas.

—En verano te puedes bañar. —Le dijo Mateo—. Un poco más adelante hay un buen sitio para sentarse. Si quieres podemos comer ahí.

Aunque era temprano para comer, Anya se dio cuenta de que estaba muerta de hambre, el paseo le había abierto el apetito.

Llegaron a una zona donde había grandes piedras con bonitas vistas de la laguna, desde las que te podías lanzar a ella sin miedo a chocar con el suelo,

puesto que se veía que era una zona profunda, se imaginó que los chavales se tiraban desde ahí como si fuera un trampolín. En una de ellas se sentaron a disfrutar de la comida.

Anya sacó un táper con filetes rusos que había hecho la noche anterior, pan y la botella de agua. Mateo por su parte sacó algo de embutido, jamón ibérico, salchichón y queso, también un par de platos y vasos de plástico, y para sorpresa de Anya, una bota de vino.

—Eso es venir preparado. —Dijo Anya al ver todo el despliegue.

—No sabes lo increíble que es disfrutar de buen embutido con un trozo de pan en medio del campo, y encima dar un trago a la bota. —Y dicho y hecho, nada más decirlo, destapó la bota de la que bebió un buen trago—. ¿Sabes beber?

—No estoy segura. Quiero decir, que he bebido de bota y de botijo, pero hace mucho.

—Toma, inténtalo. Si no, hay vasos.

Anya cogió el recipiente de cuero con forma de pera, lo puso por encima de su cabeza, lo volcó y aunque el chorro inicialmente le mojó la nariz, enseguida lo recondujo para que cayera en el interior de su boca, donde ya no tuvo problemas para tragar.

—Parece que no se te ha olvidado. —Le dijo Mateo cuando terminó de beber, mientras le quitaba un par de gotas que se le escurrían por la mejilla.

Compartieron comida y bebida. Anya le contó las últimas novedades de su investigación, Mateo parecía tan sorprendido como ella de la creación de una ONG por parte de Elena.

—Que Jaime Ruíz era uno de los mejores neurocirujanos de España no es ningún secreto, como bien te comentó la enfermera, venía mucha gente para ser operada por él o incluso para pedirle opinión. Pero que Elena Moreno había montado una ONG para ayudar a las víctimas de accidentes de tráfico, es mi primera noticia. Aunque bueno, que yo no tenga ni idea, no es raro, pero que mi abuela no me lo haya contado, eso sí que es extraño, ella se entera de todo lo que pasa en cien kilómetros a la redonda. —Dijo exagerando un poco—. No sé si te has dado cuenta, pero es algo cotilla. —Bromeó.

—No me había dado cuenta ¿en serio? —Dijo irónicamente, porque esa característica de Felisa se apreciaba nada más conocerla.

Después de comer y de reposar la comida disfrutando del lugar, empezaron con la bajada. Como Anya se temía, el comienzo de bajada le

resultó complicado, pero entre agarrarse a los árboles y Mateo que siempre estaba dispuesto a ayudarla, bajaron sin contratiempos. Cuando se quiso dar cuenta ya habían llegado al aparcamiento.

—Esto hay que repetirlo, me ha encantado. He disfrutado mucho con la excursión. —Comentaba Anya mientras iban en el coche, rumbo a casa.

—Por aquí hay un montón de rutas interesantes. La que hemos hecho hoy es una de las más conocidas por su belleza paisajística y por su fácil accesibilidad, por lo menos a la cascada, no todo el mundo sube a la laguna. Pero hay otras muchas que son igual de bonitas.

Cuando llegaron a casa de Anya, se encontraron a Felisa trabajando en el jardín, así que ambos fueron a saludarla.

—¿Qué tal la excursión? ¿Te ha gustado la cascada? —Preguntó Felisa en cuanto los vio llegar.

—Oh, sí, la zona es fantástica.

—¿Habéis llegado a la laguna?

—Sí. —Confirmó Mateo, mientras le daba un cariñoso beso en la mejilla.

—¿Queréis tomar café? Acabo de poner una cafetera. —Ambos aceptaron la invitación, por lo que Felisa desapareció en el interior de la casa, Anya fue tras ella para ayudarla a sacar las cosas, y Mateo decidió sentarse en el porche a esperarlas a ambas, supuso que ya serían demasiadas manos en la cocina.

Al poco, apareció Anya con una bandeja en la que llevaba la cafetera, las tazas, el azúcar y la leche. Mateo se levantó de inmediato a echarle una mano, puesto que imaginó que debía de pesar.

Se sentaron a tomar café tranquilamente en el porche. Anya le estuvo detallando el recorrido a Felisa y ésta no hacía más que preguntarle hasta los más nimios detalles, ya que ella nunca había hecho esa ruta y se sentía muy mayor para hacerla a esas alturas. Mientras, Mateo las contemplaba en silencio, era digno disfrutar de una velada tan apacible y relajada en tan grata compañía, se dijo.

—¿Y ya te han puesto la calefacción? —Preguntó Felisa.

—Sí, esta semana me ha puesto Antonio las estufas por toda la casa, bueno, en las habitaciones que hemos pensado que la necesitaba, porque en la cocina, con la cocina de leña y en el salón, con la chimenea, no le hemos visto ninguna utilidad, y en la tercera planta, tampoco, no la utilizo.

—Perfecto, porque el hombre del tiempo ha dicho que el veranillo de

San Miguel se termina a mediados de semana, parece que viene una ola de frío.

—Hemos escogido un buen día para ir de excursión. —Comentó Mateo al que no habían dejado meter baza en la conversación, llevaba desde que habían llegado en silencio.

—¿Y la fuente? —Continuó preguntando Felisa.

—También está arreglada. Vino el fontanero y como se habían imaginado, había hojas y un topillo atrancando el tubo. Ya funciona perfectamente.

—Pues ya tienes todo en condiciones, ¿no? No has tardado ni un mes en dejar la casa en un estado impecable.

—La verdad es que no estaba tan mal como pensaba cuando llegué, sólo he tenido que darle un buen lavado de cara.

—La has dejado preciosa. Si María la viera. —Dijo Felisa recordando con cariño a su amiga. A pesar de las discusiones que tuvieron debidas al dinero que daba a Mateo para sus estudios, ella siempre se lo agradeció, gracias a eso se había convertido en el hombre de provecho que era, además, la apreciaba de verás, había sido su mejor amiga toda la vida.

—Abuela, ¿tú sabías que Elena Moreno había montado una ONG para ayudar a las víctimas de los accidentes de tráfico? —Felisa se quedó observando a su nieto, sorprendida por el brusco cambio de tema.

—Sabía que era voluntaria, pero no sé muy bien a qué se dedicaba. ¿Es algo importante en tu investigación? —Miró a Anya, puesto que supuso que la pregunta tenía que ver con el trabajo que estaba llevando a cabo.

—No sé. —Anya no podía estar segura.

Cuando terminaron el café, Anya se levantó despidiéndose de ambos, estaba agotada.

—Anda Mateo, acompaña-la.

—Claro. —Dijo Mateo. Anya no dijo nada, sabía que bregar con Felisa era del todo imposible, de hecho, Mateo ni intentaba contradecirla, y entendía bien el porqué.

Mateo se levantó tras ella y fueron juntos, en silencio, hasta la puerta de la casa de al lado.

—Muchas gracias por todo. —Le dijo al despedirse—. Ha sido un día magnífico.

—Sólo espero que me pases todas esas fotografías que has hecho al paisaje, y también las que me has hecho a mí. —Anya se sonrojó levemente,

había pensado que no se había dado cuenta.

—Por supuesto, en cuanto las descargue, te las envío.

—Bueno, pues hasta mañana. —Le dio un beso en la mejilla a modo de despedida.

—¿Hasta mañana? —Anyá no recordaba que hubieran quedado.

—Claro. Mañana es domingo, así que no hagas comida, mi abuela me pedirá que te venga a buscar para comer en su casa. —Le guiñó un ojo, se dio la vuelta y volvió al porche con su abuela, mientras ella entraba en casa con una sonrisa dibujada en los labios.

Jueves, 6 de octubre

Anya ya no lo soportaba más, no podía seguir mirando cómo levantaban su jardín recién arreglado, se había gastado un dinero que había tirado a la basura, eso sin contar que ahora el jardín estaba en un estado lamentable. Y por si fuera poco, no dejaba de llover, el día no podía resultar más deprimente.

Kika, entre sus pies, gruñía, parecía estar de tan mal humor como ella. La gata se pasaba el día jugando en el jardín, ahora, el terreno había quedado inutilizado para su uso.

Anya cogió el chubasquero y salió de la casa, había pensado en ir a dar una vuelta para olvidarse del destrozo que estaban haciéndole en el jardín, prefería calarse antes que seguir viéndolo, además, no podía hacer otra cosa que respirar hondo, tragarse su rabia y aguantarse.

Giró a la izquierda, sin pensar a dónde iba, quizás siguiese carretera arriba o fuera al camino donde solía ir a recoger moras, no lo sabía, aunque la segunda opción era la menos probable, el camino estaría encharcado. Cuando pasó por delante de la casa de Felisa, miró de forma instintiva, ella solía estar en la ventana observando, y siempre que ella pasaba se saludaban en silencio con la mano y una sonrisa. Pero esta vez Felisa no estaba en la ventana, Anya supuso que no iba a estar siempre ahí, tendría otras cosas que hacer, pero al bajar la mirada, la vio. Estaba tumbada en el porche, delante de la puerta de su casa, parecía que se había caído y había perdido el conocimiento.

Fue corriendo hacia ella, estaba tumbada boca abajo con las manos cerca de la cara, como si le hubiera dado tiempo a ponerlas ahí antes de caer, como acto reflejo para protegerse la cabeza. Le vio una pequeña brecha en la frente, supuso que del golpe, pero no era profunda, un simple arañazo. Lo primero que hizo al sentarse a su lado fue comprobar que tenía pulso y que respiraba, como todo parecía en orden, ya más tranquila llamó al 112. En cuanto colgó, confirmando que enviaban una ambulancia, llamó a Mateo, quien se encontraba trabajando en el bufete y que le dijo que iba para allá de inmediato.

Ella no sabía qué hacer, así que evitó moverla por si se hubiera roto algún hueso, sabía que la rotura de cadera por caída a esas edades era muy

habitual. Le colocó su chaqueta como si fuera una manta, pensó que quizás tendría frío.

Unos minutos después, llegó la ambulancia de la que bajaron dos técnicos que comenzaron a atenderla. Cuando llegaron, Felisa se estaba despertando, aunque ninguna fue capaz de decirles el tiempo que había pasado inconsciente, la mujer no lo sabía y Anya no podía saber el tiempo que había pasado hasta que la encontró.

Comprobaron que tenía la tensión muy baja, y supusieron que el desmayo se había producido por eso. Le recomendaron hacerse un chequeo lo antes posible, por si había algún motivo preocupante por el que se había producido el síncope.

Cuando se estaban despidiendo, llegó Mateo, a quienes los técnicos le informaron de lo ocurrido, mientras su abuela intentaba quitar importancia a ese episodio con gestos de la mano. En cuanto se fueron, entre los dos ayudaron a Felisa a entrar en la casa y sentarse en una silla de la cocina. Anya le detalló cómo se la había encontrado y lo que había ocurrido después, a la vez que Mateo preparaba la cafetera para hacer un café bien cargado a su abuela, de forma que le subiera la tensión, y le sacaba unos frutos secos para que comiese algo.

—Anya, muchas gracias por llamarme. —Le dijo mientras encendía el fuego de la vieja cocina de gas—. Mi abuela tiene la tensión baja y es hipoglucémica, tiene el azúcar bajo, por lo que es muy habitual que se maree. Aunque pérdidas de conocimiento, no ha tenido más que un par de veces. —Mateo estaba preocupado por su abuela, aunque le habían hecho pruebas cardiacas, habían llegado a la conclusión de que eran síncope vasovagales, que era lo mismo que no decir nada, pensaba él, el problema era cuando se caía, tanto si era por un síncope como por un simple mareo, podía ocurrir una desgracia y eso le tenía muy intranquilo.

Ya sentados y todos más serenos después del susto, Mateo se dio cuenta del ruido proveniente de casa de Anya.

—¿Estás de obras? —Anya volvió a acordarse del destrozo que estaban haciendo en su casa y volvió a cabrearse.

—No me lo recuerdes. Ahora que tenía el jardín precioso... Por lo que me han contado, ha habido una avería en las tuberías de saneamiento, en los desagües y creen que el origen está en algún sitio de mi jardín. Así que me lo están levantando al completo para localizar la avería.

—¿Te lo cubre el seguro? Porque las conexiones hasta la red pública son

responsabilidad del propietario de la vivienda. —Le salió el abogado que llevaba dentro.

—Sí. Esta mañana ha venido el perito, me cubre una factura inferior a dos mil euros.

—Es una cobertura poco habitual.

—Ya me lo han dicho. Veo que mi abuela dejó todo muy bien atado.

En ese momento, oyeron que alguien llamaba a Anya, por lo que ambos salieron al porche. Felisa siguió sentada tomándose en silencio el rico café que había preparado su nieto. Quien la llamaba era uno de los obreros, parecía el responsable de ellos.

—Señorita Sáez, ya hemos encontrado la avería. Al final sólo hemos levantado un trozo del jardín, podía haber sido peor. —Parecía que intentaba consolarla, pero Anya no estaba por la labor de atender a razones—. La avería estaba en el sifón exterior, un elemento que evita malos olores, se había atascado y no permitía el vaciado del caudal habitual. Si no nos hubiéramos dado cuenta, probablemente se le hubiera inundado el jardín de mierda. Perdome mi lenguaje, pero es literal.

—No hay mal que por bien no venga. —Dijo Anya, pensando que la otra opción, que podía haber ocurrido, era muchísimo peor.

—Jefe, jefe. —Un hombre joven acababa de salir de la propiedad de Anya llamando al responsable.

—Perdónenme, pero uno de los chicos me está llamando. —Dijo mientras se daba la vuelta.

—Venga corriendo, mire lo que hemos encontrado.

Debido a la preocupación mostrada por el obrero, tanto Mateo como Anya se alarmaron y salieron corriendo detrás de ellos, para ver qué ocurría. Cuando llegaron, la sorpresa fue mayúscula.

A Anya le costó unos segundos más que al resto ver por qué el hombre estaba tan preocupado, puesto que se quedó mirando el destrozo realizado en su jardín. Mateo le dio un suave golpe en el brazo y con la mirada la guio al hallazgo que habían realizado, y que en ese instante todos estaban contemplando aturdidos. En un lateral de la zona levantada, en el agujero, sobresalía lo que parecía ser un cráneo.

—Jaime Ruíz. —Dijo Anya en un susurro que sólo pudo escuchar Mateo a su lado, tan sorprendido como ella por el descubrimiento.

Mateo cogió su móvil y llamó a la policía.

Viernes, 7 de octubre

—Muchas gracias por recibirme con tanta premura. —Le dijo Anya al doctor Soler en cuanto atravesó la puerta de su despacho, mientras le ofrecía la mano para saludarle.

—No se preocupe, ya he terminado las consultas. —La había recibido a última hora de la tarde, o mejor dicho, primera hora de la noche, puesto que eran más de las nueve, pensó Anya mientras contemplaba el reloj que había en una de las estanterías a la espalda del doctor, un reloj que ya la vez anterior le había llamado la atención, imitaba uno de los relojes derretidos que aparecían en el cuadro de Dalí, *La persistencia de la memoria*—. Ya me he enterado del hallazgo encontrado en su terreno. ¿Es Jaime Ruíz?

—No lo sé. Están esperando a un antropólogo forense que va a venir desde Madrid para poder realizar la identificación. Por lo visto es necesario un arqueólogo forense, un criminalista y un médico forense para identificar los restos humanos esqueletizados, y determinar a partir de las marcas existentes en los huesos, en caso de haberlas, las causas de su muerte para poder reconstruir lo ocurrido.

—No se habla de otra cosa, todos piensan que es Jaime Ruíz y se dan cuenta de que si es él, entonces no mató a su familia, por lo que el asesino todavía anda suelto por ahí. Están todos aterrorizados de nuevo, como hace diez años. —El doctor empezaba a ver con claridad un inicio de miedo colectivo, que si se agravaba, se convertiría en una histeria colectiva que podía llegar a ser muy preocupante, en ese estado la gente hacía locuras—. Cuénteme señorita Sáez, qué la trae de nuevo por aquí.

—Quería saber cómo es posible identificar a un psicópata, es decir, cómo sería el perfil de un psicópata, algún rasgo habitual. ¿Puedo? —Anya le mostró el móvil, y él entendió que iba a grabar la conversación, le dio permiso con un leve movimiento de cabeza.

—Uf, una pregunta difícil. Veamos. Un psicópata no tiene por qué ser un asesino despiadado ni presentar conductas violentas de forma continua, por el contrario, puede mostrar una conducta muy seductora y encantadora, si eso fuera lo que necesitara para conseguir su objetivo, son personas manipuladoras. Tienen un amplio repertorio de conductas, activando una u

otra según el entorno en el que se encuentren, es decir, pueden ser camaleónicos, grandes actores. Podemos decir que son mentirosos encantadores, te embaucan con dinero, amabilidad y se muestran como personas en las que se puede confiar, hasta que caes en su tela de araña de falsas promesas y mentiras. Un psicópata carece de empatía, es incapaz de ponerse en el lugar de los demás, por lo que no siente ninguna emoción por las personas que lo rodean. Son individuos que carecen de remordimientos, hacer daño a otra persona, tanto física como psicológicamente, no les afecta. No piense que no saben distinguir entre el bien y el mal, porque sí lo hacen, tienen una inteligencia normal e incluso superior a la media. No son capaces de formar relaciones personales o sociales sanas, estables y duraderas. Son pragmáticos, no se dejan llevar por los sentimientos. Personas controladas, que tratan de llevar una vida normal, ocultando sus verdaderas tensiones e intenciones. Suelen mostrar conductas adictivas. En su grado extremo, se muestran transgresores de las normas sociales de convivencia, caracterizados por su conducta criminal y por su crueldad. No sé si es eso lo que quería oír.

—Eso es exactamente lo que quería oír. Me lo ha definido a la perfección.

—¿Alguno de sus sospechosos cumple el perfil?

—Ninguno o todos. —Dijo Anya con sinceridad, por lo menos que ella supiera, apenas conocía a sus sospechosos, por lo que desconocía su personalidad, y a ella le costaba calar a la gente—. ¿Existe algún tratamiento eficaz para este trastorno?

—No. La mayoría de especialistas coincide en que su resocialización es difícil, aunque empiezan a ponerse en práctica algunos programas que muestran eficacia en la reducción de la reincidencia. Éstos son aplicados en centros específicos, con un entorno muy estructurado y especializado. Aún queda mucho camino por andar.

—Muchas gracias de nuevo doctor Soler.

—Ya sabe dónde estoy si me necesita.

Anya salió de la consulta con un perfil más claro del posible homicida de su investigación, hablaría del tema en su novela, aunque sabía que eso no le iba a conducir al posible asesino.

Cuando llegó al centro de Paredes se sorprendió al ver tanto ambiente en la calle principal, se notaba que era viernes, la gente salía de los restaurantes y se acercaba a los bares a tomar una copa. Ella no había cenado, así que aparcó el coche en el primer hueco que encontró y se dispuso a pasar a uno

de los restaurantes de la calle, esta vez no fue al que se estaba convirtiendo en su habitual, el bar de Mariano, ni siquiera sabía cuál era su nombre real, entró en uno del que acababa de salir un grupo grande de gente, parecían contentos, así que la comida debía de ser buena, se dijo. En cuanto entró, notó una agradable sensación, parecía una bodega, había toneles detrás de la barra a modo decorativo, mesas de madera maciza tipo mesón rodeadas de banquetas de la misma madera. Ya no había mucha gente, y la que quedaba estaba tomándose una copa o un chupito, le preocupó que ya hubieran cerrado la cocina y no le dieran nada de cenar, así que antes de sentarse, preguntó al camarero que atendía detrás de la barra.

—La cocina está abierta, hoy viernes no cierra hasta la una de la mañana, así que no se preocupe. Siéntese que ahora voy a tomarle nota. —El camarero era un joven regordete, con los mofletes rojos y cara de simpático.

Ella se sentó en la mesa más alejada, en una esquina, ahí no había apenas ruido, cenaría tranquila. Pidió un revuelto de ajetes y una copa de vino tinto para acompañar. Cenó dándole vueltas al perfil que le acababa de realizar el doctor Soler, no encontraba esas características en el carácter de ninguno de los sospechosos, pero si uno de ellos había asesinado a una familia hacía ya diez años, y seguía viviendo entre los vecinos del pueblo como si no hubiera ocurrido nada, desde luego era un gran actor, y por lo visto ese era uno de los rasgos característicos de un psicópata. Salió del restaurante igual que había entrado, sin tener una idea de su posible asesino, por lo menos ahora con el estómago lleno se sentía mejor.

Subió a su pequeño todoterreno y se puso en marcha, en el camino fue escuchando la radio, una de las pocas cadenas que tenían cobertura en la zona. Cuando estaba aparcando en la puerta, la emisora indicó que quedaban unos minutos para las doce, y que despedían el día con la canción de *Muñeca de trapo* de Amaia Montero. Se le había hecho muy tarde.

Debido a los últimos acontecimientos, aunque estaba agotada, le había resultado imposible dormir, la noche anterior no había pegado ojo, y por cómo tenía los ojos en ese momento, como platos, se imaginó que esa noche sería igual. El saber que el cuerpo de Jaime Ruíz llevaba diez años en su terreno, y que había pasado por encima un montón de veces, no la dejaba indiferente.

Bajó del coche intentando borrar de su cabeza esos pensamientos, si no, no sería capaz de descansar y lo necesitaba para tener la mente clara.

Al abrir la puerta de la valla, algo le llamó la atención, por el rabillo del

ojo había notado algo diferente, algo que no solía estar ahí, levantó la mirada para ver qué podía ser y entonces la vio.

Delante de la puerta, una gata blanca con grandes manchas negras colgaba de una cuerda clavada al techo del soportal, como si hubiera sido ahorcada, su tripa estaba llena de manchas rojas oscuras, sangre, la habían abierto en canal, pensó Anya. Como si se tratara de una película de terror, la gata parecía que la miraba, con esos ojos sin vida, mientras se balanceaba movida por el viento. Ella estaba clavada en la valla, sin poderse creer lo que veía, en *shock*, la impotencia la había bloqueado.

—Kika. —El grito sonó como un aullido de dolor. Salió corriendo a descolgar a su cariñosa gatita, no se podía creer que alguien le hubiera hecho una cosa así. Intentó desatar la soga del gancho al que estaba colgada, un gancho que alguien había debido poner ahí para esa acción, le costó un gran esfuerzo porque las manos le temblaban y el nudo parecía haber sido realizado a conciencia. No podía dejar de llorar, no podía ver nada por todas las lágrimas que empañaban sus ojos.

Sábado, 8 de octubre

Acababan de dar las doce cuando escucharon un grito, ambos pensaron de inmediato en Anya. Mateo y Felisa, alarmados, salieron apresuradamente de la casa y fueron corriendo a su porche, mientras se acercaban, veían cómo intentaba descolgar algo del techo, pero no eran capaces de ver qué era lo que estaba intentando soltar.

El primero en llegar fue Mateo, con sus largas zancadas había dejado a su abuela muy rezagada. Cuando miró a Anya se dio cuenta de que se estaba riendo, parecía una loca, a la par que las lágrimas le rodaban por las mejillas. No entendía qué estaba ocurriendo, su comportamiento era de lo más extraño, pensó asustado.

—¿Estás bien? —Mateo estaba muy preocupado por su conducta.

Anya no podía hablar, entre el llanto que no cesaba y la risa al descubrir que no era real, así que le mostró a Mateo lo que tenía en las manos, entonces él lo comprendió todo. Se imaginó a Anya viendo colgado ese peluche en su puerta, se debió de figurar que era Kika, quien lo hubiera hecho compró un peluche muy parecido a ella para dar un tinte dramático a la escena, incluso lo había manchado con algo rojo, quizás pintura, simulando sangre, de lejos parecería que había sido rajada por las tripas.

Mateo no sabía qué pensar, lo único que tenía claro es que existía una alta probabilidad de que hubiera un loco en el pueblo que quería asustar a Anya, y si la querían asustar es porque ella no debía de ir desencaminada en su investigación. La idea de que hubiera un asesino suelto le ponía los pelos de punta. Como empezaba a ser costumbre, llamó a la policía.

En ese momento, apareció Felisa que llevaba una bola de pelo negro y blanco entre los brazos. En cuanto Anya la vio, se levantó corriendo a abrazar a su gatita. La levantó comprobando que estuviera en perfecto estado y la miró a los ojos.

—Kika, qué susto me has dado, y tú aquí, con Felisa, tan a gustito.

—Apareció en el porche cuando llegó Mateo esta noche y la cogí, vi que en tu casa no había luz y supuse que no estabas.

—Muchas gracias Felisa, si hubiera estado por aquí, paseando como suele hacer, no sé qué hubiera ocurrido. —Anya esperaba que quien le

hubiera dado este susto o gastado esta broma, no hubiera pensado en asesinar a su gata, pero de eso no podía estar segura.

—Vienen para acá —dijo Mateo refiriéndose a la policía—, les he dicho que estarías con nosotros. —Así que todos se dirigieron en silencio a casa de Felisa, todavía desconcertados por lo sucedido.

—Menos mal que estaba Mateo en casa, si hubiera visto a alguien en tu porche, me hubiera asustado. No suele venir a verme entre semana, por el trabajo, ya sabes, pero como ayer me desmayé, lo tendré por aquí todos los días, cuidándome y comprobando que todo vaya bien. —Le contaba Felisa a Anya, mientras Mateo sentado en la otra punta de la mesa observaba a ambas mujeres con preocupación. Habían intentado asustar a Anya, y sabía que eso no le haría desistir de su investigación, estaba convencido de que le haría obcecase más con el tema, como una buena periodista de investigación, que en realidad es lo que era.

Cuando llegó la policía, Anya estaba más tranquila, por lo que esperaba contestar con claridad sus preguntas. Tal y como le pidieron, les detalló de dónde venía, y qué había ocurrido.

—Alguna cosa más que quiera decirnos, cualquier detalle insignificante podría ser clave para saber quién le ha gastado esta broma de mal gusto. —Parecía que la policía no se lo tomaba muy en serio. Anya se quedó pensando unos segundos, no sabía si contárselo, quizás pensarán que se había vuelto loca, pero le daba igual lo que pensarán esos policías a los que no conocía de nada, por lo menos, siendo práctica, quedaría reflejado en una denuncia por lo que pudiera ocurrir, se dijo.

—Bueno, creo que alguien me vigila. —La cara de sorpresa de los policías no fue nada comparada con la que mostraba Mateo.

—¿Podría aclararnos por qué piensa eso?

Anya les detalló las dos noches que había encontrado un merodeador en el jardín de su casa. Mateo se dio cuenta de que la última vez, había sido el mismo día que habían ido a ver la exposición, si él hubiera entrado con ella en casa, tal vez podría haber cogido al intruso, pensó.

La policía se fue en cuanto les hubo tomado declaración de lo ocurrido a todos, llevándose el peluche como prueba.

—Hoy te vienes a mi casa a pasar la noche. —Anya iba a decir algo, pero en realidad no quería quedarse sola, y el tono de Mateo tampoco admitía réplica, así que aceptó.

—De acuerdo, pero tengo que recoger un par de cosas en casa.

—Abuela, nosotros nos vamos, si necesitas cualquier cosa, llámame, sea la hora que sea.

—Sí, cariño, no te preocupes, yo estaré bien. —Le dijo mientras le daba un beso en la mejilla.

Mateo y Anya se dirigieron a la casa de ella, mientras Mateo esperaba en la cocina, apoyado en la encimera, con los brazos cruzados y revisando con la vista la habitación como si ésta le fuera a dar alguna pista de lo ocurrido, ella arriba, en su dormitorio, preparaba un pequeño neceser, cogía el pijama y algunas cosas de Kika que quizás necesitara. Lo metió todo en la misma mochila que se había llevado a la excursión del sábado anterior y bajó preparada para irse.

En silencio fueron al coche de Mateo que estaba aparcado delante de la casa de Felisa, ella se encontraba asomada a la ventana, mirándolos y diciéndoles adiós con la mano.

—¿Cómo no me habías dicho nada del intruso? —Mateo rompió el silencio de camino a su casa. No sonó a recriminación, parecía angustiado.

—Pensé que no era nada, o al menos eso quería creer. Pensaba, que si lo decía en alto, lo convertiría en una preocupación, algo real, que todavía no estoy preparada para afrontar, ¿tiene eso sentido?

—Sí, lo tiene. Pero, en el futuro, me gustaría que me contaras esas cosas. Ya sé que no soy nadie ni tengo ningún derecho sobre ti, ni nada de nada, pero he de reconocerte que me tienes muy preocupado. —Anya se sintió conmovida por esas palabras.

—Mateo, tú sí eres alguien para mí. —Le dijo poniéndole la mano en la pierna, él se la cogió y le dio un suave apretón.

Cuando llegaron a la casa de Mateo, Anya quedó francamente embelesada por la construcción, aun siendo de noche, se veía imponente. El exterior estaba recubierto de madera, con grandes ventanales por todas partes que imaginó que no hacían del lugar un sitio muy privado.

—Ya sé que hay demasiado ventanal —le había leído el pensamiento—, pero está rodeada de grandes árboles que ocultan la casa de miradas indiscretas y todo este terreno es mío. Nadie se acerca.

—¿Todo este terreno es tuyo?

—Sí, son diez mil metros cuadrados. —Anya estaba boquiabierta—. Como te dije, en Madrid gané mucho dinero, y reconozco que yo no tengo grandes gastos, así que lo invertí todo en esta casa.

Entró detrás de Mateo, y lo que apareció ante ella la dejó impresionada.

La planta baja era completamente diáfana, en ella había una gran cocina, un salón y un comedor. La única habitación con paredes estaba situada a la izquierda, que según le dijo él, era un baño completo. Había unas escaleras en el lateral, pegadas al baño, cuyos escalones eran de madera, pero el resto era de cristal por lo que pasaba desapercibida, no cargaba el espacio, supuso que llevarían a la zona de habitaciones. Ellos se dirigieron al salón, haciendo de separación con el comedor, había una imponente estantería llena de libros, que a Anya le llamó la atención.

—¿Te apetece una copa?

—Sí. Necesito una.

—¿Ron, *whisky*? Hago unos mojitos espectaculares. —Le sonrió.

—Lo que tú tomes me parecerá bien.

Mateo se dirigió a la cocina a hacer unos mojitos. Entretanto, Anya sacó del transportín a Kika, que parecía algo incómoda al no reconocer el lugar, pero poco a poco empezó a pasear por la casa para investigar.

Mientras esperaba a que llegara Mateo con los cócteles, se acercó a la estantería y estuvo mirando sus libros. Le resultó curioso que no hubiera ninguno de Derecho, imaginó que los tendría en el despacho, porque todos los que allí había eran novelas. Había clásicos, desde Tolstoy a las hermanas Brontë, sin olvidar la literatura española, como Pío Baroja o Cervantes, y novelas actuales. Era muy variada y completa, pensó. En una balda se encontró con sus novelas, tenía todas las que había escrito. Mateo llegó en ese momento con dos mojitos en la mano y vio lo que ella acababa de descubrir.

—Lo reconozco, soy un fan y me encantaría que me firmaras alguno.

—Anya cogió el primero, *Venganza*, estaba muy gastado, parecía haberlo releído en varias ocasiones—. Es mi preferido.

—¿Por qué? —Al ser su primera novela fue la niña de sus ojos, la escribió con mucho cariño, pero Anya estaba convencida de que era la peor escrita debido a su falta de experiencia.

—Disfruté con su lectura, fuiste clara y concisa. Ahora que te conozco, entiendo el porqué. Tú eres así. Me gustó cómo abordaste el tema, cómo lo estructuraste, te basaste en hechos y no en suposiciones, las conclusiones a las que llegaste fueron brillantes. —Anya se sentía desbordada, las críticas habían sido buenas, pero esto no se lo esperaba.

—Me has dejado sin palabras.

—Debe de ser la primera vez. —Anya le sonrió, tenía razón, no solía

quedarse sin saber qué decir.

—¿Y del resto qué opinas?

—El resto también me gustaron, introduces intriga y los finales sorprenden. Sin embargo, en el primero parecías involucrada, supongo que porque era un caso real. Pero, ¿por qué ese caso en particular? Una chica joven asesinada en su piso del centro de Madrid, me parece un caso muy corriente, aunque tú en el libro lo trataste de manera muy especial.

—Es una larga historia.

—¿Tienes otra cosa que hacer?

—Está bien. —Suspiró profundamente.

Se sentaron en el sofá, mirándose a los ojos, Mateo con una pierna doblada debajo de sí mismo, en una postura cómoda, ella se quitó las botas y cruzó las piernas en el sillón, dispuesta a contarle el porqué de aquella historia.

—Para mí fue un caso muy especial, pero tengo que empezar desde el principio. —Respiró hondo y comenzó—. Mi padre murió cuando mi hermano y yo aún éramos pequeños, yo tenía nueve años y mi hermano seis. Mi madre tuvo que sacarnos adelante, y no fue fácil. Tuvimos que vender la casa para poder pagar los hospitales, habíamos ido a especialistas privados, las eminencias del momento. A los cuarenta, a mi padre le diagnosticaron esclerosis lateral amiotrófica, una enfermedad neurodegenerativa que causa una pérdida progresiva de las neuronas motoras. Murió tres años después. Aquellos años los recuerdo muy duros, mi madre llorando cuando creía que nadie la veía, mi padre muy débil y con un gran deterioro muscular, dándose cuenta de la gran carga que suponía para mi madre, aunque cuando estaba con mi hermano y conmigo nunca le faltó una sonrisa en la cara. —Anyá se quitó una lágrima que le resbalaba por la cara con la palma de la mano.

—No tienes por qué contármelo, si no quieres.

—La verdad es que nunca hablo de ello, nunca me he desahogado y creo que ya va siendo hora. Murió a consecuencia de una insuficiencia respiratoria producida por la enfermedad. Como te decía, tuvimos que vender la casa en la que vivíamos para pagar las facturas de los hospitales privados que nos habían recomendado. Mi padre era un hombre de negocios importante en aquella época, ganaba mucho dinero, pero los gastos médicos fueron muy superiores. Espero que no fuera consciente que después de su muerte nos quedamos en la calle. Mi madre empezó a trabajar para sacarnos adelante, pero no le pagaban mucho. Trabajaba durante el día en una peluquería, y por

la noche en una discoteca, de taquillera. Había ido a clases de peluquería antes de conocer a mi padre, y aunque no le gustaba demasiado, eso pagaba las facturas. Nos mudamos a un piso enorme en el centro, cerca de la peluquería, lo alquilamos, era muy barato, mi madre decía que era una ganga y que por fin Dios nos echaba una mano. Pero Dios no tenía nada que ver. El alquiler era tan barato porque allí habían asesinado a una chica, supuestamente su novio. Cuando mi madre se enteró, no nos dijo nada, pero yo encontré una tablilla suelta en el suelo de madera de mi habitación, donde encontré fotografías y algunos diarios. Por curiosidad, me puse a leerlos, leí sus secretos más íntimos, sentía que nos habíamos convertido en grandes amigas, me desahogaba con ella, aunque sabía perfectamente que en realidad no había nadie. Esos diarios eran de una chica de unos quince años, por ella supe lo que me esperaba en unos años, yo contaba con trece en aquella época. Empecé a indagar sobre ella, quería conocerla, y fue entonces cuando lo descubrí. Sus padres murieron cuando ella tenía poco más de veinte años, se había quedado en Madrid estudiando para los finales de septiembre de la Facultad, sus padres volvían del pueblo y el tren en el que iban descarriló. Ella heredó todo, era hija única, por lo que estuvo viviendo en ese piso hasta que la asesinaron. Cuando me enteré, no podía crérmelo, me obsesioné con ella, llevaba casi dos años siendo mi mejor amiga, sus diarios eran mi lectura de la noche, me los sabía de memoria, la conocía, sabía lo que pensaba, cómo era. Como comprenderás, fue muy doloroso enterarme de su final.

Anya le dio un buen trago a su mojito, Mateo la observaba absorto en su historia.

—Cuando me fui de casa, estuve compartiendo piso con unas compañeras de la Universidad, olvidé esta historia durante un tiempo. Pero en el último curso nos pidieron un artículo de investigación, ahí empezó todo. Contaba con toda la información que había acumulado durante años, sus diarios, tenía mucho trabajo avanzado. Entrevisté a personas que la conocían, a los policías que habían investigado el caso, al novio que estaba en la cárcel por su asesinato y que nunca dejó de proclamar su inocencia, recabé todo eso y más. Al final, mi tesis se convirtió en una novela. Gracias a mi investigación, la policía descubrió al verdadero culpable, un vecino obsesionado con ella por sus continuos rechazos. Tuvo repercusión mediática, lo que hizo que mi novela alcanzara popularidad en la red y los editores aparecieran llamando a mi puerta. Que se encontrara al asesino, fue algo muy gratificante para mí, y creo que lo mostré en el libro, me abrí.

—Anya dio un sorbo a su bebida—. Y eso es todo. Por cierto, tenías razón, el mojito está espectacular.

Mateo se quedó muy sorprendido de todo lo que le acababa de contar.

—Estadísticamente hablando, las probabilidades de que una misma mujer viva en dos casas donde se han cometido asesinatos brutales es prácticamente inexistente. —A Anya le hizo gracia el comentario, sabía que lo había dicho porque ella dijo algo parecido al poco de conocerse.

—Para serte sincera somos muy pocas. Aparte de una anciana de Nueva York y yo, creo que no hay nadie más. Estoy en peligro de extinción. —Ambos rieron.

—¿Otro mojito? —Anya ya había dado el último trago a su bebida, se sentía a gusto hablando con Mateo, estaba tranquila, se había relajado después del episodio vivido en su casa, el cual había olvidado en ese rato, así que se dijo que por qué no y aceptó otro mojito. Kika también parecía relajada, había encontrado una alfombra muy mullida en la que estaba tumbada.

Se levantó para ayudar a Mateo, pero al pasar por el comedor vio una pared repleta de fotografías, supuso que de familiares, y no pudo resistirse, así que se acercó a cotillear. Mateo apareció poco después con las bebidas.

—Estos son mis padres. —Le dijo señalando una foto en la que aparecía un niño de unos doce años con una pareja—. Mi padre murió un par de días después de tirar esta instantánea. Era minero. Hubo una explosión en la mina. Murieron tres mineros más y algunos se quedaron atrapados, por lo que se organizó una operación de rescate, salió en todos los telediarios. Mi madre murió un par de meses después por una hemorragia cerebral, fue instantáneo. Entonces mi abuela se hizo cargo de mí. Mira, ésta es una foto suya de cuando era joven. —Mateo le señaló una foto de un primer plano de una mujer en blanco y negro, parecía una estrella de Hollywood, pensó Anya.

—Era muy guapa.

—Sí que lo era. Según dicen, tenía a todos los hombres loquitos por sus huesos. —Sonrió— Creo que salió con Narciso Ruíz, pero lo dejó por mi abuelo. —Le guiñó un ojo.

Volvieron ambos al sofá a terminarse las bebidas.

—¿Por qué no te has casado? —Anya se dio cuenta de que había hecho la pregunta en voz alta.

—Uf, menuda pregunta. Supongo que porque no he conocido a nadie que merezca la pena.

—Venga ya.

—Bueno, vale, me has pillado. Una vez estuve a punto de hacerlo. Conocí a una chica en Madrid, Esther, era guapa, inteligente, abogada como yo. Éramos felices el poco tiempo que disfrutábamos juntos, porque ambos trabajábamos de sol a sol. Vivimos juntos varios años. Incluso llegué a pedirle que se casara conmigo.

—¿Y qué pasó? —Anya supuso que los mojitos le inducían a hacer esas preguntas tan entrometidas.

—Que me vine al pueblo. Ella no quería, le encantaba Madrid y su trabajo allí. Nos dimos cuenta de que ya no teníamos nada en común.

—Te entiendo. —Se sentía identificada con la historia que le acababa de contar, era algo similar a lo que había pasado entre Gonzalo y ella.

—Por cierto, ¿tu nombre auténtico es Anya?

—¿Por qué lo preguntas? —A ella le hizo gracia, nunca nadie se lo había preguntado, aunque era evidente que no era un nombre español.

—Porque me suena a ruso. No sé.

—Tienes razón, es de origen ruso. Significa Gracia. Mi nombre real es Ana. Aunque mi familia me llama Anita, supongo que así me llamaban de pequeña y así se ha quedado.

—¿Por qué lo cambiaste?

—Por mi editora. Me dijo que Ana era un nombre muy soso, que no llamaría la atención y la gente no lo recordaría. Se me ocurrió Anya, me gustaba y era muy parecido. Ahora todo el mundo me conoce por Anya Sáez, así que así me he quedado. Excepto tú que me llamas Ann, a veces. Mi padre también me llamaba así.

—Si te resulta doloroso puedo llamarte Anya.

—No, me gusta.

Quando se terminaron los mojitos, Mateo la acompañó a su habitación.

—Dormirás aquí, en mi cama. Yo bajaré al sofá.

—¿No tienes habitación de invitados? —Al subir a la habitación principal, Anya se había fijado en que había varias puertas, suponía que eran dormitorios.

—Tengo tres habitaciones más aparte de ésta. Una hace la función de despacho, pero las otras dos están vacías, no las utilizo. —Se disculpó—. He cambiado las sábanas esta mañana.

—Muchas gracias.

Mateo pasó al baño de la habitación, donde cogió toallas limpias que le

entregó, y de uno de los cajones sacó una sudadera suya.

—Te puede servir de pijama.

—No te preocupes, he traído. —Él asintió y se dio la vuelta para salir de la habitación.

En ese momento, Anya lo cogió del brazo, no estaba segura de lo que iba a hacer, sólo sabía que quería hacerlo. Él se dio la vuelta, se la quedó mirando, estaba tan hermosa con ese brillo en los ojos, los coloretos producidos por los mojitos, su espesa cabellera castaña algo revuelta y sus labios carnosos y húmedos. Se acercó y la besó, no fue un beso dulce ni tierno, fue un beso voraz, lleno de necesidad y ella le respondió con el mismo deseo que mostraba él.

Mateo la atrajo hacia sí, rodeándola con sus brazos, ella podía sentir la erección de él en su cadera, se movió sutilmente, presionándole de forma que él emitió un gemido. Mateo comenzó a besarle el cuello, y el lóbulo de la oreja, lo que a ella le hizo estremecerse de placer. Volvieron a unir sus bocas, se dieron un largo y húmedo beso, sus lenguas jugueteaban saboreando cada rincón, sintiendo el fresco sabor del mojito que se acababan de beber. Ella con los dedos enredados en su pelo, dándole pequeños tirones, comenzó a bajar sus manos, despacio, disfrutando mientras tocaba su ancha espalda, hasta llegar a la altura de la cadera, donde metió ambas manos por debajo de su camisa y empezó a acariciarle la columna, a Mateo se le puso el vello de punta al sentir sus caricias. Apretó su erección contra ella, frotándose con suavidad, a ella esos movimientos la excitaron sobremanera.

Comenzaron a quitarse la ropa, el uno al otro, de forma salvaje, con urgencia, los botones de la camisa de Mateo saltaron, el jersey de Anya desapareció en un instante, se quitaron los pantalones sin dejar de mirarse. Cuando ambos se quedaron desnudos, uno enfrente del otro, ambos se contemplaron, se inspeccionaron de pies a cabeza, muy despacio, de forma minuciosa y cuando volvieron a mirarse, el deseo se reflejaba en sus ojos. Mateo la atrajo hacia sí y volvió a besarla, mientras una de sus manos se hundía en su larga melena castaña, acariciándole la nuca, con la otra le acariciaba uno de sus pechos, masajeándolo con lentitud, el pezón se endureció al instante, continuó abriéndose camino con una delicada caricia hasta que llegó a su ombligo que rodeó un par de veces. Ella respondía a sus caricias y a su apasionado beso, sentía escalofríos recorriéndole la columna. Siguió jugueteando con su piel hasta que llegó a su sexo, empezó a acariciarlo, estimulándolo, cuando la notó húmeda, le introdujo un dedo, se

dio cuenta de que ya estaba preparada para recibirle. Anya no podía dejar de gemir por la excitación que sentía, al notar su dedo dentro de ella, separó sus piernas, invitándolo, quería más.

Mateo la levantó en brazos y la depositó con delicadeza en la cama. Mientras cogía un preservativo del cajón de la mesilla, ella lo miraba con ojos vidriosos, él se dejó caer con cuidado encima de ella y la penetró, al principio con embestidas pausadas, pero sus movimientos de cadera se hicieron más rápidos, más potentes, ella lo acompañaba manteniendo el ritmo, gimiendo de placer, acariciándole las nalgas con las yemas de los dedos, lo que hacía que él se excitara aún más. Mateo estaba a punto de llegar, quería que ella llegara con él, así que salió de su interior y comenzó a besarle los pechos, comprimiéndolos ligeramente, primero uno, luego el otro, continuó besándole el vientre, hasta que llegó a su monte de Venus, que empezó a lamer con destreza, Anya comenzó a jadear con más fuerza.

—No pares. —Le suplicó ella.

Mateo impuso mayor velocidad a su lengua, ella ya no podía soportarlo más y él se dio cuenta de que ya estaba a punto de estallar, por lo que volvió a penetrarla, sus movimientos eran rápidos, desesperados. Ella lo ayudó cogiéndole de las caderas confiriendo más fuerza a sus embestidas. Llegaron ambos al clímax, él cayó encima de ella, ambos temblorosos por el placer recién alcanzado, ambos sudorosos, se abrazaron y se acariciaron con calma.

Él seguía dentro de ella sin querer salir de esa cueva húmeda, apoyado en ambos brazos a los laterales del cuerpo de Anya. Le besó los labios con dulzura, sintiendo algo que no había sentido desde hacía años, o quizás nunca. Ella lo miraba radiante, había experimentado tantas sensaciones a la vez, que se encontraba un poco desconcertada, no sabía cómo había pasado, pero había ocurrido y se sentía feliz.

—Dios. —Logró decir Anya a su oído.

—Espero que eso signifique que has disfrutado tanto como yo.

—Tenlo por seguro. —Le dijo con una sonrisa sensual.

Lunes, 10 de octubre

Después de pasar el fin de semana en casa de Mateo, donde no habían salido de la casa y apenas de la cama, Anya había vuelto al que empezaba a ser su hogar esa misma mañana, más relajada, pero todavía algo intranquila, y con una sonrisa dibujada en la cara que no lograba borrar.

Tenía todos los papeles de la investigación y las fotografías que no se había llevado el intruso, esparcidas por la mesa de la cocina, ya se conocía todas las transcripciones de memoria, tanto las que le había pasado Navarro como las entrevistas que ella misma había realizado. Estaba revisando las imágenes, aunque no encontraba nada fuera de lo normal, había algunas hechas en el jardín de su casa, sentados en el banco, apoyados en la fuente, a la orilla del arroyo con los pies en el agua, incluso algunas bañándose en él. Todas ellas del verano anterior al asesinato, es decir, un par de meses antes, eran de las últimas que se harían. Los niños tenían el pelo más largo y revuelto que cuando murieron, Anya supuso que en verano estarían más asilvestrados, a la vuelta al colegio pasarían por la peluquería y volverían las normas.

Estuvo comparando las fotos, le producía grima ver a esa gente asesinada de forma tan salvaje, aun así intentó dominar su repulsión para poder seguir trabajando.

De repente, algo le llamó la atención en dos fotos en las que aparecía Elena, muerta en una y viva en la otra, había algo diferente en ellas, pero a ese tamaño no lo veía bien. No tenía lupa, pero recordó haber visto en la mesilla unas viejas gafas de su abuela, con suerte harían el efecto de aumento que necesitaba para ver mejor lo que creía haber encontrado.

Subió a su habitación y buscó en el cajón de la mesilla, y ahí estaban las gafas de su abuela. Miró a través de los cristales a una cierta distancia y comprobó que el pomo del cajón se veía aumentado, esperaba que le sirvieran. Bajó trotando la escalera, muy emocionada, creía que tenía algo, lo había conseguido, y si era así, quizás había encontrado al asesino.

En la cocina, cogió de nuevo ambos retratos de Elena, los comparó mirando a través de las gafas, confirmando sus conjeturas, era lo que ella pensaba. El corazón le dio un vuelco por la emoción.

—Te tengo. —Dijo en alto, aunque la única que podía haberlo oído era Kika, que se paseaba por la cocina ignorándola.

Cogió a la gata y la metió en el transportín, desde lo del viernes no pensaba dejarla sola ni un minuto, no quería que le pasara nada, y si su intuición no le fallaba, esto duraría ya muy poco tiempo.

Salió de casa con el transportín en una mano y el bolso en la otra. Había dejado de llover, pero el cielo estaba encapotado, y no había cogido paraguas, le dio igual, se iba a pasar todo el rato o en el coche o en casa de Navarro.

En el trayecto llamó a Mateo, quería contarle las novedades, pero el teléfono se lo cogió Alberto, su socio, quien le indicó que no podía atenderla, por lo visto, estaba reunido con una clienta que odiaba las interrupciones, aunque Alberto quedó con ella, que en cuanto terminara le daría su recado.

Estaba muy excitada por su descubrimiento, así que puso la radio para relajarse. Estaba sonando una canción de los noventa, *Amores de barra*, de Ella baila sola. Fue cantándola hasta que dieron las seis de la tarde en la emisora, momento en que comenzaron con un breve repaso de las noticias del día.

«Última hora: Se confirma que el cadáver encontrado en Óbito pertenece a Jaime Ruíz.

Jaime Ruíz era el sospechoso principal del asesinato de su mujer y sus tres hijos, de edades comprendidas entre los doce y diecisiete años, ocurrido hace diez años. Según informan fuentes cercanas a la investigación, el caso será reabierto».

A Anya no le sorprendió la noticia, de hecho, era lo que esperaba. Pero ella pensaba que llevaba ventaja, tenía una prueba importante que podría identificar al asesino. Esta vez, el caso se cerraría con pruebas de lo que ocurrió en realidad, no con suposiciones.

Cuando llegó a San Juan empezó a chispear, y aparcando frente a la casa de Navarro, esa suave lluvia se había convertido en un fuerte aguacero. Se mantuvo un rato en el coche esperando a que pasara lo peor. Aunque entre su coche y la entrada a la casa no distaban más de cinco metros, sabía que en ese corto espacio y con la que estaba cayendo, se iba a empapar. Una canción de Enrique Iglesias más tarde, la lluvia había remitido, por lo que pudo salir del coche, dispuesta a contarle su descubrimiento a Navarro. Cuando éste abrió la puerta se llevó una grata sorpresa.

—Anya, qué alegría verte. —Se apartó para dejarla pasar y que se resguardara de la lluvia—. Me han confirmado que el cadáver de tu jardín era

en efecto Jaime Ruíz. —Le dijo nada más cruzar la puerta.

—Lo acabo de oír en la radio.

—También me han contado lo del peluche y que alguien te espía. —Anya sonrió, se enteraba de todo—. ¿Estás bien, verdad? —Sonaba preocupado, pero Anya le quitó importancia con un gesto de la mano, y le mostró a Kika en su transportín para indicarle que se encontraba sana y salva, y que ahora no se despegaba de ella—. Aún sigo teniendo contactos en la policía.

—Genial, porque tus contactos nos van a venir bien. Tengo algo que enseñarte, quería que fueras el primero en saberlo, te respeto y fuiste tú el que se encargó de la investigación hace diez años, así que creo que te lo debo.

Anya dejó el transportín con Kika en el suelo del salón, sacó de su bolso las dos fotos y empezó a detallarle todo lo que había encontrado. Primero, empezó contándole su teoría, y luego, para sorpresa de él, le presentó la prueba que había encontrado en las imágenes.

—Estoy impresionado Anya, pero no sé si será suficiente.

—Con eso contaba —dijo ella de forma enigmática—, tengo un plan, pero voy a necesitar tu ayuda para llevarlo a cabo. —Él asintió y escuchó con atención todo lo que ella tenía que decir.

Volvía a casa cuando la llamó Mateo, puso el manos libres del coche para atender la llamada.

—Hola, Ann. Me ha dicho Alberto que me has llamado, ¿ha pasado algo? —Mateo intentaba no mostrar demasiada preocupación, no quería agobiarla, pero la realidad era que se sentía muy intranquilo. Como se habían imaginado, ya se había confirmado que el cadáver encontrado en la casa de Anya era Jaime Ruíz, había aparecido en todos los telediarios, era de lo único que se hablaba, y aunque no había sido una sorpresa, todavía guardaba esperanzas de que fuera cualquier otra persona, quizás alguien muerto hacía más de cien años, porque ahora no cabía duda de que había un asesino suelto y lo más probable era que su siguiente objetivo fuera Anya.

—Sí, tengo algo gordo que contarte. Ya sabemos quién lo hizo. —Anya le detalló su descubrimiento y lo que acababa de hablar con Navarro.

—No me gusta.

—No me va a pasar nada.

—Eso es justo lo que dice alguien antes de que le pase algo.

—Mateo, míralo de este modo, si no lo cazo yo, vendrá a por mí, y no pienso quedarme esperando a que venga a matarme.

—Puede que tengas razón, no te digo que no, pero comprende que esté preocupado.

—No esperaba menos de ti, si no te preocuparas, me sentiría dolida.

Martes, 11 de octubre

Anya apenas había podido dormir esa noche, se sentía muy alterada por su hallazgo y sus implicaciones. Estaba demasiado excitada para seguir tumbada en la cama, así que se levantó y se vistió para ir a correr. Además, esa mañana había vuelto a salir el sol, el cielo estaba despejado y de un bonito color azul, después del encapotado día anterior, eso sólo podía presagiar algo bueno, todo iba a salir bien, se decía para intentar calmarse.

Cogió a Kika, y la encerró en la cocina, no estaba dispuesta a que en ese rato saliera de la casa y le pasara algo mientras ella se dedicaba a su carrera matutina. Felisa le había dicho que se la podía quedar cuando quisiera, pero por un lado, no quería cargar a la pobre mujer con esa responsabilidad, y por otro lado, no confiaba en que Felisa no la perdiera de vista, ya era una mujer mayor que no podría estar atenta a todos los movimientos de la gata, que a veces se escondía en los sitios más recónditos. Aunque no pensaba olvidar el ofrecimiento, porque no dudaba que iba a necesitarlo.

Había alargado el tiempo de correr de media hora a tres cuartos de hora, ya no necesitaba parar a descansar en ningún momento, de hecho, llegaba a casa con energía. Estaba muy orgullosa de sus avances. Esa mañana había decidido seguir la orilla del río, por lo que tuvo que cruzar un puente que había a pocos metros de su propiedad, a partir de ahí, había una senda paralela al río. Se dijo que tendría que coger más a menudo ese camino, en vez de correr por el pueblo, este recorrido era mucho más bonito, aunque había algunas zonas embarradas por las recientes lluvias, pero fáciles de evitar.

En los laterales del sendero había castaños, y ya en el suelo aparecían caídos los primeros frutos. Cogió un erizo que estaba abierto y sacó la castaña, se la metió en el bolsillo y continuó con su itinerario, luego en casa se la comería. En su propiedad tenía un par de castaños a la ribera del río, tendría que ver si ya habían caído las castañas, quizás podría hacer un pastel como le enseñó su abuela cuando era cría. Eso la hizo acordarse de una estrofa de Góngora, que solía repetir ella cuando iban a recogerlas al bosque:

«Cuando cubra las montañas
de plata y nieve el enero,

tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente,
y ríase la gente».

Cuando se dio cuenta de que ya llevaba media hora corriendo, decidió darse la vuelta. Aún iba con tiempo, pero no quería retrasarse por nada del mundo.

Después de haber desayunado y haberse dado una relajante ducha, salió de casa. Fue primero a casa de Felisa a dejarle a Kika a su cuidado, esta vez prefería no dejarla encerrada, no sabía cuánto le iba a llevar su cita de esa mañana.

—Felisa —llamó desde la puerta abierta—, Felisa.

—Pasa hija. ¿Qué te trae por aquí? —Felisa salía de la cocina, limpiándose las manos en un trapo, se imaginó que ya estaría haciendo alguno de sus exquisitos platos.

—Venía a ver si te podías quedar un rato con Kika, tengo que hacer un recado.

—Claro, no hay problema. Luego vendrás a comer. —Felisa siempre estaba invitándola a su casa a comer, sabía que lo hacía con todo el cariño y la buena intención del mundo, pero a Anya empezaba a darle vergüenza comer allí tan a menudo—. Estoy haciendo un pastel con las castañas que recogí ayer por la tarde. —Insistió.

—Cómo voy a negarme, además, huele de maravilla.

—Pues ya verás cuando esté cocinado. —Dijo la mujer sonriendo.

—Ya he visto que empieza a haber castañas, he estado corriendo y me he encontrado con algunos erizos por el suelo.

—Sí, es la época.

—Bueno, pues me voy, llegaré a eso de las dos, si te parece bien.

—Es perfecto. Mateo también va a venir y me ha dicho que se acercaría sobre esa hora.

—Pues nos vemos en un rato.

Anya salió algo extrañada de que Mateo no le hubiera dicho que iba a ir a comer con su abuela, habían hablado hacía menos de cinco minutos, pero también supuso por qué vendría y sabía que la causa era ella. Sonrió para sí y

se puso en marcha.

Tomó la primera desviación para acceder al camino, y continuó ascendiendo. Cuando llegó, vio que había un coche aparcado un poco más allá de la casa, por lo demás, la calle estaba vacía.

Traspasó la valla, el jardín seguía tan descuidado como la última vez. Al ir a llamar al timbre, la puerta se abrió y se encontró con Marta.

—Hola, Anya, qué sorpresa. Te he visto en el jardín y he venido a abrirte. Pasa, ¿quieres tomar algo? —Era una mujer encantadora, ¿fingía?, se preguntó.

—No, gracias, no te molestes.

—No es ninguna molestia, acabo de preparar café.

—Bueno, si es así, tomaré una taza. —Aceptó Anya. Fue a sentarse a la mesa del salón, mientras esperaba a su anfitriona. Esta vez la sala estaba limpia y recogida, no como en la ocasión anterior.

—Y ¿qué te trae por aquí? He visto las noticias, qué mal rollo, ¿no? Me refiero a que haya aparecido ahora el cadáver de Jaime en tu casa. Supongo que reabrirán la investigación. Me pregunto quién lo haría. —Dijo compungida. Parecía afectada, aunque intentaba disimularlo.

—Sí, he oído en las noticias que la policía iba a reabrir el caso. ¿Puedo hacerte unas preguntas?

—Claro que sí. Y si ahora me vas a preguntar si puedes grabarme, también puedes hacerlo, quizás todo esto ayude a descubrir al asesino de mi hermana. —Anya sacó el móvil del bolsillo y comenzó con la grabación. Desde la última vez que habían hablado, había descubierto muchas cosas que quería tratar con ella.

—Tengo entendido que tu hermana montó una ONG para ayudar a las víctimas de accidentes de tráfico. —Marta parecía algo confusa.

—Me sorprende que te hayas enterado.

—¿Por qué?

—Aunque no te lo creas, era un secreto, y lo llevaba muy bien guardado, sólo lo sabíamos un par de personas, su gente más cercana, y nunca salió de ese círculo. Para que luego digan que hay secretos que no se pueden guardar en este pueblo.

—¿Por qué lo llevaba tan en secreto? No es algo para esconder, estaba ayudando a la gente.

—Como te dije, Elena era muy suya, y muy tímida, no quería que la gente lo supiera, y supongo que tampoco quería tener a las víctimas rondando

por su casa, en algún sitio tiene que estar la separación entre la vida privada y la laboral, por decirlo de alguna manera. Así que aunque trabajaba en el hospital media jornada, el resto del tiempo lo dedicaba como voluntaria a su propia ONG.

—Tengo entendido que se gastó todo lo que sacó de la venta del piso en esa ONG, aun siendo la herencia de vuestros padres.

—Es verdad.

—¿Y a ti eso no te molestó?

—No entiendo a qué te refieres. —A Marta no le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Me refiero a que tú, bueno, Jacinto y tú siempre teníais problemas económicos, y podías haber vivido más desahogada si te hubieras quedado con la mitad de la venta del piso, al fin y al cabo, te correspondía.

—Bueno, con ese dinero creamos aquí una vida, nos compramos un piso en el que vivir, y el resto, que no era mucho, Elena no lo despilfarró, lo utilizó para ayudar a la gente. Es verdad que en aquel momento me dolió, pero ahora lo entiendo. También reconozco que hoy en día tengo suficiente dinero para no pasar penalidades durante el resto de mi vida. —Eso era una declaración interesante, pensó Anya.

—Eso he oído. ¿De dónde salió el dinero?

—Pues como habrás oído, me tocó la primitiva. —Empezaba a sentirse incómoda con las preguntas, por lo que contestó a la defensiva—. Anya, ¿a dónde quieres ir a parar?

Anya sacó las fotografías del bolsillo de su chaqueta y se las puso delante a Marta. Ella estaba confusa, no entendía qué ocurría. Tenía delante fotografías de Elena y su familia, todos felices, pero también tenía a su hermana asesinada, con esa mirada muerta en los ojos, a sus tres sobrinos apuñalados de forma cruel. Se tapó la cara con las manos y empezó a llorar desconsoladamente.

—Marta, mira estas fotos. En todas ellas Elena lleva el collar que ahora mismo llevas colgado en el cuello, y sin embargo, en la foto en la que aparece asesinada el colgante ha desaparecido. —Al oír esas palabras, Marta se quitó las manos de la cara, tenía los ojos anegados de lágrimas, pero empezaba a salir su rabia de dentro, Anya lo podía sentir.

—Crees que yo asesiné a mi hermana y a mis sobrinos. —Se levantó de forma brusca, lo que hizo que se volcara la silla en la que estaba sentada—. Estás loca, yo los quería, eran mi familia, la única familia que me quedaba.

—Entonces explícame lo del collar. —Marta colocó la silla en su sitio y volvió a acomodarse en ella, intentando tranquilizarse.

—Cuando recogí sus cosas de la casa, lo encontré tirado en un escalón de la escalera, y lo reconocí, era el que llevaba siempre puesto. Sin pensármelo dos veces me lo puse y no me lo he vuelto a quitar, ni siquiera pensé que podía ser una prueba de lo ocurrido, para mí era lo poco que me quedaba de ella, un recuerdo, un tesoro. Se lo regaló mi madre al cumplir dieciocho años. Cuando mis padres murieron, ella no se lo volvió a quitar. —Parecía que tenía sentido, pero no era a Anya a la que tenía que convencer.

—¿Y el boleto de la primitiva? —Marta estaba cada vez más estupefacta.

—No sé a qué te refieres.

—En realidad sí sabes a lo que me refiero. No te tocó a ti, ¿verdad? —Anya se tiró un farol, no tenía ninguna prueba de eso, simplemente se basaba en su hipótesis. Marta sabía que no podía seguir ocultándolo, lo había descubierto, y la verdad, es que ese era un buen momento para sincerarse con alguien, era lo que llevaba haciendo toda la conversación, todo lo que allí había contado, nunca se lo había dicho a nadie.

—Cuando estuve recogiendo las cosas de mi hermana, lo encontré. Estuve a esto de tirarlo. —Pegó el pulgar y el índice de la mano, indicando lo poco que le faltó—. Pero lo guardé en la cartera. No veas la cara que se le quedó al lotero cuando comprobó la numeración, él fue quien me informó que el boleto había sido agraciado con varios millones. Más tarde, revisando las cosas de mi hermana, me encontré con un diario en el que había escrito que les había tocado la primitiva, asustada arranqué esa hoja y me deshice de ella.

—Marta, sabes que todo esto son pruebas incriminatorias que te acusan del asesinato de tu hermana y su familia.

—Pero yo no lo hice Anya, tienes que creerme. —Anya vio la sinceridad reflejada en sus ojos, pero, ¿estaría actuando?

De repente, entraron varios policías que habían estado escuchando toda la conversación desde una furgoneta situada a la vuelta de la esquina, gracias al micrófono que llevaba Anya debajo de la ropa. También entraron los dos detectives que habían estado esperando en el interior del vehículo que había visto antes de entrar en la casa. Uno de ellos se acercó a Marta y procedió a su detención, le leyó sus derechos y le informó de qué se la estaba acusando. Mientras, ella lloraba desconsolada.

—Anya, tienes que creerme, yo no lo hice, soy inocente. —Repetía una y

otra vez entre sollozos. Anya no dejaba de preguntarse si no se habría equivocado, si no habría cometido un terrible error, sintió un escalofrío que le recorrió la espalda.

—Muchas gracias señorita Sáez, ahora también contamos con un móvil, el boleto. —Le dijo el otro detective.

Fue entonces cuando entró Mateo en la casa, había estado esperando fuera, en la furgoneta con los policías, preocupado por ella. Se acercó y la abrazó.

Miércoles, 12 de octubre

Esa mañana también había un brillante sol luciendo tras su ventana, estaba despejado, parecía que iba a haber otro día sin lluvias, pero ese día se había despertado deprimida. Tenía mal cuerpo, no se le quitaba de la cabeza la mirada de Marta rogándole que la creyera, que ella no era la asesina de su hermana.

Si se había equivocado, podrían llevar a una inocente a la cárcel por su culpa, por la prueba del colgante que parecía tener una explicación bastante coherente. Incluso el hallazgo del boleto tenía sentido.

Se giró nerviosa en la cama y chocó con Mateo que se despertó al instante.

—Perdona, no quería despertarte.

—La verdad es que ya va siendo hora de levantarse. —Mateo se dio cuenta de que ya eran las ocho de la mañana, había dormido demasiado, se tenía que ir a trabajar, a esas horas ya solía estar en el bufete, pero había algo, mejor dicho alguien, que lo retenía y hacía que no quisiera levantarse—. Has pasado una noche intranquila, ¿no? Te he sentido dando muchas vueltas.

—No he dormido bien.

—¿Por lo de ayer? —Ella asintió en silencio.

—¿Y si me he equivocado? ¿Y si Marta es inocente? —Él se sentó en la cama mirándola a los ojos y se puso serio.

—Anya, tú no has acusado a nadie. Quiero que te quede claro. Tú sólo has aportado lo que has encontrado en tu investigación, ahora la policía tendrá que hacer su trabajo. Si encuentran suficientes pruebas contra Marta, será juzgada, si no, será puesta en libertad. Si llegara a juicio, todavía tendría que ser declarada culpable por un jurado. Tú has hecho lo correcto, ¿de acuerdo? —Anya no estaba muy convencida, pero volvió a asentir.

Mateo se acercó a ella y la besó con dulzura. Empezó a acariciarle las piernas, hasta que llegó a su sexo, Anya ya le estaba respondiendo, estaba húmeda. Comenzó a besarle el cuello y le susurró al oído con voz ronca—. Creo que hoy voy a llegar tarde a la oficina.

—Menos mal que es fiesta. —Le dijo mientras jugaba con el lóbulo de su oreja.

Aun siendo festivo, Mateo se fue al bufete, quería pasar por su despacho para terminar algunas cosas que tenía pendientes, papeleo que llevaba con retraso, aunque quedaron para comer, y pasar la tarde juntos.

Así que ella se había vestido para ir a correr. Decidió seguir el mismo camino que había cogido el día anterior. Salió por la puerta de la cocina y atravesó, ya al trote, el jardín. Se acercó al arroyo y lo siguió hasta llegar al puente, donde tomó la senda paralela al río y siguió haciendo el recorrido.

El bosque de castaños estaba muy bonito, se dijo, había algunas setas entre los árboles, supuso que por las tempranas lluvias y el repentino sol. Era una pena que no entendiese de setas, porque le hubiese gustado acercarse a recoger alguna, el problema era que podía coger setas peligrosas sin saberlo, no era capaz de distinguirlas.

Se fijó que el caudal del río había subido respecto al mes anterior, iba con mucha fuerza. Se veían algunas truchas de vez en cuando, estáticas en el agua, a veces solas, a veces en grupo.

Llegó a una explanada a la que no había llegado el día anterior, se dio cuenta de que llevaba casi cuarenta minutos corriendo, así que le quedaban otros cuarenta minutos para llegar a casa, parte de la vuelta tendría que hacerla andando, pero no le preocupaba, ese día había pensado descansar y no trabajar en su obra. La investigación había concluido, ya tenía todo lo necesario para escribir su novela, y para ser sincera, la llevaba muy avanzada, la entregaría con tiempo de sobra para que los correctores y los maquetadores hicieran su labor. Le había enviado algunos capítulos más a su editora y estaba encantada con el rumbo que había tomado tanto la investigación como su libro, estaba deseando leer el resto, según ella estaba muy intrigada. Aunque ahora, todo el mundo conocería el final por las noticias, pero eso era publicidad gratuita, como le había ocurrido con su primera novela.

Dio la vuelta bordeando la explanada, en ella había dos viejas porterías oxidadas, los chicos del pueblo y los de los alrededores jugarían allí al fútbol, se imaginó.

Después de un cuarto de hora corriendo por la senda de vuelta a casa, decidió continuar andando a paso rápido, no quería forzar más. Era el primer día que corría durante tanto tiempo.

Al llegar a la altura de su casa, algo le llamó la atención, así que se acercó a explorar la zona. Entre los arbustos había una moneda, un euro,

había sentido curiosidad al ver el brillo cuando el sol se había reflejado en ella, se agachó a recogerla y se encontró que entre los arbustos había un hueco por el que cabía una persona agachada. Se sorprendió que no se viera a primera vista, ella no se hubiera dado cuenta de su existencia si no hubiera tenido que agacharse a recoger la moneda.

Se arrastró por el suelo, para ver a dónde llevaba. Apareció en una especie de cueva en la que las paredes eran las ramas de diferentes arbustos, dentro cabía alguien cómodamente sentado o tumbado. Gracias a un pequeño hueco entre las ramas de la parte superior entraba la luz del sol, por lo que estaba muy iluminado. Al principio, había pensado que sería la guarida de algún corzo o algún jabalí, lo que le puso nerviosa por si aparecía mientras ella estaba en el interior, pero cuando revisó lo que había a su alrededor, comprobó que la guarida no era utilizada por ningún animal. En un lateral, había una manta doblada, se acercó a ella y vio que además había una caja de metal que contenía una linterna y un libro, su libro, *Venganza*.

—Así que es aquí donde te escondes. —Se dijo en alto a sí misma.

Dejó todo ordenado, tal y como se lo había encontrado, y salió del escondite con cuidado de no arañarse con las espinas de las zarzas mezcladas entre los arbustos.

Sábado, 15 de octubre

Los últimos días, desde la detención de Marta, habían sido muy tranquilos, se había pasado el día escribiendo, no había salido de casa nada más que a correr o a comprar algún producto de primera necesidad al pequeño establecimiento que había en el pueblo. Había estado paseando alrededor de la guarida cuando había necesitado despejarse unos minutos de su novela, pendiente de que se escondiera alguien ahí, pero no se había encontrado con nadie, y tampoco había aparecido el merodeador por las noches, tal y como había ocurrido en las ocasiones anteriores.

En ese momento, se estaba arreglando para ir a cenar con Alberto y Paula, Mateo llegaría en unos minutos a recogerla. Habían organizado en su casa esa cena que tenían pendiente. Según le había contado Mateo, ellos vivían en Paredes, en la calle principal, encima de una antigua tienda de productos de barro, tales como potes, botijos, jarras y cosas por el estilo, que pertenecía a la familia de Alberto y que con la muerte de su abuelo había sido cerrada. Alberto había heredado la casa y la tienda, pero a él no le interesaban los trabajos manuales, no le gustaba la alfarería, Mateo decía que no podía imaginarse a su amigo manchándose las manos con barro, pero reconocía que como abogado no lo hacía nada mal. Así que la vieja tienda de objetos de barro cocido había sido transformada en el bufete que llevaban conjuntamente, de esa forma el gasto de alquiler era nulo, y ambos compartían los gastos de mantenimiento. Mateo decía que era un ahorro importante, porque por la zona había pocos espacios de las características que necesitaban que estuvieran disponibles, por lo que los que había eran muy caros debido a la falta de competencia.

Esa mañana, se había ido de compras y se había comprado una bonita blusa estampada de manga larga, pero que dejaba los hombros al descubierto, le pareció *sexy* a la par que elegante, con unos vaqueros y unos zapatos de tacón esperaba ir apropiada para cenar. No conocía apenas a los amigos de Mateo, y no estaba segura de qué ponerse, suponía que sería una cena informal, pero no tenía ninguna pista. Ya se había dado cuenta de que la gente del lugar tendía a arreglarse mucho para las ocasiones, sólo había que ver cómo Felisa y el resto de vecinos se acicalaban para ir los domingos a

misa, se dijo sonriendo por el recuerdo.

Cuando terminó, bajó al salón y se sentó en la vieja mecedora de su abuela, Kika se subió a sus piernas para que la acariciara, y ella lo hizo hasta que sonó el claxon del coche de Mateo anunciando su llegada.

—Kika, pórtate bien, ¿de acuerdo? —Le dijo a la gata mientras cogía su abrigo y su bolso del perchero de la entrada.

Cuando salió, allí estaba Mateo, dando la vuelta al coche para ponerlo en sentido a Paredes. Cuando atravesó la puerta de la valla, él ya había terminado la maniobra por lo que se subió al coche y se acercó a darle un beso en los labios.

—Hola, preciosa. ¿Cuándo vas a poder arreglar el jardín? —Mateo señalaba con la mirada el terreno levantado por la avería.

—Ya arreglaron el problema con el desagüe. Pero la policía quiere tenerlo un poco más de tiempo abierto para recoger evidencias. —Se encogió de hombros, dudaba que ya encontraran mucho, puesto que con las lluvias, las posibles pruebas que quedaran se habrían diseminado—. Pero creo que la semana que viene me dejarán cubrirlo, me lo tienen que confirmar.

Pusieron rumbo a casa de Alberto y Paula, ambos en silencio, escuchando la radio.

Cuando llegaron, Anya reconoció el edificio, había pasado por delante de él en multitud de ocasiones, pero nunca le había prestado la más mínima atención. En cada lateral de la puerta de entrada había unos grandes ventanales, sobre ellos serigrafiado «Tortosa-Santos, Abogados», la pared pintada de un tono gris muy elegante, hacía un gran contraste con el resto del edificio en piedra y madera, como la mayoría de las construcciones de los alrededores.

—Así que es aquí donde trabajas.

—Sí, ven que te lo enseño. —Mateo estaba abriendo la puerta del bufete para que ella pudiera verlo por dentro—. A la casa hay un acceso directo desde aquí, pero subiremos mejor por detrás, por la entrada principal. —Ya dentro de la oficina, a Anya le sorprendió la amplitud del local, en la entrada había una espaciosa recepción, con varios sillones y una mesa donde supuso estaría la recepcionista atendiendo al público, detrás, los dos despachos. Mateo la cogió de la mano y la llevó al suyo, parecía un niño pequeño enseñándole el lugar, estaba emocionado, a ella le hizo gracia su comportamiento. Atravesaron la puerta de su despacho y se encontró un lugar muy acogedor, con su gran mesa y sus estanterías en madera de nogal, una

gran alfombra con dibujos geométricos cubría casi toda la habitación—. ¿Qué te parece?

—La verdad es que me gusta, me he sentido cómoda en cuanto he atravesado la puerta. —Mateo la acercó hacia sí y la besó con deseo.

—Siempre he querido practicar sexo aquí. —Le dijo al oído con la respiración entrecortada.

—¿Una fantasía? —Preguntó ella con voz ronca.

—Sí, y la tenemos que cumplir, pero no hoy. —Anya siguió la mirada de Mateo, y en la puerta, de pie, apoyado en el marco, estaba Alberto sonriente.

—He oído ruidos y he venido a ver qué ocurría. —Les dijo divertido por haberles interrumpido.

—Le estaba enseñando a Anya mi despacho. —Explicó Mateo, quitándole importancia.

—Ya veo. Perdonad por la interrupción. —Les guiñó un ojo. Se lo estaba pasando en grande, no recordaba a Mateo comportándose como un crío por una mujer y eso le agradaba, aunque no quitaba que no pudiera dejar de meterse con él, últimamente se estaba convirtiendo en un blanco fácil—. Hola, Anya. —Se acercó a saludarla—. Paula está arriba, esperándonos.

—Pues subamos, no hagamos esperar a nuestra anfitriona. —Dijo Mateo al que ya se le había pasado el calentón del momento. Anya, un poco cohibida por la situación, cogió la mano de Mateo, mientras Alberto seguía sonriéndoles como si les hubiera pillado haciendo una trastada.

Salieron de las oficinas por donde habían entrado y se dirigieron a la parte de atrás del edificio, donde unas escaleras de madera les llevaron a la primera planta. Entraron detrás de Alberto, accediendo a una gran habitación que hacía las funciones de salón y comedor, a la derecha del comedor, al fondo, había una isla que comunicaba con la cocina, donde Paula estaba atareada untando paté en pan tostado.

—Hola, Paula. —Dijo Mateo sonriente.

—Cariño, me he encontrado con estos dos haciendo guarrerías en el despacho. —Anya se puso como un tomate y Paula se echó a reír.

—Anda, no seas malo. —Le dijo su mujer.

—La próxima vez a ver si llamas a la puerta. —Continuó Mateo la broma.

—Si no tuvisteis la decencia de cerrarla. —Le replicó Alberto.

—He traído una botella de vino. —Anya sacó del bolso una botella de Ribeiro intentando cambiar el derrotero que estaba tomando la conversación.

—Eres un encanto. —Paula cogió un abridor y después de quitarle el corcho, sirvió cuatro copas.

—¿Quieres que te ayude en algo? —Tanto Alberto como Mateo se habían sentado a la mesa del comedor, a espaldas de Anya, y se les oía hablar de un caso que estaban llevando en el bufete.

—Ya están hablando de trabajo. Parece que no tienen otra conversación. —Paula resopló negando con la cabeza—. Claro, podrías ayudarme a llevar los platos a la mesa, ya está todo preparado.

Anya obedientemente comenzó a realizar la labor que le habían encomendado, mientras Paula llevaba la botella de vino y algo de pan que había cortado. Ambas se sentaron con los chicos para comenzar a cenar.

—Bueno, Anya, cuéntanos, en el pueblo no se habla de otra cosa. Parece que has descubierto al asesino de los Ruíz Moreno. —La cara de Anya era un poema, lo que menos le apetecía era hablar de ese tema, sobre todo cuando no estaba segura de que Marta Moreno fuera culpable. Paula se dio cuenta por lo que le echó un cable.

—Os propongo una cosa. No hablemos de trabajo, es una cena para disfrutar, no quiero oír hablar ni de los Ruíz Moreno ni de los casos que lleváis en el bufete.

—A sus órdenes. —Contestó Alberto. Anya con la mirada se lo agradeció—. ¿Y entonces de qué quiere hablar mi preciosa esposa?

—De cualquier otra cosa. —Entonces recordó algo que quería comentarles—. Están anunciando el fin de semana que viene un ciclo de clásicos en Muros, en el cine de la plaza. Anya ¿te gusta el cine clásico?

—Depende de la película.

—No recuerdo cuáles van a proyectar, cogí un programa. —Se levantó a por el bolso que colgaba del mismo perchero donde habían dejado ellos sus cosas, en la entrada, y apareció con un cuadernillo de varias páginas—. Bueno, veo que dura toda la semana, pero podíamos ir a ver alguna el viernes o el sábado.

—Me parece buena idea. —Dijo Anya que ya estaba revisando las películas y horarios en la agenda—. Echan *La fiera de mi niña* con Katherine Hepburn y Cary Grant. Me encanta, es muy divertida. También *La gata sobre el tejado de Zinc* con Paul Newman y Liz Taylor. Hay algunas más para esos días. Tiene buena pinta.

—Yo creía que serías más de *Psicosis*. —Dijo Alberto bromeando.

—También me gustan las de terror, lo reconozco.

—Pues nada, vamos para allá y elegimos la que más nos apetezca ver.
—Sentenció Paula.

—Mientras que no vayamos a ver una comedia romántica. —Terció Mateo.

—No entiendo qué problemas tenéis con esas películas. —Resopló Paula.

—¿Los enumero? —Le contestó Mateo, que ya tenía un dedo de una mano sobre otro de la otra mano, con intención de ponerse a exponer unos cuantos puntos.

—Déjalo. —Le frenó Paula.

—Esto está muy bueno, ¿qué es? —Anya tenía que anotar esa receta, estaba exquisito, seguro que a sus amigos de Madrid les encantaba.

—Es crujiente de queso brie y pasta filo con dulce de membrillo casero.

—Me tienes que pasar la receta, está muy rico. ¿Haces tú el dulce de membrillo?

—La verdad es que no, lo hace mi madre. Tiene varios membrilleros en su parcela, y cuando recoge el membrillo, rellena frascos y frascos de dulce de membrillo que reparte entre la familia y los amigos. Luego te llevas un par de botes.

—Oh, me encantaría. Muchas gracias.

—Son de los últimos que me quedan, pero me consta que ya es época de recogida, así que en breve vendrá con más. —Le guiñó un ojo.

—Anya, y ahora que debes de estar a punto de terminar tu novela, ya que la investigación está terminada, ¿qué vas a hacer? ¿te vuelves a Madrid? —Alberto fue muy directo, estaba seguro de que era algo que Mateo no se atrevía a preguntarle. Anya no sabía qué contestar. Sabía que en pocas semanas tendría la novela terminada, pero no se lo había planteado. Tenía ganas de volver a Madrid y ver a sus amigos, a su madre, pero por otro lado empezaba a disfrutar de su vida aquí, sentía la casa como su nuevo hogar, estaba encantada con su actual vivienda y, además, estaba Mateo, que aunque no quisiera reconocerlo estaba empezando a engancharse a su compañía. Mateo la miraba expectante, parecía querer conocer sus planes, aunque él nunca había tocado ese tema.

—¿No había dicho que nada de trabajo? —Intentó ayudarla Paula a verla tan dubitativa.

—Cariño, pero eso no es trabajo.

—Aún no lo he pensado. —Terminó contestando Anya—. Tengo ganas

de volver a Madrid —notó cómo Mateo se tensaba a su lado—, quiero ver a mis amigos y a mi familia. Pero no sé si ese es ahora mi sitio. —Sentía la mirada intensa de Mateo.

—Pues ya contestada tu pregunta —le dijo a su marido—, que eres un cotilla, vamos a por el postre.

—¿Hay más? —Preguntó Mateo. Anya también se sorprendió, habían comido un montón de aperitivos y canapés que había preparado Paula, todos muy ricos, no creía que tuviera hueco para algo más.

—Por supuesto, he hecho una quesada. Espero que te guste el queso Anya.

—Me encanta, por mí no te preocupes. En realidad hay muy pocas cosas que no me gusten. —Les reconoció. Para ella la comida era uno de los grandes placeres de la vida, cuando podía, le encantaba disfrutar de una rica comida casera. Últimamente, gracias a Felisa lo hacía, porque ella se hacía comidas de fácil preparación por lo inmersa que se encontraba en el desarrollo de su novela. Lo habitual era que dedicara tiempo a esa actividad que además la relajaba, pero con la urgencia que corría este nuevo libro para salir en navidades, no podía dedicarse a ello—. Lo que no sé es donde lo voy a meter.

Paula apareció con la quesada que Anya tuvo que admitir tenía muy buena pinta, y cuando la cató no quedó decepcionada.

—Eres una gran cocinera. —Le dijo Anya.

—Soy la mayor de cinco hermanos, todos varones menos yo, tuve que ayudar a mi madre, la cocina ellos no la querían ver ni en pintura.

—Eso es machista. —Dijo Anya, recordando que su hermano siempre ayudaba a su madre en todas las tareas de la casa, independientemente de cuál fuera.

—Oh, no, no es eso. En lo único que no ayudaban era en la cocina, no les gustaba y he de reconocer que lo preferíamos, siempre se les quemaba la comida, o la hacían demasiado salada, eran unos negados. Pero en el resto de tareas eran uno más, fregaban, barrían, y todo lo que se te ocurra.

Cuando terminaron con el postre, Alberto se levantó y se acercó a la chimenea que había en la zona del salón, de la repisa cogió una pequeña caja.

—Anya, espero que te gusten nuestras costumbres. Después de la cena, nos gusta jugar al mus, y por fin, somos cuatro. —Miró a Mateo como si se lo estuviera recriminando, remarcando el por fin—. ¿Sabes jugar al mus, verdad?

—Por supuesto, te lo enseñan en primero de Facultad. —Les dijo bromeando. Anya aún recordaba las partidas que echaba en el bar de la Universidad con sus compañeros de clase.

—Perfecto, ¿cómo vamos? —Continuó Alberto.

—Yo voy con Anya. —Dijo Mateo antes de que su amigo propusiera su «chicos contra chicas» habitual, por ello se ganó una jocosa sonrisa de Alberto.

—Está bien. —Los hombres se cambiaron de posición en la mesa para poder estar enfrente de sus parejas—. La primera corrido y sin señas. —Todos asintieron. Anya notó que se habían puesto muy serios, parecía que no se tomaban el juego en broma. Esperaba que sólo fuera una sensación, porque ella no se consideraba una gran jugadora de mus, para farolear prefería el póquer. Pero pensó que tenía que impresionarlos, así que utilizaría todos los consejos que le dio su novio de la Facultad. Se sorteó quién repartía mediante la carta más alta y le tocó a ella, Paula pasó el mazo hacia Mateo, él hizo lo mismo, y Alberto también, pero ella empezó a jugar, iba a por todas.

Estuvieron picados jugando varias horas, se dio cuenta de lo competitivos que eran Alberto y Mateo, si no fuera por lo que bromeaban entre ellos, Anya hubiera pensado que tenían algo pendiente, eso le demostró la confianza que se tenían. Las partidas estuvieron muy igualadas, aunque en el tanteo iban ganando Mateo y ella. A Anya le pareció ver admiración en sus ojos, supuso que no se esperaba que una madrileña jugara tan bien al mus como cualquiera del pueblo.

Cuando a Anya se le empezaban a cerrar los ojos, dejaron de jugar.

—Queremos la revancha. —Dijo Alberto—. Anya, eres buena jugadora de mus, una pena que vayas con este peso muerto. —Le dijo señalando a Mateo que lo miraba con una sonrisa en la boca.

—Tampoco lo hace tan mal. —Continuó ella la broma. Alberto soltó una carcajada—. Paula, muchas gracias por todo, la cena ha estado riquísima, y he disfrutado mucho la velada.

—Sí, sobre todo por la paliza que os hemos dado al mus. —Dijo Mateo pinchándoles.

—La próxima vez no será así, ya verás. Os hemos dejado ganar porque es la primera vez de Anya, tenía que coger confianza. —Dijo Alberto justificándose.

—No les hagas caso. Lo peor es que se van a pasar así toda la semana. —Paula cogió a Anya por el brazo y la acompañó a la puerta—. Lo que

tenemos que aguantar.

Se despidieron recordándose que el fin de semana siguiente tenían que ir al cine a ver alguna película, y también que tenían que repetir otra cena.

Mateo agarró de la cintura a Anya mientras se dirigían al coche.

—¿Te he dicho que hoy estás preciosa?

—No, no me lo has dicho. —Dijo sonriéndole provocativamente.

—Me has tenido hipnotizado toda la velada, en lo único que podía pensar era en besar esos hombros. —Anya se giró y lo besó—. Anda, vamos, antes de que te desnude aquí mismo.

Poco después de que Mateo arrancara el coche, ella se quedó dormida, estaba agotada. Cuando llegaron a su casa, Mateo le tocó con delicadeza la mejilla para avisarla que ya habían llegado, ella le apartó la mano, quería seguir durmiendo, así que intentó despertarla de otra forma, primero le dio un suave beso en sus carnosos labios, y luego, fue haciendo camino para poder introducirle su lengua, y empezar a jugar con la de ella. Anya no pudo eludir ese contacto, un escalofrío de excitación le había recorrido la espalda, por lo que empezó a mover su lengua siguiendo los movimientos de la de él. Unos segundos después, él tenía una erección bajo el pantalón que empezaba a resultarle dolorosa y ella notaba su humedad entre las piernas. Salieron a toda velocidad del coche para entrar en la casa, riéndose por su comportamiento infantil. Nada más cerrar la puerta, continuaron con lo que habían empezado en el coche, ni siquiera llegaron al dormitorio, disfrutaron de su fogosidad encima de la mesa de la cocina.

Lunes, 17 de octubre

Anya había salido a dar un paseo esa tarde, necesitaba aclarar sus ideas, se había quedado atascada en la novela escribiendo sobre la detención de Marta Moreno, se sentía demasiado involucrada, quizás desconectando un rato volvería al trabajo viéndolo todo desde otra perspectiva.

La tarde estaba nublada, pero no llovía, eso sí, las temperaturas habían bajado, por lo que iba embutida en un grueso forro polar.

Había ido a pasear por la senda paralela al arroyo, por donde últimamente salía a correr tan a menudo. Llevaba consigo una cesta, había decidido aprovechar su excursión para recoger algunas de las castañas caídas que se iba encontrando en el camino, puesto que las de los castaños de su parcela ya las había recogido.

De regreso, decidió pasarse por la madriguera, la tenía intrigada, pensaba que el merodeador se escondía ahí, y por eso siempre la despistaba.

Cuando llegó al agujero entre los arbustos, se agachó y se arrastró a su interior, dejando la cesta fuera, aunque no sin antes coger un puñado de castañas que dejó encima de la manta que seguía allí. Quería comprobar si el intruso iba por allí de forma regular, quizás se las comiera o las tirara, ella sólo lo había visto en un par de ocasiones, pero pensaba que iría de vez en cuando. Comprobó también, que el libro, el que ella había escrito, *Venganza*, ya no estaba allí, quienquiera que fuese había vuelto y ella no lo había visto.

Salió de la madriguera arrastrándose, tal y como había entrado. Cogió su cesta y siguió el camino. Solía cruzar al otro lado por un puente que había situado antes de llegar a la madriguera, pero había descubierto otro un poco más adelante, poco después de pasar la casa de Felisa, así que se dirigió hacia allí continuando despreocupadamente su paseo.

Unos metros más allá, en el lateral izquierdo del camino, había alguien sentado en una gran roca, con los pies colgando sobre ella y apoyado en una gran rama caída, a la distancia a la que se encontraba no era capaz de distinguir de quién se trataba, aunque le pareció que llevaba una gran cola de caballo, así que supuso que sería una mujer.

Al acercarse, se dio cuenta de que era Raquel, la hija de Paca, que según le había contado Felisa, la muerte de la familia le afectó tanto que tuvieron

que llevarla unos meses a un centro para que se recuperara.

En efecto, llevaba su larga melena negra y lisa recogida en una coleta, vestía con un plumas rojo, unos vaqueros y unas zapatillas de deporte también rojas. La vez anterior, cuando la vio en el bar de Néstor al salir de misa, no se había fijado mucho en ella, pero ahora se daba cuenta de que era una chica muy guapa. Tenía que tener unos veintidós años, si hacía diez tenía la misma edad de Mónica.

Cuando estaba a un par de metros, se fijó que estaba leyendo, y el libro que tenía entre sus manos era *Venganza*.

—Así que eres tú. —La joven no le prestó la más mínima atención, seguía concentrada en su lectura. Anya dejó la cesta cargada de castañas en un lateral del camino—. ¿Puedo sentarme contigo? —Al ver que se dirigían a ella, Raquel dejó de leer para ver quién le hablaba, asintió en silencio y continuó a lo suyo, sin prestar atención a Anya, a quien le estaba costando un gran esfuerzo subir al pedrusco en el que tan cómodamente sentada se encontraba ella. Cuando lo hubo conseguido, se colocó a su lado—. ¿Te gusta?

—Es algo morbosos. —Le contestó la chica sin levantar la mirada del libro.

—Fue mi primera novela. —Anya sabía que aunque no la mirara, estaba atenta a lo que le decía—. Está basada en un hecho real.

—¿La conocías?

—Sí y no. —Ahora la chica la miró a la cara, prestándole atención, no había comprendido esa respuesta—. No la conocí en persona, pero cuando era pequeña encontré sus diarios y los leí, en aquella época la sentía muy cercana a mí. —Respondida su pregunta continuó leyendo—. ¿Tú conocías a la familia Ruíz, verdad? Me han dicho que eras amiga de la hija, de Mónica. —Anya se sorprendió al no notar ninguna reacción por su parte.

—Sí.

—Siento su pérdida.

—Gracias.

—¿La echas de menos?

—No.

—¿Y eso?

—El tiempo. —La chica era parca en palabras, no le sacaría nada fácilmente.

—Pero te afectó su muerte.

—Sí.

—A mí también me afectó mucho la muerte de Carolina —la protagonista del libro—, y eso que realmente no éramos amigas, ella nunca llegó a saber de mi existencia. —Volvió a mirarla, esta vez con curiosidad. A Raquel le sorprendió que fuese tan franca con ella sobre sus sentimientos, nadie lo era, lo único que hacían era preguntarle de continuo por los suyos propios, era agotador, parecía que tenía que estar siempre contenta para que la gente de su alrededor no se angustiara.

—Mónica conocía todos mis secretos, ella sí me conocía.

—Lo sé. Es duro perder a alguien a quien quieres tanto.

—Sí. —Raquel, de un salto, bajó de la piedra—. Me tengo que ir.

Anya se quedó confundida por la repentina escapada de la chica, pero contenta, parecía que poco a poco se abriría a ella. Sólo se llevaban unos siete años, quizás al no haber mucha diferencia de edad le resultara más sencillo hablar con ella. Quería saber por qué la espiaba, puesto que estaba convencida de que el merodeador que había visto en su jardín era ella. O por lo menos eso esperaba, esa explicación le hacía sentirse más segura y tranquila, así que mientras no hubiera pruebas de lo contrario, asumiría que su intruso era Raquel.

Pero si era así, la pregunta era, ¿por qué la estaba vigilando?

Viernes, 29 de septiembre 2006

—Mamá, me voy. —Paca estaba en la cocina fregando los cacharros de la comida, se giró y vio a su hija asomada a la puerta, con su pelo negro recogido en una cola de caballo, llevaba puestos los vaqueros que le habían regalado por su cumpleaños y un viejo jersey que antes había pertenecido a uno de sus hermanos.

—¿Has terminado los deberes? —Ella asintió en silencio. Paca estaba tan orgullosa de su hija, el día anterior había ido a conocer a su tutora en el colegio, Raquel ese año había comenzado primero de la ESO, y había salido muy contenta. Sólo había recibido halagos por parte de la tutora, su hija estaba muy atenta en clase y era muy despierta, cuando se le preguntaba, contestaba de forma correcta y cosas por el estilo. Siempre supo que era la más inteligente de todos sus hijos, tenía la esperanza de que llegara muy lejos, los chicos habían salido como el resto de los del pueblo, un poco zoquetes—. Pues anda ve, pero no vuelvas tarde.

—Sí, mamá. —La niña ya salía por la puerta.

—Da recuerdos a Mónica de mi parte. —Le dijo en un tono más alto de lo normal para que lo escuchara. Sabía que se dirigía a encontrarse con su amiga, se pasaban el día juntas, y aun así mantenían todas las noches conversaciones larguísimas por chat en el ordenador, estaban en la edad del pavo, sonrió al pensarlo. Su hija estaba creciendo, ya no era aquella niñita siempre pegada a sus faldas debido a su timidez, evocó con nostalgia.

Raquel bajó la calle corriendo, atravesó el parque llegando al frontón, donde empezaba el camino paralelo al río. Había quedado con su amiga en su escondite secreto, muy cerca de donde vivía Mónica. Lo habían encontrado un par de años antes, cuando estaban jugando por la zona. Mónica tropezó y cayó al suelo, mientras ambas miraban si su rodilla había sufrido algún daño además de los habituales rasguños, se fijaron en el hueco que formaban algunos de los arbustos. A ninguna se le pasó por la cabeza que detrás de esa entrada pudiera haber cualquier tipo de animal salvaje, ni que su exploración entrañara ningún peligro, ambas se arrastraron por el suelo, arañándose las piernas descubiertas y provocando algunos enganchones en sus camisetas por las zarzas. Cuando entraron, comprobaron que había un gran espacio cubierto

por arbustos y árboles, en lo alto un resquicio por donde entraba la luz, estaba lleno de hojas, telas de araña y bichos, ahí nadie las encontraría. Ese día decidieron que sería su escondite, el lugar donde nadie podría localizarlas, sólo lo conocerían ellas.

Los días siguientes lo adecentaron lo suficiente para sentirse cómodas, quitaron las hojas del suelo, entre las que había abundancia de bichos ocultos, y se deshicieron de las telas de araña ayudadas con palos encontrados en el camino. Hicieron un agujero en el lateral de la madriguera, aprovechando un hueco entre las grandes piedras que formaban el suelo, allí guardaron una caja, dentro de ella, las cosas que consideraron necesarias, como alguna chocolatina, una linterna y una baraja, que utilizaban a menudo para echarse las cartas, ver qué chico estaba detrás de ellas, cuántos hijos iban a tener, y cosas por el estilo, se entretenían adivinando su futuro.

Raquel llegó a la carrera, se introdujo por el agujero y se encontró a su amiga dentro del escondite secreto, esperándola.

—Hola, Raquel, mira lo que tengo. —La niña se acercó a ver qué le quería enseñar su amiga, era una foto de su vecino.

—¿De dónde la has sacado? —Mónica se encogió de hombros. Raquel admiraba a su amiga, era muy guapa, con su pelo rubio rizado y sus ojos azules, muchos niños la observaban cuando pasaban por delante, y no sólo los de su clase, sino también los de cursos superiores, y por si eso fuera poco, tenía el don de conseguir todo lo que se proponía.

—Es mi novio.

—No seas mentirosa, sabes que no lo es. Además, es muy mayor para ti. —La foto era un primer plano, de las típicas que se utilizan para el carné de conducir o el de identidad, supuso que se la habría cogido a Felisa sin que se diera cuenta. En ella salía muy serio, pero muy guapo con su pelo negro y sus profundos ojos grises.

—Bueno, quizás ahora no, pero ya verás cuando tenga dieciocho. Nos casaremos y tendremos muchos hijos. —Ambas rieron—. Y tú, si quieres, si no te has casado todavía, te puedes venir a vivir con nosotros. Tendremos una gran casa y tendrás una habitación enorme donde poder guardar todos esos libros que lees.

—Yo no voy a casarme.

—Pues vivirás con nosotros.

—Sería genial. Pero yo quiero pilotar aviones y conocer mundo. Quizás cuando vaya a visitaros.

—¿Piloto?

—Sí, piloto.

—Tiene que ser genial conducir un avión.

—No se dice conducir, los aviones se pilotan. —Le corrigió Raquel.

—Pues yo quiero ser médico, como mi padre, o enfermera como mi madre. Quiero curar a la gente. —Dijo orgullosa de sus padres.

—¿Y qué me querías contar esta mañana?, al final no lo has hecho.

—Me he enterado de que este fin de semana viene Mati. Vendrá dentro de un rato, estoy muy nerviosa por verlo.

—¿Vas a hablar con él?

—Sabes que no me atrevo.

—Pero si siempre te atreves con todo.

—Menos con él. —Dijo entristecida.

—Ya verás como dentro de unos años, es él el que te persigue a ti. —Le dijo para animarla—. Aún nos ve como crías, pero ya verás como tengo razón.

—Ojalá sea verdad Raquel.

—¿Has hecho los deberes de matemáticas?

—Qué va. Este año son muy difíciles, no me entero.

—Yo los he hecho después de comer, si quieres te ayudo.

—Sería genial. —Mónica no entendía nada de lo que la profesora contaba en la clase, era incapaz de seguir sus demostraciones, sin embargo, Raquel iba muchas veces por delante, la profesora no había terminado el ejercicio y ella ya lo había resuelto.

Las niñas estuvieron en su escondite secreto todavía unas cuantas horas, contándose los últimos cotilleos.

—Me han contado que a Javi le gustas. —A Raquel se le iluminó la cara al oír las palabras de su amiga.

—¿Lo dices en serio? —Le gustaba mucho Javi, no era el chico más guapo de la clase, pero era muy listo y muy divertido, por lo menos eso pensaba ella, el resto no solía comprender su humor inteligente. Mónica siempre le decía que no entendía ni la mitad de lo que decía.

—Sí, por lo visto lo oyó Cristina cuando Javi se lo contaba a su amigo, ese chico gordito que siempre va con él, no recuerdo su nombre.

—Borja.

—El mismo.

—¿Y Cristina está segura de lo que escuchó?

—Claro que sí, no seas tonta. Todos los chicos podrían estar detrás de ti, eres muy agradable e inteligente. —Raquel se dio cuenta de que no había utilizado la palabra guapa, aunque eso ya lo sabía ella, le dolió, le hubiera gustado que su amiga dijera que era guapa. En los últimos meses había pegado un buen estirón, de hecho, era la chica más alta de la clase, les sacaba a todas sus compañeras la cabeza como mínimo, y también superaba en altura a la mayoría de los chicos, Javi era de los pocos más altos que ella. Ese estirón había hecho que se quedara muy delgada, y como no había desarrollado, estaba como una tabla, algunos de sus compañeros a sus espaldas le llamaban tabla de planchar o larguirucha. Sin embargo, Mónica ya estaba desarrollando, sabía que aún no le había venido la regla, pero había oído decir a sus madres mientras hablaban, como siempre de ellas, que debía de estar apuntito, y que a ella aún le quedaba algún tiempo—. ¿Y qué le vas a decir?

—¿Qué le voy a decir a quién? —Raquel se había despistado de la conversación, arrastrada por sus propios pensamientos.

—Pues de quién estamos hablando, de Javi, ¿qué le vas a decir si te invita a ir al cine?

—¿Me va a invitar al cine? —A Raquel le dio un vuelco el corazón.

—Eso escuchó Cristina que decía.

—Depende de la película que proponga. —Mónica no pudo dejar de desternillarse con la contestación de su amiga.

—Sabes, Raquel, así no te vas a echar novio nunca. Seguro que te propone ir a ver una de esas de acción, desde luego no una romántica.

—Pues a mí me gustaría ir a ver *Orgullo y Prejuicio*, la están echando ahora en el cine de Muros, y he leído que es una buena adaptación de la novela de Jane Austen.

—Pero esa tiene que ser un rollo, ¿no?

—Mónica, a veces no te entiendo. Si es una historia muy romántica, el señor Darcy enamorado de la señorita Elizabeth Bennet, y por el orgullo y los prejuicios de ambos, reniegan de sus sentimientos en una época muy romántica.

—Raquel, yo prefiero el presente, algo así como *Devuélveme mi suerte* con Lindsay Lohan. Cristina e Itziar me dijeron que estaba muy divertida. Y el protagonista es tan guapo... —Mónica suspiró profundamente y su amiga se echó a reír.

—Siempre piensas en lo mismo.

—Claro, acaso hay otra cosa en qué pensar. —Ambas volvieron a reír—. Parece que está oscureciendo. ¿Vienes a mi casa y me ayudas a hacer los deberes? También podrías quedarte a cenar.

—Me encantaría. —Disfrutaba cuando Mónica la invitaba a su casa. Sus hermanos eran muy amables con ella, no como los suyos que era unos brutos, y sus padres siempre la trataban como a una más de la familia—. Pero antes tengo que ir a decírselo a mi madre.

—Genial, te espero en mi casa. —Ambas amigas salieron arrastrándose de su escondite secreto, emocionadas porque en unos minutos volverían a estar juntas. Se fueron corriendo, cada una en una dirección, sin tener ni idea de lo que ocurriría unas horas después.

Miércoles, 19 de octubre

Estaban saliendo del cine, habían ido a ver *La ventana indiscreta* al festival de cine clásico que había durante toda la semana en Muros.

—Me encanta esta película, es increíble como Hitchcock sin moverse de una habitación, únicamente con unos vecinos de un patio de una comunidad, crea una trama con tanto suspense. Me encantaría conseguir algo así.

—También ayudan los actores, James Stewart está increíble y Grace Kelly no le va a la zaga.

—Estoy de acuerdo.

—El *remake* con Christopher Reeve fue penoso. —Anya asentía—. ¿Te apetece cenar algo? ¿Vamos a Paredes?

—Me parece bien, estoy muerta de hambre.

Ya en Paredes, fueron al restaurante en el que Anya había cenado sola hacía unos días, le había gustado mucho y quería repetir. Ese día era más pronto, por lo que estaba lleno, pero el camarero les indicó que en cinco minutos dejaban una mesa libre, que ya estaban pagando. Así que mientras esperaban, pidieron un tinto en la barra, con tanto tonel de decoración tenían que tener buen vino, se dijo Anya.

Se acababan de sentar en los taburetes, cuando el camarero les avisó de que ya tenían la mesa preparada. Tuvieron suerte, les tocó una para cuatro personas, por lo que era amplia y cómoda, y las mesas de alrededor estaban colocadas a una distancia prudencial, podrían tener intimidad. Pidieron un par de raciones para compartir.

—Mateo, ¿qué sabes de Raquel?

—¿Qué Raquel? —A Mateo la pregunta le pilló desprevenido, no sabía de quien estaba hablando.

—La hija de Paca. Tu abuela me contó que estuvo ingresada un par de años en un psiquiátrico después de la muerte de los Ruíz Moreno, por lo visto le afectó mucho la muerte de Mónica, eran buenas amigas.

—Ya veo. Mi abuela es un poco exagerada a veces, cuenta cotilleos sin cerciorarse de si son o no verdad. —A Anya le desconcertó esa afirmación, por ahora, sus cotilleos le habían sido de mucha ayuda en su investigación—. Nadie sabe con exactitud qué ocurrió, hay muchos rumores, y uno, el más

extremo, es ese.

—¿Nunca habéis preguntado? —Mateo la miró como si estuviera de broma.

—Anyá, en el pueblo nadie pregunta, todos inventan. Es la base de un buen cotilleo. ¿No has jugado al teléfono escacharrado?

—¿Y qué crees que pasó? ¿O cuál es el rumor que crees que es más probable que sea real? —Mateo no sabía qué contestar, él no solía prestar mucha atención a los cotilleos que contaba su abuela, solía dejarla hablar sin escuchar, de vez en cuando asentía para que ella sintiera que le estaba haciendo caso. De todas formas, le contó lo que había oído, eso no haría daño a nadie.

—Después del homicidio múltiple, Paca cogió a su hija y se fue. Los rumores, que corrieron como la pólvora por el pueblo, eran que se habían ido a León porque Raquel estaba siendo tratada por un trauma debido a una situación de estrés. Todos supusieron que por lo ocurrido en tu casa.

—Pero para sufrir de estrés postraumático tienes que experimentar un fuerte trauma. Y aunque fue muy duro, puesto que murió su amiga, tuvo que haber algo más.

—Aquí empieza la diversidad de chismes que se crearon alrededor de la historia. Porque todo el mundo pensó lo mismo que tú, ¿por qué tendría estrés postraumático? Hay quien dijo, que al estar tan afectada por la muerte de su amiga se inventó dentro de su cabeza una historia de lo ocurrido que creía real, es decir, creó un falso recuerdo de lo ocurrido.

—¿Es eso posible?

—No tengo ni idea Anyá. También hubo gente que dijo que esa explicación no era factible, por lo que continuaron inventándose patrañas. Desde que si había sido ella la asesina, menuda sandez, por aquella época sólo contaba con unos doce años, hasta que había estado presente en el homicidio escondida en algún lugar de la casa.

—Te sorprendería la cantidad de críos que asesinan a sus padres.

—Lo sé, pero no es el caso. —Por la cara de Anyá, le quedó claro que necesitaba una explicación a su razonamiento tan categórico—. Para que un niño mate, ha de haber una vulnerabilidad, o biológica o psicológica. Las de tipo biológico pueden tratarse de algo innato o bien una afectación cerebral que haya modificado los mecanismos que regulan la conducta, sobre todo en lo que se refiere a controlar los impulsos. —Anyá estaba sorprendida por su conocimiento de la materia—. Respecto a las vulnerabilidades psicológicas,

el niño que mata ha sido víctima de abandono, maltrato, carencias emocionales e incluso pobreza. No es el caso de Raquel.

—Nunca se sabe lo que hay de puertas para adentro.

—Supongo que tienes razón, pero era una niña muy querida. Es verdad que sus padres trabajaban mucho en el campo y no estaban con ella todo el tiempo que una niña hubiera deseado, pero en ningún momento fue maltratada, ni abandonada. La querían, la quieren.

—¿Tanto los conoces?

—Llevan aquí toda la vida. Además, los rasgos de temperamento que más podrían favorecer la aparición de violencia en un niño son la dureza emocional, la impulsividad y la ausencia de miedo, cosas que no caracterizaban a Raquel.

—¿Ahora sí?

—Ahora no te puedo decir, se ha vuelto muy solitaria, cosa que entiendo a la perfección, aquí todo el mundo que la ve pasar cuchichea a sus espaldas, que si está loca, que pobre Paca la que le ha caído encima, etcétera. Supongo que no es plato de buen gusto. —Anya recordó el día que conoció a Paca y a Raquel, Felisa enseguida empezó a susurrarle eso mismo que acababa de contarle Mateo.

—¿Y tú cómo sabes tanto de violencia en los niños?

—En la Facultad tuve que realizar el análisis de un caso, elegí uno que de pequeño me había dejado marcado. No sé si te acordarás de Jon Venables y Robert Thompson, dos niños de diez años que secuestraron a otro de dos, lo torturaron y lo mataron. Esto ocurrió en el 93, en Inglaterra. —Anya negó con la cabeza—. En el crimen hubo premeditación. Me dejó tan horrorizado, que investigué sobre la psicología infantil, cómo un niño puede llegar a asesinar a alguien, y sobre todo, de una manera tan sádica.

—¿Y cuál es tu teoría sobre los rumores? ¿Crees que vio lo que pasó?

—No tengo ni idea. No sé si vio algo o no. Quizás Mónica estuviera atemorizada por algo o alguien y se lo contara. Lo que sí sé, es que si vio lo que ocurrió, no se lo contó a la policía.

—En experiencias con estrés postraumático hay casos de pérdida de memoria. El cerebro borra esos recuerdos como autodefensa.

—Algo me dice que vas a averiguarlo. —Mateo empezaba a conocerla, veía la determinación en su mirada, aunque en esto, él no podía ayudarla.

Viernes, 21 de octubre

Anya acababa de llegar de nuevo a la consulta del doctor Soler, quería saber más sobre la pérdida de memoria por un hecho traumático. No podía estar segura de que eso le hubiera ocurrido a Raquel, de hecho, lo más seguro es que no fuera así, pero era una posibilidad que no quería dejar escapar, aunque antes necesitaba conocer algo sobre ese trastorno.

—Señorita Sáez, qué alegría volver a verla. —El doctor se estaba levantando de la mesa para estrecharle la mano. Sus ojos diminutos detrás de las gafas confirmaban lo que acababa de decir, parecía que no estaba harto de recibirla.

—Buenos días, doctor Soler. Muchas gracias por recibirme una vez más.

—Pero, mujer, si es un placer. Me he enterado de que se ha detenido a la hermana de Elena Moreno como sospechosa de los crímenes. —Anya asintió—. Pero por lo que veo, usted no está muy convencida. —Al doctor no se le había escapado su gesto derrotista. Anya se encogió de hombros, ¿cómo podía explicar a nadie que ella había hecho detener a Marta Moreno y no tener claro que fuera la culpable? Era verdad que tenía móvil, oportunidad y además cumplía algunas de las peculiaridades que el doctor le indicó que formaban parte del perfil de un psicópata, pero tenía que estar convencida, y aún no lo estaba. Como Anya no dijo nada, él continuó hablando—. Bueno, cuénteme, ¿qué es lo que la trae por mi consulta? —Anya sacó el teléfono indicando con la mirada que iba a empezar a grabar y el doctor asintió repantigándose en su butaca, se agarró las manos y las colocó encima de su prominente barriga, esperando a que Anya comenzara.

—Quería saber, si es posible perder la memoria únicamente de un momento de tu vida, un momento que ha resultado traumático en extremo para la persona que lo vive.

—Claro que es posible. A eso lo llamamos amnesia disociativa producida por una alteración psicológica. Esta amnesia se origina por un acontecimiento traumático o estresante, la disociación se produce como defensa durante el suceso traumático. Estas lagunas en la memoria, pueden abarcar desde minutos hasta años de la vida.

—Aun no recordando nada, ¿puede afectar al comportamiento de la

persona?

—Buena pregunta. —Le sonrió el doctor con gesto cariñoso—. En la amnesia disociativa, la pérdida de memoria suele afectar a la información que forma parte del conocimiento consciente rutinario, quién se es, a dónde se ha ido, con quién se ha hablado, qué se ha hecho, dicho, pensado y sentido. Como le digo, suele ser información referente a acontecimientos traumáticos o estresantes. Y en efecto, a veces la información, pese a estar olvidada, continua influyendo en el comportamiento de la persona.

—¿Es posible recuperar esos recuerdos?

—La mayoría de las personas recuperan sus recuerdos, y resuelven los conflictos causantes de la amnesia. Sin embargo, algunas personas nunca logran romper las barreras que les impiden reconstruir su pasado perdido.

—¿Hay algún tratamiento para recordar?

—En ocasiones, las personas parecen recuperar la memoria de forma espontánea. Aunque a menos que esos recuerdos sean confirmados por otra persona, es difícil saber si corresponden en realidad con los hechos ocurridos, es muy sencillo crear falsos recuerdos. Los estudios demuestran que los pacientes en este estado son fácilmente hipnotizables, más de lo normal, por ello, la hipnosis es una de las técnicas utilizadas para ayudar a recuperar los recuerdos y asimilarlos. Luego, previo consentimiento, se puede utilizar la hipnosis o entrevistas facilitadas con fármacos, es decir, se le administra al paciente por vía intravenosa un sedante, barbitúrico o benzodiacepina, y entonces, los médicos lo interrogan sobre su pasado. Se utilizan estos métodos para eludir las defensas que los pacientes crean como protección frente al recuerdo de la experiencia dolorosa o conflictiva. Una técnica que puede ayudar a dirigir esta memoria hacia la consciencia, mediante la modulación de la respuesta afectiva, es la técnica de la pantalla. Según este enfoque, se enseña a los pacientes, mediante hipnosis, a revivir el suceso traumático como si lo estuvieran viendo en una película o programa de televisión imaginario. Los recuerdos que se recuperan con estas técnicas pueden ser imprecisos, y hay que ser muy cuidadoso con las preguntas a realizar, para evitar sugerencias de lo que ha de recordarse o causar ansiedad al paciente al recordar. Resuelta la amnesia, la psicoterapia es muy útil para enfrentarse y resolver los conflictos que originaron el trastorno.

—Las personas que han sufrido este tipo de pérdida de memoria, ¿son conscientes de dicha pérdida de memoria?

—La mayoría de personas son conscientes de que son incapaces de

recordar una parte de su vida, sin embargo, algunas son sólo conscientes de la pérdida de memoria pasado un tiempo, cuando los recuerdos reaparecen o cuando se enfrentan a la evidencia de cosas que han hecho, pero que no logran recordar.

—Según esto, si el recuerdo no llega a reaparecer nunca, es posible que no sepan siquiera que lo han perdido.

—Es posible.

—¿Cómo se puede saber si alguien sufre este tipo de amnesia, amnesia disociativa?

—El especialista ha de revisar los síntomas y realizar una exploración física para descartar que la causa de la amnesia sea orgánica. Para ello, es necesario realizar ciertas pruebas como son la resonancia magnética, un encefalograma y un análisis de sangre que detecte toxinas o drogas, ya que una lesión cerebral, la falta de sueño o las drogas y el alcohol, pueden provocar síntomas parecidos a los de este trastorno. También se ha de realizar un examen psicológico, algunos test ayudan a una mejor comprensión de estas experiencias disociativas, y ayudan por tanto, a desarrollar un plan de tratamiento adecuado.

—Comentaba antes que es posible recuperar el recuerdo de forma espontánea, ¿hay algún agente externo que ayude a esa recuperación?

—A veces la amnesia desaparece si se aparta al individuo de la situación que ha originado el trastorno. —Esto le dio qué pensar a Anya, se imaginaba que era al contrario.

—Doctor Soler, de nuevo me ha sido de gran ayuda. —Se levantó de su asiento ofreciéndole la mano agradecida.

—Ya sabe dónde estoy, señorita Sáez, si vuelve a necesitar me.

—Lo sé. —Le dijo Anya saliendo por la puerta de su consulta.

Sábado, 22 de octubre

Anya se encontraba en el Centro Penitenciario de Masilla de las Mulas, en León, sentada en una silla negra de plástico bastante incómoda, en un pequeño cubículo amarillo canario, rodeada de cristales, esperando a que llegara la reclusa. Había tenido que llamar esa semana para pedir cita y poder visitarla.

Cuando Marta Moreno apareció al otro lado del cristal con la funcionaria de prisiones que la acompañaba, Anya se fijó en su aspecto, estaba demacrada, con ojeras, tenía mala cara. La funcionaria la dejó continuar sola, quedándose apostada en la puerta. En cuanto Marta la vio, su cara de sorpresa inicial fue adquiriendo un matiz de odio que a Anya le hizo sentir un leve escalofrío.

Se sentó frente a ella y se cruzó de brazos, parecía que no tenía ninguna intención de hablar con ella. Anya dio unos golpecitos en el cristal y le señaló el teléfono, pero Marta la ignoró, no hizo ni el más leve movimiento, aunque no dejaba de observarla. Anya siguió intentándolo, golpeado el cristal con obstinación, a Marta, debido a su insistencia, no le quedó más remedio que coger el teléfono, estaba llamando la atención de la funcionaria de prisiones.

—¿Se puede saber qué coño quieres ahora de mí? ¿No te parece suficiente con haberme metido aquí dentro? —Anya sabía que se merecía ese desprecio y más.

—Marta, sigo investigando el asesinato de tu hermana. —Ella se sorprendió, pensaba que ya tenía a su asesina, ella misma.

—¿No crees que lo hice yo?

—No estoy segura —fue sincera—, pero estoy investigando otras vías para ver si me llevan a algún lado o simplemente se convierten en otro camino sin salida.

—¿Y para qué me necesitas a mí?

—Quería hacerte unas preguntas. —Marta se la quedó mirando a los ojos, parecía sincera, pero la última vez que se había desahogado con ella, no había acabado muy bien.

—No tengo nada que perder. —Le dijo al fin.

—Y quizás sí algo que ganar. —Marta se encogió de hombros, no tenía

muchas esperanzas. Si en diez años no se había encontrado al culpable, no se iba a encontrar ahora.

—Está bien, ¿Qué quieres saber?

—Raquel.

—¿Quién?!

—La hija de Paca y amiga de tu sobrina Mónica.

—¿Qué pasa con ella? ¿No será ella tu sospechosa? —Le salió un bufido de desprecio.

—No, claro que no. Quería que me hablaras de ella. Creo que puede ser la clave. —Marta negó con la cabeza y resopló, esto no va a servir para nada, se dijo, pero aun así comenzó a hablar.

—¿Qué quieres saber?

—Por ejemplo, comienza con la relación que mantenía con tu sobrina.

—Lo único que te puedo decir es que Mónica y ella eran inseparables, iban juntas a todas partes. Existía entre ellas una complicidad muy poco habitual en niñas tan pequeñas.

—¿Cómo era Raquel antes del homicidio? —Marta se quedó pensando en la pregunta, intentando recordar a aquella niña tan singular.

—A mí me parecía un poco extraña, solía estar muy callada siempre, observándonos a todos. Supongo que se sentía sola, sus padres trabajaban mucho en el campo y sus hermanos al ser todos chicos y mayores, la ignoraban. Pero tenía a Mónica. Siempre me dio un poco de lástima.

—¿Sabes si tenían algún escondite en la casa?

—¿Escondite? Las niñas se solían esconder por todas partes. De hecho, era su juego favorito, el escondite. ¿A dónde quieres ir a parar? —Marta estaba sorprendida, quizás sí tenía alguna pista.

—No estoy segura. Marta, por favor, intenta recordar, ¿tenían algún escondite en particular? Uno que tal vez usaran no para jugar, sino para estar solas, que nadie las molestara.

—Solían ir a una especie de madriguera al otro lado del río. Ellas creían que no conocíamos su refugio secreto. —Sonrió al recordarlo. Anya asintió.

—¿Y en la casa?

—No se me ocurre ninguno. —Se quedó unos segundos pensativa, intentando hacer memoria—. Espera, sí, creo recordar que se ocultaban, a veces, en un hueco que había en el patio, entre el muro de la cocina y la noria de agua.

—¿Algo más que recuerdes?

—No, no se me ocurre nada más. Sé que a Raquel le afectó mucho la muerte de Mónica, tanto como para ser tratada psicológicamente. Hubo muchos rumores al respecto, pero en realidad nadie sabemos qué le pudo ocurrir. Paca llevó ese asunto con mucha discreción.

—¿Y ahora? ¿estos últimos años?

—Es una chica joven. Creo que va a la Universidad de León, pero no estoy segura, tampoco sé qué estudia.

—¿Sabes si se relaciona con alguien del pueblo?

—¿Te refieres a sentimentalmente? Creo que no sale con ninguno de esos cazurros, quizás lo haga con alguien de la universidad.

—¿Y amigos?

—No se la ve nunca con nadie. Se ha convertido en una chica muy solitaria. Siempre está sola.

—Muchas gracias Marta. —Anya hizo amago de levantarse, cuando escuchó que Marta daba golpecitos en el cristal, llamándola. Volvió a coger el teléfono para escuchar lo que tenía que decirle.

—¿Me mantendrás informada si encuentras algo? —Anya sabía que era lo menos que podía hacer por ella.

—Por supuesto. —Marta asintió con un brillo de esperanza en los ojos.

Esa tarde había salido a dar un paseo por la zona en la que se había encontrado a Raquel, como hacía todos los días desde su breve conversación, quería volver a tropezarse con ella, aunque aún no había podido ser. Incluso había pensado en ir a su casa a visitarla, pero le daba en la nariz que delante de su madre iba a ser imposible sacarle algo de información.

Iba pensando en todo esto, distraída, cuando llegó a la gran piedra donde, asombrada, comprobó que Raquel estaba sentada, como la última vez, leyendo. A Anya le dio un vuelco el corazón por la sorpresa, no tenía ninguna esperanza de volver a encontrársela, no podía perder esa oportunidad. Se subió a la piedra como pudo y se sentó a su lado, ella ni se inmutó, como si no hubiera sido interrumpida.

—Hola. —Dijo Anya para llamar su atención.

—Hola. —Contestó la chica sin levantar la mirada de su libro, seguía leyendo *Venganza*.

—¿Cómo vas con el libro?

—Todo apunta al novio.

—Eso es lo que pensó la policía.

—Otra vez se equivoca. —Esa afirmación sorprendió a Anya, ¿estaría relacionando ambos homicidios?

—¿Por qué lo dices? —Se encogió de hombros, pero no contestó—. ¿Tú tienes novio?

—No. —Anya se relajó, parecía que no le había importado esa intromisión en su intimidad.

—¿Y cuándo murió Mónica?

—Tampoco.

—¿Y ella? —Levantó la mirada del libro, parecía estar sopesando a Anya.

—Ella siempre tenía novio. —Recordó la foto de la joven, rubia, pelo rizado, ojos azules, delgada, supuso que físicamente a los chicos les atraería. Sólo contaba con doce años, pero por lo que Anya sabía, muchos chicos entre doce y catorce años ya se habían iniciado en las relaciones sexuales.

—¿Y quién era su novio?

—Su vecino. —Anya se sobresaltó.

—¿Quién?

—Mati. —No se podía creer lo que Raquel le estaba diciendo, Mateo nunca le había dicho nada, ni siquiera había insinuado que se llevara bien con los hijos de los Ruíz.

—Pero había mucha diferencia de edad, Mateo debía de ser unos diez años mayor que vosotras, ¿no?

—Sí, es verdad.

—¿Estás segura de que Mónica y él eran novios?

—Claro, ella me lo dijo. O eso creo. —Se encogió de hombros. Dio un ágil salto para bajar de la piedra, y empezó a andar por el camino en dirección al pueblo. Anya se quedó observándola mientras se alejaba, parecía que había dado la conversación por finalizada, de nuevo. Raquel ya había recorrido unos cuantos metros, cuando se dio la vuelta y le gritó—. Me está gustando tu libro. —Anya le sonrió, y ella siguió su camino.

Echó el cuerpo hacia atrás y se tumbó en la fría piedra, manteniendo las piernas colgando, pensando en lo que acababa de averiguar. No creía que Mateo y Mónica hubieran tenido una relación sentimental, la diferencia de edad era demasiado grande, aunque también había que tener en cuenta que cosas más raras se habían visto. Lo que sí le parecía razonable es que tuvieran algún tipo de relación de vecinos, pero él nunca le había comentado ningún

tipo de amistad con la familia, por lo que ella sabía, no trataba con ellos, puesto que casi todo el tiempo que habían pasado los Ruiz viviendo en su casa, él había estado en León estudiando Derecho. Por otro lado, una niña no iría diciendo por ahí que tiene novio, sin existir algún vínculo entre ellos, ¿o sí?

Decidió no darle más vueltas al asunto, lo mejor sería preguntarle directamente. Esa noche habían quedado, iban al cine con Alberto y Paula, le preguntaría entonces.

Viernes, 29 de septiembre 2006

Raquel llegó corriendo a su casa. Se encontró a su madre en el mismo sitio donde la había dejado, en la cocina, pero esta vez estaba atareada con la preparación de la cena.

—Hola, mamá. ¿Puedo cenar en casa de Mónica?

—Cariño, pero si ya os he preparado la cena.

—Porfi, porfi, porfi. —Cuando su hija se ponía así, no podía negarle nada—. Además quiere que la ayude con los deberes, le cuestan las Matemáticas, y ya sabes que a mí se me dan muy bien. —Paca se sintió muy orgullosa de su hija, de nuevo—. Porfi mami.

—De acuerdo, pero con una condición.

—Sí, mamá, dime qué condición.

—Si mañana viene ella a cenar a casa.

—Claro, ¿harás caldo gallego? A Mónica le encanta tu caldo gallego, dice que su madre no machaca las patatas, y no es lo mismo. —Paca sonrió a su hija.

—Pues si le gusta tanto, mañana os lo hago para cenar. —La niña se lanzó sobre su madre, la abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Muchas gracias, mamá, eres la mejor. —Salió como un torbellino de la casa.

—No vuelvas tarde. —Aunque Paca no estaba segura de que su hija lo hubiese oído, con las prisas que llevaba ya debía de estar prácticamente llegando a casa de su amiga, pensó divertida.

Raquel fue corriendo atravesando el pueblo hasta la casa del arroyo, donde vivía Mónica. En el camino se encontró a muchos vecinos que volvían a sus casas a cenar, dedujo por la hora, los saludó a todos sin parar en ningún momento. Muchos sonrieron al verla pasar a toda velocidad, evocando la energía que tenían los chicos de su edad.

—Raquel, —al oír su nombre se detuvo, vio que Carmen estaba en la puerta de su hostel— ¿sabes si a tu madre le queda mucho? Felisa ya está aquí. —Ella sabía que solían quedar a cenar y a echar la partida, como decían ellas, pero también sabía que se pasaban el rato cotilleando sobre el resto de vecinos.

—Estaba terminando de preparar la cena. Me imagino que en cuanto termine vendrá. —Carmen no pudo decir nada más, puesto que la chica en cuanto hubo terminado de responder, continuó con su carrera.

—Chicos. —Carmen se encogió de hombros y entró al restaurante del hostel donde Felisa estaba sentada esperándola.

Cuando Raquel llegó a su destino, se encontró a todos en la cocina, preparando la mesa para la cena. El único que faltaba era el padre de Mónica, que estaría en el hospital como de costumbre.

—Buenas noches. —Les dijo a los presentes cuando cruzó la puerta de atrás de la casa, por la que se accedía directamente a la cocina, que sabía que solían dejar abierta.

—Hola, Raquel, pasa, te hemos puesto un plato, siéntate. —Ella hizo lo que le había indicado Elena obedientemente y se acomodó en el asiento que le había reservado su amiga a su lado.

—Mamá, ¿qué hay para cenar? —Preguntó Mónica.

—He hecho sopa y unos filetes empanados. —Raquel estaba encantada, ambos platos le gustaban, pero su amiga no puso la misma cara. Mónica era más quisquillosa que ella para la comida, en realidad le gustaban muy pocas cosas según había podido comprobar.

—Y ahora qué es lo que no te gusta. —Le preguntó su hermano Miguel resoplando.

—Es que preferiría filetes sin empanar. Mamá, el empanado engorda mucho.

—Hija, ya tendrás tiempo para pasarte la vida a régimen. Ahora disfruta de la comida. —Le dijo su madre sonriéndole con cariño. Pero Mónica puso los ojos en blanco, sabía a la perfección que los chicos no prestaban atención a las niñas gordas, y si ella se ponía gorda, Mati tampoco se fijaría en ella.

—Hola, familia. —Jaime acababa de llegar, estaba dejando su abrigo y el maletín a la entrada de la casa—. Llego justo a tiempo. —Comentó al ver que Elena estaba sirviendo la cena a sus hijos. Se acercó a su mujer y le dio un beso en los labios. Raquel se sentía muy contenta cuando estaba con ellos, se les veía tan felices que era contagioso. En su casa, su padre solía llegar con malas pulgas cuando venía del trabajo y nunca besaba a su madre, sólo le pedía la cena y luego se iba a ver la televisión con una cerveza, aunque también era verdad que, cuando su madre se sentaba a su lado a ver el programa que estuviera viendo, él siempre le cogía las piernas para ponerlas en su regazo y darle un masaje de pies, en ese momento todos intuían que ya

se había olvidado de la dura jornada y se había relajado en casa. Sabía que sus padres se querían mucho, no lo demostraban en público, no se solían besar, ni acariciar, como hacían los padres de Mónica, a los que les daba igual quién estuviera delante, pero ella se lo notaba, cuando se miraban, sus ojos lo decían todo—. Hombre, Raquel, si estás por aquí, ¿qué tal te va este curso? Me dice Mónica que eres un cerebritito.

—Papá. —Mónica le dio un codazo suave a su padre.

—No te he ofendido, ¿verdad, Raquel? Es un cumplido. —La niña se sonrojó.

—Raquel me va a ayudar con los deberes de matemáticas después de la cena.

—Eso está bien. —Ya se habían sentado todos a la mesa y estaban disfrutando de la sopa de tomate que había hecho Elena—. Cariño, esta sopa está riquísima. —Raquel la probó y le resultó insípida, pero sabía que él siempre adulaba todo lo que hacía su mujer.

—Bueno, chicos, ¿y vosotros qué tal las clases?

—Hoy nos han comentado, a los que queremos ir a la Universidad, las diferentes opciones que tenemos. —Dijo Miguel que el año que viene comenzaba sus estudios universitarios y aún no tenía claro qué quería estudiar.

—¿Y ya has elegido?

—No, todavía no, estoy barajando mis posibilidades. —Eso era lo mismo que no decir nada, pensó su padre, divertido por las dudas de su hijo, sabía que era una decisión difícil y no le quería agobiar, estaba convencido de que elegiría lo que más le gustara y conviniese.

—A mí me gustaría estudiar para Ingeniero Aeronáutico, y después sacarme el título de piloto para aviones comerciales. —Dijo Raquel muy satisfecha por tenerlo tan claro y poder participar en la conversación.

—Eso está muy bien. No es una carrera sencilla. —Dijo Jaime, aunque era evidente que Raquel estaba muy convencida.

—Lo sé, por eso ahora tengo que estudiar mucho. —Elena se levantó a por los filetes, puso el plato en medio de la mesa para que cada uno se sirviera.

—¿Has cocinado una tarta? —Preguntó Jaime cuando vio el pastel que había sobre la encimera.

—No, la ha traído Felisa. Por lo visto todavía tiene muchas almendras de las que recogió hace un par de semanas, así que ha hecho tarta de Santiago,

una para ella y su nieto que viene este fin de semana a verla, y otra para nosotros. —Le explicó su mujer.

—Menos mal que tiene a su nieto, se la ve siempre muy sola. —Jaime sabía que su marido había muerto cuando su hija, la madre de Mateo, todavía era pequeña, luego la había perdido a ella y a su yerno, por lo que sólo le quedaba su nieto.

—Sí, es verdad. Se pasa mucho tiempo aquí. —Elena sonó algo reticente. Aunque Felisa siempre había sido encantadora con ella y su familia, a veces la veía mirarlos de una forma un tanto extraña, suponía que era porque en su casa siempre había mucho jaleo con tantos chicos, y en la suya siempre había un silencio sepulcral, pero aun así le ponían los pelos de punta. Ella tampoco estaba acostumbrada a tener a una vecina tan solícita y complaciente, en León cada uno estaba inmerso en sus asuntos y no prestaba atención al que vivía en la puerta de al lado, aquí, desde luego, era diferente.

—Hoy nos ha dicho la profesora que el mes que viene nos van a llevar a una fábrica. —Dijo Alejandro que no tenía mucho interés en ir a ningún sitio, lo único que agradecía es que ese día iba a estar fuera del colegio, por lo que no tendría que ir a clase—. Quiere que veamos no sé qué sobre la industrialización y el trabajo en cadena.

—Parece divertido. —Le dijo Miguel tomándole el pelo. Alejandro se encogió de hombros ignorando a su hermano.

—Bueno, ¿y quién quiere tarta? —Preguntó Elena, mientras recogía los platos de cada uno de ellos, todos levantaron la mano menos Raquel—. Raquel, ¿tú no vas a querer un trocito?

—No, muchas gracias, es que no me gusta la torta compostelana. —Aclaró. Por lo que Elena cortó la tarta en cinco porciones que repartió entre su familia.

—Está muy buena. —Dijo Alejandro—. ¿Seguro que no quieres probarla? —Miró a Raquel ofreciéndole un trozo en la cuchara, ella negó con un movimiento de cabeza, por lo que el chico se metió en la boca la cuchara llena.

—Estoy de acuerdo, creo que es la que más rica le ha salido. —Dijo Miguel que ya estaba acostumbrado a que en época de castañas, moras o almendras, su vecina apareciese con tartas.

—Sí, tiene un sabor diferente. —Confirmó el padre.

—Quizás sea canela. —Dijo Elena intentando pillar el sabor o ingrediente que la diferenciaba del resto.

Cuando terminaron de comer, entre todos recogieron la mesa en un santiamén y mientras Elena fregaba los cacharros, los chicos se pusieron a hacer los deberes. Las niñas comenzaron con los ejercicios de matemáticas, Raquel explicándoselos a Mónica, mientras ella estaba más atenta a la ventana por si veía pasar a Mati.

—Cariño, voy a ir a la cuadra, a ver si encuentro las herramientas que dejé allí. Este fin de semana podó el seto y arreglo el lavabo del baño. —Elena se lo quedó mirando sabiendo que ese era su propósito de todos los viernes, pero luego, cuando llegaba el fin de semana, se le ocurrían otras cosas más interesantes y entretenidas que hacer. Poco se podía imaginar que ese fin de semana tampoco iba a realizar esas tareas, pero por otra causa muy diferente.

—A ver si es verdad, porque el lavabo pierde agua, no podemos tenerlo mucho más tiempo así. Si no lo haces este fin de semana, el lunes llamo al fontanero. O mejor aún, se lo digo a Mateo. —Lo amenazó.

—Que sí, cariño, no te preocupes, de este fin de semana no pasa. —Salió por la puerta de atrás en dirección a la cuadra, en donde guardaba todas las herramientas, incluidas las que tenía María, la casera, ya que no había podido llevárselas a Madrid, y a ellos no les había importado, había sitio de sobra. Además, la mujer les tenía dicho que si necesitaban algo de lo que allí había, que lo cogieran. Era una mujer muy agradable. Se volvió en la puerta y le dijo a su mujer—. Y sino, pues llamamos al fontanero. La semana que viene podremos permitirnos hasta que cambie todas las tuberías de la casa. —Elena sonrió al recordar la suerte que habían tenido con la primitiva, ese dinero lo iban a utilizar en cierta medida para ayudar a los demás en la ONG que había creado, pero era evidente que a ellos les resolvería la vida, por fin irían desahogados económicamente, no tendrían que seguir pidiendo préstamos.

Como Raquel se dio cuenta de que su amiga no estaba concentrada en los deberes, estaba más atenta a lo que ocurría al otro lado de la ventana, y además parecía aburrída, no hacía más que bostezar, como si se fuera a quedar dormida de un momento a otro, pensó que sería mejor intentar enseñarle otro día. Su madre le había pedido que no llegara tarde, y como le apetecía ir dando un paseo, se despidió de todo el mundo hasta el día siguiente, momento en el que había quedado con Mónica para terminar su lección de Matemáticas. Todavía no sabía que sería la última vez que la viera con vida.

Domingo, 23 de octubre

Acababan de salir del cine de ver *El golpe* con Paul Newman y Robert Redford, ellas estaban encantadas.

—Por Dios, ¡qué guapos! —Paula iba agarrada del brazo de Anya.

—No te voy a quitar la razón.

—Pero la película ha estado bien, ¿no? O sólo les habéis prestado atención a ellos. —Decía Alberto bromeando.

—No sé, Anya, ¿de qué iba la película?

—¿Tenía trama? Ahora que lo dices, ¿no había juego o algo así? —Alberto puso los ojos en blanco.

—Con una no puedo, pero con las dos me rindo, es imposible.

—Quizás necesites una ayuda. —Apuntó Mateo.

—Pues venga, aporta algo. —Le animó su amigo.

—No sé qué decir, tengo entendido que eran unos *sex symbols* de la época dorada de Hollywood, pero, chicas, ¿en serio?, podrían ser vuestros abuelos. —Todos rieron.

—Aguafiestas. —Le dijo Anya sacándole la lengua.

—¿Una copa en casa? —Propuso Paula. Anya se dio cuenta de que la pregunta había sido retórica, puesto que habían puesto rumbo a los coches para ir para allá. A ella no le apetecía, quería mantener la conversación pendiente con Mateo de lo que había descubierto esa misma tarde, pero no iba a ser la que dijera que no, se tomaría una copa y aduciría un dolor de cabeza, si después no se iban. Además, se había hecho muy tarde, era casi la una de la mañana, aunque la sesión comenzaba a las diez, habían tenido un problema técnico con el sonido, lo que había retrasado en media hora el comienzo de la película.

—¿Te pasa algo? —Mateo había prestado atención a su extraña conducta, llevaba toda la noche distraída. Ella había reparado en que había sido pillada en un par de ocasiones mientras lo observaba, pensativa, estudiándolo, preguntándose si sería capaz de asesinar. Aunque tal y como le había dicho el doctor Soler, todo el mundo era capaz. Estaba preocupada porque era la segunda vez que pensaba en Mateo como posible sospechoso, sentía que le estaba ocultando información.

—Estoy cansada, eso es todo.

—Parece que estás preocupada por algo. —Ella le mostró un intento de sonrisa para tranquilizarlo, pero no lo logró, él notaba que algo ocurría—. Si quieres no vamos a tomar esa copa.

—Da igual, ya les hemos dicho que vamos.

—De acuerdo, nos tomamos una y nos vamos. —Anya asintió.

Alberto estaba sacando las botellas mientras Paula cogía unas copas cuando llegaron. Enseguida comenzaron a ayudarles con la preparación de los cócteles, Anya estuvo rellenando la cubitera con cubitos de hielo que sacaba del congelador, y Mateo cortó un limón en rodajas, a la par que la observaba muy serio, sabía que algo le pasaba, pero no se le ocurría qué podía ser. Desde que se habían acostado por primera vez, hacía ya dos semanas, todo había ido muy bien, no se agobiaban mutuamente, él trabajaba casi todo el día y ella se dedicaba a su novela, pero había complicidad entre ellos y confianza, sin embargo, esa noche Anya estaba diferente con él, lo miraba de forma extraña, algo había ocurrido. Que él supiera, esa mañana había ido a ver a Marta Moreno, se preguntó qué le habría contado.

Ya con las copas en la mesa, Alberto les propuso la revancha en el mus.

—Creo que tendremos que dejar la partida para otro día, estamos cansados, en cuanto nos tomemos la copa, nos vamos. —Se disculpó Mateo.

—¿Ahora lo llaman así? —Alberto les tomaba el pelo.

—Déjales, ¿te acuerdas cuando empezamos a salir tú y yo? —Le dijo con aire de complicidad—. Éramos como conejos, lo hacíamos en cualquier sitio. —Les explicó a Mateo y a Anya, a quienes les hizo gracia la sinceridad mostrada por Paula.

—En realidad estamos agotados. Anya hoy ha madrugado para ir a León.

—¿De compras? —Preguntó Paula con curiosidad.

—No, he ido al centro penitenciario a ver a Marta Moreno. —Alberto y Paula abrieron los ojos extrañados, por lo que se contaba en el pueblo, estaba en la cárcel por ella.

—¿Y eso? —Preguntó Paula dudando si inmiscuirse.

—Empiezo a cuestionarme si realmente es ella la culpable. —Mateo se sorprendió tanto como sus amigos, sabía que desde que se habían llevado a Marta había tenido dudas sobre su actuación, pero él creía que las dudas eran porque se sentía mal, no pensaba que de verdad la creyera inocente. Anya vio la expectación dibujada en los rostros de todos—. No tengo ni idea de quién pudo ser. —Respondió, sin que nadie llegara a hacer ninguna pregunta.

Viendo que Anya había dado el tema por zanjado, los chicos se pusieron a hablar de algunos de los procesos pendientes del bufete, Paula a veces intervenía dando su opinión de curtidora abogada, sin embargo, Anya se había abstraído, no entendía demasiado de temas legales y tampoco le interesaba la conversación.

En un momento dado, sintió la intensa mirada de Mateo, así que se giró para comprobarlo, y en efecto, estaba observándola, al darse cuenta de que había sido descubierto le sonrió con su habitual sonrisa de medio lado, y continuó hablando con Alberto y Paula.

Media hora después, salían de la casa, ambos preocupados por el otro, cada uno por un motivo diferente.

—¿Quieres que pase? —Acababan de llegar a casa de Anya, aún estaban en el interior del coche y Mateo la estaba tanteando, no estaba seguro de que quisiera su compañía esa noche después de su comportamiento.

—Sí, tenemos que hablar. —Al oír esas palabras no se tranquilizó, pensó que hubiera preferido que le dijera que no, eso podría ser por cansancio o por cualquier cosa, pero esas palabras, por experiencia, no solían presagiar nada bueno. Salió del coche resignado, pensando en qué le podría querer decir.

Entraron directamente en la cocina y Anya preparó un par de copas en silencio, no sabía cómo decírselo sin que se sintiera incómodo. Mateo por su lado, sentado a la mesa, la observaba, no quería presionarla, así que esperaba hasta que se decidiera a decir lo que se estaba guardando, que parecía que la estaba corroyendo por dentro.

Anya se dio la vuelta con las dos copas preparadas, se acercó a la mesa donde las dejó y se sentó enfrente de Mateo, mirándolo a los ojos.

—No sé cómo decir esto sin que sientas que no confío en ti. Así que seré directa.

—Siempre lo has sido. Y creo que si no confiaras en mí, no me estarías preguntando. —Tenía razón, a lo mejor estaba cometiendo un error, quizás no debería confiar en él.

—Me han contado que Mónica Ruiz y tú estuvisteis juntos cuando erais adolescentes. Que ella murió cuando erais pareja. —Mateo estuvo a punto de echarse a reír, pero se contuvo porque ella se lo había tomado muy en serio, supuso que pensaría que de nuevo le había mentado.

—Pues no es verdad. Por Dios, Anya, le sacaba más de diez años, ella sólo tenía doce, era una niña.

—Eso ya me lo imaginaba. Pero para que una niña fuera diciendo que

eras su novio, tenías que tener una buena relación con ella.

—Anya, no tenía ninguna relación con ningún miembro de la familia Ruíz Moreno. Coincidimos unos meses antes de que fuera a la Facultad, luego yo me fui a vivir a León, sólo venía algunos fines de semana y por vacaciones, pero traté muy poco con ellos. Como sabes, les hacía alguna chapuza en la casa, pero porque me lo pedía tu abuela.

—¿Y no notaste algo raro en Mónica?

—Mónica parecía una niña encantadora, y creo que se sentía atraída por mí, un amor platónico, pero tampoco puedo confirmarlo.

—¿Eso es todo?

—Anya, en serio, ¿qué esperabas? ¿Sigues sin confiar en mí? ¿crees que tenía algo con una niña y por alguna razón que desconozco, maté a la familia?

—No, claro que no. No creo que mataras a nadie, si fuera así no estaría liada contigo, ¿no crees?, tampoco estaría aquí sola con un posible asesino, pero es verdad que me había preocupado que me hubieras mentido, que me hubieras ocultado tu relación con la familia, por eso te he preguntado, quería conocer tu versión.

—Y me alegro de que lo hayas hecho, que me dieras la oportunidad de contártela.

—Soy una periodista de investigación, intento no dar las cosas por hecho, intento informarme, preguntar a todas las partes implicadas.

—Y esa es una de las cosas que me gusta de ti. —Arrastró la silla en la que estaba sentado para quedar pegado frente a ella, la cogió por la barbilla y le dio un dulce beso—. Descubrirás quien lo hizo, y si me dejas, yo te ayudaré.

Mateo se levantó, la cogió de la mano y la guio a su dormitorio, la charla había terminado, por lo menos por hoy.

Anya despertó con brusquedad al oír su móvil vibrando encima de la mesilla, miró a su lado, Mateo todavía dormía. Cogió el móvil para contestar, sorprendida de que quien llamara fuera Gonzalo.

—Espera un momento. —Le susurró mientras se levantaba de la cama y buscaba algo que ponerse, en la habitación hacía algo de frío y ella estaba desnuda, lo más a mano que encontró fue la camisa que Mateo llevaba la noche anterior, se cubrió con ella, se calzó las zapatillas que tenía al lado de

su mesilla, siempre preparadas para ponérselas nada más levantarse y bajó a la cocina, donde se sentó a la mesa, y respiró profundamente preparada para su conversación con Gonzalo, quien todavía estaba esperando al otro lado de la línea.

—Hola, Gonzalo, ¿ha pasado algo? —Anya sonó borde, más de lo que en realidad hubiera querido.

—Hola, Anya, ¿te he despertado?

—La verdad es que sí, pero no te preocupes.

—Lo siento.

—¿Estás bien? —Gonzalo se quedó en silencio unos segundos, algo incómodo por su intrusión y sin saber cómo comunicarle lo que quería decirle.

—Estás hablando con el nuevo editor jefe—. Anya se alegró por él, llevaba años trabajando muy duro por ese ascenso, se lo merecía.

—Oh, Gonzalo, enhorabuena. Me alegro mucho por ti. —Se dio cuenta de que ya no sentía ningún rencor, se alegraba enormemente por él. Supuso que ese cambio se debía a Mateo, quizás era verídica esa expresión de un clavo saca otro clavo de la que todo el mundo hablaba, y ella no había tenido oportunidad de constatar, al fin y al cabo, Gonzalo había sido su primera relación seria.

—Muchas gracias, Anya, estaba deseando contártelo. Ya sé que ahora es lo último que quieres escuchar, pero tengo que serte sincero, si no, me arrepentiré el resto de mi vida. Cuando me dieron la noticia el viernes, sólo había una persona a la que quería contárselo, a ti. Quería compartirlo con la persona que me ha apoyado estos últimos años, con mi mejor amiga, la persona a la que quiero.

—¡Oh! —Anya se había quedado estupefacta ante esa declaración, no se la esperaba, no recordaba una muestra de este tipo por parte de Gonzalo, pero llegaba demasiado tarde.

—¿No dices nada? —Gonzalo parecía abatido, y Anya sintió lástima por él, pero todo lo que había entre ellos, se había roto.

—Gonzalo, ¿y qué quieres que diga? En serio me alegro mucho por tu promoción, es lo que llevabas persiguiendo todo este tiempo. Pero lo nuestro —hizo una breve pausa, no sabía cómo decirlo—, lo nuestro se acabó.

—Por lo menos, ya me coges el teléfono. Eso es un paso. —Anya sonrió levemente—. Seguiré luchando por ti. —Al otro lado sonó un clic, Gonzalo había colgado.

Anya se quedó unos segundos mirando el teléfono, desconcertada por la llamada. Cuando levantó la cabeza, Mateo la observaba apoyado en el marco de la puerta, únicamente llevaba puestos sus *boxer* ajustados, su cuerpo musculoso estaba descubierto, sus ojos grises la contemplaban con su mirada profunda, su pelo negro despeinado que indicaba que se acababa de levantar, estaba tan guapo que ella olvidó al instante la llamada que acaba de recibir.

Mateo se acercó a ella, que se levantaba para encontrarse con él. Estaba tan hermosa con su camisa y la melena revuelta, pensó mientras la besaba con dulzura.

—¿Todo bien? —Ella asintió en silencio. Ahora lo que menos le apetecía era hablar de Gonzalo—. ¿Quieres desayunar?

—Tengo hambre.

—Entonces déjame que te muestre mi buen hacer culinario.

—¿Sabes cocinar?

—No, pero hago unas tortitas para chuparse los dedos. —Ella soltó una carcajada.

—Ponte tu camisa, te vas a quedar helado. —Anya se la quitó y se la pasó, ahora era ella la que se iba a congelar porque se había quedado completamente desnuda, se dirigió al perchero de la entrada de donde cogió una enorme chaqueta de punto. Mateo no dejó de admirar su cuerpo desnudo mientras duró la exhibición.

—Hace días que no veo a tu abuela, ¿dónde se ha metido? —Preguntó Anya, mientras ayudaba a cocinar esas tortitas que él había prometido que estarían tan deliciosas.

—Se ha ido a pasar unos días a casa de su prima, se ha puesto enferma, está con gripe y ha ido a ayudarla hasta que se recupere.

—Entonces hoy no comemos con ella, ¿no? —La sonrisa sensual de Anya fue más que evidente para Mateo.

—¿Se te ocurren otros planes?

—Por supuesto. —Lo acercó hacia sí y lo besó. Se separaron al notar el olor a quemado.

—Creo que tendremos que desayunar otra cosa. —Dijo Mateo mirando las tortitas quemadas en la gran sartén de Anya.

—Ya sabía yo que no podía fiarme de tus dotes culinarias. —Lo pinchó.

Lunes, 24 de octubre

Como no podía dormir, Anya se levantó más temprano de lo que tenía por costumbre, se puso sus zapatillas de correr, unas mallas, una camiseta, su forro polar y se encaminó a la senda paralela al río, que como llevaba varios días sin llover no estaba encharcada.

Había descubierto un camino que salía a la izquierda, poco antes de llegar a la explanada, por él se accedía a la entrada del pueblo, donde estaba el frontón y un parque infantil con columpios, algunos de ellos bastante oxidados, y que sólo se utilizaban en verano, cuando el pueblo se llenaba de turistas y veraneantes, ya que en invierno entre el frío, las lluvias y los pocos niños que había, solía estar vacío. El frontón era otra cosa, si no llovía no era extraño encontrarse a los vecinos jugando a algún juego de pelota. Anya ya había encontrado varias pelotas mientras corría, de esas que se les escapaban por encima de las altas paredes y que luego no recogían, o porque no las encontraban o porque ni se molestaban en buscarlas. Una vez se llevó una a casa para que Kika jugara con ella, pero no le hizo el menor caso.

Tomó la desviación dispuesta a llegar hasta el frontón y seguir hacia el parque, donde hacía abdominales, había cogido la costumbre de tumbarse en el banco que allí había a hacerlos, y seguir después por el pueblo hasta llegar a casa. Sólo llevaba unos días haciendo ese recorrido y parando a hacer abdominales, por lo que todavía tenía agujetas, pero se daba cuenta de lo tonificado que empezaba a estar su cuerpo, también notaba que con el deporte que practicaba se sentía mucho mejor, tanto física como psíquicamente.

Iba corriendo por la vereda, también llena de castaños y el suelo cubierto de los erizos que recubren las castañas, tan inmersa en disfrutar el momento, escuchando la música que salía de sus auriculares, que no se dio cuenta de que sentados en el banco al que se dirigía, estaban hablando tranquilamente Mateo y Raquel. Se quedó parada por la impresión en cuanto los vio, ellos no se percataron de su presencia, así que se ocultó detrás de uno de los castaños. Desde donde estaba, no podía oír nada de lo que se decían, intentó acercarse, pero los arbustos de alrededor no se lo permitieron, así que mantuvo su posición de observadora.

Estaban sentados mirándose a los ojos, Raquel parecía tener un libro

cerrado encima de sus rodillas que sujetaba con ambas manos, como siempre llevaba unos vaqueros, unas zapatillas de deporte y un bonito forro polar de color vino, Mateo iba con traje y abrigo, se imaginó que en cuanto terminara su encuentro se iría al bufete.

Parecían cercanos pero distantes a la vez, mantenían una separación prudencial en el banco, no se tocaban, no mostraban ninguna actitud cariñosa entre ellos, algo que le indicara a Anya que mantenían una amistad, un romance o algo. Si hubiera habido niños jugando, podrían haber parecido padres que hablaban del tiempo, mientras observaban a sus hijos jugar en los columpios.

De repente, Mateo se levantó, le dio un beso a Raquel en la mejilla, se dio la vuelta y salió en dirección a la calle principal del pueblo. Unos segundos después, se oía un coche arrancando, Anya se imaginó que sería el coche de Mateo.

Raquel siguió sentada en el banco, sin moverse, en la misma posición que la había dejado Mateo. Anya no estaba segura si terminar su carrera por ahí, encontrándose con ella, o dar la vuelta. Decidió seguir, así que continuó al trote y se acercó a Raquel, que se había sorprendido por su aparición. En unos segundos, estaba de pie a su lado, manteniendo el paso para no enfriarse y disimular.

—Hola, Raquel.

—Hola, Ana. —A Anya no le pasó por alto cómo la había llamado.

—¿Cómo sabes que me llamo Ana? —Ella se encogió de hombros.

—Lógica.

—Siempre te veo sola.

—Me gusta.

—¿No tienes amigos?

—¿Y tú? —Levantó la mirada—. Siempre te veo sola. —Anya sonrió.

—Supongo que tienes razón. ¿Quieres que seamos amigas?

—Me caes bien. —Raquel se levantó, se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla, cosa que Anya no se esperaba, su confusión se vio reflejada en su rostro, y Raquel le sonrió con dulzura—. Hasta luego. —Raquel se dio la vuelta y se fue del parque, siguiendo el mismo camino que Mateo unos minutos antes.

Anya continuó corriendo, pero volvió por la senda paralela al río, donde el paisaje era más bonito y relajante que el del pueblo. Se preguntaba de qué estarían hablando Raquel y Mateo. Esta vez no le pediría explicaciones,

estaba agotada de sus respuestas tan adecuadas, intentaría otra táctica. No se podía creer que Mateo tuviera más secretos, y sobre la gente involucrada en su investigación, no podía ir preguntándole uno por uno, esas cosas esperaba que se las contara él solito.

Cuando llegó a su casa, se encontró a Kika paseando por la cocina, en cuanto la vio entrar, se acercó a ella y se puso a ronronear entre sus pies, pidiéndole caricias.

—Ahora no, Kika, mami se tiene que dar una ducha. —Le dijo con voz cariñosa.

La gata pareció entenderlo, porque decidió dejarla en paz y salir al patio por la puerta de atrás, ignorando ya su presencia. Ella se rio por su descaro y subió corriendo al cuarto de baño para darse esa ducha que tanto necesitaba, después seguiría escribiendo.

Cuando encendió el ordenador, al comprobar el correo electrónico, se encontró con un *email* de Navarro. En él le decía que sentía mucho la tardanza, que ya tenía el informe realizado en los huesos encontrados en su propiedad, y que lo adjuntaba. También le hacía un breve resumen de la información que contenía, como ya sabía, la identificación había sido positiva en cuanto a que los huesos encontrados correspondían con Jaime Ruíz, y se había llegado a la conclusión de que su muerte había sido idéntica a la de su familia, es decir, fue asesinado unos diez años antes y sus huesos indicaban que las heridas mortales habían sido producidas por armas blancas similares a las utilizadas en los asesinatos de su mujer e hijos.

Después de leer el *email*, revisó el fichero adjunto y comprobó que no había más información que la que él había extraído.

Salió de casa corriendo y cogió el coche, ¿cómo no se le había ocurrido antes preguntar a la persona que más sabía del caso?, en qué había estado pensando, se dijo de camino a San Juan.

Cuando Navarro la vio aparecer, sentado en el porche de su casa, se llevó una grata sorpresa.

—Anyá no te esperaba, ¿has recibido mi *email*?

—Sí, aunque bueno, no dice nada que no nos imagináramos. —Manuel asintió, estaba de acuerdo con ella.

—Ahora existe la confirmación.

—Eso es verdad.

—Entonces, por lo que veo, no vienes a hablar de ese correo.

—No, quería preguntarte por Raquel. —Navarro la miró a los ojos,

estaba claro que sabía algo y quería que él lo corroborara.

—Vamos adentro. —Navarro se levantó, cogió la taza de café que ya se había bebido y el periódico que estaba leyendo cuando apareció Anya. Entraron en la casa, ella detrás de él, confundida, parecía que sí había algo oculto en esa chica y también parecía que Navarro sabía qué, no había estado equivocada en todo ese tiempo. Anya se sentó en el gran sofá y él a su lado en un sillón, dejando encima de la mesita todo lo que había recogido en el porche—. ¿Qué quieres saber?

—Quiero que me cuentes la verdad, no quiero más rumores, quiero saber qué le pasó a Raquel esa noche. —Navarro la miraba, sopesando lo que sabía, ella decidió arriesgarse—. Estaba allí, ¿verdad? —Lo había dicho en alto, podía pensar que estaba loca, que tenía inventiva o que divagaba, pero por su gesto no pensaba ninguna de esas cosas, su semblante mostraba estupefacción porque ella lo supiera.

—Creía que era un secreto.

—Así que es eso.

—Anya, ¿qué es lo que sabes?

—Manuel, no sé nada, sólo quiero saber.

—Ten en cuenta, que estás poniendo la vida de Raquel en peligro, si el asesino se llegara a enterar... —Anya pensó en Marta, a ella le había dicho que Raquel era la clave, ¿habría entendido a qué se refería? ¿habría puesto en peligro a Raquel?

—Pues cuéntamelo, al no saber estoy dando palos de ciego, preguntando, y creo que eso es peor.

—Supongo que tienes razón. Esto que te voy a contar sólo lo saben los padres de Raquel, ni siquiera sus hermanos, y yo. —Anya asintió, de su boca tampoco iba a salir—. Espero que no lo publiques en tu novela.

—Por supuesto que no, conozco a Raquel y aunque no es muy conversadora, me gusta. —Dijo con una sonrisa, recordando los breves encuentros que habían disfrutado.

—De acuerdo, como bien has supuesto Raquel estaba allí, escondida, pero pensamos que lo vio todo.

—¿Y no os dijo quién fue? ¿Pensasteis?

—Si nos lo hubiera contado, ahora mismo no estaríamos tú y yo aquí, y no habría un asesino suelto por ahí.

—Tienes razón. Te dejo hablar.

—Después de encontrar los cuerpos sin vida de la familia, se presentó

Paca García en mi despacho, la madre de Raquel, pidiendo hablar conmigo a solas. Me preguntó si habían sido asesinados el viernes por la noche, yo me quedé extrañado de que tuviera ese dato, no era de dominio público todavía, aún se estaban practicando las autopsias, por lo que estábamos a la espera de los informes. Ahí fue cuando me contó lo que le había sucedido a Raquel. La niña, esa noche no llegó a su casa a su hora habitual, de hecho, había estado a punto de llamarnos para denunciar su desaparición, según me dijo, nunca había llegado tan tarde, y si se retrasaba, avisaba. Como había ido a cenar a casa de los Ruíz, los estuvo llamando, al no contestar al teléfono, desesperada, decidió acercarse a su casa, pero no llegó. En el camino se encontró a su hija muy confusa, sin recordar de dónde venía, a dónde iba, no recordaba nada de las últimas horas. Evidentemente, la mujer se preocupó, llamó al médico, que no entendía qué le podía ocurrir, le hicieron pruebas por si había sufrido una agresión sexual, pero comprobaron que no había sido así. Cuando el lunes se descubrió todo, su médico se imaginó lo que había podido suceder, así que les pidió cita con el doctor Soler, quien determinó, después de las correspondientes pruebas, que tenía amnesia producida por estrés postraumático. Les recomendó ir a León, a un especialista muy reputado en este tipo de diagnósticos.

—¿Mantuvisteis contacto?

—Sí, por un lado me interesaba saber si recordaba algo de lo ocurrido, nos hubiera sido de gran ayuda, pero por otro lado, estaba preocupado por la niña. Me informó que la iban a inducir a un estado de hipnosis para poder recordar, y que si obtenían alguna información de interés para la policía, me llamaría de inmediato. Yo se lo agradecí, pero pasó el tiempo y no lograron nada.

—¿Nunca recordó nada?

—No, nunca llegó a recordar lo ocurrido. Al probar la hipnosis con ella, y me consta que probaron en más de una ocasión, le causaba tal estado de ansiedad que la tenían que despertar de inmediato. Al final, dejaron de intentarlo ya que Raquel evolucionaba bien, es verdad que se volvió una chica algo más solitaria de lo que ya era, pero si la conoces, ves que es muy inteligente.

—Entonces nunca sabremos lo que ocurrió.

—Por ese camino, parece ser que no.

—¿Alguna vez pensaste que el hecho traumático no fuera que lo hubiese visto?

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que podría haberlo hecho ella?

—En ningún momento se me pasó por la cabeza que lo hubiera podido hacer ella, pero sí que investigué esa posibilidad. Era mi trabajo. No encontré ninguna evidencia que demostrara tal cosa.

—¿Crees que alguna vez recobraré la memoria?

—Nunca he perdido la esperanza, pero después de diez años creo que es prácticamente imposible. Aunque yo no soy un profesional, así que sólo te estoy dando mi opinión. Y la verdad, tampoco me gustaría que lo hiciera, me refiero a que se ha convertido en una mujer hermosa, que está estudiando una ingeniería en León, lo que ocurriera aquella noche lo ha superado, no creo que le resulte agradable volver a vivirlo. Así que, por favor Anya, si tu idea era hacerle recordar, olvídale.

Ella asintió, tenía razón, desde luego su idea había sido hacer eso mismo, pero no podía hacerle algo así, no quería destrozar la vida de Raquel. Tendría que seguir como había estado haciendo hasta que se habían llevado a Marta Moreno, continuar su investigación realizando entrevistas al resto de involucrados. Antes de que encerraran a Marta, tenía un listado con todas las personas con las que quería encontrarse, y aún le quedaban algunas conversaciones que mantener.

—Una pregunta más, ¿sabes si Raquel y Mateo tienen alguna relación?

—¿Romántica?

—No, cualquier relación.

—Que yo sepa nunca han tenido ningún trato. Como ya te dije, Mateo en la época de instituto era un chico problemático, después se fue a León a estudiar y luego a Madrid a trabajar, hasta que volvió hará cuatro o cinco años. No parece que coincidieran mucho, pero el pueblo es pequeño, supongo que se conocerán. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada.

—Anya, ten cuidado con Mateo Santos. —Se conmovió por su preocupación, ¿tendría razón? Se levantó del sofá y le dio un beso en la mejilla.

—Me tengo que ir, tengo que continuar con mis indagaciones. Aún hay mucho que hacer.

—A ver si un día vienes a hacerme una visita social, no una de trabajo.

—Te lo prometo. —Dijo ella saliendo ya por la puerta.

Anya había quedado con Mateo a cenar en su casa, había resultado toda una sorpresa su invitación, porque como le había dicho, él no sabía cocinar. Cuando llegó, su coche estaba aparcado delante de la casa, no lo había guardado en el garaje, así que supuso que había llegado sin apenas tiempo, cosa que se confirmó en cuanto le abrió la puerta, aún llevaba puesto el traje.

—Acabo de llegar. —Le dijo mientras la acercaba hacia sí para darle un beso en los labios—. Una clienta no quería irse del bufete, quería dejarme muy claro que el perro de su vecina hacía siempre sus necesidades en la puerta de su casa y luego no se molestaba en recogerlo.

—¿Y te lo ha dejado claro?

—La verdad es que después de la segunda frase diciendo lo mismo, he desconectado. —Anya rio.

—¿Estás haciendo la cena? —Se dirigían hacia la cocina, donde olía divinamente.

—Me hubiera gustado intentarlo por lo menos, pero no ha podido ser. He traído unas raciones que me ha preparado Mariano para llevar. —Le dijo mientras le mostraba los diferentes recipientes con comida que ya había destapado—. Por lo menos no pasaremos hambre. Te importa poner la comida en platos mientras me cambio.

—Claro que no. Ve.

Mateo subió a su dormitorio, mientras ella se ocupaba de la tarea asignada, aunque antes tuvo que localizar en la cocina dónde guardaba los platos, lo que le costó revisar varios armarios, agradeciendo el orden que reinaba en su interior. Después de poner la mesa y dejarla preparada para la cena, abrió una botella de vino tinto que había traído, llenó dos copas y se sentó con la suya en el sofá a esperar a que él bajara, lo que hizo al poco de sentarse.

—¿Cenamos? Vengo con hambre. —Dijo mientras bajaba por las escaleras—. Hoy sólo me ha dado tiempo a comer un sándwich rápido.

—¿Mucho lío?

—Sí, hay mucha gente enfadada con sus vecinos. Debe de ser el tiempo. —Mateo ya se había llenado la boca con un trozo de chorizo a la sidra, que devoró en décimas de segundo.

—Sí que pareces hambriento. —Él le sonrió con un brillo en los ojos y levantando las cejas en tono juguetón, Anya comprendió que no estaba pensando en ese tipo de hambre.

—Bueno, ¿y qué tal tu día?

—Bien, he estado escribiendo, también me he acercado a hablar con Navarro sobre una duda que me había surgido. —Mateo asentía mientras seguía comiendo.

—¿La ha resuelto?

—Sí. —Anya ya no esperó más, y sacó a colación a Raquel—. Esta mañana, mientras corría, me he cruzado con Raquel en el parque del frontón. —Le pareció que Mateo se ponía tenso, pero si había sido así, sólo fue durante un instante.

—¿Y qué tal? ¿te ha contado algo interesante?

—La verdad es que no, es muy reservada, pero creo que nos estamos haciendo amigas.

—Eso está bien.

—Creo que podría tener alguna información interesante para mi investigación, pero es tan escueta cuando tratas con ella. —Suspiró profundamente.

—¿Y por qué crees que puede tener alguna información que te sirva?

—La verdad es que es una intuición —todavía no quería decirle lo que le había contado Navarro esa misma mañana, antes quería saber si él era tan franco como lo era ella—, Mónica y Raquel eran inseparables. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, ¿qué tal tu día?

—Mucho trabajo y muy aburrido. —Anya se dio cuenta de que no le iba a sacar nada de su conversación con Raquel a no ser que le preguntara de forma directa.

—¿No me vas a decir que tú también has estado esta mañana con Raquel? —Anya en ese momento se dio cuenta de lo cabreada que estaba, le acababa de decir que creía que Raquel era un punto importante en su investigación, pero él no había sido capaz de contarle que se trataban.

—Es una vecina del pueblo. No pensaba que tuviera que decirte con quien hablo o dejo de hablar.

—Y no me importa con quien hables o dejes de hablar, pero Raquel creo que es clave en la investigación que estoy llevando a cabo, por lo que si mi pareja tiene una relación con ella, me gustaría no enterarme por casualidad, sino porque él me lo contara. —Como Mateo no decía nada, se levantó de la mesa—. Creo que me voy a ir. —Quizás no era nada, y se estaba comportando de forma inmadura, pero y si Navarro tenía razón, no podía

estar con una persona de la que le surgieran dudas cada dos por tres, y todas relacionadas con un caso de asesinato, que no era moco de pavo. Cogió sus cosas y salió de la casa, mientras Mateo la observaba sin tener muy claro lo que acababa de ocurrir.

Anya iba conduciendo de camino a su casa, sin dejar de pensar en Raquel y en Mateo, intentando poner sus ideas en orden. Si Raquel estuvo presente en el homicidio múltiple y Mateo se acercaba a ella, podía ser por varias razones, o porque no quería que recordara, o para saber si recordaba algo, o simplemente porque eran conocidos del pueblo. No tenía que ser tan difícil que le aclarase esos puntos, a no ser que tuviera algo que esconder. Demasiados interrogantes, se volvería loca como siguiera por ese camino. Y otra cosa que tenía que tener en cuenta era que Mateo nunca le había dado ningún motivo para que desconfiara de él.

—Esto es de locos. —Dijo en voz alta dentro de su coche. No sabía qué pensar.

Viernes, 29 de septiembre 2006

Raquel había cruzado el río por el puente cercano a la casa de su amiga, estaba siguiendo la senda en dirección al frontón, no le apetecía ir atravesando el pueblo por donde se encontraría con un montón de vecinos cotillas que le harían miles de preguntas sobre el colegio o sus padres, y que no la dejarían llegar tranquila a su casa.

Aunque ya era de noche, el camino estaba iluminado por la luna, estaba tan bonito, que pensó que aún no quería regresar, así que se dio media vuelta y fue a una gran piedra situada al lado del camino, en la que le gustaba sentarse a leer. Cuando llegó, se subió a ella ágilmente y se tumbó a ver las estrellas. No se veían tan bien como otros días por la gran luna que había esa noche en el cielo, aun así no podía dejar de mirarlas, eran hipnotizantes. Algunas constelaciones las reconocía, como la Osa Mayor que parecía un cazo gigante y que enseguida localizó.

Siguiendo la línea recta que formaban las dos estrellas del extremo del cazo, logró encontrar la estrella polar. Había leído en algún sitio que era la estrella que nunca se movía, al estar justo encima del polo norte no se veía afectada por la rotación de la tierra.

Gracias a la estrella polar pudo distinguir la osa menor. A veces pensaba que se inventaba todas esas constelaciones, puesto que algunas estrellas no se veían muy bien.

Continuó con la recta que había imaginado antes, desde el extremo del cazo de la Osa Mayor, pasando por la estrella polar, y llegó a Cefeo, formada por un triángulo y un cuadrado pegados, como si fuera una casa con su tejado. Ahora se imaginó una línea recta pasando por la estrella polar, pero esta vez con una de las estrellas del mango del cazo y llegó a Casiopea con su forma de W, aunque le costó un rato ubicarla.

Cuando era pequeña, su padre le había enseñado a localizar todas esas estrellas, y aún lo hacían de vez en cuando juntos, en días con el cielo despejado y estrellado, en los que no estaba muy agotado por la dura jornada, entonces se tumbaban en las hamacas del jardín para contemplarlas. Los dos tenían una tradición, una costumbre que no se saltaban ningún año, siempre tenían esa noche reservada para ellos, la noche de las perseidas, la noche de

agosto en que se producía una lluvia de meteoros. Su padre le había contado que también se conocían con el nombre de lágrimas de San Lorenzo, puesto que en la Edad Media y en el Renacimiento, las perseidas tenían lugar la noche en que se recordaba al santo, se decía que eran las lágrimas que había vertido al ser quemado en la hoguera.

Sus padres trabajaban mucho, apenas pasaban tiempo con ella y sus hermanos, sabía que lo hacían por su bien, para poder permitirse unos estudios para sus cinco hijos, pero reconocía que muchas veces los echaba mucho de menos. Aunque sabía que, cuando tenían un rato libre, siempre estaban dispuestos a disfrutarlo en familia.

Quería ser piloto de líneas comerciales porque había oído que ganaban mucho dinero. Quería ayudar a sus padres económicamente, no se los podía imaginar en la vejez trabajando tanto, quería que descansasen y disfrutaran de la vida. Y si para conseguir eso, ella tenía que estudiar mucho, pues lo haría, qué menos por todo lo que hacían ellos por ella.

Estaba tan absorta en la contemplación de las estrellas y en sus pensamientos, que no se dio cuenta de lo tarde que se había hecho hasta que las campanas de la iglesia empezaron a tocar indicando que eran las doce de la noche. Su madre la iba a matar, se dijo.

Dio un salto desde la piedra para caer en el camino y se puso a correr. Cuando pasó a la altura de la casa de su amiga, vio que aún estaban las luces encendidas, que aún no se habían ido a dormir, así que se le ocurrió pasar a ver a Mónica para saber si había logrado encontrarse con Mati, ya que llevaba toda la tarde pendiente de que llegara de León. Y aunque sabía que ya llegaba muy tarde y su madre le iba a echar una buena bronca, cinco minutos arriba o abajo ya no importarían.

Iba por el jardín de la casa de su amiga, cogiendo pequeñas piedrecillas que se iba encontrando para lanzarlas a la ventana de su dormitorio, así se asomaría y le podría contar las novedades.

Pero cuando se estaba acercando, algo en la ventana de la cocina le llamó la atención, algo que estaba ocurriendo en el interior, así que se acercó despacio, sin hacer ruido, para ver qué era. Se agachó y se escondió entre el viejo molino de agua y la pared, si se ponía de pie podría ver lo que sucedía, así que se empezó a levantar con cuidado, algo le había puesto nerviosa pero no sabía qué, no había visto muy bien lo que estaba pasando ahí dentro. Cuando logró asomarse por la ventana, se encontró con una escena espeluznante, de su boca casi salió un grito inhumano, pero se la tapó a

tiempo con ambas manos y se tragó el alarido antes de que saliera al exterior. Quería salir corriendo, pero se había quedado clavada en el suelo, no se podía mover.

Martes, 25 de octubre

Esa noche no había pegado ojo, no sabía si por la discusión del día anterior con Mateo o por el bloqueo que sufría su investigación. Nada tenía sentido en este caso, no hacía más que llegar a callejones sin salida, todos basados en una teoría que era el dinero como principal motivación del asesino. Pero, y si estaba equivocada desde el principio, y si la causa no tenía nada que ver con el dinero, porque si el dinero realmente era su objetivo, quien tenía todas las papeletas para ser la culpable era la persona que ya estaba encerrada, Marta Moreno. Tenía que dar un nuevo enfoque a su análisis, abandonar la hipótesis del dinero como móvil.

Salió a correr, pensaba con más claridad mientras lo hacía. Siguió el camino de la senda, el recorrido que empezaba a serle tan conocido, disfrutaba del paisaje y del aire frío dándole en la cara, no entendía cómo había estado toda su vida sin hacer deporte, era una sensación increíble, supuso que en Madrid no sería lo mismo, sólo podía deleitarse con este paisaje aquí.

Cuando llegó a la explanada, se percató que había ignorado la desviación del frontón por si se encontraba a Raquel y a Mateo, pero sabía que era una tontería, y si estaban qué, quizás se acercara a saludar, ¿por qué no?, era algo razonable, no era descabellado, pensó.

Rodeó la explanada y volvió a meterse en la senda, esta vez tomó la desviación hacia el frontón. Cuando llegó al parque estaba vacío, así que estiró los músculos y se tumbó en el banco. Comenzó a hacer abdominales, intentando no pensar más que en la respiración y en contar los que llevaba, no quería seguir dándole vueltas a lo mismo, se estaba saturando. Cuando contó trescientos, se levantó y volvió a casa corriendo por la senda.

Al llegar, se sintió con la suficiente energía para seguir corriendo un rato más. Por lo que dejó atrás el puente que la llevaba a su casa y continuó recto, siguiendo el camino, hasta que llegó a la piedra donde se había encontrado en otras ocasiones a Raquel. Sentada en ella, con su gran cola de caballo, pero esta vez sin ningún libro que leer, estaba ella, observándola mientras se acercaba.

—Te estaba esperando. —Anya se sorprendió con esa afirmación, sobre

todo porque había decidido a última hora seguir corriendo, por lo que el encuentro había sido una casualidad. Empezó a estirar, por hoy la carrera la daba por finalizada.

—Hola, Raquel. ¿Quieres hablar conmigo?

—Sí. No sabía con quién desahogarme. Desde que murió Mónica no he vuelto a tener con quién hacerlo.

—Lo siento.

—Sí, parece que todavía no lo he superado. Pero creo que ya queda menos.

—¿Por qué crees eso?

—Porque estoy empezando a recordar. —Anya dejó de estirar y la miro a los ojos, los tenía vidriosos, a punto de que se le saltaran las lágrimas.

—¿Estás bien? —Se acercó y le acarició la pierna, en señal de apoyo. En esa posición Raquel estaba mucho más alta que ella, se sintió algo incómoda, por lo que subió a la piedra y se sentó a su lado, empezaba a resultarle más sencillo subir, estaba recuperando su agilidad de la adolescencia. Llevaba deseando escuchar eso desde que se había imaginado que Raquel lo había visto todo, pero ahora, pensaba como Navarro, no necesitaba recordar un hecho tan traumático, no merecía la pena.

—Creo que sí, creo que es lo mejor. Ya sé que lo que les sucedió fue brutal, pero creo que lo llevaré mejor cuando lo recuerde y lo asimile.

—Eso espero.

—Todavía no recuerdo lo que ocurrió. Pero estoy recordando aquella tarde con Mónica, retazos de nuestra conversación y de la cena con su familia. También lo había olvidado. —Anya notó que había regresado a su habitual estado taciturno, así que cambió de tema, no quería perder la oportunidad de mantener una conversación con ella.

—Me han dicho que vas a la Universidad de León.

—¿Lo dices porque me ves por aquí casi todos los días? —Le salió una carcajada. Anya pensó que era la primera vez que le oía reír, no le había visto otro gesto que no fuese su habitual seriedad o apatía. Le gustó, parecía más joven—. Sí, he estudiado Ingeniería Aeronáutica. Terminé el curso pasado. Ahora voy a sacarme el Máster, pero tengo menos clases, por lo que suelo estar indistintamente en León o aquí. Este año no he alquilado vivienda allí, quería pasar más tiempo con mis padres. Mi padre no está en su mejor momento, le tuvieron que extirpar un riñón, así que yo les ayudo en lo que puedo. Además, estoy buscando trabajo, nos vendría bien el dinero. —Dio un

salto para bajar de la roca, se giró y levantó la cabeza para mirar a Anya—. Muchas gracias por escucharme. —Anya estaba estupefacta, nunca le había dicho más de dos palabras seguidas y esa mañana se había sincerado con ella.

Raquel se alejó despacio por el camino, mientras Anya la observaba marchar. El doctor Soler le había dicho que cuando los pacientes por estrés postraumático recuperaban la memoria, luego iban a terapia para enfrentarse a lo ocurrido, a ese episodio que habían preferido borrar de su memoria, esperaba que eso le funcionara a Raquel y volviera a hacer su vida, una vida de una veinteañera normal con sus traumas superados.

Volvió a casa caminando, siguiendo el camino en sentido contrario al que llevaba Raquel. Cruzó por el puente que quedaba más allá de la propiedad de Felisa, para luego retroceder por la calle principal.

Cuando estaba llegando a su casa, se encontró con la mujer sentada en el porche tomando una taza de algo humeante.

—Buenos días, Anya, te apetece un chocolate caliente, lo acabo de hacer.

—Por qué no. —Se acercó a la mesa mientras Felisa iba a buscar otra taza.

—Toma, querida.

—Muchas gracias, huele muy bien. Ya ha regresado de visitar a su prima, por lo que veo.

—Sí, la pobre se había puesto muy enferma. Una gripe. Tenía mucha fiebre y temblores, en alguna ocasión pensé que deliraba. Pero ya está mucho mejor. La medicina hace milagros. —Le dijo emocionada.

—Me alegro de que todo saliera bien.

—Y tú, ¿qué tal llevas tu novela?

—Ya me queda muy poco para terminarla. —Fue lo que dijo, pero no las tenía todas consigo, si empezaba a dar otro enfoque a lo ocurrido, quizás tendría que rehacerla de nuevo, o por lo menos, añadir más capítulos incluyendo la nueva perspectiva.

—Y luego, ¿qué vas a hacer?

—La verdad, Felisa, creo que depende de su nieto. —Le dijo sinceramente y sin tapujos. Estaba encantada de vivir en Óbito, en su casa, pero quedarse allí sola todo el invierno le parecía duro, pensaba disfrutarla en verano y en vacaciones, a no ser que su relación con Mateo fuera a alguna parte. Bebió el último trago de chocolate que le quedaba en la taza y se despidió alegando que aún tenía mucho que hacer.

Felisa se quedó muy contenta observando cómo se marchaba, le parecía

una buena chica y pensaba que era perfecta para su nieto.

Anya estaba haciéndose un sándwich vegetal, tenía pensado cenar delante del ordenador, cuando le sonó el móvil. El fuerte sonido del teléfono frente al silencio de la noche, hizo que se le cayera al suelo el cuchillo con el que estaba cortando rodajas de tomate, a punto estuvo de clavársele en el pie.

—Joder. —Soltó. Se agachó a recoger el cuchillo y se acercó a la mesa donde tenía el móvil sonando y vibrando. Cuando vio el nombre de la persona que aparecía en pantalla, se extrañó muchísimo, no esperaba una llamada por su parte.

—Anya, ¿eres tú? —Le dijo preocupada la mujer.

—Hola, Concha, ¿qué ocurre? —Concha era la madre de Gonzalo. Siempre habían tenido una buena relación, la tenía en alta estima. Decía que era la persona ideal para asentar a su hijo, que desde que Gonzalo estaba con ella se había convertido en mejor persona. Así que si alguien dice esas cosas de ti, cómo no la vas a apreciar, se decía Anya.

—¿Sabes algo de Gonzalo?

—Hablé con él el domingo, me llamó para decirme lo de su ascenso.

—¿Y nada más? —La voz de Concha sonaba muy inquieta, Anya se estaba empezando a asustar.

—No, no he vuelto a saber de él. Concha, por favor, dime qué ha pasado.

—Anya, no tengo ni idea. Sólo sé que ni ayer ni hoy ha ido a trabajar, y no ha avisado. Eso no es normal en él. Nunca falta. Pero si no pudiera ir por algún asunto importante, lo notificaría. No es propio de él. —Anya estaba totalmente de acuerdo con ella.

—¿Lo has llamado al móvil?

—Claro, ayer no me lo cogía y hoy no da señal. Me sale una voz diciendo que está apagado o fuera de cobertura. —A Anya eso le cuadraba todavía menos, Gonzalo no se despegaba de su móvil. Empezó a sentirse tan intranquila como su madre.

—Concha, no te preocupes, seguro que no le ha pasado nada. Yo también intentaré ponerme en contacto con él. Si lo localizas dímelo.

—De acuerdo.

—¿Has denunciado su desaparición a la policía?

—Sí, pero no le dan mucha importancia. Creen que aparecerá en cualquier momento. Como no tiene problemas médicos o discapacidad

mental, ni es peligroso para sí mismo o para otros, no se encuentra en la categoría de búsquedas prioritarias. —Sonaba desesperada.

—¿Y no pueden buscarlo por el GPS del coche o del móvil?

—Por lo visto triangularon su posición gracias al móvil, según me dijeron o mejor dicho entendí, los teléfonos se mantienen en contacto constante con las torres telefónicas y los registros de esta información se conservan, por lo que pudieron ubicarlo.

—¿Y?

—Anya, por lo que me han dicho, estaba a unos kilómetros de tu pueblo, de Óbito. Me lo acaban de comunicar, por eso te llamaba. —Anya cayó sobre una silla.

—¿Sabes de cuando eran esos registros? —Escuchó que a Concha se le escapaba un gemido.

—Eran del domingo por la noche. Después de eso no hay nada.

—¿Del domingo? —Dos días, se dijo.

—Anya, han pasado dos días. Dos días sin conectarse al teléfono. A mi hijo le ha pasado algo.

Anya sabía que por algunas zonas no había cobertura, pero en cuanto hubiera entrado en Óbito, se hubiera conectado de nuevo, la señal habría reaparecido. Y si hubiera llegado al pueblo, hubiera aparecido en su casa, y ella no lo había visto. El domingo por la tarde no había salido, no podía haber llegado porque si lo hubiera hecho, la hubiera encontrado trabajando en la cocina. Empezaba a pensar como Concha, a Gonzalo tenía que haberle pasado algo, no veía otra explicación.

—Concha si...

—Lo sé cariño, si me entero de algo nuevo, te aviso. —Había reaparecido la fortaleza de una madre.

—Gracias. Haré lo mismo. —Anya colgó y se quedó mirando al infinito. ¿Le habría pasado algo?, estaba convencida de ello. No había oído nada sobre un accidente de tráfico por los alrededores, ¿dónde estaría?, se preguntó.

Salió de casa y cogió su viejo todoterreno, no podía quedarse sentada mirando el paisaje sin hacer nada. Estuvo dando vueltas durante un par de horas, buscando por las diferentes carreteras locales. Primero fue en dirección a Madrid, pasando por Paredes y continuando hacia Muros, observando las cunetas por si veía el coche de Gonzalo oculto entre los arbustos del borde de los arcenes. Iba muy despacio, la mayoría de los coches con los que se encontraba la pitaban y acababan adelantándola por línea continua, pero a ella

le daba igual, estaba muy concentrada en su búsqueda, y la falta de luz, por ser una noche cerrada, no ayudaba. Muchos de los laterales de las carreteras eran grandes explanadas bordeadas por vallas y con terrenos cultivados, ahí se vería perfectamente un coche o cualquier otra cosa fuera de lugar, pero otras zonas eran grandes bosques de robles, tan frondosos que con la poca luz que había, podía haber cualquier cosa detrás de la primera línea de árboles.

A media hora de Óbito, había un puente que atravesaba la autovía que lleva primero a Benavente y luego a Madrid, paró en el arcén y salió a revisar que el coche no se hubiera despeñado por ahí. Sabía que era imposible, si un coche llevara accidentado en esa zona dos días, lo hubieran visto, el tráfico de la carretera era cuantioso, y no hubiera podido pasar desapercibido a la luz del día, pero aun así no pudo evitar parar a comprobarlo.

Cuando ya no sabía a donde ir, algunas carreteras ya las había recorrido varias veces, decidió volver a casa, desesperada, estaba tan nerviosa, algo le decía que le había tenido que pasar algo, pero qué.

Al llegar al pueblo, dio un volantazo para tomar la desviación de la derecha, no tenía pensado hacerlo, fue una idea repentina, lo único que sabía es que no quería estar sola, y ahora su discusión, le importaba muy poco.

En cuanto la escuchó llegar, Mateo se dirigió a la puerta, se había sorprendido al oír un coche que venía a toda velocidad por el camino de su casa y que daba un buen frenazo delante de su puerta, no esperaba a nadie. Cuando vio a Anya salir de su Jimny en el estado de nervios en el que se encontraba, se asustó, se acercó corriendo a ella y la abrazó.

—Tranquila, ¿qué ha ocurrido? —Su preocupación parecía real pensó Anya, pero no se creía capaz de pensar con claridad, lo único que quería era gritar, se sentía tan impotente, tan inútil.

No pudo contestar a su pregunta, no le salían las palabras, estaba temblando, no se había percatado de su estado hasta ese momento, supuso que al haber dejado la búsqueda sin encontrar nada, su estado de tensión, el que la mantenía activa y alerta, se había evaporado, apareciendo ahora una triste realidad, se sentía desmoronada, fracasada, histérica. Mateo la agarró de la cintura y la condujo al salón donde la dejó sentada en el sofá, mientras él preparaba una tila para ver si lograba tranquilizarla.

Anya se había tumbado, se encontraba acurrucada en posición fetal, todavía temblando, Mateo la miraba sin saber qué podía haberle ocurrido, con una taza humeante en la mano.

—Tómame esto, te sentará bien. —Anya se sentó encogida en el sofá,

cogió la taza y comenzó a beber a sorbitos pequeños.

—Quema.

—Esa es la idea. ¿Te encuentras mejor?

—Creo que sí, gracias.

—¿Me vas a contar qué ha ocurrido? —Anya le relató todo lo sucedido, la llamada de Concha y la búsqueda infructuosa que había realizado esa noche.

—Seguro que está bien. —Intentó animarla.

—No está bien, y tú también lo sabes. Ha desaparecido llegando aquí, y no ha habido ningún accidente. No ha podido desvanecerse. Gonzalo no ha faltado en su vida al trabajo, y menos ahora que le habían dado el puesto por el que llevaba años luchando, y eso sin contar que de su móvil no se despegaba.

—¿Has comprobado los hospitales? ¿Depósitos de cadáveres? —Anya negó con la cabeza, sintiendo un escalofrío que empezó en la nuca y que le recorrió toda la espalda al oír ese lugar—. Está bien, espera que haga unas llamadas. ¿Cuál es su apellido?

—Marcos.

Mateo cogió su teléfono y empezó a realizar llamadas, primero a los números que guardaba en memoria y luego haciendo caso de las páginas amarillas. Comenzó por los hospitales de la zona, casi todos lo conocían porque había defendido a muchas víctimas de accidentes y maltratos. En todos los lugares a los que llamó le dijeron que ningún Gonzalo Marcos había sido ingresado.

Mientras hablaba por teléfono, Anya lo contemplaba, paseándose de un lado a otro de la habitación, intentando conseguir alguna información sobre el paradero de Gonzalo, ayudándola en su búsqueda. Ella estaba atenta a todas las conversaciones, intentando descubrir con lo que oía si Gonzalo estaba en alguno de los lugares a los que estaba llamando. En cuanto Mateo recibía la confirmación, miraba a Anya y con un gesto de negación con la cabeza le indicaba que ahí tampoco estaba. Pero él no se rendía, siguió llamando a todos los sitios que se le ocurrieron hasta que logró hablar con todos ellos, sin llegar a nada. Gonzalo no aparecía por ninguna parte.

Cuando Mateo terminó con la última llamada, se sentó en el sofá, abatido, no se le ocurría qué más hacer. Anya se tumbó y puso la cabeza sobre sus piernas, de forma que él estuvo acariciándole el pelo, intentando consolarla y tranquilizarla. Después de un largo rato, escuchó una respiración

suave, había logrado que se quedara dormida. Había estado dándole vueltas a lo ocurrido, ¿cómo era posible que una persona se desvaneciera con tanta facilidad? Pensaba en lo peor, pero no quería decirlo en voz alta hasta que hubiera alguna prueba o evidencia de ello.

Con cuidado de no despertarla, se levantó y la cogió en brazos, la llevó a su habitación donde le quitó la ropa, la metió en la cama y la arropó como si de una niña pequeña se tratara, ella hizo algún amago de despertarse durante el proceso, pero continuó dormida, estaba completamente agotada. Se colocó a su lado y la abrazó, enseguida notó como el cuerpo de ella se adaptaba al suyo, acurrucándose entre sus brazos, aún dormida.

Miércoles, 26 de octubre

Anya se despertó en los brazos de Mateo, al principio se sintió algo desorientada, hasta que cayó en la cuenta de todo lo que había ocurrido la noche anterior. Entonces, se le ocurrió quien podría ayudarla en su búsqueda.

Se levantó con cuidado de no despertarlo. Al salir de la cama, donde ya no sentía el calor del cuerpo de Mateo ni el de la colcha, se dio cuenta de que estaba en ropa interior, no recordaba haberse desvestido, así que supuso que él lo habría hecho por ella. Miró en derredor buscando su ropa que encontró encima de una silla, se vistió sin hacer ruido y bajó a la planta de abajo donde estaba su bolso con su móvil en el interior.

Aunque el reloj decía que aún no eran ni las seis de la mañana, llamó a Navarro, esperaba que no le importara, pensaba que era urgente y sabía que tenía la costumbre de madrugar, confiaba que ya estuviera levantado.

—Anya, ¿ha ocurrido algo? —Navarro al otro lado se preocupó por las horas intempestivas de la llamada.

—Siento haberte despertado.

—Ya estaba desvelado, no te preocupes. —Anya pasó a detallarle todo lo que había sucedido el día anterior, le contó lo que le dijo Concha, la madre de Gonzalo, y su búsqueda nada productiva por las carreteras de los alrededores—. ¿Estás en casa? Voy para allá y continuamos la búsqueda.

—Estoy en casa de Mateo —se sonrojó al decirlo, sabía que a Navarro no le gustaba y también se imaginaba su cara con gesto de reproche al otro lado de la línea—, pero salgo ya para allá. Te espero.

—De acuerdo.

En cuanto colgaron, Anya se dispuso a salir, pero antes le escribió un breve mensaje a Mateo que dejó encima de la almohada, un simple «Gracias», fue todo lo que se le ocurrió, le dio un dulce beso en la frente y se marchó a toda velocidad.

Cuando Navarro llegó a su casa, ella acababa de terminar de vestirse después de una rápida ducha. Kika la había estado ignorando durante todo ese rato en el que había estado corriendo de un lado a otro para estar preparada, parecía estar enfadada con ella por no haber vuelto la noche anterior.

Anya estaba sirviendo café recién preparado en dos tazas, dejó el azúcar

y la leche encima de la mesa para que Navarro se echara la cantidad que prefiriera, y se sentó al otro lado, frente a él.

—Veamos, ¿qué pasos pudo seguir? —Dijo Navarro pensando en cómo reconstruir los hechos con lo poco que tenían.

—Aquí no llegó. Concha dijo que lo habían localizado a unos kilómetros del pueblo, no me especificó cuántos, no creo ni que lo supiera. —Navarro asentía—. La cobertura se pierde justo pasado Paredes, y eso son cinco kilómetros, pero en Óbito vuelve a haber señal.

—En tu recorrido fuiste por esa carretera. —No era una pregunta, fue un pensamiento dicho en voz alta, Navarro meditaba sobre el asunto.

—La recorrí cuatro veces, dos veces de ida y dos de vuelta, pensé que era el lugar con más probabilidad de encontrarlo, pero no vi nada.

—Era de noche, y hay mucho bosque. Vamos.

Ambos se levantaron de la mesa, aunque antes se tomaron el café de un trago. Anya había dormido muy pocas horas, y aunque su cuerpo estaba a tope de adrenalina, necesitaba café para seguir manteniéndose en pie y no caer rendida al suelo, estaba desmoralizada y eso no era lo que necesitaba ahora si quería encontrar a Gonzalo. Le ayudaba pensar que Navarro sabía lo que hacía y sabría qué pasos seguir para encontrarlo.

Salieron de la casa, seguidos muy de cerca por Kika.

—Kika, tú te quedas aquí. —Le dijo Anya mientras cerraba la puerta intentando que la gata no saliera detrás de ellos. Subieron al coche de Navarro y se pusieron en marcha—. Creía que íbamos a Paredes.

—Sí, y allí es donde nos dirigimos.

—¿No cambias de sentido?

—Si se sigue recto hay una desviación a la derecha que rodea todo el pueblo y te lleva a la carretera de Paredes.

—Ah, no lo sabía.

—Hasta hace poco era un camino de cabras, pero la asfaltaron hace un par de años.

Navarro empezó a mover el coche, y Anya advirtió que Felisa estaba en el porche de su casa, saludándoles, por lo que levantó la mano al pasar por delante.

—Para. —El grito que soltó Anya asustó a Navarro que dio un respingo en el asiento, además de un buen frenazo—. Es el coche de Gonzalo. —Acababan de salir del pueblo, no habían recorrido ni doscientos metros.

—¿Estás segura?

—Sí, claro, es su Focus, reconozco la matrícula.

Ambos se bajaron del coche y se aproximaron despacio, Anya por miedo a lo que pudiera encontrar, Navarro porque iba observando con cuidado los alrededores, por si descubría alguna prueba que revelara los movimientos de Gonzalo después de dejar el coche aparcado en ese lugar, aunque lo más lógico era pensar que se encaminara a casa de Anya.

El coche estaba en un lateral del camino, bien aparcado y no estaba oculto. Se asomaron al interior y no vieron nada raro, nada que a simple vista pudiera llamarles de manera especial la atención. Una botella de agua entre los asientos del copiloto y del conductor, que presumiblemente había estado bebiendo durante el camino, por lo demás, se veía vacío y bastante limpio, detrás del asiento del conductor, en el suelo, pasaba desapercibido, un parasol, pero nada más, ni siquiera había objetos encima de la tapa del maletero. Intentaron abrir todas las puertas, pero estaban cerradas. Navarro miró a Anya, ella estaba pálida, observando el coche vacío de Gonzalo.

—Parece que llegó al pueblo, en el camino entre su coche y tu casa debió de desaparecer. —Navarro dedujo lo más razonable, lo que Anya también estaba pensando.

—Pero estamos hablando de unos pocos metros, ¿cómo desaparecería? —Navarro no podía contestar a esa pregunta, pero algo le decía que no desapareció por su propio pie, la cosa no pintaba bien—. Podemos preguntar a Felisa, se pasa mucho tiempo mirando por la ventana o sentada en el porche. —Sabía que acababa de llamar a su vecina cotilla, pero no tenía tiempo para remilgos.

—Vamos a ver si vio algo.

Volvieron a subir al coche y esta vez Navarro sí tuvo que maniobrar, aunque llegaron a la casa de Felisa en unos segundos. Dejaron el coche en su entrada y pasaron al interior de su propiedad, ya no había ni rastro de ella, debía de estar dentro. En cuanto llamaron a su puerta, apareció.

—Buenos días. ¿Qué os trae por aquí?, pensé que ibais a alguna parte. —Se apartó de la puerta para dejarles entrar y se encaminó a la cocina—. ¿Queréis un café?

—No, gracias, Felisa, acabamos de tomar uno. —Dijo Anya que se notaba algo alterada—. Quería saber si el domingo por la noche viste a Gonzalo, mi amigo de Madrid —Anya recordó que no habían coincidido—, es alto, muy delgado y moreno.

—No, hija, no me suena. Llegué por la tarde de casa de mi prima, estaba

cansada y me pasé la tarde dormitando, tumbada en el sofá. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Ha desaparecido, lo único que sabemos es que hace dos días se dirigía hacia aquí y ya no se ha vuelto a saber de él. Acabamos de localizar su coche ahí arriba, pero no hay ni rastro de Gonzalo.

—Oh, y ¿creéis que le ha pasado algo? —Anya asintió—. Es raro que su coche esté ahí y no haya rastro de él. ¿Queréis dar una vuelta por la zona para ver si lo encontramos? Yo os puedo ayudar.

—Muchas gracias, Felisa, pero no hace falta...

—No digas tonterías, niña, estoy mayor, pero aún no soy una inválida.

Así que los tres salieron de la casa para comprobar los alrededores. Navarro junto con Felisa se dirigieron hacia arriba, en la dirección en la que habían encontrado el coche, y Anya se dio una vuelta por la parte de detrás de ambas casas, aunque evidentemente, en los jardines de Felisa ni en el suyo estaba Gonzalo. Continuó siguiendo la orilla del río hasta llegar a la altura del coche, como no vio nada, prosiguió andando en esa dirección, que le parecía tan válida como cualquier otra.

Unos metros más adelante, pasado el puente por el que cruzaba a veces cuando corría, había un pequeño salto de agua y un par de troncos cruzados en el río, siempre le había parecido un lugar muy bucólico, con el bosque mixto de castaños y robles alrededor. Ahora nunca lo olvidaría.

Algo le llamó la atención, había algo enganchado entre uno de los troncos y una de las grandes piedras que provocaban el pequeño salto de agua. Se acercó a comprobar qué era, cuanto más cerca estaba, más le parecía que lo que había enganchado era una bolsa azul, de esas de basura, pensó que la gente era una guarra y se acercó a retirarla del agua.

—Gonzalo. —Gritó al verlo allí tirado. Al ponerse a la altura del tronco comprobó que lo que había pensado que era una bolsa, en realidad era el plumas de Gonzalo, su cuerpo estaba boca abajo, su cabeza bajo el agua y lo que se había quedado encallado entre el tronco y la piedra era su brazo, por eso todavía seguía ahí y no había sido arrastrado por la fuerte corriente del río.

Anya fue corriendo a cogerlo y a sacarlo del agua, pero no llegaba, así que sin pensárselo dos veces, se metió en el río helado y fue a por él, lo cogió por debajo de los brazos rodeándole el pecho y lo arrastró a la orilla, no sabía cuándo se había puesto a llorar pero notó el calor de las lágrimas abrirse paso por sus mejillas. Al llegar a la orilla, con el cuerpo del que había sido su

pareja y su mejor amigo los últimos años, se encontró con que Mateo se dirigía hacia ella corriendo desde el jardín de su abuela, cuando se puso a su altura, comprendió de inmediato la situación, y ayudó a Anya a sacar el cuerpo de Gonzalo del río, le estaba costando levantarlo esos centímetros necesarios para traspasar el borde y dejarlo en tierra firme. Después de que hubieron dejado a Gonzalo boca arriba, Anya comprendió que no había nada que hacer, tenía la mirada perdida y su cara mostraba un color morado, pero aun así no quiso rendirse y empezó a hacerle el boca a boca y un masaje cardiaco de forma desesperada, mientras le gritaba que despertase.

Navarro y Felisa llegaron en el momento en que Anya comenzaba con la ventilación asistida, habían oído su grito por lo que habían retrocedido para buscarla. Felisa se puso la mano en la boca intentando detener el grito de sorpresa que luchaba por salir.

—Despierta. —Seguía diciendo Anya que continuaba con el masaje cardiaco sin parar de llorar.

Mateo se agachó a su lado y la abrazó, tenía que detenerla, ya no podía hacer nada por él. Al principio ella se resistió, no podía dejar de atender a Gonzalo, seguía encabezonada en salvarlo aplicándole primeros auxilios, pero al final tuvo que darse por vencida, relajándose y encogiéndose entre los protectores brazos de Mateo.

—No puedo creerme que haya muerto. Lo más probable es que haya sido por mi culpa y esa maldita investigación que estoy llevando a cabo. —Dijo entre sollozos. El único que pudo oír ese comentario fue Mateo, el resto oyeron un murmullo sin sentido. Él, al oírlo, la abrazó más fuerte, parecía un animal herido y sintió tanta angustia por ella como la que ella misma sentía en esos momentos.

Navarro se encargó de llamar a la policía y contarles todo lo ocurrido para que vinieran cuanto antes.

—Anya, está muerto. Lleva más de 48 horas muerto. —Afirmó Navarro que acababa de colgar el móvil. Anya lo miró sin saber muy bien que decía, no entendía nada, no entendía por qué Gonzalo estaba en Óbito, no entendía por qué estaba muerto, no entendía por qué no la había llamado para decirle que venía, y ahora tampoco entendía por qué Navarro decía eso—. El *rigor mortis* aparece cerca de tres horas después de la muerte, su punto máximo llega después de 12 horas y se disipa después de 48 horas. —Anya asentía, como si hubiera entendido lo que acababa de decir Navarro, pero no había oído sus palabras, lo único que se repetía una y otra vez en su cabeza era la

última conversación que habían mantenido, en la que le decía lo que la quería, y aunque ella lo rechazaba, él le hacía una broma, y le decía que seguiría luchando por ella.

Incluso cuando llegó la policía, seguía sin oír ni entender lo que ocurría a su alrededor. Poco después, se oyó el sonido de la sirena de una ambulancia, vio una camilla y a un par de hombres llevándola a costas, acercándose a donde se encontraban.

—Lo sabía, sabía que no estaba muerto, se lo llevan a un hospital, está vivo. —Se dijo a sí misma.

Todos estaban muy preocupados por el estado de Anya, parecía encontrarse en *shock* por los últimos acontecimientos, de repente había dejado de escucharles o prestarles atención, no respondía.

Anya se dio cuenta de que los sanitarios no se dirigieron a Gonzalo, quien aún seguía tumbado boca arriba en el suelo con los ojos abiertos, nadie se los había cerrado, fue a hacerlo ella, pero no pudo moverse, estaba aprisionada en los brazos de Mateo. Entonces comprobó que los sanitarios iban directos a ella, primero comprobaron sus constantes, y aunque ella les veía mover la boca era incapaz de entender lo que le decían, entonces vio una jeringa, y después de eso, nada.

Jueves, 27 de octubre

Anya despertó, poco después de las doce de la noche, en una habitación de hospital. Cuando abrió los ojos vio que a los pies de su cama, en una vieja butaca, Mateo la miraba preocupado, pero al darse cuenta de que había abierto los ojos, se levantó y se colocó junto a ella.

—¿Qué tal te encuentras?

—Me duele la cabeza, ¿qué ha pasado?

—¿Qué recuerdas?

—Recuerdo encontrar el cuerpo sin vida de Gonzalo en el río, sacarlo de allí y aplicarle los primeros auxilios. Después los recuerdos son más vagos, creo que alguien me inyectó algo.

—Entraste en *shock*, todos estábamos muy preocupados, no reaccionabas, así que el sanitario te inyectó un calmante. —Mateo pulsó el botón para avisar a la enfermera que había despertado—. Navarro está en la cafetería, ha ido a comer algo, lleva todo el día pegado a tu cama. A mi abuela la llevé a casa hace unas horas, se la veía agotada, aunque se quedó intranquila, pero ya no tiene edad.

—¿Qué tal se encuentra la paciente? —Dijo la enfermera muy animada mientras entraba en la habitación—. Si no le importa salir. —Le dijo a Mateo, quien asintió y aprovechó para llamar a su abuela y comunicarle que Anya ya había despertado y se encontraba bien, estaba seguro de que no se había ido a dormir esperando noticias.

En cuanto la enfermera salió de la habitación, Mateo volvió a entrar.

—¿Qué te ha dicho? —Anya notó la preocupación en su voz.

—Que todo está en orden, que lo más probable es que mañana el médico me dará el alta y podré volver a casa. Y también que tengo un novio muy atento y guapo. No sé si lo decía por ti o por Navarro. —Mateo soltó una carcajada, en parte por la broma, y en parte porque si estaba bromeando era síntoma de que se encontraba mucho mejor—. Tengo hambre.

—Voy a preguntarle si puedes comer y beber algo.

—Gracias.

Anya se sentía un poco idiota por su reacción, es verdad que encontrarse el cuerpo de Gonzalo no había sido agradable, pero entrar en *shock* le

resultaba humillante.

Contempló la habitación en la que se encontraba, tan aséptica como todas las habitaciones de hospital, pintada en blanco y con algunos toques de azul, como el cabecero de la cama y el sillón en el que se encontraba sentado Mateo cuando despertó. Había otra cama a su lado, estaba vacía, al lado de ella otro sillón gemelo al de su lado y un armario idéntico al que ella tenía. Ambas zonas eran análogas, separadas por una cortina azul que en ese momento se encontraba completamente abierta.

Unos minutos después, entraban Mateo y Navarro charlando, parecía que se comportaban como personas adultas y civilizadas. Quizás su preocupación por ella había limado sus asperezas, pensó. Se fijó que Mateo llevaba un sándwich de máquina y un refresco, siendo sincera esperaba que fueran para ella, tenía un hambre canina.

—Esto es lo único que he encontrado. El sándwich es de ensalada de atún.

—¡Qué rico! —A Anya le daba igual un sándwich que otro, llevaba todo el día sin comer y notaba su estómago vacío.

—¿Y le dejan comer? —Preguntó Navarro.

—La verdad es que no he visto a nadie a quien preguntar. Supongo que no habrá problema. —Navarro iba a regañarle por su comportamiento, pero cuando miró cómo Anya devoraba el sándwich, decidió desistir, parecía que al final no había resultado una mala decisión.

—¿Cómo estás Anya? —Navarro estaba preocupado.

—Bien, perdonad mi comportamiento, me siento estúpida.

—No digas tonterías. Últimamente estás muy estresada con la investigación y es normal que el cuerpo reaccione como lo ha hecho. —Le dijo Navarro intentando quitar importancia al asunto.

—Gracias, Manuel.

—Bueno, pues viendo que ya está todo bien, os voy a dejar. No tengo edad para quedarme a dormir en uno de esos sillones del demonio. —Dijo señalando los butacones de la habitación.

—Muchas gracias por haberte pasado el día entero aquí. —Navarro le revolvió el pelo en un gesto cariñoso y le dio un beso de buenas noches.

—Si quieres te puedo llevar a casa. —Le dijo Mateo cortésmente.

—No hace falta, tengo el coche abajo. Mañana te llamo Anya. —Navarro atravesó la puerta y desapareció por el pasillo.

—¿Quieres otro sándwich? —Anya se había comido en cuestión de

segundos el que le había traído, estaba claro que tenía hambre.

—No, creo que me va a sentar mal el que me acabo de engullir, lo he comido muy deprisa. —Mateo sonrió.

—Y ahora en serio, ¿cómo te encuentras?

—Ha sido duro ver a la persona con la que he convivido estos últimos años muerta, no es plato de buen gusto, pero eso hace que me obceque más en descubrir al asesino.

—¿Crees que las muertes de hace diez años están relacionadas con la de Gonzalo?

—¿Tú no?

—No creo en las casualidades, pero no entiendo por qué iban a asesinar a Gonzalo, él no pinta nada en esta historia.

—Estoy de acuerdo contigo, y no voy a parar hasta averiguarlo.

—Ann, respecto a lo que pasó el otro día —Mateo quería aclarar su relación con Raquel. Sabía que la investigación de Anya se estaba convirtiendo en algo muy personal, sobre todo después de lo que acababa de ocurrir, y no quería que tuviera ninguna duda sobre él, no quería que pensara que le estaba ocultando algo, cuando no era así, y además, contándoselo no haría ningún mal a Raquel, ella ya le había dicho que había hablado con Anya y le había comentado que había empezado a recordar—, mi relación con Raquel...

—¿Sí? —Anya lo miró, parecía que iba a revelar algo.

—Raquel es una chica encantadora, y no querría que le ocurriera nada, la aprecio mucho, por eso no quería hablar de ella. —Anya le seguía, aunque no sabía a dónde quería llegar—. El primer año que estuvo en León, yendo al psicólogo para tratar el estrés postraumático, yo estaba allí en mi último año de carrera. Coincidimos varias veces por el centro, ella siempre iba con su madre, sólo tenía trece años por aquel entonces. El caso, es que acabé quedando con ellas para enseñarles la ciudad, los mejores lugares, lo típico. Un día, su madre me contó lo que había ocurrido, supongo que no tenía con quien desahogarse y allí estaba yo. Me dejó impresionado, para qué mentirte, sentí lástima de Raquel y quise ayudarla. Obviamente poco podía hacer yo, la llevaba al cine, a tomar helado y cosas del estilo, acabamos siendo amigos, buenos amigos, ella me preguntaba por los chicos, y yo a ella le preguntaba por los casos que tenía que analizar en la Facultad. Aunque no te lo creas, su perspectiva me ha ayudado en muchas ocasiones, es una chica muy inteligente y avispada.

—Mateo, yo no quiero hacerle daño. La aprecio.

—Lo sé, aunque no lo creas, conozco tu forma de ser, y sé que nunca le harías daño, por lo menos a propósito. Pero es una chica que ha sufrido mucho por lo que ocurrió y no quería que volviese a revivirlo. Aunque parece ser que es lo que ella quiere.

—Sí, me dijo que quería recordarlo para afrontarlo.

—Tal vez sea lo mejor. No me puedo imaginar lo que es vivir sabiendo que estuviste presente mientras asesinaban a tu mejor amiga y a su familia, y no ser capaz de recordar nada.

—Anda, ven aquí.

Mateo se acercó y Anya lo besó, con suavidad, fue un beso largo y cariñoso, ella necesitaba afecto y amor, no dudas, ya estaba cansada de dudar de alguien que no se lo merecía, y él necesitaba ser reconfortado.

A Anya le dieron el alta esa mañana, en cuanto el doctor pasó por su habitación para realizar las oportunas comprobaciones, como todo estaba en orden, la mandó de vuelta a casa, así que Mateo se encargó de llevarla.

—¿Y tu trabajo? Ayer tampoco fuiste.

—No te preocupes por esas nimiedades, ahora lo importante eres tú. Alberto se está ocupando de todo, mañana volveré y seguro que se alegra, pero déjale que se estrese un poco. —Sonrió, parecía que se estaba divirtiendo sobrecargando de casos a Alberto.

—De acuerdo. No digo nada.

Cuando llegaron a casa de Anya, Felisa salió de inmediato a recibirla, la mujer había estado atenta a su llegada.

—¿Qué tal te encuentras, hija?

—Ya bien, Felisa. Sufrí un ataque de ansiedad, pero ya estoy bien.

—Me alegro, ¿y a dónde os creéis que vais? —Tanto Mateo como Anya se quedaron mirando a la mujer sin saber a qué se refería—. Ahora mismo os venís a mi casa que estoy preparando la comida. —Ambos sonrieron y se encaminaron a casa de Felisa, quien en un santiamén les cortó un poco de queso y jamón para que se entretuvieran picando algo mientras terminaba de hacer la comida. Mateo sirvió una copa de vino a cada uno y estuvieron comiendo tranquilos y relajados.

Después de comer, disfrutaron de una película que ponían en televisión, un clásico del oeste con John Wayne y Dean Martin, *Río Bravo*, así fue cómo

Anya se enteró de lo que le gustaban ese tipo de películas a Mateo.

—Cuando era un crío, mi padre y yo, en ocasiones, hacíamos ciclos de películas del oeste, veíamos dos o tres películas seguidas, unas veces de John Wayne, otras veces de James Stewart, de Gary Cooper, Henry Fonda y demás. Comprábamos palomitas y disfrutábamos delante del televisor. Recuerdo esos momentos con mucho cariño. —Anya se enterneció al escucharle, no hablaba de sus padres a menudo.

—Chicos y qué tenéis pensado hacer el día de Todos los Santos. —Anya se quedó pensando la pregunta, no entendía a qué se refería. Ella sabía que en esas fechas todo el mundo iba a poner flores en la tumba de sus seres queridos, su padre estaba enterrado en Madrid, y sus abuelos en el cementerio del pueblo, supuso que se pasaría a dejarles unas flores, pero también dependía de cuándo fuera el entierro de Gonzalo, quizás ese día tuviera que estar en Madrid para poder acudir.

—Abuela, no creo que Anya esté para celebraciones.

—Pero eso no es una celebración. —Dijo Felisa.

—No entiendo a qué os referís, ¿qué pasa el día de Todos los Santos? —Preguntó Anya con curiosidad.

—Es costumbre realizar una hoguera en la que asamos castañas. La abuela y yo solemos hacerla en el patio trasero de la casa. Y entonces ella me cuenta algunos cuentos populares. —Mateo se encogió de hombros, comprendía que sonaba algo infantil, pero lo hacían desde que él era un crío y sabía que a su abuela aún le hacía ilusión, por lo que mantenían la tradición.

—El magosto.

—Exacto. Los magostos están vinculados al día de los difuntos porque existía la creencia que por cada castaña comida se liberaba un alma del purgatorio. —Les contó Felisa.

—Pues a mí me parece perfecto. A no ser que ese día esté en Madrid. —Felisa la miró extrañada—. Estoy pendiente de que me confirmen cuándo va a ser el entierro de Gonzalo. —A Anya le dolía decir eso, aún no se creía que hubiera muerto, pero poco a poco lo iba asumiendo.

—Hija, ¿y vas a ser capaz de asistir sin que te dé otro de esos ataques como el que te dio ayer?

—Creo que ya lo he superado, fue un desliz. No sé cómo ocurrió, pero no va a volver a suceder.

—¿Y eso cómo lo sabes? —Felisa mostraba preocupación por ella.

—Porque me da fuerzas concentrarme en el siguiente paso, encontrar a

su asesino. Esto no va a quedar así. —Dijo contundente.

Viernes, 28 de octubre

—Voy a comer un bocadillo delante del ordenador para salir antes. Espero estar en tu casa sobre las cinco. —Mateo no quería dejar a Anya mucho tiempo sola, parecía que ya estaba recuperada y que todo había sido un único episodio, un bajón momentáneo, pero no quería arriesgarse.

—De acuerdo.

—¿Sabes algo de... ?

—He hablado con Concha, me ha confirmado que le van a hacer la autopsia en el hospital de Muros y cuando terminen trasladarán el cuerpo a Madrid. Esperan enterrarlo el domingo, a más tardar el lunes.

—¿Quieres que te acompañe?

—No estoy segura. Por un lado, me encantaría que estuvieras a mi lado, serías un gran punto de apoyo, pero por otro lado, es el entierro de Gonzalo, nadie sabe que habíamos terminado, ha sido muy reciente, no me parece bien aparecer contigo. —Mateo comprendía perfectamente el argumento de Anya.

—Creo que ya lo tienes decidido.

—Eso parece. —Sonrió Anya, tenía toda la razón.

—Pero puedo acompañarte a Madrid y dejarte sola en el entierro.

—¿Perderías más días de trabajo?

—Creo que Alberto se puede apañar un par de días más sin mí, y no tengo que ir a los tribunales hasta finales de la semana que viene.

—De acuerdo, lo hablamos luego.

—Un beso, te dejo, voy a ver si termino.

Después de colgar, Anya empezó a preparar algo de comer, había sacado del congelador pollo, tenía pensado cortar algunas verduras y meterlo todo al horno.

Kika estaba en una esquina de la cocina tumbada en el suelo, observándola, parecía que se había dado cuenta de lo abatida que se encontraba su dueña y ahora no la dejaba sola en ningún momento, siempre a una distancia que consideraba adecuada, pero nunca sola, y en cuanto Anya le decía cualquier cosa, se acercaba a hacerle mimos.

Estaba cortando una cebolla cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta de atrás, cuando miró, asomada a la ventana, entre el muro y la vieja

noria, se encontraba Raquel, en el escondite que solía utilizar de pequeña con Mónica, donde se imaginaba que habría visto lo ocurrido aquella noche. Le hizo un gesto con la mano para que entrara, era toda una sorpresa que se presentara de improviso en su casa.

—Hola, Ana, me he enterado de lo ocurrido. Quería saber qué tal te encuentras.

—Estoy bien, dentro de lo que cabe.

—¿Te importa que te llame Ana? Prefiero llamarte por tu nombre real.

—No hay problema.

Anya se dio cuenta de que Raquel todavía se encontraba en la puerta, parecía no querer pasar a la cocina, lo más probable es que desde aquel día no hubiera vuelto a entrar allí, y el lugar había cambiado bastante poco, una mano de pintura, pero el resto no había sido modificado. No le dijo nada, no quería presionarla, cuando se encontrara con fuerzas para pasar, estaba segura de que lo haría.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un refresco? —Le preguntó Anya mientras metía el pollo en el horno.

—Sí, una coca-cola, si tienes. —Anya sacó dos latas de la nevera, se acercó a ella y le dio una, después se sentó en la mesa con el otro refresco.

—¿Quieres un vaso? —Raquel negó con un movimiento de cabeza.

—Gracias por no presionarme.

—Raquel, no puedo imaginarme lo duro que puede ser para ti estar aquí, enfrentarte a este lugar. Claro que no te voy a presionar. Si quieres una silla para estar ahí, dímelo y te acerco una. —Entonces Raquel hizo algo que sorprendió a Anya, echarse a reír, pero no una breve carcajada, le dio un ataque de risa, la chica no podía parar. Anya no sabía qué era lo que había dicho que le resultara tan gracioso, pero la risa de Raquel era contagiosa, así que al final ella también acabó riendo sin saber por qué.

—Te imaginas —empezó a decir Raquel cuando se encontró algo más calmada—, trayéndome una silla aquí, en medio de la puerta, para estar relajadas tomando algo. Es absurdo.

—Si tú lo dices. He visto situaciones más ridículas.

—Ponme un ejemplo. —Le dijo Raquel que seguía en el mismo sitio, sin moverse. Anya se quedó pensativa, intentando hacer memoria.

—Recuerdo una vez que mi hermano se enfadó con mi abuela porque le había castigado sin ver la televisión. Mi hermano se puso hecho una furia, se iba a perder un episodio de su serie favorita. —Anya puso los ojos en blanco

con ese recuerdo—. Así que comenzó una pequeña venganza, no entraba a la habitación si estaba la abuela, y en caso de no tener otra alternativa, por ejemplo en la hora de las comidas, él se sentaba en la silla siempre dándole la espalda. Creo que estuvo así una semana. —Raquel volvió a echarse a reír, veía lo cómico de la situación. Poco a poco empezó a acercarse a la mesa donde se encontraba Anya, ella la observaba sin decir nada. Cuando llegó, se sentó enfrente de ella, en silencio—. ¿Quieres quedarte a comer? —Raquel se quedó unos segundos pensándolo, tenía que enfrentarse a sus miedos, permanecer un tiempo en esa cocina, habían pasado más de diez años. Finalmente, aceptó decidida.

—No puedo negarme, además, ese pollo huele que alimenta.

—Me alegro.

Aunque ninguna quería que la conversación resultara macabra, puesto que era la primera vez que Raquel pisaba esa cocina desde el asesinato de los Ruíz, la charla derivó a los últimos acontecimientos y a los recuerdos de la chica.

Lo primero de lo que hablaron fue de lo que había recordado Raquel en los últimos días. Le mencionó a Anya hasta el más ínfimo detalle, ella escuchaba muy atenta, sin abrir la boca, dejándola expresarse y asumir todos sus recuerdos.

—Sabes, ahora que lo he contado en voz alta me siento mejor. Ya sé que aún me queda mucho que recordar, de hecho, lo peor, pero creo que he dado un gran paso. —Le dijo. Parecía aliviada. Anya puso su mano encima de las suyas y le dio un suave apretón.

Después, Anya comenzó a detallarle lo ocurrido estos últimos días, la desaparición de Gonzalo, su búsqueda y cómo había terminado todo, encontrando su cuerpo en el río.

—Fue una suerte que se quedara enganchado en el tronco, si no, nunca lo hubierais encontrado, habría llegado a la laguna de los sapos donde hubiera servido de alimento a los peces. —Apuntó Raquel.

—Hasta no hace mucho, pensaba que eso mismo era lo que le había ocurrido a Jaime Ruíz.

En ese momento sonó la campana del horno, el pollo ya estaba hecho. Anya se levantó, lo apagó y dejó un poco abierta la puerta de forma que la comida no se quedara fría. A continuación, comenzó a preparar una ensalada con la ayuda de Raquel. En unos minutos tenían los platos llenos de pollo asado con verduras, y una ensalada en el centro de la mesa. Anya escogió un

Rioja para beber, el médico no le había recetado ningún tipo de medicación, sólo le dijo que si sufría otro ataque de ansiedad que volviera. Le preguntó a Raquel si quería vino y ella también asintió, supuso que tampoco estaba bajo tratamiento.

Cuando estaban terminando, llamaron a la puerta principal. Anya se levantó extrañada, no esperaba a nadie y era pronto para que llegara Mateo. Cuando abrió, se encontró a Felisa portando una tarta de manzana con la que quería obsequiarla por su pronta recuperación. Como siempre, Felisa tan atenta, pensó Anya agradecida.

—Oh, Felisa, tiene muy buena pinta. Ande, pase con nosotras y tómesese un café y un pedazo de tarta.

—Claro, niña, eso está hecho. —Cuando Felisa entró en la cocina, se sorprendió que estuviera allí sentada Raquel, no sabía que fueran amigas, y a ella no se le solía pasar nada. Siempre le había parecido una niña muy rara, sobre todo después de la muerte de su amiga Mónica, y como muchos en el pueblo, pensaba que era una gran carga para su madre.

Anya dejó la tarta sobre la mesa y sacó tres platos en los que sirvió una ración a cada una.

—Supongo que tomaréis un café, ¿verdad? —Ya estaba preparándolo en su vieja cafetera italiana.

—Claro. —Dijo Felisa.

—No, gracias, Anya, no me apetece café.

—De acuerdo, entonces para dos. —Se sentó de nuevo en la mesa para probar la tarta que había traído su vecina—. Uhm. Felisa, está muy rica, no está tan dulce como suelen estar las compradas.

—Me alegra que te guste.

Anya y Raquel comieron sus porciones de tarta en silencio, saboreándola, mientras Felisa las contemplaba complacida. Cuando casi se la habían terminado, Felisa cogió el cuchillo y fue a cortarles otro trozo.

—Otro trocito, ¿verdad?, creo que has puesto una ración muy pequeña. —Le dijo Felisa bromeando, pero encantada de que la estuvieran disfrutando.

—Pero si tú ni siquiera la has probado. —Le dijo Anya comprobando que no había tocado su plato.

Cuando Raquel vio a Felisa con el cuchillo en la mano, dispuesta a cortar otra porción de tarta, se levantó bruscamente de la silla, lo que hizo que ésta se cayera hacia atrás provocando un estrepitoso golpe. Ambas, Felisa y Anya, al oír el impacto de la silla sobre el suelo, levantaron la cabeza de inmediato,

confundidas, no entendían el ataque de nervios que estaba sufriendo Raquel delante de ellas.

Anya estaba desconcertada observándola. Su cara estaba desencajada por el terror, el mismo terror que debió de sentir hacía más de diez años, el mismo terror que empezaba a sentir en ese momento. Creyó comprender lo que le ocurría, ella ya no se encontraba ahí con ellas, había vuelto al pasado, a aquella fatídica noche, se lo notaba en los ojos.

Raquel andaba hacia atrás, muy despacio, alejándose de ellas. Acabó tropezando con la silla caída, por lo que ella también cayó. Se quedó sentada en el suelo mirándolas, como si hubiera despertado de su letargo, se arrastró continuando su camino hasta que el muro frenó su avance. Entonces se acurrucó con la espalda pegada a la pared, debajo de la ventana, dobló las piernas y las abrazó, estaba tiritando. Se encontraba situada en el mismo ángulo de visión que hacía diez años, con la diferencia que esta vez se encontraba en el interior de la cocina.

—Lo recuerdo. —Dijo en un murmullo—. Lo recuerdo. —Repitió.

Enero 1963

—El resultado es positivo. —La mujer estaba sentada frente a él, se la veía nerviosa y contrariada, supuso que no era el resultado que esperaba. Estaba encogida en la silla con su vestido de los domingos, el abrigo doblado sobre sus piernas y encima el bolso, sobre el que estaba ejerciendo una gran presión, parecía agarrarlo como si la vida le fuera en ello—. ¿Quiere un vaso de agua? —Le ofreció, quizás así se tranquilizara.

—¿Está seguro? ¿No hay ningún error? —El médico lo había visto en otras ocasiones, la incredulidad, la negación de lo evidente, no querían que fuera verdad y optaban por no creérselo.

—No, el análisis ha dado positivo.

—Pero, ¿no se podría hacer otro para confirmarlo? Me refiero a que puede haber algún error.

—No hay error, el análisis confirma que usted está embarazada, pero si quiere repetir la prueba está en su derecho. —Ella sabía que mientras pagara no habría problema. Había tenido que ir a esa consulta de Zamora, no podía ir a su ginecólogo habitual, nadie podía enterarse de su estado. Por este motivo se estaba gastando todo el dinero que ganaba como ayudante en la peluquería de Paredes—. De todas formas, tenemos que hacerle algunas pruebas para ver cómo se encuentra el bebé.

No podía seguir escuchando, se estaba mareando, si no salía de allí a que le diera el aire, acabaría desmayada en la consulta.

—Gracias, doctor. Llamaré para pedir cita. —Se levantó de repente, casi vuelca la silla en su afán por escapar de allí. El doctor observó cómo se iba de su consulta, había tantas como ella, pensó, futuras madres solteras que con esta noticia acababan de ver su futuro destruido. Revisó su historial, quizás pudiera ayudarla de alguna forma.

Cuando salió a la calle, se apoyó en la pared del edificio y empezó a respirar, más calmada, el frío aire de invierno, tenía que asimilar lo que el médico le acababa de decir, estaba embarazada, ¿qué iba a hacer? Un rato después, se sintió con las suficientes fuerzas para andar sin marearse.

Se dirigió a la estación de autobuses, tenía que volver a Óbito, sus padres no podían darse cuenta de que se había ido a Zamora, no tenía excusa ni

explicación que darles.

Por un lado, estaba muy asustada por lo que se le venía encima, no era el momento, pero por otro lado, tener un hijo era lo que siempre había ansiado, quizás no así, pero daba igual, algo estaba creciendo en sus entrañas, un ser con vida. Sabía que en cuanto la gente lo supiera, empezarían a llamar a su bebé ilegítimo o bastardo, y ella se convertiría en una perdida, en el pueblo todos la rehuirían, le iban a hacer el vacío. O tal vez se estaba poniendo en lo peor. Primero se lo tenía que decir al padre, seguro que entre los dos tomarían la decisión adecuada. Ella lo conocía, seguro que hacía lo correcto, se casarían y formarían una familia, lo que ella llevaba deseando desde que lo había conocido. Él la amaba, ella lo amaba a él y además iban a ser padres, si lo pensaba bien, tampoco era tan mala noticia, era una criatura nacida del amor de dos personas, eso no podía ser malo desde ningún ángulo por el que se mirara. Es verdad que el acontecimiento se había precipitado, pero era algo que hubiera ocurrido antes o después, se dijo.

Cuando llegó a la estación, ya estaba más relajada, estaba convencida de que todo iba a salir bien. En el camino se había despejado por el gélido viento, llegando a conclusiones más optimistas que las que se había planteado en un principio. Estaba animada, todo iba a salir bien, se repetía. Subió al autobús con una gran sonrisa en la cara, deseando contárselo al padre, segura de que se iba a emocionar tanto como ella.

No se podía ni imaginar lo que ese hecho iba a desencadenar.

En cuanto se bajó del autobús en Paredes, se dirigió a la peluquería, su turno empezaba a las cuatro de la tarde, llegaba justo a tiempo. Menos mal que se había preparado un bocadillo que se había ido comiendo en el autobús, ahora tenía que comer por dos, no podía saltarse ninguna comida, se dijo.

Cuando llegó, todavía tuvo que esperar cinco minutos a que llegara la dueña para abrirle la puerta.

—Buenas tardes. —Le dijo fríamente la mujer cuando llegó, como siempre manteniendo las distancias. A ella le daba igual, de hecho, casi lo prefería, así no sufriría de preguntas indiscretas, aunque no se le pasó por alto la mirada de arriba abajo que le echó, se había dado cuenta de que vestía con su mejor ropa.

—Buenas tardes. —Contestó ella de forma educada.

En cuanto traspasaron la puerta, cada una se puso a sus quehaceres. Se quitó el abrigo y lo dejó en la parte de atrás, la zona reservada a las peluqueras, también dejó su bolso y se quitó los zapatos, poniéndose los

viejos zuecos blancos que dejaba allí, se cubrió con su bonita bata rosa a rayas blancas y ayudó a abrir a Maruchi, la dueña de la peluquería.

Esa tarde no paró de entrar público, por lo visto al día siguiente se casaba una chica en el pueblo y muchas iban a que les peinaran para ser las primeras en llegar a la iglesia. Algunas porque estaban invitadas, otras por el simple hecho de cotillear o para que los mozos solteros se fijaran en ellas. A ella, ese comportamiento le pareció penoso, ya se había olvidado cuando unos años atrás hacía lo mismo.

Salió del trabajo con prisa, tenía ganas de llegar a casa y descansar, planear cómo le iba a dar la noticia al padre, para que no se la tomara a mal. Muchos hombres pensaban que las mujeres se quedaban embarazadas a posta para cazarlos, no era el caso, pero no quería que su Chicho pensara así, había sido un error de ambos y entre los dos tenían que solucionarlo. No quería que creyera que lo había hecho a propósito para huir de casa de sus padres.

Habían quedado al día siguiente, como todos los sábados. Iban a ir al cine a ver la nueva película de John Wayne, creía recordar que se titulaba *El día más largo*, una de esas películas que tanto le gustaban a él. Después del cine se lo contaría, seguro que lo pillaba de buen humor, John Wayne era uno de sus actores favoritos, todas sus películas le encantaban, estaba convencida de que sería el momento más adecuado.

Al salir del cine, no quiso ir a ningún sitio a tomar algo como le propuso Chicho, quería intimidad. Se le ocurrió ir al parque de las hadas, un bonito parque a orilla del río, aun con el cielo lleno de nubarrones, los cuales no vaticinaban nada bueno. Se dio perfecta cuenta del gesto de extrañeza que mostró la cara de él, aunque lo ignoró. Con el frío que hacía no habría nadie, y era un lugar que a ella le relajaba especialmente.

Chicho se sorprendió por su elección, parecía que en breve iba a caer una buena tormenta, pero le dio igual, tenía algo que contarle y tenía que soltarlo ya, se sentía fatal y no quería alargar más lo inevitable, sus padres se lo habían dejado demasiado claro a lo largo de esa semana.

Pasearon por el parque de la mano, como una pareja más de enamorados, cada uno pensando en lo que le tenía que decir al otro. Recorrieron los caminos entre los tejos milenarios del parque, un lugar que en verano se llenaba de turistas que contemplaban su gran tamaño, llegaban a alcanzar un perímetro de hasta ocho metros. Bajo sus frondosas ramas la temperatura en

verano era más baja y en invierno más alta, lo que atraía a los paseantes. Pero esa fría tarde de invierno, apenas se veía a un par de parejas más dando un paseo y haciéndose carantoñas.

Cuando llegaron al lateral del parque, al mirador que daba al río, donde se podían ver más allá los robles y los acebos, se sentaron en un banco, ambos en silencio contemplando el paisaje.

—Tengo que decirte algo. —Después de estar un rato callados, los dos hablaron a la vez. Querían sonreír por la coincidencia, pero ninguno lo hizo, lo que tenían que contar era demasiado importante.

—Empieza tú primero. —Le dijo Chicho mostrando su habitual caballerosidad, pero ella no tenía ganas de comenzar a hablar, se tocó la tripa intentando reconfortarse con el pensamiento de su bebé, en un gesto que a él no le llamó la atención, pero que lo decía todo si se hubiese fijado.

—No, Chicho, primero tú. —Él la miró y lo aceptó, cuanto antes se liberara de ese peso, cuanto antes lo soltara, se sentiría mejor, se dijo. Ya no podía posponerlo por más tiempo.

—Me voy a casar. —Se lo soltó a bocajarro, ella no entendía qué quería decir, y así lo mostraba su gesto desconcertado—. Mis padres me obligan a casarme con Desi, mi vecina.

—Pero, tú y yo... ¿qué pasa con nosotros?... nosotros nos queremos. —Dijo entrecortadamente.

No se podía creer lo que acababa de oír, ella estaba embarazada, creía que se iban a casar, formar una familia y ser felices, pero lo que le estaba diciendo es que eso mismo lo iba a hacer con otra, con alguien impuesta por sus padres, y él no había tenido el valor para enfrentarse a su decisión y defender su amor por ella. Se dio cuenta de que no la quería como ella lo quería a él. En ese momento, se sintió morir por dentro.

—Claro que te quiero Lisi, pero no puedo decirles que no a mis padres, me dejarían en la calle.

—Y eso es lo único que te importa, ¿verdad? El dinero. Y yo qué, creía que me querías. —Había pasado de la incredulidad a la indignación en cuestión de segundos.

—Claro que te quiero...

—Pero no lo suficiente.

Chicho la apreciaba, se había encaprichado de ella, se sentía atraído por ella de forma irracional, sus curvas, sus pechos, su linda cara, pero siendo realista las conversaciones con ella no eran lo interesantes que le gustarían.

Por el contrario, Desi era dulce e ingenua, todavía no tenía la picardía que daba la edad, pero pensaba, como sus padres, que podría resultar un buen matrimonio. Además, con ese compromiso, su padre no lo desheredaría, él amaba las fincas que poseían, había crecido ayudando a gestionarlas, no pensaba quedarse sin nada por un enamoramiento juvenil, o quizás un simple calentón. Como siempre había hecho, haría lo que le dijeren.

—Siento que pienses así. —Aunque lo había calado, no iba a perder su dignidad delante de ella. Se levantó y la dejó allí sentada, sola, sin posibilidad de contarle lo que había venido a decirle.

Se puso a llorar, estuvo llorando en soledad, en el banco del parque, hasta que se quedó sin lágrimas. En todo momento sus manos estuvieron posadas en su tripa, acariciando a la criatura que llevaba en su interior.

—No te preocupes, cariño, saldremos adelante. Ya verás cómo lo hacemos. —Le dijo a su bebé dándose ánimos. En ese preciso instante, supo que ese bebé era lo que más quería en el mundo, incluso más que a su propia vida.

Se estaba haciendo de noche, se levantó del banco subiéndose el cuello del abrigo al notar el aire helado y comenzó a andar hacia la calle principal.

Chicho, no, se dijo, no lo voy a llamar por su diminutivo cariñoso nunca más. Narciso se había ido y la había dejado allí, no se había molestado en llevarla a casa, tendría que coger el autobús para volver a Óbito.

Junio 1963

Se encontraba en una cama del hospital de Zamora, se había puesto de parto, se le había adelantado casi dos meses. Estaba preocupada, las caras de las enfermeras y del médico no le hacían sentir mejor, al contrario, parecían querer decirle que algo iba muy mal.

Cuando les contó a sus padres que se había quedado embarazada, después de muchos gritos y reproches, quisieron saber quién era el padre. Querían ir a hablar con él, no podía dejar a su hija en la estacada, pero ella nunca se lo dijo, había tomado una decisión en aquel banco del parque, lo criaría sola. Narciso ya no era nadie para ella, había caído del pedestal en el que lo había puesto de una de las peores maneras, y no lo quería a su lado, le había demostrado cómo era realmente con su comportamiento.

Después de no conseguir el nombre del padre, su padre le había dado una fuerte bofetada y se había quitado el cinturón, le dio tal paliza, que estuvo sin poder sentarse y a duras penas poder tumbarse, durante unos días. Tuvo que faltar al trabajo una semana, y eso sin contar que estuvo aterrorizada por la posibilidad de haber perdido a su bebé.

Su padre nunca había sido un gran padre, llevaba algo de dinero a casa, el suficiente para que tuviesen algo de comida que llevarse a la boca, el resto se lo gastaba en el bar con sus amigotes, luego llegaba a casa, se enfadaba por cualquier cosa, daba igual, siempre había algo que le hacía montar en cólera, a veces pegaba a su madre, otras veces a ella y otras tantas a ambas.

En realidad, no era su padre, su verdadero padre había muerto cuando ella era una niña en un accidente mientras segaba, se había cortado la pierna con la segadora y había muerto desangrado, en soledad, en medio del campo. Su madre se había vuelto a casar unos años después con alguien que siempre estuvo enamorado de ella, o por lo menos, eso era lo que pensaban todos en el pueblo. Parecía un hombre encantador y educado, pero sólo había sido así al principio, luego había cambiado, y ellas lo sabían muy bien, lo habían sufrido en sus carnes.

La primera vez que entró en su habitación, tenía doce años recién cumplidos, ni siquiera sabía qué era eso que él quería que le hiciera. Cuando se metió desnudo en su cama, no entendía qué ocurría, la obligó a tocarle el

pene, a frotárselo y a metérselo en la boca, aún recordaba los ojos de su padrastro disfrutando de ese momento, mientras ella intentaba averiguar qué era lo que tenía que hacer para no recibir otra paliza.

La segunda vez que ocurrió, fue distinto, aquella vez se puso encima y de una forma bestial la penetró, una y otra vez, hasta que se corrió dentro de ella. Ella lloró en silencio, mirando al techo y sintiendo un dolor desgarrador en su interior, tanto por la vergüenza como por el dolor físico al perder su virginidad.

A los quince años se quedó embarazada. Su madre la llevó a un médico, o al menos eso fue lo que le dijo, porque sólo había un hombre vestido con bata blanca, con un cuchillo y una camilla, quien le practicó un aborto en el que casi muere desangrada. Tuvieron que llevarla a urgencias inventando una historia que ni por un momento se creyeron en el hospital. Los médicos le dijeron que no se podría volver a quedar embarazada. Se equivocaron.

Después de la paliza de su padrastro, recogió lo poco que tenía y se fue de casa, no quería volver a poner en peligro la vida de su bebé. Cogió un autobús que la llevó a Zamora, donde se instaló. Encontró una pensión muy económica y no tardó mucho en encontrar un trabajo, primero de camarera y después de peluquera.

En una revisión descubrieron algo que no se esperaban, no estaba embarazada de un bebé, sino de dos, llevaba gemelos en su útero. Esa noticia, en lugar de deprimirle, le alegró. No sabía cómo iba a poder cuidar a dos bebés, pero sabía que los amaría con locura, ellos eran todo lo que tenía y no los iba a perder.

—Es la hora. —Escuchó que le decía la comadrona después de hacerle una exploración con las yemas de los dedos para comprobar la dilatación.

Entonces empezó a empujar siguiendo los consejos que le daba la matrona, intentaba controlar las respiraciones como le habían enseñado, pero le estaba resultando imposible, el dolor de las contracciones era una tortura. Cuando empujaba, se agarraba a los laterales de la camilla para aguantar el suplicio, el sudor del esfuerzo le caía por la frente, notaba su pelo empapado. Aun así, lo sentía, sabía que algo iba mal, pero no sabía qué podía ser.

Por fin llegó el primero, quería verlo pero no se lo permitieron, no le dejaron parar, tenía que empujar porque el otro venía detrás. No podía ver lo que ocurría tras ella, sabía que su bebé estaba allí con una enfermera, pero no lo oía, ¿no tenía que oírlo llorar? ¿qué ocurría?

—Empuja que ya está casi fuera. —Dio un último empujón, y notó cómo

salía el segundo, que también se llevaron.

—Ha perdido mucha sangre, vamos a tener que realizarle una transfusión. —Oyó que decía el doctor. Aunque ella lo que intentaba era concentrarse en lo que quedaba a su espalda, escuchar a sus bebés llorar, pero no lo lograba, le estaba costando centrar la atención, se sentía mareada. Al final, se desmayó.

Despertó en la habitación del hospital, estaba oscuro, intentó acostumbrarse a la escasa luz que entraba por la ventana, proveniente de las farolas encendidas de la calle. Cuando sus pupilas se hubieron dilatado y consiguió distinguir lo que había a su alrededor, miró en derredor buscando a sus bebés, pero allí no había ninguna señal de ellos, ¿dónde estarían? Pensó que los tendrían las enfermeras para hacerles alguna prueba. Le daba igual, ella quería verlos, eran sus bebés.

Llamó a la enfermera, que comprobó su estado y le dijo que enseguida vendría el doctor a verla. En ningún momento se le había pasado por la imaginación lo que iba a oír a continuación.

El médico apareció con su bata blanca, muy serio, pero tranquilo. Sin cambiar el gesto de la cara, le comunicó que sus bebés habían nacido muertos, se habían enredado en el cordón umbilical y habían muerto asfixiados, le dijo que a veces sucedía.

Aunque el médico seguía hablando, ella ya no escuchaba, no podía ser, cómo podía haber ocurrido, sus bebés estaban muy sanos, ella los había sentido en su interior durante todo ese tiempo, había notado sus patadas, hablaba con ellos y ellos al oír su voz se relajaban, lo había percibido. El doctor le estaba mintiendo, se decía inútilmente.

Estuvo en el hospital unos días más, tumbada en la cama, sin hablar con ninguna enfermera. Ellas venían, comprobaban su estado, algunas le hablaban intentando consolarla, pero ella no les escuchaba.

Sus compañeras de la peluquería se acercaron un día a verla, le llevaban un peluche para cada uno de los bebés, cuando se enteraron de lo ocurrido por una enfermera, dejaron fuera los muñecos y pasaron a animar a su amiga, pero ella ni siquiera las veía, no les prestaba atención, estaba encerrada en su mundo, imaginándose que todo había sido un error y que estaba en casa con sus bebés.

Cuando le dieron en alta, se fue al pequeño apartamento que había

logrado alquilar con su sueldo y que tenía preparado para recibir a sus bebés. En cuanto entró a la habitación donde estaban las cunas y algunas cosas que les había comprado, estalló, rompió todo lo que allí había, y lloró, estuvo días llorando, sin salir de casa, y sin apenas comer.

Un par de años más tarde, sumida en su día a día, trabajo, dormir, comer y poco más, conoció a Agustín, el que sería el abuelo de Mateo. Aunque él intentó hacerle feliz, incluso llegó a pensar ingenuamente que lo había conseguido, ella nunca se recuperó, todo su pasado le había dejado marcada, estaba rota.

Intentaron durante años tener hijos, pero ella ya no pudo quedarse embarazada, nunca supo si el motivo fue psicológico o físico, y en realidad no le importó. Acabaron adoptando una preciosa niña, y vivieron en familia y felices hasta la muerte de Agustín. Después, tomó la decisión de regresar a Óbito, sus padres habían muerto, por lo que volvió a su casa, y con el dinero que le dejó su marido en herencia, pudo disfrutar de una vida sin pasar necesidades.

Unas décadas más tarde, gracias al telediario de una televisión pública, escuchó en las noticias que el hospital donde había tenido a sus gemelos era un hospital que robaba bebés en la década de los sesenta y los setenta. Se encargaba de quitárselos a las chicas más desfavorecidas, para dárselos a familias que llevaban intentando tener hijos durante años, sin lograrlo.

Supo en ese momento que ese había sido su caso, y aunque volvió al hospital e intentó averiguar qué había sido de sus gemelos, nunca logró encontrarlos.

Viernes, 28 de octubre

Raquel se encontraba acurrucada en el suelo, su cara mostraba una impactante expresión de pánico mientras miraba a Felisa. Anya se levantó de la mesa y se dirigió hacia ella, quería tranquilizarla. En su avance percibió que iba tambaleándose, aunque no entendía por qué, intentaba mantenerse en pie apoyándose en la mesa, pero como Raquel, acabó tropezando con la silla caída, por lo que también se desplomó sobre el suelo. En un acto reflejo adelantó las manos para no hacerse daño en la caída, aun así, notó un fuerte dolor en las espinillas, se las había golpeado con la silla al perder el equilibrio. Continuó su camino, moviéndose a gatas hacia Raquel, no comprendía qué le estaba pasando, aparte de su repentina descoordinación, le había empezado a doler la cabeza y no veía bien, lo veía todo borroso.

—Anya, lo recuerdo, fue ella. —Le dijo Raquel en cuanto llegó a su lado. Anya se dio la vuelta, más despacio de lo que ella hubiera querido, y se encontró con que Felisa las observaba desde el otro lado de la mesa, con una lúgubre sonrisa.

Felisa se levantó despacio de la silla en la que estaba sentada, no tenía ninguna prisa, sabía que el veneno empezaba a hacerles efecto. Cogió la tarta y la tiró a la basura, luego hizo un fuerte nudo en la bolsa con la intención de deshacerse de ella más tarde.

—La tarta, ¿has puesto algo en ella?

—Eres lista, muy lista. Por eso tengo que acabar contigo. Me gustabas para mi Mateo, la nieta de María, mi mejor amiga, y mi nieto, formabais una bonita pareja. Pero no, claro, tú no podías abandonar la investigación, y menos ahora con la muerte de Gonzalo. Esa ha sido tu perdición. Y yo pensando que lo dejarías en cuanto encerraron a Marta, ingenua de mí, pensé que todo había terminado, pero no pudiste dejarlo ahí, no estabas convencida de su culpabilidad.

—Gonzalo... ¿por qué? —Anya intentaba seguir su explicación, pero le costaba, se sentía confusa.

—Era un incordio, siempre detrás de ti. Yo te quería para mi Mateo, por eso lo maté, pero ironías de la vida, el haberlo asesinado me ha llevado a tener que matarte a ti también. Tú no ibas a parar hasta encontrar al culpable.

Y por si fuera poco, la cría ésta ha empezado a recordar, diez años sin acordarse de nada y de repente empieza a rememorar aquella noche. —Felisa que se había vuelto a sentar en una silla enfrente de ellas, miró a Raquel con desprecio—. Ni siquiera me podía imaginar que habías estado presente, que hubiera dejado un testigo, si lo hubiera sabido, hacía tiempo que me hubiera ocupado de ti. —Volvió a mirar a Anya, que parecía iba a caer dormida, en el letargo en que Felisa estaba esperando que cayera para acabar con ambas—. La verdad es que siempre he tenido acceso a esta casa, siempre he tenido llave, incluso cuando cambiaste el bombín pude coger tus llaves y duplicarlas con facilidad. Quién iba a sospechar de la vieja vecina cotilla, ¿verdad?

—Yo confiaba en ti. ¿Tu nieto también está implicado? —Balbuceó Anya. Felisa soltó una carcajada que hizo que se le incrementara el dolor de cabeza, le estaba costando mantenerse alerta, le costaba centrar la imagen, sólo quería dormir.

—Siempre has tenido dudas de él, ¿verdad? Pues te las voy a quitar de un plumazo. Él no tiene ni la menor idea. Tan listo para unas cosas y tan tonto para otras. —Movi6 la cabeza en gesto negativo de forma cari6nosa, pensando en su nieto.

—¿C6mo mataste a Gonzalo? —Anya no se lo pod6a imaginar, ella era una se6ora mayor, y Gonzalo no era precisamente un debilucho.

—Como os voy a matar a vosotras. —Volvi6 a soltar una carcajada. Anya sinti6 un escalofr6o recorri6ndole el cuerpo, mir6 a Raquel y vio que se hab6a quedado dormida, acurrucada en la pared, parec6a una ni6a peque6a, no pod6a dejar que muriera despu6s de todo lo que hab6a pasado en su vida, no pod6a dejar que acabara as6, pero qu6 hacer, sent6a que sus sentidos estaban abotargados y su cuerpo no le reaccionaba como le hubiera gustado—. Lo vi llegar a tu casa y lo intercept6 por el camino, le dije que acababas de ir a hacer un recado, pero que llegar6as en un rato, as6 que lo invit6 a casa. 6l me crey6, supongo que doy el perfil para que la gente conf6e en m6, ¿verdad? T6 lo tienes que saber muy bien, has estado investigando el perfil de los psic6patas. —Estaba claro que Felisa hab6a le6do toda su investigaci6n, sab6a cosas que no recordaba haber hablado con ella. Se lo ten6a que haber estado pasando en grande mientras ella indagaba el crimen que hab6a cometido—. En casa le invit6 a tomar algo y como a vosotras, lo envenen6. Seguramente no ten6as ni idea de lo venenosas que pueden resultar las hojas de mis dedaleras, a6n recuerdo que te fijaste en ellas al llegar aqu6. Luego, en mi vieja carretilla lo traslad6 al r6o donde arroj6 su cuerpo, ah6 termin6

muriendo, a saber si de hipotermia o de ahogamiento. La corriente lo arrastró, pensé que lo llevaría más lejos, la idea es que llegara a la laguna, fue un error no asegurarme, que el cuerpo quedara enganchado tan cerca. Antes de llevarlo al río, me acerqué a tu casa, estabas trabajando delante del ordenador con un sándwich y una copa de vino, sabía que eso quería decir que no te ibas a despegar de la silla durante un buen rato, y ya sabes que por aquí no hay más vecinos, la noche cerrada estaba a mi favor, así que nadie pudo verme.

—¿Y a los Ruíz Moreno? ¿Por qué los mataste?

—Ay, Anya, esa es una historia muy larga de contar. Ahora no tenemos tiempo. Lo único que te voy a decir, es que fue mi venganza contra Narciso Ruíz. Él me abandonó, yo estaba embarazada y mis bebés murieron. Se merecía el mismo sufrimiento que padecí yo. —Hizo una pausa—. Bueno, parece que al final la historia no era tan larga. —Se levantó de nuevo y se acercó a la encimera.

Anya intentaba asimilar toda esa información, se daba cuenta de que su vecina, esa mujer a la que siempre había considerado una persona afable, estaba completamente loca. Ella se encontraba a punto de desmayarse, le costaba mantenerse concentrada en lo que ocurría a su alrededor. Miró a su lado, a Raquel, quien seguía dormida, intentó despertarla golpeándole con suavidad en el brazo, pero no pudo, Raquel no se espabilaba. Anya cada vez se encontraba peor, en ese momento sentía náuseas. Volvió a mirar a Felisa, se acercaba contemplándolas con sus ojos de perturbada, en las manos llevaba unos cuchillos de cocina, parte del juego que Anya tenía sobre la encimera en su correspondiente bloque de madera. Se imaginó que así había matado a la familia, primero los había envenenado, los niños se debieron de desmayar los primeros, gracias a Dios, no se enteraron cuando fueron degollados. Anya seguía intentando mantenerse despierta, le empezaba a costar horrores, estaba a punto de quedarse dormida, quizás fuera lo mejor, se dijo, así no sentiría dolor, ya no sentiría nada. Estuvo tentada de rendirse, pero al mirar en derredor vio que Raquel estaba a su lado, indefensa. Despierta, gritó en su cabeza, despierta, tienes que defenderte y salvar a Raquel que está ahí por tu culpa, si no hubieras comenzado esa maldita investigación no estaría aquí, a punto de ser asesinada, no puede haber sufrido estos diez años por lo que ocurrió, para que la historia ahora se repita con ella.

Cuando Felisa estaba ya a su altura, preparada para empezar a dar cuchilladas a diestro y siniestro, Anya levantó una pierna para darle una

patada, pero falló, ni siquiera rozó a la mujer, supuso que su descoordinación en los movimientos se debía al veneno, resultaba lenta y torpe, continuó dando patadas al aire, y por ello recibió varios cortes, hasta que una de ellas le dio de lleno a Felisa en el pecho, sonó un crack, Anya esperaba haberle roto alguna costilla. La mujer cayó hacia atrás sorprendida por la fuerza del impacto, al derrumbarse se dio un fuerte golpe en el costado con una de las sillas, además de golpearse en la cabeza con el duro suelo de la cocina. Pasaron unos segundos y no se levantaba, Anya se acercó a ella, aunque su cabeza se encontraba situada únicamente a un par de metros de distancia, le costó llegar, el recorrido se le hizo eterno, parecía que nunca iba a acabar, sus movimientos cada vez eran más pesados y lentos. Cuando por fin logró llegar a la altura de la cabeza de Felisa, comprobó que sus ojos estaban cerrados, aunque todavía respiraba, se imaginó que se había quedado inconsciente. Anya volvió a acercarse a Raquel, seguía arrastrándose con gran lentitud, pero tenía que llegar a ella, tenía que despertarla.

—Raquel, despierta. —Le decía mientras que con las pocas fuerzas que le quedaban la zarandeaba. Tenía que llamar a una ambulancia, tenían que sacarles este veneno del cuerpo antes de que fuera demasiado tarde. Su teléfono estaba en su bolso, colgado en el perchero de la entrada, siempre lo tenía a mano, encima de la mesa, pero hoy no lo había dejado ahí, se maldijo, no estaba segura de poder llegar hasta allí, no se veía capaz de recorrer esa distancia sin desmayarse antes. De todas formas, no veía otra opción, tenía que pedir ayuda, así que lo intentó, comenzó a moverse hacia la entrada de la casa, concentrada, iba gateando e iba diciéndose lo que tenía que hacer.

—Primero un brazo, luego el otro, ahora una pierna y luego la otra. —Se lo iba repitiendo, no quería perder la concentración, así estaba consiguiendo moverse, despacio, pero sin perder el ritmo.

Al pasar arrastrándose al lado de Felisa, volvió a mirarla fijándose en que todavía siguiera inconsciente, parecía que seguía dormida, se dio cuenta de que aún tenía un cuchillo en la mano, así que se lo arrebató y siguió su camino hasta la puerta, reptando y aferrando el cuchillo con una mano.

—Primero un brazo, luego el otro, ahora una pierna y luego la otra. —Continuaba repitiéndose.

Cuando había atravesado la puerta de la cocina y ya estaba accediendo a la entrada de la casa, pensó que lo conseguiría, se emocionó, lo que hacía un momento le había parecido algo imposible de lograr, ahora lo veía al alcance de la mano, pero todo eso se desvaneció cuando oyó un ruido detrás de ella.

Se giró lo más rápido que pudo, lo cual no era decir mucho porque sus movimientos cada vez eran más lentos, le costó ver lo que tenía delante, toda la imagen de su cocina estaba demasiado borrosa para ver con claridad lo que ocurría, pero después de un tiempo que le pareció interminable pudo ver a Felisa acercándose, cojeando y jadeando. Supuso que le habría roto alguna costilla, quizás el golpe recibido al caer también le habría producido algún daño, sus movimientos eran lentos, aunque no tanto como los de Anya, quien estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no caer en los brazos de Morfeo.

—Mantente despierta. —Se repetía como si de un mantra se tratara.

Intentó ponerse de pie, así sería más fácil defenderse, ella era bastante más alta que Felisa, pero no fue capaz, llegó a ponerse en cuclillas, pero se tambaleó cayendo de nuevo al suelo. Felisa ya estaba a su lado con el cuchillo preparado para clavárselo en la garganta, Anya pensó que era el fin, que ahí se acababa todo.

Mateo salía del despacho, en unos minutos estaría en casa de Anya, estaba preocupado por ella, no tanto por el *shock* que había sufrido al ver a Gonzalo muerto, sino porque si el asesino había matado a Gonzalo, estaba convencido de que el siguiente objetivo sería ella. No podía dejar de darle vueltas a ese tema y cuanto más pensaba en ello más claro lo veía. Había decidido que hoy mismo la iba a sacar de su casa, se la iba a llevar a la suya, si se dejaba, claro, conocía lo cabezota que era.

En el camino, la llamó un par de veces, pero no le cogió el teléfono, eso le preocupó aún más, solía dejar el móvil encima de la mesa de la cocina mientras escribía, y si estaba en cualquier otro lugar de la propiedad solía llevarlo encima, no se despegaba de él.

Respiró hondo, no quería preocuparse por ese tipo de nimiedades, pero se daba cuenta de que no podía evitarlo, no sabía qué le ocurría con ella, se sentía muy susceptible respecto a todo lo que le ocurría. Sonrió para sí, quizás eso era el amor. No recordaba que con Esther, su novia en Madrid, le hubiera ocurrido algo parecido, era verdad que eran buenos amigos, y se querían, pero no era tan intenso como lo que sentía por Anya.

Cuando llegó a su casa, aparcó delante del coche de ella, salió y se dirigió a la puerta principal. Pero cuando aún se encontraba en el camino de acceso, algo le llamó la atención, había percibido algo por el rabillo del ojo,

un movimiento extraño en la ventana del porche, le había parecido ver a alguien amenazando con un cuchillo. Se aproximó a la ventana y se asomó. Lo que vio en el interior le dejó sobrecogido.

Había una silla tirada en mitad de la cocina, y detrás de ella, desplomada en el suelo, en una postura realmente incómoda y nada natural, se encontraba Raquel, a sus pies se distinguían manchas de sangre. No había ni rastro de Anya. Se preguntó de quien sería la sangre, y todo lo que en ese momento se le pasó por la cabeza fue aterrador.

Intentó abrir la puerta principal, pero el pomo no se movía, estaba cerrada. No llamó, algo ocurría y no quería alertar de su presencia, si no lo había hecho ya.

Corrió alrededor de la casa hasta llegar a la puerta de atrás, a la puerta de la cocina, que como de costumbre estaba abierta. Entró, y lo primero en lo que pensó fue en atender a Raquel, quizás la sangre fuera suya, pero de repente vio la escena que se estaba produciendo al otro lado de la cocina, en el vestíbulo, toda su atención se desvió hacia lo que allí ocurría.

Anya estaba tumbada en el suelo, intentando evitar que la mujer que tenía encima le clavara un cuchillo en la garganta. Se sorprendió por su debilidad, le estaba costando mantener alejada la mano de la que parecía ser una mujer mayor. A toda prisa se dirigió hacia ellas, a mitad de camino, se dio cuenta de que la anciana que intentaba clavarle el cuchillo no era otra que su abuela, se quedó anonadado mirando la escena.

—¿Abuela?! —Su voz sonó turbada, no se podía creer lo que tenía delante. Si todo lo que le acababa de pasar por la cabeza era verdad, entonces su abuela era una psicópata, eso era imposible, tenía que haber alguna otra explicación coherente.

La voz de Mateo sorprendió a ambas mujeres. Felisa giró la cabeza hacia su nieto, dándose cuenta de que todo estaba perdido. Su nieto, al que quería más que a su vida, lo había descubierto, no podría explicarle lo ocurrido, y menos, que quisiera matar a la mujer que amaba. Anya supo que era el momento, no sabía si tendría otra oportunidad, Felisa se había distraído por la aparición de Mateo, así que aprovechó para clavarle el cuchillo que aún conservaba en la mano, se lo hundió en un costado. Felisa, al sentir la herida, aflojó la presión que ejercía sobre el cuello de Anya, por lo que ésta pudo quitarle el cuchillo antes de que le cortara la garganta.

La mujer, la miró a los ojos, Anya no encontró odio en ellos, al contrario, lo que le pareció percibir en su mirada fue alivio, como si quisiera decirle que

llevaba más de diez años con esa carga, y que ya era hora de librarse de ella.

Empujó a Felisa con toda la fuerza de la que fue capaz, quería quitársela de encima, pero no pudo moverla ni un ápice, entonces Felisa le dijo algo que Anya no se esperaba escuchar en ese momento.

—Por favor, cuida de él. Es lo único que me queda. —Fue un susurro apenas audible. Anya la observó, vio como se le escapaba la vida, como exhalaba su último aliento.

Mateo que estaba saliendo de su aturdimiento inicial, comprendiendo todo lo ocurrido en los últimos años, aunque sin entender el porqué, apartó a su abuela de encima de Anya, haciéndola rodar. Felisa cayó a su lado, boca arriba, él echó un último vistazo a la persona que había sido tan importante en su vida, la persona que lo había cuidado y lo había ayudado a convertirse en lo que era, y que ahora yacía sin vida a sus pies, dándose cuenta de que en realidad no sabía quién era.

Olvidando a su abuela, miró a Anya que parecía que estaba a punto de desmayarse, tenía varios cortes en las piernas, alguno parecía profundo. Cogió el teléfono y llamó al 112, al teléfono de emergencias, se arrodilló a su lado y la cogió entre sus brazos, intentando evitar que se quedara dormida.

—Todo ha terminado, no te duermas, mírame. —Mateo parecía muy preocupado. Comprobó los cortes de las piernas, vio que uno de ellos era particularmente profundo y estaba sangrando bastante, por lo que se quitó la corbata y le taponó la herida con ella.

—¿Raquel?

—Está bien. —Se lo dijo para animarla, porque no tenía ni la más remota idea de si estaba bien o no, parecía dormida, aunque estaba seguro de que respiraba.

—Nos ha dado veneno de dedalera. —Le dijo en un suave murmullo, antes de caer en un profundo sueño.

Epílogo

Viernes, 23 de diciembre

Anya estaba sentada en el coche de su madre, acababa de aparcar en un *parking* cercano al lugar donde ese día iba a presentar su nueva novela. Estaba intentando tranquilizarse y poniendo sus ideas en orden. Parecía increíble que sólo hubieran pasado dos meses desde que Felisa intentara asesinarla, a veces pensaba que había pasado toda una vida, y otras veces pensaba que había sucedido el día anterior. Todavía tenía alguna pesadilla, pero cada vez menos a menudo.

Después de todo lo acontecido, se había despertado en el hospital, Mateo se encontraba a su lado. Por lo que le dijeron las enfermeras y su madre, que había ido hasta allí en cuanto se enteró de lo ocurrido, Mateo no se había despegado de ella ni cinco minutos, apenas había comido, lo único, alguna guarrería que compraba en la máquina del rellano de las escaleras, muy cerca de la habitación de Anya.

El médico le dijo que le habían hecho un lavado gástrico, le habían introducido una sonda a través de la boca para vaciar su estómago y le habían administrado un antídoto para ayudar a neutralizar los efectos del tóxico. A Raquel le habían aplicado el mismo tratamiento.

Después de estar un par de días en el hospital, le dieron el alta. Mateo se había encargado de llevarla a casa. Su madre al ver que Mateo se estaba ocupando de su hija, y ella ya no tenía más que hacer allí, decidió volver a Madrid a sus quehaceres. Si hubiese sabido lo que iba a ocurrir a continuación, se hubiera quedado unos días, pero ninguna de las dos se lo podía imaginar.

Navarro también fue a visitarla en varias ocasiones, tanto al hospital como a casa. Le puso al día de lo que habían encontrado en la autopsia de Gonzalo. Como les había dicho Felisa, a Gonzalo le encontraron el mismo veneno que les habían administrado a Raquel y a ella. Navarro no entendía cómo en las autopsias de la familia Ruíz no habían encontrado veneno, fue un grave error que ya nunca sabrían por qué se había producido, puesto que el médico que las realizó se había jubilado, y en esos momentos estaba internado en una residencia con Alzheimer, dado su delicado estado, ya no les podría decir gran cosa. Ambos llegaron a la misma conclusión, al ser tan

claras las evidencias de la muerte por cuchilladas, ya que fueron éstas las heridas mortales, ni siquiera se había contemplado la posibilidad que antes hubieran sido envenenados para dormirlos, de forma que a Felisa le resultara más sencillo cometer los crímenes.

También llegaron a la conclusión de que Felisa era la que había entrado a robar las fotografías y los diarios a casa de Anya, quizás para que todo apuntara a Marta Moreno, nunca podrían estar totalmente seguros.

En cuanto se conoció que Felisa había sido la culpable de los homicidios, Marta fue puesta en libertad. Había ido a visitar a Anya, primero, para agradecerle que la hubiera sacado de la cárcel, y segundo, por encontrar, por fin, al asesino de su hermana, sus sobrinos y su cuñado. También le dio el pésame por la muerte de Gonzalo, ella tampoco había salido indemne de esa investigación.

Raquel había vuelto a León, seguía con sus clases y también iba a terapia. Hablaban un par de veces a la semana por teléfono, no habían perdido el contacto, y se habían hecho buenas amigas. Los hechos traumáticos parecían ser un punto de unión entre las personas. La había invitado a la presentación de su libro, pero debido a las fiestas navideñas no podía asistir, eran fechas para estar en familia, y más ahora, le había dicho.

Al día siguiente de su salida del hospital, Mateo se presentó en la casa del arroyo, quería hablar con ella, lo vio tan serio que no supo qué pensar.

—Anya, me voy a ir un tiempo. —Estaban ambos sentados en la mesa de la cocina, tomando un chocolate caliente que acababa de preparar—. Necesito aclarar mis ideas, estoy muy confundido, todavía no soy capaz de asumir que mi abuela fuera una psicópata asesina. —Ella no supo qué decir, lo entendía perfectamente, aunque le hubiera gustado ser capaz de expresarle sus sentimientos y decirle que no hacía falta que se fuera, que lo superarían juntos. Pero supuso que era algo que él querría hacer solo. No se había dado cuenta de lo tocado que se había quedado.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. —Después de estas palabras, Mateo se había levantado de su asiento y le había dado un dulce beso en los labios. Ella sintió que era un beso de despedida—. No olvides que te quiero. —En cuanto esas palabras salieron de su boca, se dio la vuelta y salió de la casa. Ella no pudo dejar de mirar el lugar por el que había desaparecido durante un largo rato. Ni siquiera había probado el chocolate. Notó el gran agujero que había dejado en su corazón, hasta ese momento no había sido consciente de todo lo que

significaba Mateo para ella.

Unos días después, había guardado todas sus cosas y había vuelto a casa de su madre, a terminar la novela y a dejarse querer, necesitaba sentir su amor y su cariño durante algún tiempo.

Respiró hondo y se decidió a salir del coche. No quería darle más vueltas a los recuerdos, quería disfrutar de la presentación.

La novela estaba funcionando muy bien, aún no había salido a la venta, pero muchos de sus lectores incondicionales habían hecho ya la reserva del libro, serían los primeros en recibirlo en sus casas, estaba encantada. Entendía que después de lo que ocurrió y la repercusión mediática que se había generado, mucha gente estaba expectante, querían saber qué fue lo que sucedió en realidad hacía diez años en ese pueblo desconocido llamado Óbito, que de repente se había hecho famoso por un asesinato atroz. Sólo esperaba no defraudarlos.

Después de salir del aparcamiento y callejear por unas concurridas callejuelas, entró en la enorme tienda del centro de Madrid donde se iba a realizar la presentación, una gran distribuidora de productos tecnológicos y culturales que contaba con establecimientos repartidos por todo el mundo.

Siguió los mismos carteles que imaginó que seguirían todos los invitados al evento, hasta que llegó a la tercera planta, la cual había sido reservada prácticamente en su totalidad. En cuanto atravesó la puerta, una radiante Carmina, su editora, se acercó a saludarla.

—Por fin llegas, cariño. —Le dijo con una sonrisa en la cara, aunque Anya sabía a la perfección por su tono que la estaba reprendiendo—. Ven, te voy a presentar a algunos de los invitados que estaban esperando a que aparecieras.

Mientras caminaban, se fijó en la gran afluencia de público que había, Carmina había hecho un gran trabajo. Repartidos por varios puntos de la sala había grandes carteles de cartón con la portada de su libro *La casa del arroyo*, y también había algunas fotos de ella, se las habían hecho la semana anterior en un estudio, y como no estaba muy satisfecha con el resultado, prefirió ignorarlas.

Se dejó llevar por la sala mientras Carmina le presentaba a unos y a otros, y ella ponía su mejor sonrisa e intentaba mostrarse lo más agradable posible.

Muchos de los allí presentes ya habían leído el primer capítulo de la novela, Carmina se había encargado de enviarlo junto con la invitación, y

estaban deseando leer el resto, o por lo menos eso era lo que le decían.

Anya logró escabullirse unos minutos al baño, se echó agua fría en la cara y se miró al espejo, aunque se había maquillado con maquillaje resistente al agua, notó que el rímel se le había corrido, así que intentó arreglar el desaguisado que se acababa de hacer para salir de nuevo y seguir promocionando su novela. Esta era la parte que menos le gustaba de su profesión, tratar con desconocidos, se sentía muy incómoda, todos parecían conocerla. Pero sabía que era indispensable, así que lo hacía con el mejor humor posible.

Cuando salió, un camarero se acercó a ella, con su pajarita negra, su camisa y su chaqueta blanca, le ofrecía una de las bebidas que llevaba en la bandeja, ella cogió una coca-cola que se bebió casi entera de un trago, tenía sed y pensó que la cafeína le sentaría bien, se encontraba especialmente cansada.

Observó que en una esquina se encontraba Concha ojeando el libro, un poco fuera de lugar, supuso que sería porque no conocía a nadie, así que se lanzó a saludarla, antes de que Carmina la interceptara y no le dejase continuar su camino.

—Hola, Concha, has venido. No estaba segura. —Se dieron dos besos a modo de saludo.

—Claro, cariño, no me lo quería perder, a Gonzalo le hubiera gustado estar aquí y ver tu libro editado.

—Sí, supongo que sí. —Anya aún se sentía algo culpable, pensaba que si no hubiera sido por su novela él todavía estaría vivo, de hecho, si no hubiera comenzado su investigación todo sería ahora muy diferente, no sabía si mejor o peor, pero sí diferente. Intentó quitarse esos pensamientos de la cabeza.

—Además, gracias a ti, se encontró a la asesina de mi hijo, tienes que estar orgullosa. —Anya no se sentía para nada orgullosa.

Carmina se acercó a ellas, llevaba buscando a Anya un rato, la necesitaba, tenía que presentarle a unos directivos de una cadena de televisión privada interesados en convertir su novela en una serie. Saludó a Concha, pidiéndoles disculpas por la interrupción, y por llevarse a Anya de forma tan brusca.

—Concha, hablamos y tomamos un café. —La mujer asintió mientras veía como Anya era conducida a un grupo de personas que la esperaban con la sonrisa más falsa que nunca había visto. Se encogió de hombros y decidió que ya era hora de volver a casa.

Cuando todos se hubieron marchado de la presentación, y sólo quedaban los camareros de la empresa de *catering* contratada recogiendo, Carmina y Anya por fin pudieron sentarse unos minutos para descansar y sacar conclusiones del evento. Carmina se había quitado los zapatos y se masajeaba uno de sus pies, Anya se sorprendía de cómo podía llevar unos tacones tan altos para pasar esas veladas de pie y de un lado para otro.

—Creo que va a ser un éxito, todo el mundo está encantado. —Se alegraba tanto de haber conseguido que Anya firmara para su editorial, era la escritora que más dinero aportaba con las ventas, y parecía que la cosa iba a ir a más.

—Espera a que la lean. —Como siempre tan optimista, pensó Carmina.

—Por Dios, Anya, qué negativa eres. Yo la he leído entera y creo que es la mejor novela que has escrito hasta la fecha. —Anya la miró agradecida, no lo tenía claro, había intentado ser lo más objetiva posible al escribirla, pero sabía que no había sido posible, sus sentimientos se entremezclaban en ella, en esta novela había resultado ser una participante muy activa, aunque Carmina le decía que eso mismo era lo que había marcado la diferencia—. ¿Quieres que te lleve? —Se ofreció Carmina.

—Oh, gracias, pero no hace falta, he venido en coche. —Carmina asintió, notaba el cansancio en los ojos de Anya.

—Creo que será mejor que te vayas a casa y descanses, te veo agotada. El lunes te llamo y te cuento cómo va el *ranking* de ventas. —Anya asintió, no recordaba cuándo había sido la última vez que Carmina la dejara irse con tanta facilidad.

Salió del establecimiento deshaciendo el camino que había seguido al entrar, aunque ya todo estaba apagado, hacía rato que el acceso había sido cerrado al público, las únicas luces existentes para poder moverse por el edificio eran las de emergencia, colocadas en las escaleras y en los pasillos, dirigiéndote a la salida. Con las sombras creadas por los estantes con los productos de venta expuestos, las salas eran bastante lúgubres, la inventiva de Anya salió a flote imaginándose un asesinato en un lugar como ese, por la noche, cuando ya no quedara nadie como era el caso, se rio de su prolífica imaginación.

Cuando llegó al *parking*, se encontró con gran cantidad de gente que como ella iba a recoger el coche, supuso que eran aquellos que habían ido a cenar a última hora o a tomar una copa por los locales que ofrecía el centro de Madrid. Ella se acercó a una máquina a pagar el *ticket*, mientras ignoraba el

movimiento que había a su alrededor, y a los jóvenes que le lanzaban piropos un tanto groseros debido a su estado de embriaguez.

Salió del garaje sumándose al tráfico existente en la Gran Vía, respiró profundamente intentando relajarse. Un par de meses en el pueblo y se había olvidado de los atascos de Madrid.

Cuando llegó a casa, en lo único que podía pensar era en quitarse esos preciosos zapatos que se había comprado la semana anterior y que le estaban destrozando los pies. Llevaba un vestido rojo que su madre le había obligado a comprar, decía que con él estaba fabulosa, que estaba hecho para ella, pero claro, qué iba a decir su madre, y aunque también había insistido en que se recogiera el pelo, Anya por ahí no había pasado, llevaba su larga melena castaña suelta, como a ella le gustaba y como más a gusto se sentía.

Todas las luces en el piso estaban apagadas, parecía que su madre había salido, cosa que le extrañó, no le había dicho nada, de hecho, habían quedado para tomar una copa de cava para celebrar la presentación, se había encargado de comprarlo esa misma tarde. Su madre hubiera ido encantada, pero ella le había pedido que no lo hiciera, como hacía en todas las ocasiones. Que su madre asistiera a esos eventos le ponía muy nerviosa y le hacía sentirse muy incómoda, puesto que no podría prestarle la atención que le gustaría, ya que Carmina no la dejaba ni a sol ni a sombra. Pero a cambio, habían empezado una tradición, su celebración privada en casa.

Mientras se dirigía a la cocina a por algo que beber, iba quitándose los zapatos y dejándolos por el camino, sintió un gran alivio al andar descalza por el suelo de madera. En la puerta de la nevera, sujeta por un imán, encontró una nota.

«Espero que la presentación haya ido bien, te dije que te acompañaría si hubieras querido.

Te dejo sola esta noche.

Te quiere, tu madre.»

No comprendió el motivo de su ausencia, supuso que querría pasar la noche con su novio, del que Anya sólo había oído hablar, ya que su madre le había dicho que hasta que no tuviera claro que mantenían una relación seria, no se lo iba a presentar, y por supuesto, ella respetaba la decisión que había tomado. Pero aun así, le pareció muy raro, sus celebraciones privadas eran sagradas. Apenada por la ausencia de su madre, decidió servirse una copa de cava para celebrarlo en soledad.

Se fue al salón dispuesta a sentarse en el sofá y relajarse viendo un rato

la televisión. Pero cuando entró, notó, por el frío que hacía en la sala, que la terraza estaba abierta, las cortinas se movían por la suave corriente. Le chocó que su madre se hubiera dejado la terraza abierta con el frío que hacía en el exterior. Fue a cerrar la puerta y se dio cuenta de que había alguien disfrutando de las maravillosas vistas de la Catedral de la Almudena, del Palacio Real y de los jardines del Campo del Moro.

—Espléndidas vistas. —Le dijo en cuanto la oyó salir a la terraza, sin dejar de mirar el paisaje.

—¿Mateo? —No sabía si estaba más sorprendida porque estuviera allí, en Madrid, o porque estuviera esperándola en la casa de su madre. Él se dio la vuelta, sus ojos grises brillaban, supuso que por el viento helado, estaba muy guapo con su pelo moreno despeinado, pensó al verlo.

—Vamos dentro, te vas a congelar. —Se fijó en lo hermosa que se la veía con ese vestido rojo y su preciosa melena suelta, pero también le llamó la atención verla descalza sobre la fría baldosa de la terraza.

—¿Qué haces aquí? —Anya no le dejó ni sentarse en el sofá, en cuanto traspasaron la puerta se giró y lo miró a los ojos, intentando averiguar en ellos a qué había venido, pero no hizo falta, él se lo aclaró.

—¿Tú que crees? He venido a por ti.

—¿Después de dos meses sin saber de ti? —A Mateo le dolió, aunque sabía que tenía toda la razón, lo más probable es que hubiera estado preocupada por él, y él no había hecho nada por comunicarse con ella. Por lo menos, eso es lo que supondría ella, porque la realidad era que había hecho el amago de llamarla en un montón de ocasiones, necesitaba oír el sonido de su voz, pero nunca había llegado a marcar su número, no sabía qué decirle. Pero eso prefirió guardárselo para él.

—Lo siento, Anya, tenía que aclarar mis ideas. Para mí, descubrir que una de las personas a la que más quería, la persona que se había ocupado de mí desde los doce años, era una asesina, fue un duro golpe. Me ha costado mucho asimilarlo, de hecho, no creo que lo haya terminado de superar, quizás nunca lo haga, estoy simplemente, aprendiendo a vivir con ello. Pero lo que sí te puedo decir, es que en todo este tiempo, no ha habido ni un solo día que no pensara en ti, te he echado mucho de menos, hubiera dado todo lo que fuera porque hubieses sido mi apoyo.

—Fuiste tú el que me apartaste. —Le sonrió, ella no había cambiado, seguía siendo un hueso duro de roer, siempre tan testaruda.

—Anya, lo que estoy intentado decirte, es que me equivoqué.

Perdóname. —Se acercó a ella, sus caras estaban muy cerca la una de la otra, Mateo con la cabeza hacia abajo mirándola directamente a los ojos y ella haciendo lo mismo con su cara alzada—. Ann, te quiero, y si me dejas, no pienso volver a separarme de ti en la vida.

Ella le sonrió, invitándolo a darle ese beso que él deseaba tanto dar y ella recibir. Lo cogió de la mano y lo guio a su dormitorio, agradeciéndole a su madre ese rato de intimidad.

Nota de la autora

Creo que muchos lectores, yo como lectora lo hago, apreciáis este tipo de notas al final del libro, detalles en los que me he basado a la hora de redactar esta historia.

Cuando empecé a investigar sobre asesinatos de familias para documentarme para esta novela, me quedé sorprendida por la cantidad de casos existentes. De hecho, encontré unas estadísticas realizadas por el FBI, con conclusiones realmente alarmantes, también es verdad que la mayoría de casos se producen en Estados Unidos, pero en España se empieza a vislumbrar un aumento significativo. Me impactó la cantidad de personas que cometen parricidio, asesinan al padre o a la madre, otros estudios revelaban el alto porcentaje de asesinatos cuyo objetivo son los hermanos o hermanas, sin contar el caso que ocupa este libro, padres, que asesinan a sus hijos y a su pareja, y que estamos hartos de ver en la televisión. Se te quedan los pelos de punta al revisar estos análisis.

La crónica en la que me apoyé para montar la trama de la historia sobre los Ruíz Moreno, fue un asesinato producido en Minneapolis, Minnesota, en el año 2015. En este caso se dedujo, que Brian Short asesinó a sus hijos y a su mujer, y luego se suicidó, debido a un pico de depresión y ansiedad relacionado con sus negocios. Como veis, es a la misma conclusión a la que llegaba el inspector Navarro y el resto, en el caso Ruíz Moreno de mi historia.

Pero dejemos de hablar de hechos morbosos y continuemos.

Sobre los pueblos a los que hago referencia en el libro, Óbito, Paredes, San Juan, Cubelos y Muros, son ficticios, han sido creados por mi imaginación. Llamar Óbito al pueblo de mi personaje principal, es un toque de humor negro por mi parte, puesto que el significado de esta palabra es muerte.

Aunque es verdad, que cualquiera puede sospechar que todos estos lugares pueden estar situados en cualquier punto localizado entre Castilla y León, Asturias y Galicia. Supongo que mi mente ha viajado a la zona de Sanabria. Hay que tener en cuenta que de ahí es mi familia, por lo que la tengo en gran estima, a la vez que tengo muchos recuerdos, de alguno de ellos se ha apropiado mi heroína, Anya Sáez.

Uno de esos recuerdos es el referente a las dedaleras, quién no se ha

encontrado esas plantas por los caminos y ha cogido una campanilla para explotarla en su mano, desde luego yo lo hice mil veces cuando era pequeña y paseaba con mi abuela, mis tías o mi madre. Es ahora cuando he descubierto que las hojas de esta planta, según la dosis administrada, pueden resultar una medicina o un veneno, cuando era pequeña no podía ni imaginar que fuera una planta tan peligrosa. Produce una serie de sustancias activas de gran utilidad en las afecciones cardiacas, la dosis adecuada regula el ritmo cardiaco, pero una dosis incorrecta puede tener graves consecuencias. Parfraseando a Albert Hofmann, «La diferencia entre un veneno, una medicina y un narcótico es sólo la dosis», químico e intelectual suizo, conocido por ser el primero que sintetizó, ingirió y experimentó los efectos psicotrópicos del LSD. O a Paracelso, el famoso médico y alquimista de la Edad Media, precursor de la actual farmacología «Todo es veneno y nada es sin veneno, tan sólo la dosis hace el veneno». Ahí lo dejo.

Respecto a la documentación utilizada para las aclaraciones que le hace el doctor Soler a nuestra protagonista sobre amnesia disociativa, me ha sido de gran ayuda el Manual Merck. El resto de información ha sido obtenida de diferentes artículos publicados, sería un listado muy largo exponerlos todos aquí. Sólo reconocer, que con Internet, el mundo de la investigación resulta mucho más sencillo.

Y para terminar, agradecerte a ti, lector, que has leído esta novela, el haberla tenido en cuenta entre tus lecturas, espero que la hayas disfrutado y te haya hecho pasar un buen rato.